

K.C. WELLS EL TAYLOR EQUIVOCADO

CUPIDO SE QUEDÓ SIN FLECHAS...



ASÍ QUE DECIDIÓ USAR UN CARRITO DE EQUIPAJES.

EL TAYLOR
EQUIVOCADO

K.C. WELLS

Copyright

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, localizaciones, y hechos retratados en esta obra son completamente ficticios, producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, negocios, o con hechos reales, es pura coincidencia. Las personas representadas en la cubierta son modelos, y su uso está limitado a fines ilustrativos.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Título Original: Taylor–Made for Me.

Copyright © 2024 K.C. Wells

Traducción de S. Kai

Diseño de la cubierta: Lauren Dombrowski

ADVERTENCIA DE CONTENIDO.

Este libro contiene material destinado a una audiencia mayor de edad. Contiene lenguaje gráfico, contenido sexual explícito y situaciones adultas.

EL TAYLOR EQUIVOCADO

Cupido se quedó sin flechas, así que decidió usar un carrito de equipajes

Enredan a Will Bryant

Es solo por una noche. Bueno, un fin de semana, en realidad.

Becca Taylor necesita un prometido falso para asistir a la fiesta de aniversario de sus padres. Lo único que tiene que hacer Will es estrechar manos, sonreír y actuar como si estuviera locamente enamorado. No hay problema.

Llegan al hotel como dos tortolitos y, de repente, *¡pum! Algo pesado se estrella contra la espalda de Will, enviándolo por los aires... Solo para ser rescatado por el hombre más guapo que ha visto nunca.*

Aiden Taylor es atacado por el monstruo verde.

Fue un accidente. Se le fue un poco la mano.

De acuerdo, a lo mejor, no fue tan accidental. Solo quería sacar los ojos a su hermana. Su prometido es jodidamente perfecto, pero no para ella... para Aiden. Realmente, intentó avisar a Will; especialmente, porque ni siquiera estaba apuntándolo a él, en primer lugar. Así que ahora, pasará el resto del fin de semana intentando compensárselo.

Luego, todo se va complicando, y ahora están planeando una boda que jamás va a celebrarse. Becca ha entrado en pánico, su novia está consternada, Aiden está desconcertado...

Y cuanto más tiempo pasa Will cerca de Aiden, más convencido está de que (accidentalmente) se ha comprometido con el Taylor equivocado.

AGRADECIMIENTOS

Para Jason Mitchell, porque siempre está ahí.

Pero especialmente para Parker Williams.

Ninguna chica podría tener un hermano mejor.

Adoro tu paciencia y tu sentido del humor.

Este libro ha mejorado mucho porque seguí tus consejos.

Contents

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[MÁS DE K.C. WELLS](#)

[UNA PROMESA NAVIDEÑA](#)

[LA LEY DE LOS MILAGROS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[OTROS TÍTULOS DE K.C. WELLS](#)

PRÓLOGO

Will Bryant miró a su alrededor, admirando la elegancia del hotel Pfister. De acuerdo, no había esperado nada así, pero ese opulento vestíbulo no cambiaba nada.

«¿Por qué he aceptado participar en este plan tan descabellado?»

Salvo que sabía por qué. Beca había hecho un puchero y no había podido negarse.

«¿Pero qué estoy diciendo? Hizo más que pucheros; perdió la jodida cabeza. E hice lo que cualquier mejor amigo haría en mis circunstancias. Cedió».

No estaba orgulloso de ello; al menos, no ahora, cuando se encontraba en el hall, sosteniendo la mano de Becca como si no pudiera soportar estar ni un segundo separado de ella, charlando amigablemente con... ¿Michael? ¿Mikey?... Ni idea, uno de sus amigos de la infancia.

Luego, alguien gritó:

-¡Cuidado!

Uf. Algo pesado se estrelló contra su espalda, lanzándolo por los aires a través del vestíbulo del hotel de cuatro estrellas.

Mientras sobrevolaba el suelo, solo pudo pensar en que debía de tener un aspecto bastante estúpido, con las extremidades espatarradas y... «Vaya, me pregunto si alguien ha notado esa mancha en la alfombra o tienen que lanzar tu culo por los aires para darte cuenta». Pero, aunque su vuelo inaugural no fue grácil, su primer aterrizaje fue aún peor.

Pum.

Blasfemia.

Blasfemia.

Blasfemia.

Pum.

Finalmente, se detuvo frente a la base de una estatua que representaba a un encantador joven sosteniendo una lanza. O una alabarda. Nunca había prestado demasiada atención a los diferentes tipos de armas cuando jugaban al *Dungeons & Dragons*. Lo siguiente que supo fue que estaba rodeado de gente que—.

Espera.

No.

Si iba a contar esta historia, probablemente sería mejor empezar por el principio.

«Malditas seas, Becca».

CAPÍTULO 1



Will Bryant entra en shock

4 de Noviembre, 2022

Becca Taylor sonaba como una enferma de amor, y si no dejaba de suspirar cada vez que leía uno de los mensajes de su novia, Will iba a estamparle el móvil en la cabeza. O ahí, o contra el suelo, para desintegrarlo en un millón de pedazos.

De acuerdo, probablemente no haría ninguna de las dos cosas.

A lo mejor. Todo dependía de lo siguiente que saliera de sus labios.

Becca suspiró.

—Espero que me llame pronto. —Acarició la pantalla con un único dedo.

Ahí estaba. Eso era todo. Hasta ahí había llegado. Ese móvil iba a ir al Cielo de los Samsung.

Will alargó la mano.

—Dame el móvil, Becca.

Ella entornó la mirada hacia él.

—Claro. Será tuyo cuando me lo arranques de mis manos frías y muertas.

—De acuerdo. Entonces, deja de babear sobre las fotos de Kristen, o sobre sus mensajes, o lo que sea. O hazlo en otro sitio. Me estás quitando el apetito.

Ella le fulminó con la mirada.

—La echo de menos, ¿vale?

Will hizo un gesto de desesperación.

—Por el amor de Dios, solo hace una hora que se fue.

—Pero estará fuera todo el fin de semana —gimoteó ella—. Y no puedo evitar sentir las cosas intensamente. Estoy enamorada. —Esbozó una dulce sonrisa—. Deberías intentarlo alguna vez.

Él resopló.

—No, si voy a empezar a comportarme como tú. ¿Qué tal si te ofrezco un poquito de perspectiva? Ha vuelto a su hogar para pasar el fin de semana. Estará de vuelta el domingo por la noche. Seguro que puedes sobrevivir tooodo ese tiempo sin ella, ¿verdad?

Becca lanzó otra melancólica mirada a su móvil.

Aparentemente, no.

Will miró de soslayo el reloj que colgaba de una de las paredes de la cafetería. Su próxima clase empezaba en veinte minutos. De ninguna forma iba a aguantar a Becca hasta entonces.

«Estoy siendo mezquino, ¿verdad?»

Por razones en las que Becca no había querido entrar, nadie de su familia sabía que le gustaban las chicas. Will siempre había pensado que sus padres debían de ser gente abierta, pero si Becca no estaba dispuesta a salir del armario ante ellos, tenía que haber algo bajo la superficie

de lo que no estaba al tanto.

—Creo que necesitas animarte. Este fin de semana proyectan *El misterio de Glass Onion* en el Main. Te gustó *Puñales por la espalda*, ¿verdad? También ponen la segunda de *Enola Holmes*. Podríamos ir a comer una pizza antes. —Cualquier cosa para que dejara de lloriquear.

Becca sonrió.

—Y esa es la razón por la que eres mi mejor amigo. Sí, suena bien. —Giró la cabeza hacia las ventanas para contemplar el nevado pavimento del exterior—. Tiene pinta de que está helando.

—Tenemos abrigos, botas, bufandas, guantes... Creo que sobreviviremos.

Su móvil sonó y saltó en el sitio para cogerlo.

—¿Ves? Ella también me quiere. —Luego, su cara se descompuso—. *Ooh*, mierda. Es mi madre.

—¿Quieres que te deje sola?

Becca negó con la cabeza y alzó el móvil horizontalmente, acercando uno de sus extremos a su boca.

—Hola, mamá.

—Quería pillarte antes de que entraras en clase o algo. —La voz de su madre fue audible sobre el murmullo de la cafetería.

Will rezó por que la llamada no se desviara hacia nada demasiado personal, aunque sabía que a Becca no le molestaría algo así. Ni siquiera se ruborizó cuando se le salió una teta durante los ensayos de baile del semestre pasado.

—Estoy terminando de almorzar.

—Entonces, supongo que tendrás que cambiarte para ponerte... Bueno, para ponerte lo que sea que uses en baile. Pero... ¿deberías bailar con el estómago lleno?

Becca puso los ojos en blanco.

—Creo que una ensalada y una manzana difícilmente van a conseguir que estalle las costuras. ¿Y quién dice que voy a bailar? También tenemos clases de verdad, ¿sabes, mamá? ¿En un aula? No puedes sacarte un grado en danza solo ejecutando coreografías. Estudiamos técnica, teoría de la danza, kinesiología—.

—¿Esa es una palabra real o te la acabas de inventar?

Will se llevó la mano a la boca para amortiguar la risa.

Beca le fulminó con la mirada.

—Por supuesto que es una palabra real. Se refiere al estudio del movimiento.

Su madre resopló.

—¿Por qué no puedes estudiar una carrera de verdad como hizo Aiden?

—La danza es una carrera de verdad —articuló ofendida.

—Eso no es lo que dice tu padre. ¿Sabes cómo lo llama?

—Sí, lo sé, y por favor, no me lo repitas. —Inspiró profundamente—. ¿Me llamabas para algo?

—No te has olvidado de la fiesta que tenemos el próximo fin de semana, ¿verdad?

Becca hizo un gesto de desesperación.

—No, mamá. ¿Cómo podría olvidar vuestras bodas de plata? Pero no llegaré a casa el viernes. Esa noche tengo un espectáculo. Iré directa al hotel el sábado.

—¿Vas a traer alguna cita? No nos importaría.

Will la miró con simpatía.

—No, mamá. Solo iré yo.

—¿Sabes? Justo el otro día estuve hablando de ti con Josh. Es el nuevo aprendiz de dirección. Un chico encantador. Es un poco más mayor que tú y tiene unos modales exquisitos.

—Mamá...

—Y Richard trabaja en la cocina. Es *chef* pastelero, y oh, Señor, las maravillas que puede hacer ese chico. —Hizo una pausa—. Podría preguntarles. A lo mejor, a alguno de ellos le gustaría acompañarte a la fiesta.

—Mamá, ya hemos hablado sobre esto. Tienes que dejar de intentar liarme con hombres, ¿de acuerdo?

—Pero tienes veintiún años y aún estás soltera.

—¿Y? ¿Qué hay de malo en eso?

—Cuando yo tenía veintiún años, ya estaba—.

—Casada y tenías a Aiden. Sí, mamá, lo sé. Pero los tiempos cambian. Enfrentémonos a ello, te casaste en el siglo pasado.

—Era mil novecientos noventa y siete.

—Y ahora estamos en dos mil veintidós. ¿También estás intentando liar a Aiden con alguien o solo lo haces conmigo?

—He invitado a un montón de chicas del hotel. Estoy convencida de que le gustará alguna.

“Mi madre”, gesticuló Becca con otro gesto de desesperación.

Will mantuvo la boca cerrada. Parecía que hacer de Celestina era la afición favorita de su madre.

Luego, Becca se quedó inmóvil, y abrió los ojos de par en par. Will advirtió el destello que los iluminó y se irguió. Conocía esa mirada.

«Está tramando algo».

Eso nunca auguraba nada bueno.

—De hecho, mamá, estaba a punto de llamarte. Tengo buenas noticias para ti. Realmente buenas, de hecho.

—¿Oh?

—Sí. Necesitas dejar de organizarme citas, porque... —Tragó—. Me he prometido.

Will abrió la boca de par en par.

—Oh, Señor. —La voz de su madre se volvió ultrasónica—. ¿Cuándo tenías pensado contármelo?

—Pasó anoche.

Will la miró anonadado.

—¿Te has comprometido con Kristen? —susurró.

Becca volvió a fulminarle con la mirada.

—Shhhh —le reprendió.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada, mamá. Solo alguien de la mesa de al lado que estaba gritando.

Parecía que hoy Will sería el receptor de muchas miradas asesinas.

—Así que dime, ¿cómo se llama? —siguió su madre.

Becca miró fijamente a Will y su mano comenzó a temblar.

—Will. Will Bryant.

La mandíbula de Will estuvo a punto de desencajarse y chocar contra el suelo de la cafetería.

«¿Pero qué cojones?»

—¿Tu mejor amigo? ¿Ese Will?

—Sí, mamá, ese Will.

—Pero no le hemos conocido nunca.

—Qué puedo decir, ha sido un poco repentino.

Tan repentino, que a Will se le había escapado por completo.

—¿Qué dijiste que estudiaba?

—Astrofísica. —Becca desvió la mirada—. Es realmente inteligente, mamá. Te gustará.

«Sí, desvía la mirada lo que quieras, chica, pero cuando termines esa llamada...».

—Bueno, si va a ser mi yerno, espero que haga algo más que gustarme. Ya sabes que tu padre querrá investigarlo, ¿verdad?

Will iba a matarla. Lentamente.

—¿Sabes qué, mamá? Tengo que irme. Te llamaré el domingo, ¿vale? Podremos hablar de todo esto entonces.

—De acuerdo. Espera a que se lo diga a tu padre. Se va a poner eufórico. Al menos, una vez se levante del suelo. Le traerás a la fiesta, ¿verdad? —dijo amenazante.

—Sí, mamá. Le llevaré.

Will volvió a abrir la boca por tercera vez en el último minuto.

—Entonces, le reservaré una habitación en el hotel. Tendremos la casa abarrotada.

—Eso estaría genial, gracias. Hasta luego, mamá. —Colgó.

Will saltó de inmediato.

—¿Por qué cojones le has dicho que estamos prometidos? —Dios, tenía palpitaciones y su corazón atronaba en sus oídos. De hecho, la presión en su pecho estaba empezando a preocuparle.

—Es lo único que se me ha ocurrido para quitármela de encima, ¿vale?

—¿Y no ves ningún problema en todo esto? Como... Vaya, no sé... ¿El hecho de que soy gay?

—Cálmate, Will.

—¿Que me calme? Ahora mismo estoy tan estresado que apenas puedo respirar. Acabas de decirle a tu madre que estamos prometidos, y luego le has asegurado que me llevarás a su fiesta de aniversario el próximo fin de semana.

—Lo sé, es repentino, pero—.

—¿Repentino? ¿En serio?

—Solo será un fin de semana, ¿de acuerdo? Luego, romperemos.

—¿Oh, en serio? ¿Y luego qué? ¿Encontrarás a otro prometido falso para la próxima reunión familiar?

Becca inhaló una bocanada de aire.

—Por favor, Will. ¿Hazlo por mí? Si pudiese llevar a Kristen, lo haría, pero no conoces a mi madre.

—¿Tan segura estás de que reaccionará mal al enterarse de que eres lesbiana?

Otro gesto de desesperación.

—Will, cuando sale a relucir en la tele algo remotamente relacionado con el colectivo, ¿sabes lo que hace mi madre? Cambia de canal. Inmediatamente. No dice una palabra. Tampoco mi padre. ¿Y quieres que entre en su fiesta anunciando que tengo novia? Eso no va a pasar. —Le cogió de la mano—. Mira, es un estúpido fin de semana, ¿vale? Tendrás la oportunidad de alojarte en un preciosísimo hotel. Es el Pfister, por cierto, donde trabaja mi madre. Es superelegante. Habrá buena comida, música, baile... Y lo único que tendrás que hacer será estrechar las manos de la gente, sonreír en los momentos adecuados y actuar como si estuvieses

completamente enamorado de mí.

—Eso es todo, ¿eh?

—Estoy absolutamente convencida de que puedes hacerlo. Te he visto actuar, ¿recuerdas? En ese grupo de teatro *amateur* al que te apuntaste. ¿Hace dos años? Podrías interpretar este papel haciendo el pino.

—Oh, Señor, ¿también quieres que haga acrobacias? —bromeó. Su corazón ya estaba volviendo a su ritmo habitual.

Ella rio suavemente y apretó su mano.

—Por favor, Will. ¿Hazlo por mí?

—Te estás repitiendo.

—Te lo juro, no te metería en esta mierda si no fuese absolutamente, estrictamente, extremadamente necesario. —Su rostro se tensó y su respiración se hizo más pesada, como si de repente le costara respirar.

«Mira quién está teniendo ahora un ataque de pánico». Eso le relajó un poco más.

—Si pudiese llevar a Kristen, lo haría, pero—.

—También has dicho eso.

Ella tragó.

—Jamás te pediré nada más durante el resto de mi vida.

Él resopló.

—No hagas promesas que no puedas cumplir. —Ella liberó su mano y Will se quedó mirando sus dedos—. Necesitamos hablar del *atrezzo*.

Becca frunció el ceño y luego, asintió.

—Será mejor que encontremos un anillo antes del sábado.

Bueno, al menos, ese comentario la había calmado.

Luego, Will abrió la boca de par en par.

—No voy a comprarte un anillo de compromiso.

—Yo me encargaré de eso. No tiene que ser gran cosa. Les diremos que eres un estudiante empobrecido y que no puedes permitirte nada extravagante ni caro.

—Y me lo prometes —dijo firmemente—. Tan pronto como termine la fiesta este compromiso está roto. —Becca apoyó una mano sobre su corazón y abrió la boca para hablar, pero Will alzó una mano y la cortó—: Por favor, no intentes convencer a nadie de que tienes un corazón. Si lo haces, me pondrás en una situación incómoda.

—Qué impertinente. —Sí, esa era la Becca que conocía y quería. Hizo un puchero—. Tengo un corazón. —Miró el móvil con una bobalicona sonrisa—. Pertenece a Kristen.

Will no podía discutir eso.

Ella se mordió el labio.

—A veces, olvido lo bien que me conoces. De igual forma, la respuesta es sí, tan pronto como termine este fin de semana, diré a mis padres que hemos roto. Estaré completamente desolada. —Sonrió abiertamente—. De hecho, tu impertinencia me ha dado una idea. Esa será la razón por la que rompa contigo. Estaré tan devastada que puede que no quieran volver a verte.

Él esbozó una media sonrisa.

—Bueno, al menos sacaré algo positivo de todo esto. —No deseaba perder el tiempo con gente que le odiaría por su orientación sexual. Gracias a Dios que Becca no se parecía en nada a sus padres.

Ella se hundió en la silla.

—Entonces, ¿lo harás?

Will dejó escapar un dramático suspiro.

—¿Para qué están los amigos? —Luego, la miró con severidad—. Pero me deberás una; una enorme. Especialmente, si tienes intención de arrastrar mi culo hasta Milwaukee.

Aj, incluso el nombre le daba escalofríos. Lo único que sabía de Milwaukee era que tenía una absurda cantidad de bares. No es que hubiese estado nunca en la ciudad, pero no esperaba que un sitio que se había declarado a sí mismo “La capital cervecera del mundo” fuera a interesarle demasiado. Por otra parte, al menos no tendría problemas para encontrar un lugar en el que emborracharse cuando necesitara huir de Becca y de su familia.

Y siempre cabía la posibilidad de que Milwaukee estuviese habitado por los hombres más sexis del planeta.

A lo mejor, incluso los pelirrojos más sexis del planeta.

Sí, claro.

CAPÍTULO 2



Aiden Taylor está en una misión

Aiden Taylor vació la latita de comida de Midnight en su cuenco mientras el gato se alzaba sobre sus patas traseras, apoyando las delanteras en el armario, maullando.

—Cualquiera diría que nunca te alimento —refunfuñó Aiden—. Quiero decir, mírate. Obviamente te estás consumiendo.

Claramente, estaba desperdiciando su sarcasmo con Midnight, dado que lo único que obtuvo por su ingenioso comentario fue otro prolongado miau. Por lo que Aiden sabía, eso se traducía en: «Date prisa y dame mi maldita comida, esclavo». Y justo esa era la principal diferencia entre los perros y los gatos; al menos, en su opinión. Los perros eran agradecidos, mientras que a los gatos no les importaba una mierda nada siempre y cuando hubiera comida en su cuenco, agua en el bol y caricias a demanda.

«¿Y qué dice eso de mí?»

Aiden era, definitivamente, una persona de gatos.

Dejó el cuenco en el suelo enlosado de la cocina y, al segundo siguiente, la cabeza de Midnight ya estaba enterrada en él. Aiden cogió la taza de té que se había preparado antes de que le llamara su madre, pero el primer sorbo le hizo tirar el ahora gélido brebaje en el fregadero. Se preparó otra infusión y salió de su pequeña cocina en dirección al salón.

Ya se había encargado de Midnight... Y ahora, tocaba hablar con Becca.

Dejó la taza sobre la mesita de café, se desplomó en el sofá y rebuscó en el bolsillo de sus vaqueros para sacar el móvil. Deslizó el dedo por la pantalla para buscar su número y pulsó “Llamar”.

—Hola —saludó ella. Aiden oyó voces de fondo—. Me has pillado de casualidad.

—¿Vas a algún sitio interesante?

—Al cine, ¿y tú? ¿Qué se puede hacer en Milwaukee un viernes por la noche?

«Ir a un bar gay». Aunque no tenía intención de compartir esa información con Becca. Las paredes tenían oídos y Becca no podía mantener un secreto aunque le fuera la vida en ello.

—Creo que voy a vegetar frente a la televisión —respondió y esperó a que le soltara la noticia.

—No necesitabas llamarme, ¿sabes? Nos veremos el fin de semana que viene.

—Lo sé. A lo mejor, solo necesitaba oír tu voz.

Ella resopló.

—¿Estás enfermo o algo? La última vez que estuvimos en la misma habitación me llamaste pequeña mocosa irritante, si no recuerdo mal.

—Sí, pero eso fue en septiembre. Y si no recuerdo mal, la palabra no fue “pequeña”, aunque también empezaba por “P”. Además, a lo mejor te echo de menos.

Becca rio suavemente.

—Oh, definitivamente, estás enfermo.

Aiden esperó, pero ella se quedó en silencio.

Midnight dejó escapar un gemido mientras avanzaba lentamente hacia el sofá.

—Aún no has matado al gato, ¿eh? —dijo Becca.

—¿Qué significa eso?

—Aiden, matas todo lo que tocas.

—¿Desde cuándo?

—¿Te acuerdas de ese pez que te compró papá? Le diste demasiada comida.

—Tenía nueve años, por el amor de Dios.

—¿Y el cactus? Quiero decir, ¿cómo se las apaña alguien para matar a un cactus? ¿Y qué me dices de Snuffles?

—Ese jerbo murió por causas naturales —protestó él.

—Por supuesto que lo hizo... después de que jugaras a disfrazarlo. Querías ponerle guapo, ¿recuerdas? Fuiste tú el que untaste esa encantadora carita con el maquillaje de mamá y el que le roció con Chanel n°5. ¿Quieres saber lo que mató a Snuffles? La vergüenza de que le transformaran en un roedor travesti.

—Tú ni siquiera teníais edad suficiente para darte cuenta de todo eso. Aún estabas en pañales. La única razón por la que recuerdas su nombre es porque mamá no se cansa de contar esa anécdota. —Aiden había tenido suficiente—. Y no te he llamado para hablar de mi historial con mascotas o plantas. —Miró de soslayo a Midnight, que estaba sentado en la alfombra frente a él, mirándolo intensamente.

Aiden casi podía oír las palabras: «¿Debería preocuparme? ¿Necesito contratar un seguro de mascotas? Si hubiese sabido antes toda esa mierda jamás habría dejado que te mudaras conmigo».

—Entonces, ¿por qué me has llamado? —dijo Becca—. Y dímelo rápido. Necesito salir en cinco minutos.

—Ese es tiempo suficiente para que compartas las buenas noticias, ¿no crees?

—¿Qué noticias?

—Oh, no sé... A lo mejor, ¿el hecho de que te has prometido?

Silencio sepulcral.

—¿Becca?

—Ah, eso.

Aiden parpadeó.

—¿Ah, eso? ¿Acabas de comprometerte con un tipo y así es como lo describes? ¿Y cómo es que he tenido que enterarme de ello a través de mamá? ¿Por qué no me lo has dicho tú?

—Iba a llamarte.

Rio.

—No, no ibas a hacerlo. Lo has dicho tú misma; nos veríamos el fin de semana. Así que... háblame de ese tipo. Will, ¿no?

—Sí.

—¿Hace cuánto que os conocéis? —«¿Y por qué no sé nada de él?».

—Tres años.

—Espera... ¿Es el mismo Will al que le gusta la ciencia ficción? ¿El tipo al que llamaste *geek*?

—No recuerdo haberle llamado así.

—Al menos una vez le llamaste *nerd*.

Ella resopló.

—Bueno, puedo aceptar que esos dos términos son intercambiables.

—*Geek, nerd*, ... nada de eso explica por qué vas a casarte con él.

—¡Es dulce! —Sonó indignada.

—De acuerdo, pero ¿cómo de dulce? ¿Estamos hablando de nivel taumatina o monelina?

Silencio sepulcral.

Aiden resopló.

—Lo siento, he olvidado con quién estaba hablando. Así que, ¿como los lacasitos o más como el pica-pica? ¿Y cómo se te declaró?

—¿Cómo se declara la gente? Me preguntó y dije que sí.

—Pero ¿cómo te preguntó? —Aiden estaba empezando a marearse—. A menos que recibas propuestas de matrimonio cada semana, esta tiene que estar al mismo nivel que tu primer beso, ¿no? Ya sabes, ¿el tipo de cosa que una chica recuerda para el resto de su vida? Así que, ¿se puso de rodillas? ¿Dónde te lo preguntó? ¿Fue romántico?

Becca se quedó en silencio por un momento. Luego, Aiden captó el sonido de una puerta cerrándose y unos segundos después su hermana dijo:

—De acuerdo, está bien. Estábamos en la biblioteca de la universidad.

Aiden resopló.

—Supongo que podemos olvidarnos de lo de romántico, entonces. —Primera falta para el prometido de Beca. «¿Quién cojones se declara en una biblioteca?».

—¡Fue dulce! —le defendió ella.

—Ahí estás otra vez con lo de dulce. Tienes que esforzarte un poco por ampliar tu vocabulario.

—Pero lo fue, en serio.

—Mm-hmmm —canturreó él—. ¿Se había preparado un discurso o fue algo impulsivo, en el calor del momento? ¿Te dio un anillo?

Otra pausa.

—No. Vamos... Vamos a comprarlo mañana.

—¿Se declaró y ni siquiera tenía preparado un anillo? ¿Estás segura de que te quieres casar con ese tipo? —Y esa era la segunda falta. Luego, cayó en la cuenta—. Oh, Señor.

—¿Qué?

—Sé por qué estás haciendo esto.

—No sé a lo que te refieres.

¿Se había imaginado el ligero temblor en su voz?

—Es obvio. Estás embarazada, ¿verdad?

Su respingo fue tan sonoro que casi le estalló el oído.

—¡No estoy embarazada!

—*Ohhh*, venga, hermanita. Puedes contármelo. ¿De cuánto estás? ¿Se lo has dicho a mamá? ¿Se ha escandalizado apropiadamente por que hayan metido un gol a su pequeña? —Sonrió ampliamente—. Oye, voy a ser tío.

—¿Qué? Por supuesto que no vas a ser tío, porque no estoy embarazada, ¿de acuerdo? Así que no hay nada que contar. Y... bueno... si quieres saberlo... Aún... Aún no lo hemos hecho.

Midnight vomitó la comida que había engullido con tanta maldita prisa y Aiden resopló.

—Sí, yo tuve la misma reacción —murmuró hacia él. El desastre que había creado tendría que esperar hasta que terminara su llamada. Devolvió la atención a su hermana—. ¿Me estás diciendo que conoces a ese tipo desde hace tres años, que te vas a casar con él y que aún no

tienes ni idea de cómo es en la cama? Porque no me lo creo. —Y tampoco el hecho de que ese tipo, Will, ni siquiera hubiese intentado quitarle la ropa interior a su hermana.

Tercera falta.

¿Qué importaba que fuese su hermano? Bueno, en cierta forma, le convertía en alguien jodidamente parcial, pero... Becca era preciosa. Incluso podría llegar a considerarla sexi, de no ser porque sería demasiado raro pensar así sobre ella.

«¿Y no quiere follar contigo? ¿Qué es? ¿Ciego?»

—Nadie te lo ha pedido —dijo ella—. Mira, será mejor que no se lo pongas difícil el fin de semana que viene, ¿me oyes?

Aiden ignoró la amenaza. Estaba acostumbrado a ellas.

—Mamá dice que estudia astrofísicas.

—Es cierto.

Ese dato le sonsacó otra sonrisa.

—Pasa muchísimo tiempo en la biblioteca, ¿eh? Apuesto a que es como su segundo hogar. —Sí, Aiden podía visualizarlo perfectamente: enclenque, con gafas, con los hombros permanentemente caídos por cargar con una mochila llena de libros...

No había nada de malo en ese aspecto. Aiden tenía un amplio y variado repertorio de gustos en lo que se refería a hombres y se había acostado con algunos *nerds* tras sus sesiones nocturnas de *Dungeons & Dragons*. Lo bueno de ese tipo de hombres es que la mayoría de ellos eran muy entusiastas en la cama, porque no conseguían un polvo habitualmente. Aunque no todos los *nerds* estaban faltos en ese terreno en particular. Después de todo, venían en todas las formas y tamaños.

«Quiero decir, Henry Cavil, por el amor de Dios».

Pero Becca... ¿y un *nerd*?

«¿Por qué cojones se va a casar con él?».

Intentó una táctica diferente.

—¿Hay algo que quieras contarme? Y me refiero a lo que sea. Porque estoy intentando entender todo esto y, para ser sincero, no me cuadra.

—¿No puedes limitarte a alegrarte por mí? Will es un hombre muy dulce.

—Ya has dicho eso. Varias veces, de hecho. ¿No tiene otra característica sobresaliente?

—Es inteligente.

—Estudia astrofísica. Obvio.

—Juega al *Dungeons & Dragons*.

Al fin, había dicho algo interesante.

—¿En serio? ¿Cuántos personajes tiene? ¿En qué nivel está?

—¿Qué? ¿Estás hablando inglés?

Aiden adivinó que ese no era un interés compartido.

—¿Lee?

—Siempre tiene la nariz enterrada en un libro.

Bueno, eso, al menos, le respondió al porqué se había declarado en una biblioteca. Probablemente, era el único lugar en el que Becca podría haberlo conocido. Luego, dedujo que les resultaría difícil dormir juntos, dado que ella vivía en la residencia universitaria.

«Estoy jodidamente seguro de que yo habría encontrado una forma de follar». Sonrió para sí. «¿Pero qué estoy diciendo?».

Por supuesto que había encontrado una forma de follar; había jugado a “¿Dónde está mi salchichón?” con uno de sus compañeros de cuarto.

—¿Y qué hay de películas? Va al cine, ¿verdad?

Ella rio.

—¿Quién crees que me va a llevar al cine esta noche?

—Genial. Así que de vez en cuando sale. —Sí, Aiden iba a añadir piel pálida a su imagen mental de Will. Y pelo oscuro enmarcando su cara blanca. «Oh, señor. Es un vampiro»—. Estoy deseando conocerlo. Especialmente, si va a formar parte de la familia. ¿Ya habéis elegido fecha?

—Lo siento, tengo que dejarte. Te veré el sábado. Te quiero. —Y colgó.

Aiden dejó el móvil sobre la mesita de café y se levantó en busca de papel de cocina para limpiar el desaguisado de Midnight. Mientras se ponía a cuatro patas, fulminó al gato con la mirada.

—¿No va siendo hora de que vayas aprendiendo a limpiar por ti mismo?

Midnight le miró de vuelta: «Claro, estúpido, el día que me crezcan dedos prensiles».

Una vez hubo restaurado la limpieza, Aiden volvió a desplomarse en el sofá. Midnight saltó a su regazo al segundo y comenzó a amasar su pecho con las patas.

—No recuerdo haber pedido un masaje —murmuró, rascando la barbilla del felino. Ese gesto fue recompensado con un sonoro ronroneo—. Esto sigue sin tener sentido, gatito.

Becca estaba huidiza. Había sido incapaz de tomarse la conversación en serio; había estado chillona, divertida a veces, insolente... Y parecía que su prometido era justo lo opuesto.

«A lo mejor, eso es lo que necesita».

«A lo mejor, le proporciona algún tipo de equilibrio».

Bueno, descubriría más el sábado.

Aiden estaba deseando conocer a su potencial cuñado. El tipo ya tenía tres faltas en su contra y, si quería casarse con Becca, iba a tener que hacerlo mucho, muchísimo mejor.

CAPÍTULO 3



El trayecto hasta Milwaukee

12 de Noviembre, 2022

Will podría escuchar a Rihanna el día entero, especialmente si ello significaba no tener que hablar con Becca, a quien aún no había perdonado por involucrarlo en ese desastre. Y ese era, probablemente, el motivo por el que no habían entablado conversación durante las primeras cinco horas de su viaje hasta Milwaukee. Las vistas no le interesaban —aunque no es que pudiera ver mucho con toda esa nieve—, y estaba intentando no pensar en lo que le aguardaba cuando llegaran al hotel.

«Debería haberme negado a toda esta conspiración».

«Debería haberla obligado a llamar a su madre para contarle que habíamos roto».

Había muchas cosas que Will debería haber hecho, pero al final, mantuvo la boca cerrada.

«Como ha dicho, es solo un fin de semana. Puedo ser el prometido perfecto durante un fin de semana, ¿no? Bueno, no demasiado perfecto. Tenemos que darles una razón para la inevitable ruptura». Conociendo a Becca, tergiversaría las cosas para que pareciese culpa suya. «¿Y qué me importa? Cuando todo este fiasco haya terminado, jamás tendré que volver a ver a su familia».

Y hablando de familia...

Apagó a Rihanna a media canción y se quitó los auriculares.

—¿Quieres contarme quién va a asistir a esta fiesta?

Becca resopló.

—Vaya, ¿ahora estamos hablando?

Will sonrió de par en par.

—Supuse que tendría que enfrentarme a montón de conversaciones cuando llegáramos allí, así que estaba conservando mis palabras. Es un hecho bien sabido que los machos usan menos palabras al día que las hembras.

Becca hizo un gesto hacia un desvío y, cuando una señal indicó el área de descanso del Lago Mills, salió de la I-94.

—Hablares cuando haya meado.

El río.

—Demasiada información, pero oye, yo también podría beneficiarme de eso. —Su estómago rugió y decidió que aprovecharía la parada para echar un vistazo a las máquinas expendedoras disponibles. Aún faltaban unas cuantas horas para la fiesta y un aperitivo no haría daño a nadie.

Salieron del coche en dirección al edificio de color arena. Will se movió en piloto automático, con la mente agitada ahora que no tenía la música para poder perderse en ella. Fue al baño y se lavó las manos con agua fría, intentando recordar todo lo que Becca le había contado sobre su familia a lo largo de los tres últimos años. Se sorprendió ligeramente al darse cuenta de

lo poco que sabía sobre ellos. Claro, le había comentado que sus padres no eran simpatizantes de la comunidad LGBTQ+ y sabía que tenía un hermano mayor. Pero eso era todo.

«Probablemente, sabe más de mi familia de lo que yo jamás sabré de la suya».

Will había tenido verdadera suerte con su familia.

Encontró las máquinas expendedoras y compró un par de bolsas de patatas. Luego, avanzó con gran cuidado por el asfalto congelado del aparcamiento hasta llegar al coche, agradecido por haberse puesto su abrigo más grueso y el gorro de lana. Sonrió para sí al contemplar sus guantes, tejidos con los colores del arcoiris; habían sido el primer experimento de su hermana Emma con las agujas. No ganarían ningún premio, pero estaban hechos con mucho amor.

«Si mis manos tuviesen esta forma, me preocuparía».

Becca ya estaba esperándolo tras el volante.

—Casi hemos llegado —le dijo cuando entró—. A partir de aquí, solo tenemos que seguir todo recto por la avenida de Wisconsin Este. —Cuando Will terminó de ponerse el cinturón de seguridad, arrancó el coche.

—¿Qué hace tu madre en el hotel?

—Trabaja en recepción. Lleva años en ese puesto. Dice que, a lo largo de los años, el hotel ha alojado a un buen número de celebridades: Mick Jagger, Robin Williams, Neil Diamond...

Will se metió un puñado de patatas en la boca para intentar apaciguar a su rugiente estómago. Señaló la segunda bolsa que había situado en la consola central del coche.

—He cogido esa para ti.

—Ooohh, gracias. —Becca volvió a entrar en la I-94—. Así que ¿quieres saber quiénes vienen? —Resopló—. Casi todos los familiares que poseo, los amigos de la universidad de mis padres, algunos de sus compañeros de trabajo...

—Solo sois Aiden y tú, ¿verdad?

Ella asintió, con la mirada fija en la carretera.

—Pero tenemos un trillón de primos. Mi madre es una de cinco hijos y mi padre, uno de cuatro. La abuela Devlin también estará allí. Es la madre de mi madre. Y el abuelo Taylor. —Rio.

—¿Qué es tan gracioso?

—Hoy vas a recibir un montón de abrazos.

Él sonrió.

—Puedo lidiar con eso. Vengo de una familia muy afectuosa; también son muy de abrazar.

—Mi madre dice que espera alrededor de ochenta personas. —Otra sonrisa—. Y tooodos querrán conocerte. —Su móvil vibró y miró la pantalla de soslayo. Su rostro se descompuso—. Es Kristen.

El que no contestase de inmediato hizo estallar todas las alarmas en la mente de Will.

—Se lo has contado, ¿verdad? ¿Todo este plan?

Becca sacudió la cabeza en su dirección.

—¿Estás loco? Si lo hago me retirará... mis privilegios. Además, no hay nada que contar. Al menos, no lo habrá una vez haya terminado este fin de semana. —Suspiró—. Está cabreada porque aún no he contado a mis padres lo nuestro. Quiero decir, ya llevamos un tiempo y... Me preguntó si podía venir a mi casa en Acción de Gracias.

—Entiendo que le dijiste que no. —Will compadeció a Becca. Su situación le daba verdadera lástima. Era incapaz de concebir el no poder ser él mismo delante de su propia familia. Los suyos eran su mayor apoyo y ser la oveja arcoiris parecía más una bendición que otra cosa.

—Sí. —Otro suspiro se escapó de sus labios.

Will acumuló valor y dijo:

—Becca... Tienes que decidir hacia dónde quieres ir con esto. ¿Qué es más importante para ti, tu felicidad futura con la chica que amas o mantener a tus padres contentos y ser miserable en el proceso?

Eso le granjeó una mirada asesina.

—Para ti es muy fácil decirlo. Nunca has estado en mi situación. Joder, ni siquiera has estado enamorado. Bueno —resopló— espera a que alguien aparezca en tu vida y la ponga patas arriba.

Will sonrió.

—Para que eso pase, necesito tener una cita real. Ya sabes, ¿conocer gente?

Ella le miró de soslayo.

—¿Y qué hay de los tipos con los que juegas al *Dungeons & Dragons*? ¿No hay ningún candidato posible ahí?

Soltó una carcajada.

—Dios, no. Ya sabes que mi listón es flexible, pero—.

Becca resopló.

—No eres flexible, capullo. Eres un *geek* gay. Por eso te he preguntado por tus amigos de *Dungeons & Dragons*.

—Nop. Demasiado *nerds*, demasiado... —Agitó la mano en el aire.

—Demasiado... ¿qué?

Suspiró, como si fuera difícil admitirlo.

—Demasiado casados.

Becca parpadeó.

—¿Cómo puede alguien estar “demasiado casado”? ¿Acaso es posible?

—He conocido a los maridos de esos hombres. A veces se sientan con nosotros durante el juego. Al de Marco le gusta hornear *snickerdoodles* para nosotros y el de Richie parece tener un inagotable suministro de pizzas, aperitivos y cerveza de raíz cada vez que vamos a su casa. Ninguna polla pasajera sería capaz de hacerles sombra. Además, son mis amigos y les quiero, y sé que están profundamente enamorados de sus maridos, que también me caen muy bien.

—Así que ¿cuál es tu tipo?

Will reflexionó unos segundos sobre ello.

—Me gustan los pelirrojos.

Ella sonrió burlonamente.

—¿Cómo yo?

—Parecido. —Esbozó una diabólica sonrisa—. Pero no tan marimachos.

Becca le hizo la peineta, riendo.

—Vaya, ¿en serio? ¿Cómo es que nunca lo habías mencionado antes?

—Porque si dices a la gente que te gustan los pelirrojos te miran raro.

—Yo no. —Becca se enroscó un mechón de pelo entre los dedos—. De hecho, esta noche vas a estar en un salón lleno de ellos. —Entornó la mirada—. Y si algún hombre llama tu atención, recuerda una cosa: estás allí como mi prometido, ¿de acuerdo? Si te veo pidiéndole el teléfono a un encantador camarero, te—.

—¿Harás qué? —replicó él—. ¿Romper nuestro compromiso? A mí me parece el escenario perfecto. Ni siquiera tendríamos que esperar a que terminase el fin de semana.

Becca arqueó las cejas.

—Y si eso pasa, ¿te importaría decirme dónde vas a dormir? Porque recuerda, no tienes un

duro y mi madre se negará a pagar tu habitación si rompes el corazón de su pequeña. Así que deja de pensar con la polla y recuerda: durante estos dos días, yo soy el amor de tu vida.

La idea de tener que pasar toda la noche actuando como un estúpido enamorado estaba empezando a darle ardor de estómago.

—Cuéntame algo sobre tus padres. ¿Qué debería esperar? —Prevenir era curar, ¿no?

—Ten cuidado con mi padre.

—¿Por qué? ¿Mutila a tus pretendientes?

Becca rio.

—No, es el bromista de la familia. Siempre tiene preparada alguna gamberrada.

—¿Qué tipo de gamberradas?

—Creo que te librarás de sus favoritas porque nos alojamos en el hotel. Mi padre adora la vieja inocentada de la caca. Recuerdo que, cuando tenía cinco años, entré en el baño y me encontré un pequeño y asqueroso tronco marrón en el asiento del váter.

Will sonrió.

—¿Qué hiciste?

—Salí escopetada gritando, por supuesto. Y grité aún más alto cuando mi padre se acercó, cogió el tronco con su mano desnuda, se lo llevó a la boca y le dio un bocado. —Puso los ojos en blanco—. Caca de chocolate. ¿Qué jodida mente enferma inventa ese tipo de cosas? —dijo ofendida. Will rio—. Probablemente, alguien como mi padre. Una vez, embadurnó unos calzoncillos de Aiden con Nocilla y luego le preguntó todo preocupado qué había pasado, delante de todos. Ese sí que fue un espectáculo de mierda, deja que te lo diga. Aiden se puso a llorar sin control, jurando que no se había cagado encima, y casi le dio una crisis nerviosa. Mi madre se cabreó con mi padre y él se disculpó en seguida. —Negó lentamente con la cabeza—. Aiden aún no le ha perdonado por ello, incluso tras todos estos años.

—¿Dejó de hacer ese tipo de bromas?

—Dios, no. Una vez nos dijo que había horneado un pastel. Parecía que estaba cubierto de azúcar glas y había decorado el borde con una especie de merengue azul.

—No era un pastel, ¿verdad? —adivinó Will.

—Sí, pero de carne. ¡El glaseado eran patatas! —Rio—. Y pensarás que tras todo eso ya estaríamos en alerta cada vez que mi padre nos ofreciese algo, pero nooo, seguimos cayendo una y otra vez. Un día, nos ofreció un pastel redondo cubierto de lo que parecía nata montada, y cuando Aiden fue a cortarlo, bajo la insistencia de mi padre, estalló. ¡Era un globo! —Rio—. Había nata montada por todas partes. Ahí mi madre también se cabreó.

—¿Tu madre nunca intentó tomarse la revancha?

—No, aunque mi padre le aseguró que no le importaría. —Rio—. No me hagas hablar del *parfait* de chocolate.

—Temo preguntar.

Becca estaba riendo de nuevo.

—Ese día, Aiden se llevó lo peor. No era chocolate, era un bloque de mantequilla pura, y se lo metió entero en la boca. Y en otra ocasión, echó colorante alimenticio a nuestros cereales y la leche se volvió verde.

—Tu padre parece un tipo divertido.

Su sonrisa se volvió afectuosa.

—Lo es. Mi madre es más estricta. Pero ¿sabes qué?, tengo la sensación de que si algún día decide desmadrarse, es capaz de superarle.

—Me dijiste que Aiden era profesor, ¿verdad?

Ella asintió.

—Siempre quiso serlo. Se graduó en físicas y luego hizo los cursos de magisterio. Es profesor de ciencias en el instituto Veritas. Sus alumnos tienen entre catorce y dieciocho años. Creo que el trabajo le está pareciendo más duro de lo que había esperado. Pero solo lleva allí un semestre. Se acostumbrará. Es ese tipo de hombre.

—¿Está saliendo con alguien?

—Ni lo sé, ni lo pregunto. No hablamos mucho sobre temas personales. El otro día me echó la charla porque había tenido que enterarse de tu existencia por mi madre.

—Así que ¿no sabe lo de Kristen?

—Nadie sabe lo de Kristen, ¿de acuerdo? Y quiero que siga siendo así. —Se quedó en silencio.

—Oye. —Will apoyó suavemente una mano sobre su brazo—. ¿Estás bien?

Becca esbozó una cálida sonrisa.

—En caso de que lo haya olvidado... Muchas gracias por hacer esto. Te debo una enorme.

—No te preocupes. —Sonrió Will—. No voy a olvidarlo. —De hecho, ya estaba rumiando cómo se cobraría su venganza.

—Y a lo mejor, también necesito disculparme —añadió ella.

—¿Por qué? ¿Por arrastrar mi culo a todo este tinglado?

—No, por obligarte a soportar las locuras de mi familia. Les quiero, claro, pero a veces son muy... impredecibles, en el sentido más raro de la palabra.

Al frente, se alzaron varios edificios de hormigón con amplios rosetones de colores. Mientras avanzaban hacia el hotel, el estómago de Will se contrajo.

«Demasiado tarde para echarme atrás».

CAPÍTULO 4



Aiden es atacado por el monstruo verde

Aiden se sentó sobre la cama de sus padres, contemplando cómo su madre se aplicaba los últimos retoques de maquillaje.

—No pareces tan mayor como para tener un hijo de veinticuatro años.

Ella entornó la mirada hacia él.

—De acuerdo, ¿qué has hecho?

Aiden parpadeó.

—¿Perdona?

Su madre rio suavemente.

—Cuando eras pequeño, cada vez que recurrías a las alabanzas, sabía que estabas tramando algo. Así que dime, ¿qué es esta vez? No has enfadado a ninguno de tus alumnos, ¿verdad? Recuerdo que me dijiste algo sobre que deberían estar en un zoológico, pero—.

—Relájate, mamá. No he matado a ninguno. Aún. —Enseñar estaba resultando ser muy diferente de lo que había imaginado. Parecía tener menos que ver con inspirar a mentes jóvenes y más que ver con cumplir objetivos. Aún recordaba sus días de instituto; ninguno de sus alumnos se habría atrevido a decir a sus profesores ni la mitad de las mierdas que le soltaban a él a diario.

—Así que ¿no hay nada que quieras o que necesites contarme? —preguntó su madre, con un brillo esperanzador en la mirada—. No has conocido a nadie, ¿verdad?

—No, mamá. Y antes de que empieces, por favor, no necesito que me listes los nombres de todas las chicas encantadoras con las que trabajas en el hotel, ¿de acuerdo?

Ella se irguió en el sitio, pero Aiden no se creyó, ni por un segundo, su ultrajada expresión.

—No iba a darte ningún nombre. Estoy convencida de que eres perfectamente capaz de encontrar una chica por ti mismo.

Aiden rio sonoramente.

—De acuerdo. ¿Quién eres y qué has hecho con mi madre? —Ella sacudió la mano con simulado desdén—. ¿Cuándo llegará Becca?

Su madre estudió su reflejo en el espejo.

—Sobre las cuatro y media. Me ha mandado un mensaje diciéndome que ya habían pasado Madison. Lo que me recuerda que tengo que llamar a Lou, el de la recepción, para asegurarme de que sepa que la habitación de Will también está incluida en el grupo de familiares y amigos.

—¿Qué regalo van a dejar en su habitación? ¿Los posavasos o las tazas de té?

Su madre rio disimuladamente.

—Ninguno. Pensé que un taza térmica sería mejor idea. —Dejó el cepillo sobre el tocador—. Tengo que admitir que estoy realmente sorprendida.

—¿Por el compromiso? ¿Por qué? Becca es espectacular. Cualquier hombre sería afortunado de casarse con ella.

Su madre puso los ojos en blanco.

—Lo sé. Pero este Will... —Frunció sus ahora rojos labios—. Me da la impresión de que no es su tipo, eso es todo.

Al principio, Aiden registró esa frase como el típico comentario de una madre que no estaba preparada para que su polluelo abandonase el nido. Pero luego, lo reconsideró.

—¿Qué sabes de él?

Ella resopló.

—Solo lo que ya te he dicho. —Estudió a Aiden—. ¿Becca te ha contado algo más?

—No. Aparte de que es astrofísico y que está enganchado al *Dungeons & Dragons*, el—.

—No me había dado esa brizna de información —le cortó su madre, abriendo la boca de par en par—. Bueno, al menos tendrás algo de qué hablar con él.

—Creo que Becca no quiere que sepamos que su prometido, en realidad, es un vampiro —dijo Aiden seriamente—. Seguro que lo han planificado todo para llegar al hotel al anochecer. Ya verás. Cuando mañana salgamos a la luz del sol hará ¡puf!, y quedará reducido a cenizas.

Su madre negó lentamente con la cabeza, riendo.

—Eres incorregible.

Aiden se inclinó hacia atrás, apoyando el peso de su cuerpo sobre las manos.

—Tengo que admitir que tengo curiosidad. ¿Qué tipo de hombre crees que ha elegido?

Ella se encogió de hombros.

—Oh, no sé. Alguien... diferente.

—Ni siquiera le has conocido aún. Espera a ver. Aunque, siendo tú, probablemente te enamorarás de él a los cinco minutos. —Miró el reloj de la mesilla—. Supongo que será mejor que vaya a prepararme. ¿A qué hora llegarán los invitados al hotel?

—Muchos de ellos ya han llegado. Lou me ha mandado un mensaje. Empezarán a servir las bebidas a las seis y el bufé dará comienzo a las siete. Tras eso, estará el baile y—.

Aiden la miró con simulado horror.

—Oh, Señor. ¿Vais a poner la música de cuando os casasteis? ¿Qué estaba de moda en mil novecientos noventa y siete? Me da miedo buscarlo en Google.

Eso le granjeó una mirada asesina.

—Nadie ha dicho que tengas que bailar.

Aiden rio.

—¿Cuándo acabará la fiesta?

—A medianoche. ¿Cogerás un taxi hasta tu casa? Puedes volver aquí con nosotros, si quieres. Becca también.

Aiden sonrió con malicia.

—¿Y qué pasa si quiere pasar la noche en el hotel con su prometido?

«Tendrán que follar en algún momento, ¿no?». Y una elegante habitación de hotel parecía una ubicación tan buena como cualquier otra.

Y hablando de sexo, las posibilidades de que él encontrara a un tipo para compartir su cama esa noche aumentarían exponencialmente si dicha cama no estuviera bajo el techo de sus padres.

—Creo que me iré a casa. No quiero dejar a Midnight demasiado tiempo con mi vecina Carol. Puede que decida que prefiere su compañía a la mía. —Rio para sí—. Ya está enamorado de su Maine Coon, Candy.

Su madre sonrió burlonamente.

—Candy. Es un nombre estúpido para un gato.

—Es mejor que llamar a un jerbo Snuffles. —Lanzó otra mirada al reloj—. Voy a ir a prepararme. —Se puso en pie—. Tengo que estar presentable para conocer a mi futuro cuñado, ¿verdad? —Miró a su madre con una reluciente sonrisa—. ¿Tienes ajos en casa? Creo que será mejor tomar algunas precauciones. Oye, ¿crees que papá podría hacernos una estaca antes de irnos?

Aaahh, si las miradas matasen.

Su madre se levantó y se giró para mirarlo seriamente.

—No me importa si Will tiene colmillos, el pelo hasta la cintura o garras. Serás amable con él, ¿me oyes? Porque es la elección de tu hermana y no quiero disgustarla.

—Seré bueno —le aseguró Aiden—. Haré que se sienta bienvenido, te lo prometo. —Hizo una pausa—. Pero tomaré prestado tu espejito de maquillaje, solo para asegurarme de que tiene reflejo.

Salió apresuradamente de la habitación, escabulléndose al pasillo antes de que su madre le lanzara el cepillo.



Aiden estaba de pie en el vestíbulo del hotel, mirando a su alrededor. Había perdido la cuenta de cuántas veces había visitado el Pfister, pero nunca dejaba de impresionarle. Desde su mullida y lujosa alfombra hasta sus techos abovedados, decorados con enormes pinturas. Siempre había tenido un aire a opulencia. De algún lugar, le llegaba la música de un piano; una suave, exquisita y discreta melodía que parecía fundirse con las charlas de los invitados que descansaban en las sillas y los sillones. La recepción estaba orientada de cara a la amplia puerta giratoria que daba acceso al recinto, y los botones iban de un lado a otro —la mayoría, sonrientes—, empujando carritos llenos de maletas y bolsas.

Ya había reconocido unos cuantos rostros entre los invitados y había intercambiado pequeños gestos de bienvenida con sus allegados y los amigos de sus padres, unos más familiares que otros. Sus padres estaban en la séptima planta, en la sala de baile, ultimando los preparativos. Su madre le había solicitado que bajara al vestíbulo para esperar la llegada de Becca y Will, y Aiden había intentado contener la risa —fallando miserablemente—, cuando le exigió que nada de indirectas sobre vampiros.

—¡Hola, Aiden!

Se giró y sonrió de par en par al ver a Mikey Pointer.

—Tienes buen aspecto, Mikey. No te había visto desde que tus padres se mudaron a Maine. —Se abrazaron. Aiden dio un paso atrás y miró a Mikey de arriba a abajo—. Dios, has crecido. —Los Pointer habían vivido al lado de los Taylor hasta que la compañía en la que trabajaba el señor Pointer le transfirió a otro Estado cuando Mikey tenía quince años. Aiden guardaba grandes recuerdos de cuando Becca y él quedaban con Mikey en la piscina para jugar y pasar el rato—. ¿Dónde están tus padres?

—Han ido a buscar a los tuyos. —Mikey escaneó el vestíbulo—. ¿Dónde está Becca? Me muero por verla. —Sonrió de par en par—. ¿Qué aspecto tiene ahora?

Aiden rio.

—Pensé que a estas alturas ya te habrías deshecho de ese antiguo flechazo. Siempre la seguías a todas partes como un perrito faldero.

—Colega, ¿te acuerdas de la vez que estaba mirando por la ventana de mi cuarto y la vi saliendo de la piscina tras su chapuzón nudista de medianoche? Tenía la piel muy pálida. No es que pudiese verla con claridad, era noche cerrada, entiéndeme, pero mi mente se encargó de añadir los detalles. No pude apartar la vista. —Se inclinó hacia él y susurró—: Y si te cuento lo que hice después...

No era la primera vez que Aiden escuchaba esa historia, pero nunca había tenido el valor de contarle que la persona a la que había estado espiando esa noche, nadando desnuda en la piscina, no había sido Becca, sino él. Por aquella época, llevaban el pelo igual de largo, así que podía entender la confusión. Señor, cuántas veces había querido decir a Mikey que había estado masturbándose pensando en su cuerpo y no en el de su hermana.

—Siento ser el portador de malas noticias, pero... está prometida.

Mikey pareció tan decepcionado que Aiden deseó abrazarlo.

—¿En serio? Bueno, suponía que alguien la atraparía antes o después. ¿Cómo es?

Aiden esbozó una irónica sonrisa.

—Ni idea. Aún no le hemos conocido. Becca le va a traer a la fiesta. Se comprometieron hace tan solo una semana. —Sacó el móvil de su bolsillo—. Quédate por aquí. Deberían llegar en cualquier minuto.

Justo en ese instante, la puerta principal giró y Becca entró en el vestíbulo acompañada de —.

«Tienes que estar de coña».

Will Bryant era jodidamente espléndido.

Era alto, pero no tanto como para resultar intimidante. Vestía un traje oscuro, llevaba la camisa blanca ligeramente abierta por el cuello y cargaba con una bolsa que se balanceaba bajo su hombro. Pelo negro, corto a los lados y más largo en el centro, y unos oscuros ojos castaños. Nada de piel pálida, sin embargo. Su piel aún mostraba vestigios de un moreno decente que contrastaba a la perfección contra el blanco de su camisa.

Aiden adoraba a su hermana, pero en ese instante, solo deseó sacarle los ojos de las cuencas.

Luego, advirtió que Mikey ya no estaba a su lado, sino avanzando apresuradamente hacia Becca, que, al verlo, dejó escapar un gritito de alegría. Durante unos segundos, la feliz pareja se mantuvo de espaldas a Aiden, y joder, eso fue aún peor. La parte inferior de la chaqueta de Will descansaba sobre lo que parecía ser un trasero gloriosamente firme.

«¿Es que no hay ninguna parte de él que no vaya a hacerme babear?».

Aiden se quedó petrificado, incapaz de apartar la mirada de Will, que ahora asentía mientras Becca hacía las presentaciones, hablando animadamente.

«Esto es muy injusto».

Mientras Aiden les observaba, Will entrelazó los dedos con Becca, acercándola aún más a su cuerpo. No solo era un hombre precioso, nooo, porque... ¿por qué tendría que ser solo eso? Aiden había salido con unos cuantos tipos en los últimos seis años —tras apartarse de la mirada vigilante de sus padres— y ninguno de ellos había tenido esos gestos con él. Habían sido más del tipo de “dividir la cuenta”, de los que se sentían incómodos, en el mejor de los casos, con las muestras de afecto.

Will se inclinó hacia su hermana y susurró algo en su oído. La inconfundible risa de Becca

navegó hasta donde se encontraba.

¿Por qué él no podía encontrar a alguien que le susurrara cosas al oído que le hiciesen reír así? ¿Alguien que le apartase los mechones de cabello de la cara?

«¿Por qué a mi me tocan las ranas y a ella el príncipe?».

Porque el prometido de su hermana tenía todo el aspecto de príncipe.

Su hermana, que aún estaba de espaldas a él.

«¿Dónde está la lanza o el rifle cuando lo necesitas?». Sabía que esos celos eran mezquinos y que estaban fuera de lugar, pero no pudo evitarlo.

Luego, lo vio. Un carrito de maletas vacío.

Eso tendría que servir. No tenía intención de infligir daño físico a su hermana —no era un bastardo—, pero sí podría empujar el carrito hasta su equipaje y, probablemente, darle un susto enorme, como solía hacer cuando eran niños.

Antes de que tuviese tiempo de cambiar de idea, Aiden cogió el carrito y lo apuntó hacia el equipaje de Becca. Le dio un empujón y lo envió rodando a través del vestíbulo.

Pero en ese momento, Will se movió, poniéndose entre su improvisada arma y el objetivo de su inminente colisión.

«Oh, mierda».

CAPÍTULO 5



Will se somete a un interrogatorio

«De acuerdo. Eso duele».

Salvo que Will no sabía qué estaba más herido, si su cuerpo o su orgullo. Porque volar por los aires profiriendo blasfemias no era su definición de “causar buena impresión”.

—Por Dios Santo, Will, ¿estás bien?

La genuina preocupación en la voz de Becca ayudó en algo a aliviar su amoratado ego. Sin embargo, antes de que pudiera responder, dos manos aparecieron de la nada y alguien le ayudó a ponerse en pie. Will miró por primera vez a ese buen samaritano y—.

Se heló.

Obviamente, Dios le había estado escuchando cuando expresó el deseo de que Milwaukee estuviese habitado por los pelirrojos más sexis de la tierra, porque... «Míralo». El tipo era sexo con patas. Su largo y ondulado cabello rojo caía libremente hasta sus hombros, enmarcando una cremosa piel, unos maravillosos ojos azul oscuro y una perfilada mandíbula que Will ansiaba acariciar y besar.

—Lo siento muchísimo.

Mierda, su voz era tan sexi como su aspecto. Profunda, resonante, el tipo de voz que podría escuchar durante todo el día.

Especialmente, en la cama.

Joder, sí.

—¿Cómo está tu espalda? —preguntó su salvador.

—¿Mi espalda? —Oh, sí, claro, su espalda. Ese lugar contra el que algo había colisionado—. ¿Qué me ha golpeado?

—Eso sería un carrito de equipajes. —Esos asombrosos ojos azules le contemplaron con sincero arrepentimiento—. Jamás podré disculparme lo suficiente.

Las palabras calaron en su mente.

—¿Por qué te estás disculpando?

—Porque es un patoso, por eso. —Becca fulminó con la mirada al objeto de su deseo.

—¿Conoces a este tipo? —preguntó Will desconcertado. En ese instante, su cerebro decidió rebobinar y miró Becca, luego al tipo y de nuevo a Becca—. ¿Estáis emparentados? —El pelo les delataba, en cierta forma. Y ahora que miraba de nuevo, definitivamente había cierto parecido.

Becca contuvo la risa.

—Si digo que no ¿me creerías? —Will frunció el ceño y ella suspiró—. Desafortunadamente, sí. Este es mi hermano, Aiden.

Vaya. Hablando de buenos genes.

La expresión de Aiden transmitía tanto horror y remordimiento, que Will se apiadó de él.

—Oye, no te preocupes, estoy bien. —Se frotó la espalda—. Solo me ha pillado

desprevenido. No bailaré mucho esta noche, eso es todo —sonrió. Aiden parecía damnificado y Will se arrepintió de ese último conato de humor—. No pasa nada, en serio. Tampoco tenía intención de acercarme a la pista de baile, de igual forma. Mis dos pies izquierdos solo provocarían caos y destrucción, haciendo miserables a todos los que me rodean, especialmente a mis parejas de baile. Estamos hablando de necesitar muletas después.

—Estoy convencido de que exageras —dijo él.

Joder, esa voz...

—Si Aiden no te ha lisiado demasiado, ¿te gustaría venir a conocer a mis padres? —Becca miró hacia el techo—. Probablemente, están en la séptima planta, en el salón de baile.

Will hizo una mueca.

—Llevamos seis horas conduciendo. Realmente, me vendría bien una ducha. No quiero que me olisqueen y decidan que quieren evitarme el resto de la noche. —Hizo un gesto hacia su traje—. Esto no ha sido una buena idea. Debería haberme puesto mis vaqueros viejos y una sudadera para el viaje.

Becca abrió los ojos de par en par.

—No sé si recuerdas que fue idea mía.

—Sí —murmuró Aiden—, suena a algo que solo se te ocurriría a ti.

—Exacto, y por eso no ha sido una buena idea —dijo Will, esbozando una sonrisa hacia Aiden. Cuando recibió otra de vuelta, su mundo se iluminó.

«Maldita sea. ¿Por qué el hermano de Becca tiene que ser tan endemoniadamente perfecto? Jodidamente encantador, con un perverso sentido del humor, una voz para el pecado... E inteligente, además». Tenía que serlo, si era profesor de físicas. Los estúpidos no estudiaban físicas.

Will no estaba seguro de si la idea de no volver a verlo —una vez Becca “rompiera” con él y terminara en la lista de personas non gratas de la familia— le consolaba o le angustiaba.

—Entonces, ve a coger tu tarjeta —le dijo Aiden—. Así podrás subir a tu habitación.

Will se encaminó hacia la recepción, esforzándose por no girarse para ver lo que el delicioso hermano de Becca estaba haciendo.

«¿Qué me había dicho sobre no pensar con la polla?».

Sí, ese barco había zarpado.

Tras registrarse, se unió a Becca, Aiden y Mikey, que estaban de pie, en mitad del vestíbulo, esperándolo.

—¿Dónde te han puesto? —preguntó Becca.

Miró la tarjeta.

—La ochocientos cuatro.

Ella sonrió de par en par.

—Esto te va a gustar. Mi madre ha conseguido las de más categoría para todos los invitados de la familia. La ochocientos cuatro tiene jacuzzi.

—Eso ayudará a tu espalda —añadió Aiden—. Tendrás tiempo suficiente para sumergirte en el agua antes de la cena.

Will se preguntó si ese comportamiento tan atento duraría todo el fin de semana y, por un breve instante, se planteó el exprimir el incidente del carrito para sonsacar toda la atención que pudiera conseguir del tipo, que evidentemente seguía arrepentido.

«Eso es mezquino».

Además, ¿qué pasaría si, en un futuro, volvía a encontrarse con alguien del clan Taylor? Al menos, quería que Aiden le recordara afectuosamente, no como el capullo ex-prometido de

Becca.

—Deja que te lleve la maleta —dijo Aiden en un tono decisivo.

Will contuvo la risa.

—Vaya. Realmente te sientes culpable por intentar matarme con un carrito de equipajes, ¿eh?

—Sí, así que discutir conmigo es inútil.

Will reconoció la tozudez en la forma en la que presionó esa gloriosa mandíbula. También era un rasgo de Becca. Su mejor amiga podría ganar unas olimpiadas en lo que se refería a cabezonería.

«No estás viendo la parte positiva de todo esto, ¿verdad? Si te acompaña a la habitación podrás pasar más tiempo con él. Y si eres muy afortunado, lo harás sin Becca alrededor».

Sí, esa colisión, definitivamente, había ralentizado su proceso de razonamiento.

Encogió un hombro tan casualmente como pudo.

—De acuerdo.

—Necesito ir a ver a mis padres —dijo Becca, inclinándose para darle un beso en la mejilla—. Cuando estés preparado, el salón de baile está en la séptima planta.

—Me aseguraré de que llegue allí —dijo Auden. Luego, sonrió—. Cuidaré muy bien de él.

Becca puso los ojos en blanco.

—Sí, ya he visto lo que significa para ti cuidar bien de alguien. Solo devuélvemelo de una pieza, ¿de acuerdo? —Dedicó una amplia sonrisa a Will—. Disfruta del jacuzzi. —Y luego, cogió su maleta y se apresuró por el vestíbulo en dirección a los ascensores situados en el extremo opuesto.

Aiden cogió la bolsa de Will.

—No tenemos prisa.

Will llevó a cabo una rápida evaluación de su cuerpo. Su espalda dolía un poco, pero no era nada que no pudiese aliviar un buen baño caliente.

—Estoy bien, en serio. —Miró hacia el techo—. Este sitio es realmente impresionante. —Una enorme lámpara de cristales colgaba en el centro del vestíbulo, iluminando la curvada pintura que representaba un cielo con nubes y querubines flotantes. Mirara donde mirara había destellos dorados. Negó lentamente con la cabeza—. Supongo que ya no construyen hoteles como este. —Aunque tampoco podía hacer comparaciones con su limitada experiencia.

Aiden le guio hacia el ascensor.

—Hay una tienda de regalos por aquí. Tiene todo lo que puedas necesitar o querer. Y también hay una cafetería. —Se inclinó hacia él con aire conspirador—. Y según dice mi madre, si te gusta el café, no bebas la sustancia marrón que hay en tu habitación.

Will sonrió.

—Eso es a lo que llamo información útil. —Pulsó el botón del ascensor y dio un paso atrás para intentar disimular el escrutinio al que estaba sometiendo a Aiden. Absorbió la imagen del hombre. Era tan alto como él, esbelto y llevaba unos pantalones negros y una camisa verde esmeralda, abierta por el cuello—. A Becca también le sienta muy bien ese verde —comentó, y justo cuando terminó la frase, se dio cuenta de lo que había insinuado.

Aiden alzó imposiblemente las cejas y sus labios vibraron, como intentando contener la risa.

—Así que me queda muy bien, ¿eh?

Afortunadamente, las puertas del ascensor se abrieron ante ellos y Will se apresuró a entrar en el pequeño cubículo, casi perforando el botón de la octava planta.

Aiden rio.

—No funcionará sin tu tarjeta. Métela en la ranura.

Eso debió demostrarle lo poco acostumbrado que estaba a alojarse en hoteles.

Las puertas se cerraron y Aiden apoyó la espalda contra una de las paredes.

—Tengo que preguntarte algo. ¿Qué piensa Becca de que juegues a *Dungeons & Dragons*?

—¿Te ha contado eso?

Los ojos de Aiden titilaron, burlones.

—¿Por qué? ¿Era un secreto?

—Me sorprende, eso es todo. No comenta nada del tema. ¿Por qué lo preguntas? —«¿Y qué más te ha contado?».

El ceño de Aiden le sorprendió.

—Solía burlarse de mí por ser un *nerd* o un *geek*, dependiendo de cómo de cabrona se sintiera ese día. No tenía permitido estar presente cuando sus amigos venían a casa porque no quería que supiesen que estábamos emparentados. —Luego, el ceño se disolvió dando paso a una enorme sonrisa—. No me puedo creer que haya madurado tanto como para permitir que su prometido conozca a sus amigos.

Llegaron a la octava planta y Aiden le guio una vez más. Will usó su tarjeta para abrir la puerta y—.

Paró en seco. No había estado seguro de qué esperar, pero ciertamente no era eso. Estaban de pie en un salón completo, con un escritorio, una nevera, un sofá que parecía cómodo, un sillón a juego y una mesita de café de cristal. Sobre ella, descansaba una taza térmica y un par de delicadas tazas de té con sus platillos, decoradas con flores de un intenso púrpura.

—Eso es un regalo del hotel —le explicó Aiden. Luego, hizo un gesto hacia la nevera—. También habrá algunas delicias para ti ahí dentro.

Will se acercó a la nevera y la abrió. Y en efecto, había una bandeja repleta de fruta fresca —manzanas, fresas, melón...—, un plato con pequeñas porciones de diferentes quesos y una caja con un surtido de pastas con el aspecto más delicioso que había visto nunca.

—Me siento de la realeza —bromeó—. ¿Han hecho esto para todos los invitados? —Cerró la nevera.

Aiden sonrió.

—Solo para los especiales. —Tosió y avanzó hacia la puerta de la izquierda.

Will le siguió y entraron en un enorme dormitorio. La cama era ancha y alta, y supuso que la puerta que se abría a un lado daría al baño. Se acercó y asomó la cabeza.

—Les gusta el mármol, ¿eh? —Era tan opulento como el resto del hotel; al menos, lo que había visto de él hasta ahora, y el jacuzzi era extremadamente tentador, pero tendría que esperar.

Tenía que conocer a unos padres.

Tenía que interpretar un papel.

Al pensar en ello, decidió que se merecía completamente esa habitación, aunque solo fuera por aguantar todos los chanchullos de Becca.

—Esta habitación es impresionante —dijo con una sonrisa.

—Nada salvo lo mejor para el prometido de Becca —sonrió Aiden. Se sentó en la cama—. Así que ¿cuánto tiempo lleváis saliendo?

De acuerdo, había esperado que le interrogaran, pero no tan pronto.

—Oh, cerca de nueve días —murmuró, mirando con anhelo la ducha.

—¿Qué?

Will se sobresaltó y giró la cabeza en dirección a Aiden.

—Un año, más o menos. —Odiaba mentir, pero no había mucho que pudiera hacer para evitarlo.

—Estás estudiando astrofísicas, ¿verdad?

Will no tenía ni idea de a cuántas preguntas iba a someterle, pero estaba convencido de que sería mejor responderlas a través de la puerta del baño.

—Realmente, necesito una ducha.

Aiden sonrió.

—Oye, no te estoy deteniendo. Solo pensé que podríamos conocernos un poco mejor, dado que vamos a estar emparentados. —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿Puedo quedarme aquí mientras te duchas?

«¿Y qué se supone que tengo que responder a eso? ¿No? ¿Y quedar como un capullo cuando su madre ha hecho todo este esfuerzo por conseguirme esta habitación alucinante?».

Lo que empeoró la situación fue que Will no pudo decidir si se sentía incómodo por la presencia de Aiden o agradecido por seguir teniéndolo cerca.

—Claro.

Salvo que estaba la delicada parte en la que tenía que quitarse la ropa.

«¿Me desvisto en el baño o hago como que no me importa una mierda y me quito la ropa aquí?».

En esos momentos, se decantó por que nada le importara una mierda.

Se quitó la chaqueta y la camisa, seguida de los pantalones, los calzoncillos y los calcetines. Completamente desnudo, deambuló hasta el baño con una serenidad que no sentía, dejando la puerta entreabierta. Luego, abrió el grifo.

—¿Qué vas a hacer cuando te gradúes? —preguntó Aiden.

—Ingeniería aeroespacial. Parece que hay muchos puestos vacantes. —Salvo que para él, solo existía un sitio, y tardaría años en poder trabajar allí. Hizo una pausa—. Becca me ha dicho que eres profesor. —Aiden no encajaba con la imagen que tenía de los profesores. Joder, ni siquiera parecía mucho más mayor que sus alumnos de último curso de instituto.

—No-no. Quiero oír hablar de ti.

—¿Estás comprobando si tengo buenas credenciales? ¿Quieres saber si puedo cuidar bien de Becca? —bromeó antes de girar el rostro hacia el chorro de agua caliente, deleitándose en la gloriosa sensación tras seis horas atrapado en un coche.

—Necesitará que la cuiden. ¿Una bailarina? Por el amor de Dios. Espera y verás. Terminará de camarera o atrapada en algún deprimente trabajo sin futuro. No la veo protagonizando un espectáculo famoso en Broadway. —Hizo una pausa—. ¿Eres jugador o Máster de la mazmorra? —Will rio sonoramente—. ¿Qué hay de gracioso en lo que he preguntado?

—Me he acordado de un chiste que me contaron hace un tiempo. ¿Cómo puedes diferenciar a un *nerd* de un aficionado al BDSM? Pregúntale qué hace el Máster de la mazmorra. —Rio. Preferiría seguir hablando de *Dungeons & Dragons* antes que soportar a alguien interrogándolo sobre su futuro.

—Entonces, ¿qué eres?

—Jugador. ¿Y tú?

—Máster. No en el sentido bondage.

Will rio suavemente.

—Me alegra saberlo. —Apagó el grifo y cogió la toalla del pasamanos—. Vaya, estas toallas son fantásticas. No tengo ni idea de cómo van a caber todas en mi bolsa. —Cuando no

hubo respuesta, asomó la cabeza por la puerta y sonrió—. Solo bromeaba. —Se retiró al vaporoso baño para secarse. Enroscó una toalla en torno a su cintura y la aseguró, advirtiéndole que una parte muy específica de su anatomía, definitivamente estaba interesada en el hombre que esperaba sentado en su cama. Miró con severidad su incipiente erección—. Lo siento, pero no puedes tenerlo —susurró—. Becca me matará si tiro los tejos a su hermano heterosexual. —Al menos, asumió que Aiden era heterosexual. Becca no había mencionado nada que indicara lo contrario. ¿Y Becca ocultándole algo así?

Sí, claro.

Deambuló hasta el dormitorio con tanta indiferencia como pudo, abrió su bolsa y sacó una camiseta, unos calzoncillos y un par de calcetines.

—De acuerdo, de vuelta a *Dungeons & Dragons* —empezó. Parecía un terreno común lo suficientemente seguro—. Sé que todos hemos hecho cosas demenciales, pero lo que quiero saber es ¿qué es lo más estúpido que has hecho durante una campaña?

Aiden sostuvo su mirada.

—Ahhh, no —dijo, negando con la cabeza.

Will rio.

—Oh, venga. ¿Por qué no? —Esbozó su sonrisa más inocente—. ¿Te avergüenza?

Aiden resopló.

—Ahí le has dado. Era nuevo y el Máster era un vacilón.

—Te diré qué —dijo Will, dándole la espalda y dejando caer la toalla—. Tú me dices tu jugada y yo te diré la mía.

El suave respingo de Aiden debió de ser su imaginación... O su optimismo.

Aiden suspiró.

—De acuerdo. No llevo tanto tiempo jugando. De hecho, puede que esto pasara en mi primera partida, pero realmente no estoy seguro. —Will ya estaba convencido de que eso era una falacia, porque ¿quién podría olvidar su primera partida? Pero se mordió la lengua y dejó que Aiden continuara—. De igual forma, el Máster nos dijo que había huellas de pisadas a nuestro alrededor. Yo quería comprobar si podía discernir algún patrón y me dijo que lanzara un dado de “Percepción”. Tras eso, me comunicó que había pisadas pertenecientes a varias razas, incluyendo una de un humano que me estaba siguiendo.

Will sonrió mientras se ponía los pantalones y se subía la cremallera.

—Oh, dime que no lo hiciste.

—Bueno, podría mentirte, pero no lo haré. —Otro suspiro—. Me pasé treinta minutos enteros intentando averiguar quién era el que me seguía, y ese capullo, y todos los demás jugadores, estuvieron partiéndose el culo a mi costa.

Will se giró para mirarlo, pasando los brazos por la camiseta.

—¿Cómo pudiste no darte cuenta de que eran tus pisadas?

Aiden le fulminó con la mirada.

—Era mi primera partida, ¿recuerdas? —Se inclinó hacia atrás, apoyando el peso de su cuerpo sobre las manos—. La reciprocidad es lo justo. Te toca.

—De acuerdo, pero esto no sale de aquí. Y con ello me refiero a que no se lo cuentes a tu hermana, ¿trato hecho?

Aiden parpadeó.

—Ahora tienes toda mi atención.

—En esa partida era un sátiro. Tenía como misión personal tirarme a uno de cada raza, al menos, una vez.

—Creo que todos hemos transitado por esa carretera en particular —murmuró Aiden.

—Sí, bueno... Durante un... encuentro, me hicieron lanzar un dado de “Control de enfermedades”. Saqué un uno.

Aiden hizo una mueca de dolor.

—*Auch*. Golpe crítico.

—Sí. Tan crítico que se me cayó la polla. El Máster pensó que estaba acabado, pero le recordé que aún tenía la lengua.

Aiden resopló.

—Yo fui un bardo bisexual. Vaya, qué sorpresa, ¿eh? —Rio—. Son famosos por intentar acostarse con todas las razas. Un agujero es un agujero, ¿no?

Will no iba a hacer ningún comentario sobre eso.

Miró su reflejo en el espejo.

—¿Qué tal yo?

El Aiden del espejo parpadeó.

—Mmm, ¿de qué estamos hablando aquí? ¿Me estás preguntando si mi bardo te habría metido en su cama o...? Necesito algo de contexto antes de contestar a esa pregunta.

«Oh, Señor».

Will agitó una mano hacia sí mismo.

—Mi ropa. ¿Qué tal voy? ¿Estará bien?

—A lo mejor, si te pones calcetines. Si apareces con los pies descalzos por la fiesta mi madre se escandalizará. —Rio—. Vas bien. Aunque puede que quieras secarte el pelo.

Will sonrió.

—No hace falta. Para cuando lleguemos al salón de baile ya estará seco.

Aiden le miró con abierta envidia.

—Desearía poder decir lo mismo. El mío tarda siglos si no lo ataco con un secador. No por eso voy a cortármelo.

—No, no lo hagas —dijo rápidamente Will. Aiden arqueó las cejas y Will reculó—. El pelo corto te daría un aspecto extraño —intentó bromear.

«Y tienes un aspecto excelente tal y como estás».

Ese fin de semana iba a poner a prueba su determinación. La probabilidad de que desvelara algo antes de que Becca y él desaparecieran el domingo por la tarde iba aumentando por segundos, y todo era culpa de Aiden.

«¿Por qué cojones tiene que ser tan...».

Perfecto. Era endiabladamente perfecto.

CAPÍTULO 6



A Will le da un ataque al corazón. Bueno... casi

Will paró ante la puerta del salón de baile. Del interior se escapaba el ruido de la música y un murmullo de voces.

—No te van a comer, lo sabes, ¿verdad? —le aseguró Aiden. Luego, sonrió con maldad—. De acuerdo, puede que te mordisqueen un poco, pero solo donde las marcas no vayan a ser visibles.

Will le miró con simulado desprecio.

—No estás ayudando. —Cada músculo de su cuerpo estaba tenso y dudaba de si sería capaz de contener las arcadas. Se limpió las manos en el pantalón.

—¿Por qué estás tan nervioso? Solo te vas a casar con su única hija, eres el primer novio que ha traído jamás para conocerlos y... Llevan años esperando este momento.

Will fulminó a Aiden con la mirada.

—Apuesto a que tus alumnos te adoran, ¿eh? Seguro que cuelgan fotos tuyas en las paredes para practicar el tiro al blanco con dardos. Tengo razón, ¿verdad?

«No sé por qué he dejado que me veas desnudo». No muchos hombres habían llegado a eso.

Para su sorpresa, Aiden apoyó una mano sobre su hombro y apretó suavemente.

—Estarás bien, te lo prometo. Están deseando conocerte. ¿Cómo no vas a gustarles? Te has enamorado de su pequeña.

Sí, eso hizo que su estómago realmente se contrajera.

«Necesito hacer la interpretación de mi vida».

Will se cuadró de hombros y Aiden retiró la mano. Luego, inspiró profundamente y dijo:

—De acuerdo, hagamos esto. —Empujó la puerta y entró al salón de baile.

«Vaaaya».

Era una amplia habitación cuadrangular decorada en blanco y dorado, cubierta por una mullida alfombra azul grisáceo adornada con elaborados y elegantes patrones de un azul más pálido. Bajo los apliques de las paredes, de un impoluto blanco, colgaban ornamentados marcos dorados que exhibían pinturas en cálidos tonos marrones y sepia. Unas enormes lámparas de cristal resplandecían en el techo junto a pequeños focos empotrados, que ayudaban a iluminar cada esquina de la sala. Las mesas redondas ocupaban la mayor parte del espacio, cubiertas por manteles blancos y rodeadas de sillas de madera dorada, y al fondo, habían dejado una zona diáfana, obviamente, para el baile.

Becca estaba allí, de pie, hablando con una pareja más mayor que debían de ser sus padres. Cuando vio a Will, soltó un gritito y se apresuró a atravesar el salón hacia él. Plantó un exuberante beso en su mejilla y luego se inclinó y susurró en su oído:

—¿Dónde te habías metido?

—Querías que causara buena impresión, ¿no? —murmuró Will, sonriendo mientras

saludaba con un gesto a los invitados que se habían girado para observarlo.

Becca lanzó una mirada asesina a Aiden.

—Te has tomado tu tiempo, ¿eh? ¿Qué has hecho? ¿Subir por las escaleras?

Aiden alzó las manos.

—Oye, le he traído de una pieza, ¿no? —Hizo un gesto de desesperación—. Creo que las siguientes palabras que tendrían que salir de tu boca son “Gracias, Aiden”.

Ese comentario le granjeó otra fulminante mirada.

—¿Después del numerito que has montado en el vestíbulo? —dijo Becca—. Tienes que besarme el culo bastante más para que pronuncie esas palabras.

Will se aclaró la garganta.

Sus padres estaban avanzando hacia ellos.

Becca se giró con una radiante sonrisa.

—Mamá, papá, este es Will.

Su padre alargó el brazo hacia él.

—Es un placer conocerte, Will —dijo, estrechándole la mano.

Era fácil darse cuenta de que Aiden había salido a su padre. Ambos tenían la misma mandíbula y la misma tonalidad de ojos. La única diferencia era la falta de pelo de su progenitor.

Su madre esbozó una educada sonrisa.

—Hola, Will. Me gustaría decir que he oído hablar mucho de ti, pero... —Miró de soslayo a Becca— sería mentira. Nos alegramos de que hayas podido venir a la fiesta. —Le abrazó brevemente—. Así que, ¿habéis hablado ya de fechas?

—¡Mamá! —dijo Becca con la boca abierta de par en par—. Acabas de conocerlo, literalmente, y ¿ya estás planeando la boda? Y la respuesta es no, no lo hemos hablado. Nos prometimos hace tan solo una semana.

—Nueve días, para ser exactos, pero ¿quién los cuenta? —dijo su madre. Hizo un gesto hacia la mesa que ocupaba el centro de la sala—. Venid y sentaos para que podamos hablar.

Will se sintió como el proverbial cervatillo delante de los faros del coche.

—Mamá, puedes interrog... quiero decir, hablar con él después —intervino Aiden—. Ahora mismo, eres la anfitriona. Así que ve a mezclarte con las masas. Tenemos toda la noche por delante, ¿recuerdas?

Will miró a Aiden con una expresión agradecida.

—Supongo —dijo ella. Cogió a su marido por el brazo y dijo—: Vaya, mira, Carl, Harriet y Walt ya están aquí. —Y con eso, le arrastró hacia la puerta.

Becca les siguió con la mirada.

—A veces me pregunto si realmente estamos emparentados.

Aiden resopló.

—Odio tener que ser yo el que rompa tu burbuja, pequeña, pero vas a ser exactamente igual que mamá cuando seas mayor. Las señales ya están ahí.

La expresión de puro horror de Becca fue casi cómica.

—Ni siquiera pienses en esas cosas.

—Necesito una copa. —Will no había tenido intención de ser tan rotundo, pero había sido un día largo y la noche prometía ser más larga aún.

—¿Qué te parece una copa de champán? —sugirió Aiden—. He visto a alguien paseando por aquí con una bandeja. Iré a pillarnos un par. —Y con eso, desapareció.

—¡Sí, a mí también me gustaría! —le gritó Becca. Negó lentamente con la cabeza—. Capullo.

—No creo que sea para tanto —murmuró Will.

Becca entornó la mirada hacia él.

—Es un capullo, ¿de acuerdo? A ti te cae bien porque nunca has tenido que convivir con él. ¿Por qué crees que evito venir a casa tan a menudo?

Will tosió.

—¿Porque estás demasiado ocupada en la cama con Kristen?

Sus ojos ardieron.

—De acuerdo, esa es la última vez que mencionas su nombre en lo que queda de noche —le amenazó. Luego, esbozó una resplandeciente sonrisa—. Tía Deborah. No te había visto desde las navidades pasadas. ¿Qué tal le va a Kelly? Mi madre me ha dicho que está estudiando para chef.

La tía Deborah resultó ser otra pelirroja —el salón, en general, estaba abarrotado de ellas— y sus ojos se iluminaron al ver a Becca.

—Sí, está terminando el primer curso de Artes Culinarias. De momento, le encanta. —Miró a Will—. Y tú debes de ser el prometido. —Otra encantadora sonrisa—. Bienvenido a la familia.

—Aún no es parte de ella —dijo rápidamente Becca.

—Pero no hay más que veros. Estaba observándoos desde el otro lado del salón. Creo que nunca he visto a una pareja tan enamorada como vosotros. —Se despidió con otra sonrisa y se alejó en dirección al fondo.

Will rio.

—Vaya, debo de ser mejor actor de lo que pensaba —dijo, puliéndose las uñas en la chaqueta.

—Y solo tienes que seguir así unas... —Becca miró su reloj—. Cinco horas más.

Will habría podido prescindir de esa dosis de realidad.



Aiden era un hombre con una misión.

Tras casi incapacitar permanentemente a Will, iba a asegurarse de que el resto de la velada transcurriese sin más sobresaltos de los imprescindibles, y con su familia, eso solo significaba una cosa: rescatar a Will cuando le viera en apuros. Lo mínimo que podía hacer para compensarle era inmiscuirse en sus conversaciones y alejarle de cualquiera que estuviese intentando interrogarlo. Y justo en estos momentos, Will se estaba hundiendo. Aiden reconoció su mirada vidriosa al instante. Era la misma que Becca lucía en cada festividad señalada, cuando se quedaba atrapada en una sala llena de familiares.

Por supuesto, salvarlo del clan Taylor era solo una excusa. Aiden no quería despegarse de él porque... porque....

Sí, no necesitaba una excusa. Will le atraía como la llama a una polilla.

«Va a casarse con Becca. No olvides esa parte».

Como si pudiera.

Aiden avanzó hacia la mesa donde Will estaba asintiendo mecánicamente en dirección a la

abuela Devlin, que cotorreaba casi sin respirar, probablemente sometiéndolo a un torrente de preguntas. Aiden había soportado esa particular tortura en varias ocasiones, y decidió que Will no se merecía un asalto tan brutal.

—Tu champán. —Aiden le tendió una copa e intentó no reír cuando Will la vació de golpe y estalló en un ataque de tos—. Sí, puede que quieras tomártelo con más calma.

Will se limpió los labios y Aiden hizo lo imposible por no quedarse embobado mirándolo. Señaló hacia un extremo del salón.

—Oye, abuela, ¿no es esa la nueva novia del tío Tim? —En realidad, no tenía ni idea de la identidad de la mujer que se colgaba del brazo de su tío, pero era justo la distracción que necesitaba.

Su abuela abrió los ojos de par en par.

—¿Quién es esa? —Y antes de que Aiden pudiera decir otra palabra, la mujer estaba alejándose de ellos.

—Si sigues así, puede que tenga que pagarte el salario de guardaespaldas —murmuró Will.

—Trato hecho —sonrió Aiden.

Will estudió su copa vacía.

—Vaya, esto no es bueno.

—No pasa nada. Te traeré otra.

Will giró súbitamente la cabeza.

—No, no me refería a eso. No soy un gran bebedor y esta copa ha bajado demasiado rápido. Voy a tener que controlarme.

—¿Qué tipo de bebedor eres? —Aiden no pudo evitar preguntárselo—. ¿Te da la risa? ¿Bailas encima de las mesas? ¿Te despelotas?

Will dejó escapar una ronca y sensual risa.

—Nada tan interesante. Hablo realmente rápido y luego, me desmayo, habitualmente en una esquina tranquila.

—Siempre podemos encontrar esa esquina tranquila ahora y hablar de *Dungeons & Dragons* —sugirió Aiden, sabiendo bien que no iba a pasar.

Beca se encargaría de ello.

Por un segundo, el rostro de Will se iluminó, pero se apagó igual de rápido.

—No puedo. No es que no me parezca una idea espectacular, pero... —Miró a su alrededor. Aiden lo pilló. Will era un buen tipo.

—Deja que te traiga una copa más y te prometo que será la última. Pero me quedaré por aquí cerca y si necesitas que te rescate, hazme una señal e interrumpiré lo que sea a lo que te estén sometiendo para liberarte.

Los oscuros ojos castaños de Will adquirieron un brillo cálido.

—Gracias.

Una voz se elevó en el centro de la sala.

—Damas y caballeros, el bufé va a dar comienzo, así que, por favor, sírvanse ustedes mismos.

Aiden sonrió de par en par.

—Picoteo. La combinación perfecta para el alcohol.

Los ojos de Will se iluminaron.

—Y esa sí que es una buena idea.

Mientras se acercaban a la alargada mesa —casi abombada bajo el peso de una montaña de aperitivos, ensaladas, cestas de pan y una selección de platos calientes—, Aiden escaneó la sala.

Becca estaba con tres de sus numerosos primos, charlando y riendo.

«Vaya prometida. Le ha abandonado».

Bueno, Aiden no estaba dispuesto a abandonar a Will a merced de los lobos.

«Sabes que esto está mal, ¿verdad?».

Ignoró la voz de su conciencia.

«Hace un segundo estabas flirteando con él».

Aiden se dijo a sí mismo que no estaba flirteando, solo estaba siendo amistoso.

«Ah, ¿sí? Así que quieres ser amigo de Will. ¿Un amigo cercano, tal vez? ¿Como de cercano, exactamente?».

A lo mejor, un poco más de alcohol silenciaría esa irritante voz.



Will debería haber sabido que el indulto no duraría demasiado. Tan pronto como terminó de llenar su plato con una pila de delicias, Becca apareció a su lado para arrastrarlo hasta la mesa de sus padres. Will miró por encima del hombro a Aiden, transmitiéndole una silenciosa súplica para que le ayudara.

Un único gesto de cabeza le dio un atisbo de esperanza.

Comer y beber bajo el constante bombardeo de preguntas fue difícil, pero se las apañó. De vez en cuando, Aiden desviaba la atención de sus padres, y Will aprovechaba para engullir su cena. Y luego, de vuelta al interrogatorio.

«No me sorprende que Becca nunca haya querido presentarles a nadie».

Ya había perdonado por completo a Aiden por casi despedazarlo con un carrito de equipajes. Desde ese instante, se había convertido en un enviado del Cielo, nada parecido al exasperante hermano que Becca le había descrito.

Y una vez hubiera terminado ese fin de semana, la probabilidad de volver a verlo sería remota; al menos, tan remota como la probabilidad de terminar confesándole al final de la noche que uno: era gay, dos: se sentía atraído hacia él y tres: incluso si Aiden no estaba interesado en hombres, Will quería que fuese su amigo.

Sí. Era más probable que se congelara el infierno.

La madre de Becca era como un perro con un hueso.

—Mamá, dale un respiro, ¿quieres? —dijo Becca—. Aún estamos en la universidad, ¿recuerdas? Luego tendremos que encontrar un trabajo. Podrían pasar años hasta que empecemos a preparar la boda.

«Y en cuestión de días, Becca y yo pasaremos por una ruptura irrevocable que probablemente acabará conmigo en la lista de personas indeseables de esta familia de por vida».

Will podía lidiar con ello. Después de todo, jamás tendría que volver a ver a ninguno de los Taylor, salvo a Becca; y si era sincero consigo mismo, a lo largo de ese último año se habían visto muy poco. Había sido reemplazado por Kristen, aunque no le importaba demasiado. Eso le dejaba más tiempo para otros pasatiempos.

Como el de encontrar a alguien con quien quemar las sábanas.

Lo que siguió a ese pensamiento fue una imagen de Aiden bajo su cuerpo, ese pelo rojizo desplegado sobre su almohada, esas interminables piernas enroscadas en su cintura...

«No quieres que todos los Taylor te den la espalda, ¿verdad?».

Aunque... Oh, Señor. Esa sí que sería una imagen.

Aiden de espaldas, acariciar esa extensión de cremosa piel hasta su estrecha cintura, sus dedos aferrándose a sus hombros mientras—.

Sí, llevaba demasiado tiempo sin echar un polvo.

Luego, se dio cuenta de que unos ojos le estaban perforando.

Becca le miraba con una expresión que transmitía claramente: «Di algo, estúpido».

Su madre parpadeó.

—¿Qué hay de malo en casarse mientras estáis estudiando? Tu padre y yo nos casamos antes de terminar nuestras carreras, ¿recuerdas? —Lanzó una mirada mordaz hacia Becca.

—Pero yo no soy tú, mamá.

Will advirtió la frustración y la desesperación adueñándose de la voz de Becca.

—Además, señora Taylor, necesitaremos—.

—Louise. Llámame Louise. Y este es Carl.

—De acuerdo... Louise. Necesitaremos un par de años para planear la boca. Mi hermana tardó siglos en encontrar un recinto disponible cuando decidió casarse con su novio. Hay una lista de espera y—.

—¿Ves, mamá? —dijo Becca—. Las cosas llevan tiempo. —Miró a Will con una enorme sonrisa, transmitiéndole que había recuperado su estatus de mejor amigo.

Con todo lo que estaba haciendo por ella, Will se merecía una membresía vitalicia.

—¿Louise? Les estás presionando —dijo Carl en un suave tono de advertencia.

Louise se puso en pie.

—¿Me disculpáis unos segundos? —Se alejó de la mesa.

Aiden la siguió con la mirada, obviamente sorprendido por su reacción.

—¿De qué va todo esto?

Carl rio suavemente.

—¿Me lo preguntas a mí? Solo llevo casado con ella veinticinco años. Aún no tengo todas las respuestas. —Sus ojos relucieron—. Puede que me lleve otros veinticinco encontrarlas.

A Will le gustaba Carl. Estaba acostumbrado a pasar mucho tiempo con sus padres, y sus constantes muestras de afecto habían sido una presencia constante a lo largo de su infancia y adolescencia, hasta el punto de que, durante mucho tiempo, creyó que todos los progenitores eran así. Hablar con sus amigos fue toda una revelación. Pero ahora, estaba frente a otra pareja cuyo amor parecía mantenerse tan fuerte como el primer día.

«Quiero ser tan feliz como ellos cuando tenga su edad».

—Rápido, ahora que se ha ido, come algo —murmuró Aiden—. No sabemos cuánto tiempo tardará en volver.

Will rio y se llevó un tenedor rebosante de ensalada de pasta a la boca.

Becca se inclinó hacia él.

—Te has tomado tu tiempo —murmuró casi sin mover los labios—. Por un minuto, pensé que me ibas a dejar lidiar sola con mi madre.

—Lo estabas haciendo muy bien —le aseguró él.

Becca resopló.

—No conoces a mi madre. Aún no ha terminado. Conozco las señales.

—¿Vienes de una familia grande, Will? —preguntó Carl.

—Tengo un hermano y dos hermanas, señor. Soy el de en medio, más o menos.

Carl asintió aprobatoriamente.

—No recuerdo la última vez que alguien de tu edad me llamó “señor”. No es que no lo aprecie, pero Dios, cada vez que lo oigo me siento anciano. Por favor, nada de formalismos. ¿A qué se dedican tus padres?

—Mi madre es profesora de instituto y mi padre enseña matemáticas en la universidad.

Aiden sonrió.

—Eso explica por qué estás estudiando astrofísica. Obviamente, lo llevas en los genes.

—Por lo que he oído, tú tampoco te quedas corto en el terreno neuronal —replicó Will.

Buen cerebro, buen cuerpo y, por si fuera poco, un Máster de *Dungeons & Dragons*. Además, era un buen tipo.

Aiden tenía todo lo que Will siempre había deseado, salvo por un diminuto e insignificante detalle.

«Es el hermano de Becca. Y tras este fin de semana, mi nombre estará maldito para esta gente».

Carl desvió la mirada hacia él.

—Will, espero que hayas comido lo suficiente. Mi mujer se dirige hacia aquí. —La vibración de sus labios le confirmó que había otra cosa que los Taylor llevaban en los genes: el sentido del humor.

Louise paró en seco tras su silla.

—Tengo noticias excitantes —dijo con las mejillas ruborizadas y ojos relucientes.

—Excitantes ¿para quién? —preguntó Aiden.

—Para Becca y Will. —Su rostro se iluminó—. Vais a alegraros muchísimo.

El estómago de Will se agitó de la misma ominosa forma en la que lo había hecho cuando Becca anunció su “compromiso”.

—¿Mamá? —El tono de alarma en la voz de Becca le dijo que no era el único que tenía un mal presentimiento sobre lo que estaba a punto de pasar.

«Becca ya había visto venir esto, ¿recuerdas?».

¿Cómo se les había ocurrido pensar en algún momento que esta disparatada idea funcionaría?

—Me he pasado por la recepción para comprobar algo. —Louise arrastró su silla hacia atrás y se sentó—. Y no vais a creeros lo que ha pasado. Justo en ese momento ha llamado el jefe de *cáterin*. El hotel acaba de tener una cancelación —dijo con una triunfal sonrisa—. A los dos minutos de llegar yo, literalmente. Como la respuesta a una plegaria.

«Oh, Señor». Will también estaba enviando una plegaria. «Por favor, no dejes que diga lo que está a punto de decir».

—Mamá, ¿de qué estás hablando? —Los ojos de Becca eran enormes.

—Ya os he apuntado. No iba a dejar pasar una oportunidad tan maravillosa.

—¿Qué oportunidad tan maravillosa? —demandó Carl—. Louise, ¿podrías soltarlo, por favor?

Louise sonrió.

—Becca y Will podrán casarse aquí. En este mismo salón, de hecho. ¿Quién dejaría escapar la oportunidad de casarse en el Salón Imperial?

«Yo lo haría. En un instante». Will no estaba seguro de si quería huir o vomitar.

Vomitara era más probable.

—¿Cuándo, mamá? —Becca había palidecido—. ¿Para cuándo, exactamente, has

reservado este salón?

—Para el veintidós de diciembre —la emoción aún era evidente en su tono.

—¿Te las has apañado para reservar este salón el año que viene? —dijo Carl—. Eso es alucinante, cariño.

Louise rio suavemente.

—No para el año que viene, tontito. Para este. Pueden celebrar su boda en menos de seis semanas. Una boda navideña. ¿No es fantástico?

«Me cago en todo».

Will iba a matar a Becca. Lentamente.

CAPÍTULO 7



Will reza para que una invasión alienígena le saque de esa pesadilla

Will lanzó una agonizante mirada en dirección a Becca.

«Tú nos has metido en este lío. Ahora, sácanos de él».

Lo único que tenía que hacer era contarles la verdad, ¿no?

—Mamá, no podemos casarnos en diciembre.

Will contuvo el aliento, esperando el estallido de furia de su familia al darse cuenta de que les había mentido.

—¿Y por qué no?

—Porque... porque...

«¡Díselo, por el amor de Dios!».

Becca inspiró profundamente y finalmente, dijo:

—Porque aún no habremos terminado la universidad. Tendremos que asistir a clase.

Will la miró ojiplático. «¿Pero qué cojones?».

—No, no tendréis clase —dijo Louise con una sonrisa de satisfacción—. Lo he comprobado. El semestre de otoño acaba el veintiuno de diciembre.

—¡Pero tenemos exámenes! —se quejó Becca.

«Va a decírselo, ¿no?».

A cada segundo que pasaba, Becca les metía en un hoyo más profundo.

«Podría decírselo yo».

Salvo que sabía que no podía.

La única capaz de parar esta locura era Becca, y por alguna razón que Will era absolutamente incapaz de entender, no estaba preparada para hacerlo.

—Lo sé, también lo he comprobado en la web de la universidad. Pero no pasa nada. Solo venid aquí en cuanto terminéis.

—Mamá, ¿es que no me estás escuchando? A ninguno de los dos nos sobra tiempo. Y por si no lo sabías, organizar una boda exige muchísimo tiempo.

Ahora, fue Becca la que le suplicó silenciosamente con una mirada agonizante.

«Bienvenida a mi mundo, chica. Se llama infierno y lo has creado tú solita».

—Lo sé —dijo Louise—. Hay que organizar muchas cosas, ¿verdad? Habrá que encargar el pastel, las flores, el cáterin... —Sus ojos se agrandaron súbitamente—. Y no olvidemos la parte más importante: el vestido.

—Exacto. Así que ¿ahora ves por qué es imposible?

El rostro de Louise se iluminó.

—No necesitaréis hacer nada. Dejádnoslo a nosotros.

—¿Nosotros? —intervino Carl riendo—. Vaya, ¿así que ahora yo también tengo que sumarme a esta locura? —Hizo un gesto hacia Will y Becca—. ¿Acaso ellos no tienen voz? Después de todo, es su boda, ¿cierto?

Louise puso los ojos en blanco.

—¿Puedes pararte a mirarlos? ¿Alguna vez has visto a dos personas más enamoradas? Solo quiero que mi pequeña sea feliz. —Miró a Becca—. Y tú también quieres ser feliz, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, pero—.

—Y no tendréis que contribuir con un centavo. Nosotros pagaremos todo.

—Y ahí estás de nuevo con el “nosotros” —murmuró Carl—. ¿Es como un tratamiento de cortesía refiriéndote a ti, “vuestra merced”, o yo también tendré que poner de mi cartera?

Louise le fulminó con la mirada.

—Solo tenemos una hija y va a casarse. ¿Me estás diciendo que no vas a hacer nada para asegurarte de que sea el día más memorable de su vida? Vamos a organizar la boda más sencilla del mundo. Lo único que tendrán que hacer es aparecer por el altar.

—¿Va a haber una boda? —La tía Deborah apareció por detrás con una enorme sonrisa.

Louise asintió.

—El mes que viene. Becca va a casarse e invitaremos a toda la familia.

Eso lo confirmó. Will estaba hasta arriba de mierda, atrapado en una pesadilla sin salida y sin alienígenas a la vista que pudieran abducirlo o invadir el planeta.

Joder, incluso una sonda alienígena por el culo era más atrayente que casarse con Becca.

—¡Vamos a tener una boda! —vociferó Deborah.

Al segundo siguiente, Will fue engullido por un mar de cuerpos mientras los invitados se acercaban a su mesa gritando sus “Enhorabuena”. Estrechó manos, recibió abrazos y múltiples labios plantaron besos en sus mejillas.

«No sabía que era posible morir ahogado en un salón de baile».

Will se estaba hundiendo como un tipo de la mafia con zapatos de cemento.

—Bueno, parece que vas a ser mi cuñado antes de lo que pensábamos —sonrió Aiden.

Will contempló la segunda copa de champán que le tendió.

«Que le jodan a todo».

La cogió, inclinó tanto como pudo el cristal y dio varios tragos. Las burbujas se abrieron camino hasta su nariz y le dio un ataque de tos que le dejó el rostro completamente carmesí.

—Oye, tómatelo con calma —dijo Aiden, palmeándole la espalda.

Will alzó la copa, ahora vacía.

—Otra.

—No creo que eso sea buena idea. A este paso, tendremos que llevarte arrastras a tu habitación.

Will no pudo evitarlo.

—Siempre que seas tú el que me arrastre... —Sonrió—. Siempre he querido colgarme del hombro de un fornido bombero. No es que tú seas un bombero, pero servirás.

—¿Qué? —Aiden parpadeó.

«Mierda».

Becca le mataría si se iba de la lengua.

«Oye, ¿mamá? ¿Por qué el prometido de Becca quiere que le salve un bombero?».

La solución a todos sus problemas era obvia: tendría que beber hasta la inconsciencia. Al menos, de esa forma no podía abrir su maldita boca para meter la pata.

Luego, se dio cuenta de que Louise le estaba hablando.

—Lo siento. Por un segundo me he quedado en blanco. ¿Qué has dicho?

—Te he preguntado quién va a ser tu padrino. Será mejor que elijas a alguien porque tendrá que organizar tu despedida de soltero.

¿Despedida de soltero? «Oh, Señor».

—Aiden podría encargarse de organizarla —intervino Becca con un diabólico brillo en la mirada—. Al menos, así haría algo útil.

—¿Perdona? —Aiden abrió la boca de par en par.

Carl estalló en una carcajada.

—Bueno, si yo me he visto arrastrado a esto, bien podrías unirme a mí.

—Oh, ¿puedo unirme yo también? —sonrió Deborah.

«Claro, ¿por qué no? Cuantos más, mejor».

Will escaneó la habitación, desesperado por encontrar a un camarero con la bandeja llena de alcohol, pero luego, se dio cuenta de que a Aiden se le había ocurrido la misma idea. Cogió dos copas y tendió una a Will, que la engulló al instante.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Louise a Deborah.

«Ooohh, déjame adivinar. Tu *poodle* llevará los anillos. Para la despedida, quieres hacerme un pastel con la forma del Infierno de Dante, y escribir con sirope de frambuesa sobre una lámina de chocolate: “Una vez entres aquí, abandona toda esperanza”. Oye, ¿al menos conseguiré a un buenorro saliendo desnudo de ese pastel?».

Sí, Will ya estaba borracho como una cuba.

—Organizaré una fiesta cóctel para la feliz pareja —anunció Deborah con el móvil en la mano—. De hecho, lo voy a añadir ahora mismo a mi agenda. ¡Oye, familia!, el tres de diciembre, mi casa, una fiesta.

Más vítores y silbidos estallaron en la sala, pero a estas alturas la mente de Will ya estaba dando vueltas. ¿O era el salón el que giraba?

Ya no era capaz de discernirlo.

—¿Dónde está mi móvil? —dijo Becca alzando la voz—. Will, ¿has visto mi móvil?

Él parpadeó.

—¿Y qué haría yo con tu móvil? Además, ¿no está pegado quirúrgicamente a ti o algo?

Ella le miró gélidamente.

—Me tomaré eso como un no, entonces. —Becca rebuscó en la mesa—. No está aquí.

—Ya aparecerá —dijo él, sonriendo—. ¿Qué pasa? ¿Hace cuánto tiempo que no hablas con...? —Guiñó. Guiño—. Ya sabes. Bueno ¿cuánto? ¿Cinco minutos? ¿Diez? O a lo mejor llevas esperando treinta minutos enteros. —Emitió un dramático respingo—. Oh, Señor.

Eso le granjeó una mirada asesina.

—Estás borracho.

Will esbozó una enorme sonrisa.

—Oye, eres buena. ¿Qué me ha delatado?

Louise se les unió.

—Aquí tienes —dijo, tendiéndole el móvil a Becca—. Lo he encontrado en tu silla. Tenía miedo de que alguien se sentara sobre él.

Becca lo cogió.

—Oh, gracias. —Se lo guardó en el bolsillo.

—Así que, Will, ¿que te parece una boda con temática navideña?

Will miró su reloj, esforzándose por enfocar las manillas.

No iba a llegar vivo a medianoche.



Aiden escaneó el salón en busca de su hermana. La música atronaba por los altavoces y al menos la mitad de los invitados estaban girando en la pista; recordaba vagamente a sus padres bailando de forma similar en Navidad, cuando su madre bebía demasiado ponche y su padre ponía uno de sus viejos vinilos.

Ver a sus progenitores moviéndose al ritmo de las *Spice Girls*, preguntándoles lo que realmente querían, tenía que estar en lo alto de la lista de cosas que más grima le daban del mundo. Y vergüenza.

Luego, encontró a Becca, que se sentaba a solas en una esquina, con el móvil en la mano, sosteniéndolo horizontalmente mientras hablaba con alguien. Lo que más le llamó la atención fue su desamparada expresión.

«¿Qué la está carcomiendo por dentro? Debería estar en la pista, con su prometido, pasándoselo en grande».

Pensando en ello, llevaba un tiempo sin ver a Will. La tentación de ir a buscarlo era enorme, pero una punzada de culpabilidad le asaltó.

Su hermana, primero.

Aiden avanzó hacia ella y, al alcanzarla, captó las últimas cuatro palabras de su conversación.

—Yo también te quiero. —Colgó y deslizó el móvil en su bolsillo.

Aiden tuvo que sonreír. Esa mirada de estúpida enamorada le dijo todo lo que necesitaba saber.

Se sentó en la alfombra junto a ella, inclinándose contra la pared.

—Eso ha sido muy tierno.

—¿El qué?

—Que no soportes estar alejada de él ni cinco minutos. ¿Ha ido al baño? —Se inclinó hacia ella y susurró—: Pero un consejo: a los hombres no les gusta hablar mientras están meando, o Dios no lo quiera, haciendo cualquier otra cosa que requiera algo más de concentración. —Hizo lo imposible por no pensar en las escasas ocasiones en las que había disfrutado del culo de un hombre con una pierna apoyada sobre la porcelana para equilibrarse. Incluso había cabalgado a un tipo sobre un váter público. Y si su móvil hubiese estallado a la vida mientras estaba... ocupado, ahora mismo estaría muerto al lado de un inodoro.

Luego, pensó que Will, en su actual estado, podría estar haciendo algo igualmente exigente.

Podría estar vomitando.

Becca le estudió con una desconcertada expresión y luego abrió los ojos de par en par.

—Ah, claro. Intentaré recordarlo.

Aiden desvió su atención a la pista de baile, advirtiendo que ninguno de sus primos menores de treinta años estaba a la vista.

—Así que... Buena fiesta.

Becca resopló.

—Las clásicas canciones de baile.

—¿Quieres decirme qué estás haciendo aquí cuando deberías estar allí? —Señaló la pista. Ella le miró fijamente en silencio.

—Estabas presente, ¿no? ¿Cuando mamá decidió arruinar mi vida?

—Lo único que ha hecho ha sido encontrarte un sitio precioso para organizar tu boda. No, espera. También se ha ofrecido a pagarlo todo, a organizarlo todo... Sí, puedo entender cómo eso arruinaría completamente la vida de alguien.

—¿Me estás diciendo que debería estar agradecida?

—Te estoy diciendo que sigue siendo tu boda. Si está haciendo algo que no te gusta, díselo. Como te ha dicho, solo quiere que seas feliz. —Se inclinó hacia ella, entrechocando sus cabezas—. Además, esto es lo que hace siempre. Ya deberías estar acostumbrada.

—Sí, claro. Decírselo. Como si fuera tan fácil.

Aiden se giró para mirarla de frente.

—Quieres casarte con Will, ¿verdad? —Cogió su mano izquierda, contemplando el sencillo anillo de oro que adornaba su dedo. Nada excesivo, pero oye, eran estudiantes—. Después de todo, le dijiste que sí.

Becca liberó su mano.

—Por supuesto que quiero casarme. Es solo que...

—Es solo mamá haciendo lo que siempre hace. Lo sé. —Sonrió—. ¿Sabes qué? Voy a ir a buscar a tu prometido para traértelo. Deberíais esperar a que pongan una canción lenta y salir ahí para hacer algo realmente romántico. Ya sabes, como nuestros padres están haciendo en estos momentos.

Becca alzó la vista para contemplar la escena. Su madre tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de su padre y una mano sobre su cuello, y su padre la sujetaba por la cintura mientras giraban lentamente.

—Son impresionantes, ¿eh? —murmuró. Luego, sus labios vibraron conteniendo la risa—. Y completamente enervantes. —Suspiró—. Ve a buscar a Will.

Aiden se levantó y le tendió una mano, alzándola hasta ponerla en pie. Para su sorpresa, Becca le abrazó.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó cuando le liberó.

—Me apetecía, eso es todo. No hay ningún motivo. —Señaló hacia la puerta—. Ahora, haz tu mejor imitación de San Bernardo y olfatea el terreno para encontrar a mi prometido. Solo que deja el barril de brandy por aquí. Creo que Will ya ha tenido suficiente por una noche.

Aiden pensaba lo mismo.

Se abrió camino entre los asistentes hasta llegar a la puerta y, una vez en el exterior, pudo respirar con más facilidad. Solo se oía silencio.

«¿Dónde te has metido, futuro cuñado?».

Aiden entró en la habitación adyacente, pero Will no estaba a la vista. Cogió el ascensor para bajar hasta su habitación, pero seguía sin haber señales de él.

Finalmente, lo encontró de pie, en medio del vestíbulo, con la cabeza inclinada hacia arriba contemplando las pinturas del techo mientras se tambaleaba ligeramente.

Aiden se acercó a él.

—Es precioso, ¿verdad?

Will se sobresaltó y sacudió la cabeza en su dirección.

—Ey, hola. Sí, lo es. —Hizo un gesto abarcando la sala—. ¿Cuándo construyeron este sitio?

—En mil ochocientos noventa y tres. —Aiden le cogió del brazo—. Venga, ven conmigo, te enseñaré fotos del hotel a lo largo de los años.

—Eso me gustaría.

Atravesaron el mullido suelo alfombrado hasta el extremo más alejado del vestíbulo.

—Por lo general, el hotel siempre tiene a un artista residente —dijo Aiden. Miró de soslayo a Will—. ¿Te encuentras bien? No tienes muy buen aspecto.

—He bebido demasiado, eso es todo. Me vendría bien algo de agua.

Aiden cambió de planes.

—Entonces, deja que te lleve a tu habitación. Podrás beber agua, tenderte un rato, irte a dormir... Lo que quieras.

—¿Y qué hay de la fiesta?

Sonrió.

—No te preocupes por eso. Van a pasárselo bien estemos allí o no. Piensa en ello. ¿Qué es mejor, estar tranquilo en tu habitación o volver a la fiesta y vomitar sobre los zapatos preferidos de tu futura suegra?

Will frunció el ceño.

—Espera. No sabía que esa era una opción. —Suspiró—. Si lo pones así, a lo mejor descansar un poco es lo mejor para todos.

«Claro, porque desaparecer de la fiesta no es extraño para nada».

Aiden le guio hasta el ascensor. Cuando alcanzaron la octava planta, se dio cuenta de que algo le había estado inquietando desde que abandonó el salón de baile. Había preguntado a Becca si realmente quería casarse con Will, y ¿cómo le había contestado ella, exactamente? "Por supuesto que quiero casarme", eso le había dicho.

«Pero eso no ha respondido a mi pregunta».

CAPÍTULO 8



Will está de resaca

13 de noviembre, 2022. Domingo

Lo primero que hizo Will una vez abrió los ojos fue comprobar su cuerpo para asegurarse de que no se había hecho ningún tatuaje. Uno de sus compañeros de universidad había acabado con uno durante su primer año de carrera, y ahora tenía sobre la tripa al dinosaurio con el aspecto más ridículo del mundo.

Al descubrir que su piel seguía intacta, suspiró de alivio. Por lo visto, todas las tiendas de tatuajes a la redonda debían de estar cerradas. Gracias a Dios.

Se impulsó con una mano para levantarse de la cama y avanzó en dirección a la ducha para dejar que el agua caliente hiciera su magia. Al salir, casi volvió a sentirse humano. El desayuno se encargaría del resto, pero de ninguna forma iba a bajar al restaurante del vestíbulo; a estas horas, estaría inundado de gente frente a la que se había emborrachado la noche anterior.

Su habitación era una opción más segura.

Llamó al servicio de habitaciones y pidió unos huevos con salchichas, beicon, pan inglés y café. Probablemente, necesitaría reponer varias veces este último.

Mientras esperaba, su móvil vibró, y miró la pequeña pantalla.

Becca.

Oh, bien. Tenía que aclarar algunas cosas con ella. Muchas, de hecho.

BECCA: ¿Estás despierto?

Will resopló y tecleó la respuesta.

WILL: Son las siete y media. Por supuesto que estoy despierto.

BECCA: Mi madre se preocupó cuando no volviste a la fiesta.

Frunció el ceño. «¿No volví? Aaahh, cierto». Recordaba vagamente a Aiden ayudándolo a entrar en su habitación. También recordaba haberle dicho que necesitaría ayuda para desvestirse.

«Oh, Señor».

No podía pensar en eso ahora. Su cabeza ya le estaba matando.

Tecleó.

WILL: Siento haber desaparecido así, pero no estaba en mi mejor momento.

Becca le envió un emoticono poniendo los ojos en blanco.

BECCA: No te perdiste demasiado. Solo a mi tío Tim intentando hacer el numerito de

Dirty Dancing con su novia. Luego, la tía Deborah se subió a una mesa y comenzó a desnudarse con una canción de Rihanna.

«Me cago en todo. ¿En serio?».

Becca envió varios emoticonos de risas.

BECCA: Eres demasiado incrédulo, Bryant. Es muy fácil vacilarte.

Luego, Will recordó lo que había pasado realmente.

WILL: Así que ¿qué vamos a hacer ahora?

Durante unos segundos no hubo respuesta, y luego, sonó el silbido del mensaje.

BECCA: ¿Sobre qué?

Tenía que estar de coña.

WILL: Oh, no sé. ¿Sobre el hecho de que vamos a casarnos el mes que viene?

BECCA: Ah. Eso.

Will miró a su alrededor en busca de una de las típicas libretas de hotel para dibujar todas las formas imaginarias en las que iba a matarla.

WILL: Sí. Eso.

BECCA: Así que te acuerdas de eso.

Will rio sonoramente.

WILL: Es muy difícil olvidar el motivo por el que quería emborracharme.

La pantalla mostró “Escribiendo...” durante unos interminables segundos, y luego llegó el mensaje.

BECCA: Ahora mismo, no tengo ni idea de lo que vamos a hacer.

Will parpadeó, con los dedos revoloteando apresuradamente sobre las teclas.

WILL: ¿En serio? Porque yo veo una solución muy obvia. Díselo. A. Tu. Madre.

BECCA: No puedo. Aún no.

WILL: ¿Entonces cuándo, Becca? ¿Cuando nos pregunte si nos hemos sacado la licencia matrimonial? ¿Cuando vayáis a probaros el último arreglo del vestido? ¿O cuando tu padre esté a punto de llevarte por el pasillo al altar?

BECCA: No hay pasillo. Es un salón de baile.

WILL: ¿Me vas a venir ahora con esos detallitos?

Alguien llamó a la puerta y Will gruñó.

Café. Comida.

Una vez el camarero se hubo ido, con una propina de cinco dólares guardada a buen

recaudo en su bolsillo, Will se sirvió una humeante taza de café y se metió una crujiente loncha de beicon en la boca, comprobando su móvil para ver qué tenía planeado hacer Becca para sacarlos de la montaña de mierda en la que les había metido.

BECCA: Se lo diré, ¿vale? Solo voy a esperar al momento adecuado. ¿Qué planes tienes para ahora?

Will sabía lo que era la evasión cuando la veía, pero tenía demasiada resaca como para seguir danzando sobre el tema.

WILL: Ahora mismo, intentar que mi cerebro deje de martillearme el cráneo. A lo mejor, salgo a dar una vuelta.

Miró hacia la ventana. El alfeizar estaba cubierto por casi tres centímetros de nieve.

WILL: O a lo mejor no. ¿A qué hora nos vamos de aquí? Tenemos que dejar las habitaciones a las once.

BECCA: Podemos dejar tu maleta en recepción hasta que estés preparado para marcharnos. Te recogeré en la puerta del hotel a las dos. No quiero llegar demasiado tarde a casa. Oh, y estás invitado a pasar Acción de Gracias con nosotros.

Will se llevó un tenedor rebosante de huevos revueltos a la boca, tecleando al mismo tiempo.

WILL: ¿Cuándo ha pasado eso?

Genial. Otra oportunidad de quedar como un auténtico estúpido delante de la familia de Becca.

Delante de Aiden.

BECCA: Anoche. Cuando todos dejaron de bailar. ¿Sabes qué? Dar una vuelta es una gran idea. Te aclarará la mente. Llamaré a Aiden para que me sugiera algún sitio. Es el excursionista de la familia.

Y ahí estaba, otra cosa más que le gustaba de Aiden. Salvo que Will no estaba seguro de si quería volver a estar cerca del hombre tras su comportamiento de la noche anterior.

WILL: No. No le preguntes nada. No quiero ponerlo en un compromiso.

Ninguna respuesta.

WILL: ¿Becca?

BECCA: No le has contado nada, ¿verdad?

WILL: ¿Qué? No.

Al menos, eso esperaba. Esa parte estaba un poco... borrosa.

BECCA: ¿Ni siquiera una pista?

WILL: Bueno, tuve un pequeño desliz.

De acuerdo, dos. Probablemente.

WILL: Pero estoy seguro de que lo achacó a que estaba ciego.

BECCA: Será mejor que sea así. *Ups*. Me llama mi madre. Te veo a las dos.

Will terminó de desayunar y se sirvió otra taza de café.

Ni hablar de salir a dar una vuelta. Un par de horas más de sueño harían maravillas en su cuerpo.

Salvo que sabía lo que estaría esperándole tras los párpados cerrados.

Un cierto pelirrojo, con los ojos del azul más impresionante que había visto en la vida y una sonrisa que le enternecía y le excitaba a partes iguales.

Un cierto pelirrojo al que puede que hubiese revelado demasiado.



Aiden acababa de terminar de desayunar cuando sonó el timbre de su puerta. Sonrió mientras avanzaba hacia el vestíbulo para abrirla.

Carol apareció ante él, sosteniendo un transportín.

—Un felino, presentándose al servicio.

De detrás de la pequeña reja, Midnight le miró y luego, se giró para mostrarle el culo.

«Genial. Esta noche mi gato me enviará a dormir al sofá».

Cogió el transportín.

—¿Todo bien?

Carol sonrió burlonamente, siguiéndolo al interior de la casa.

—Si llamas bien a pillarle en el armario intentando montar a Candy, entonces, claro, ha estado muy bien. Seguía dudando entre si esterilizarla o no, pero a lo mejor, ha llegado el momento de hacerlo. Ya sabes, antes de que mi casa se llene de arañazos de garras diminutas.

Aiden rio suavemente.

—¿Crees que tu asociación podría ayudarme con gatitos en celo permanente? A lo mejor, debería investigarlo. A menos que sean gatitos humanos. En ese caso, yo podría ayudarlos.

Aiden dejó el transportín en el suelo de la cocina y abrió la puerta para dejar salir a Midnight, que no tardó ni un segundo en correr hacia el salón. Luego, cogió la botella de vino que había dejado preparada sobre la encimera y se la tendió a Carol.

—Muchas gracias.

Ella sonrió.

—Cuando quieras.

Aiden la acompañó a la salida y cerró la puerta. Cuando se giró, se encontró a Midnight sentado en mitad del vestíbulo, con la cola enroscada en torno a su cuerpo hasta cubrir sus patas delanteras, mirándolo fijamente.

—Hola, gatito. ¿Me has echado de menos?

Midnight bostezó.

—No seas así. Por lo que me han contado has pasado una gran noche, así que no me vengas con esa indiferencia. Ambos sabemos que cuando me dé la vuelta, irás corriendo a poner

otra muesca en ese árbol rascador tuyo.

Midnight bostezó de nuevo.

Aiden sonrió.

—A lo mejor, debería ir al veterinario con Carol. ¿Crees que nos harán descuento si os esterilizamos a Candy y a ti a la vez? —Jamás había visto una expresión de tanto horror en un gato.

Su móvil vibró y lo cogió para mirar la pantalla.

«Ajá. La futura novia».

Pulsó “Contestar”.

—Buenos días. ¿Qué tal tu cabeza? Sospecho que mejor que la de tu prometido.

—Necesita algo de aire. ¿Me recomiendas algún sitio para enseñarle?

«Aquí. Enséñale mi casa para que podamos conocernos mejor».

Su versión de conocerse mejor requería de una cama y poca ropa.

«Aunque estaría igual de feliz hablando con él de *Dungeons & Dragons*, la verdad».

Sí, ese pensamiento era triste.

—¿Aiden? ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí. Siempre puedes llevarle al lago. Es un sitio muy bonito.

—Esa es tu idea de pasarlo bien, ¿verdad? Ahora entiendo por qué no tienes novia.

«No, no lo entiendes. Y va a seguir de esa forma».

—Déjame a mí. Envíame su número. ¿Cuánto tiempo os vais a quedar en Milwaukee?

—Nos iremos a las dos.

Eso le daba unas cuantas horas con las que jugar.

«Y recuérdalo. Jugar con las horas, no con Will».

—Te deseo que pases una estupenda mañana con papá y mamá —dijo Aiden sonriendo para sí. No se cambiaría por Becca ni por todo el oro de la cueva de un dragón.

Según colgó, su móvil volvió a vibrar de nuevo, y río. «Ahora, ¿qué?».

Era su madre.

Cogió la llamada, y lo primero que llegó a sus oídos fue el familiar canto de los pájaros.

—¿Mamá? ¿Eso es un carbonero? —Desde que su padre comentó que parecían R2D2, su trino siempre le hacía sonreír. Ya no podía quitárselo de la cabeza—. ¿Dónde estás? —Había demasiado ruido de fondo como para que estuviera dentro de su casa.

—En el jardín —dijo en un susurro—. Y me estoy helando, así que esto va a ser una llamada muy rápida.

—Pero ¿por qué estás en el jardín?

—Porque no quiero que me oiga Becca, ¿de acuerdo?

De acuerdo, su madre se traía algo entre manos.

—Habla rápido mamá, antes de que se te congele algún miembro y empiece a caerse.

—Anoche, tu hermana se dejó el móvil en la silla y—.

—Lo sé. Estaba allí, ¿recuerdas?

—Vale. Pero no... No se lo devolví inmediatamente.

Aiden dio un respingo de simulado horror.

—Mamá, dime que no lo cotilleaste.

Su resoplido casi le deja sordo.

—Soy madre. Por supuesto que lo hice.

Sabía que se odiaría a sí mismo por preguntar, pero...

—¿Y? ¿Descubriste algo?

—¿Qué piensas de Will?

Lo aleatorio de la pregunta le desconcertó.

—Me gusta. ¿Por qué?

—Oh, estoy convencida de que es una persona encantadora, ¿pero realmente es el tipo de chico con el que imaginabas que se casaría Becca?

—Oh, Señor. ¿Qué has encontrado en su móvil?

—Lo que me preocupa es lo que no he encontrado.

«¿Qué?».

—Mamá, lo que estás diciendo no tiene sentido.

—Solo miré porque estaba segura de que no era el hombre para ella, ¿de acuerdo? Y después de ver sus fotos...

—¿Que hiciste qué? Mamá, eso es horrible.

—Pero no tenía ninguna foto de ellos juntos ni nada.

—¿Y? No tendrías que haberlo hecho de igual forma. —Cuando no contestó, el vello de sus brazos se erizó—. ¿Mamá? ¿Qué has descubierto?

—Nada que te concierna.

—¿Sabes qué? No nos concierne a ninguno, porque es cosa de Becca, ¿lo pillas?

—Tu padre me está llamando. Tengo que irme.

—Mamá, no me cuel—.

«gues».

Aiden miró fijamente su móvil, con la mente revolucionada.

«Esto ha sido extraño».

Un suave pum le sobresaltó y cuando Midnight saltó sobre su regazo casi se muere del susto.

—Vaya, así que ¿ahora quieres hablar conmigo? ¿Significa eso que me has perdonado por darte la oportunidad de echar un polvo?

Midnight se movió sinuosamente y entrechocó la cabeza contra su barbilla. Aiden acarició distraídamente el sedoso pelo negro. No podía explicar la ausencia de fotos; no, cuando Becca y Will se conocían desde hacía tres años y llevaban saliendo juntos, al menos, uno de ellos.

Solo había una vía de actuación.

Aiden cogió su móvil y marcó el número que Becca le había enviado. Sonó tres veces antes de que Will respondiera al otro lado de la línea.

—¿Hola?

—Will, soy Aiden. Becca me ha dado tu número. Escucha, ¿quieres bajar al lago conmigo? Podemos comprar unas bebidas calientes y unos aperitivos en la cafetería, sentarnos allí y contemplar el paisaje.

«Y hablar. Porque, definitivamente, vamos a hablar».

Hubo una pausa.

—Claro. Pero puedo llevar los aperitivos que hay en la nevera. Si no, no se los comerá nadie, y eso sería un crimen.

Aiden rio.

—Mételos en una bolsa. Te recogeré en el vestíbulo en treinta minutos, más o menos.

—Genial. Nos veremos allí.

Aiden colgó y rascó a Midnight detrás de las orejas.

—Lo siento, pero voy a tener que dejarte solo un rato.

El felino ronroneó bajo sus manos, comportándose como el epítome del gato perfecto, pero

Aiden no se dejó engañar. Conocía a Midnight.

«De acuerdo, abandóname de nuevo. Te dejaré unos cuantos regalitos por la casa. Donde menos te lo esperes».



Aiden dio un sorbo a su taza.

—Así que tú y Becca sois amigos desde ¿hace cuánto? ¿Tres años? —Tras el parabrisas se extendía el lago Michigan. A pesar de que estaba nublado y el sol no se reflejaba sobre su superficie como hacía habitualmente, el lago seguía conservando una cierta majestuosidad. ¿Cuántas veces había bajado allí para contarle sus problemas al agua, sabiendo que la corriente se los llevaría?

Will asintió.

—Aunque hay veces que parece más tiempo.

Aiden rio.

—Sé de lo que hablas.

—Tu hermana puede ser absolutamente adorable. —Sonrió—. La he pillado algunas veces escuchando música con los cascos y bailando frente al espejo.

Aiden soltó una carcajada.

—¿Aún sigue haciendo eso? ¿Y qué me dices de cuando piensa que nadie la está mirando y hace un puchero hinchando las—.

—¡Mejillas! —rio Will—. Oh, Señor, ¿cuánto tiempo lleva haciendo eso?

—Desde que tenía seis.

—¿También se tomaba el postre antes que la comida principal?

Aiden rio.

—Dios, sí.

—¿Y se cabreaba cuando alguien cogía algo de su plato?

Aiden señaló una diminuta cicatriz en su dedo meñique.

—*Sip*. Recibí esto cuando intenté robarle una patata. Me apuñaló con el tenedor.

Will dio un respingo.

—¿En serio? —Aiden empezó a reír de nuevo y Will sonrió—. Me gusta tu risa. —Se aclaró la garganta—. ¿Qué es tan gracioso?

—Cuando era pequeña, tenía la extraña idea de que si usaba champú por todo el cuerpo, no solo sobre su cabeza, le saldría pelo por todas partes y se convertiría en un mono.

Will rio suavemente.

—Eso es encantador. Pero ¿sabes lo que es realmente encantador? Cuando bajamos a la ciudad a hacer compras y tenemos que cruzar la acera. Agita la mano hacia el semáforo y—.

—¡Se pone en verde! ¿Aún sigue haciendo eso? Solía decirnos que era su poder secreto. —Dio otro largo sorbo a su bebida—. Es bueno saber que algunas cosas nunca cambian.

Puede que su madre pensase que Will no era el hombre adecuado para Becca, pero el afecto con el que hablaba de ella tranquilizó a Aiden.

«Realmente la quiere».

Su madre se estaba preocupando por nada. Estaba seguro de ello.

—Supongo que te veré en Acción de Gracias —murmuró Will, contemplando las pequeñas olas que se superponían en la orilla.

—Supongo.

Solo once días para el evento.

—Sobre mi despedida de soltero... No tienes que organizarla, ¿sabes? —Will se mordió el labio—. Becca no tiene que salirse con la suya siempre.

—No te preocupes. No me importa. En serio.

—¿Y quién sabe? Puede que no quiera tener una despedida de soltero. Pueden pasar muchas cosas antes.

«¿Como cuáles?».

—¿Hay algo que quieras contarme?

A lo mejor, su madre no estaba tan alejada de la verdad, después de todo.

Will parpadeó.

—No, por supuesto que no. —Aiden no estaba convencido de ello—. Creo que deberíamos ir volviendo al hotel. Becca llegará pronto.

Aiden emitió un enorme suspiro.

—Un trayecto de vuelta a Minneapolis con mi hermana. Lo lamento por ti.

«Y quieres cambiar de tema, ¿verdad?».

Lo que preocupaba a Aiden era por qué.

—Sobre anoche... —empezó Will—. No hice nada... estúpido, ¿verdad? Ni dije nada estúpido, ¿no?

Aiden arqueó las cejas.

—No más que cualquier otro cuando va borracho. —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿No te acuerdas?

—Sí... Bueno, no... Está un poco... borroso.

Aiden no pudo resistirse.

—Así que ¿no recuerdas que me pediste que te quitara la ropa y te metiera en la cama?

El horror en su expresión fue todo lo que había esperado de un hombre hetero.

—Oh, Señor. Ahora estoy empezando a recordar algo. ¿Me haces un favor? No cuentes nada de esto a Becca. —Le miró suplicante—. ¿Por favor?

Aiden rio disimuladamente.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—No te pedí que te metieras en la cama conmigo, ¿verdad?

«No tuve tanta suerte».

Aiden esbozó una amable sonrisa.

—No estabas tan borracho.

«Genial. Ahora puedo ver mi futuro claramente. Años y años de Navidades, Acción de Gracias, cumpleaños, reuniones familiares... Y siempre estaré soñando con follarme a mi extremadamente heterosexual cuñado».

Dios le odiaba. Eso era todo.

CAPÍTULO 9



De repente, la vida de Will ha dejado de ser suya

15 de noviembre, Martes

—¿Que vas a qué? —El aullido de Kristen probablemente habría podido oírse desde el espacio, ni qué decir desde la pequeña cocina en la que estaba Will—. ¿Cómo cojones te has prometido a Will? ¿Estás de coña?

Él había estado preguntándose lo mismo.

Un segundo después, la puerta de la habitación de Becca se abrió bruscamente y Kristen salió echa un obelisco con los ojos en llamas y la mandíbula tensa. Cogió su abrigo de la silla donde lo había lanzado y desapareció tras la puerta principal, cerrándola con un sonoro pum.

Will hizo una mueca. «Bueno, eso ha ido bien».

Becca apareció en el umbral de su habitación, con los ojos enrojecidos y la cara hinchada.

—¿Lo has oído?

Él resopló.

—Creo que toda Minnesota lo ha oído. A lo mejor, incluso parte de Iowa, Wisconsin y Dakota del sur. —La miró atónito—. ¿Cómo pensabas que iba a tomárselo? ¿“Vaya, Becca, eso es maravilloso. Me alegro muchísimo por ti”? —Entornó la mirada hacia ella—. Le has dicho que realmente no vamos a casarnos, ¿verdad? Que esto solo ha sido una estratagema tuya para sobrevivir a la fiesta de aniversario de tus padres. Que no querías que tu madre intentara liarte con todos los empleados del hotel disponibles, y por disponibles, me refiero a todo aquel que tenga pulso. ¿Verdad?

—No es tan mala —replicó Becca. Will se limitó a observarla y ella se desmoronó—. De acuerdo, sí lo es. ¿A quién intento engañar? Ha empeorado con los años. Como si estuviera llevando a cabo una misión de Dios para casarme. —Miró la puerta principal—. Creo que Kristen está enfadada sobre todo porque no he confesado a mis padres que soy lesbiana y no les he hablado de ella.

Will había oído lo suficiente.

—¿Sabes qué? No puedo lidiar con todo esto. Tengo que prepararme para mis exámenes. Y tú también. —No necesitaba esta mierda esquilmando sus neuronas.

Becca apoyó las manos sobre sus caderas.

—Bueno, tendrás que lidiar con unas cuantas cosas. Mi madre se ha mantenido muy ocupada llenando de eventos mi agenda, y la tuya, para las próximas cinco semanas.

Will se heló.

—¿Pero qué cojones?

Becca asintió.

—Ya estás al tanto de la fiesta de la tía Deborah. Ahora, mi madre ha reservado cita en el *Strike Bridal Bar* para ver vestidos el sábado por la mañana. —Will sonrió burlonamente y ella

le fulminó con la mirada—. ¿Crees que eso es divertido?

—Claro. No voy a ser yo al que van a vestir como un merengue.

Sus ojos se iluminaron con malicia.

—Odio tener que estropear este momento de diversión, pero yo no me reiría tanto si fuese tú. No, cuando tú también tienes que venir para elegir las flores. Y el pastel. Mi madre también quiere que le demos el visto bueno al menú. Y el fin de semana siguiente es Acción de Gracias, donde tendrás la oportunidad de volver a ver a toda mi familia.

Will lanzó las manos al aire.

—Para ser una boda que jamás va a celebrarse se está apoderando de mi vida. —Y a Becca no parecía importarle una mierda. Si acaso, lo estaba disfrutando.

Cuando Becca estalló en llanto, se heló.

—Lo siento mucho, ¿de acuerdo? No tenía ni idea de que mi madre llevaría las cosas tan lejos. Sé que te prometí que todo habría acabado este fin de semana, pero esta situación me ha sobrepasado. —Se limpió los ojos—. No te enfades conmigo, por favor, Will. No podría soportar perderte como amigo. Hemos pasado por muchas mierdas juntos como para dejar que esto nos separe.

La envolvió en un fuerte abrazo.

—Oye. Todo irá bien.

—¿Tú crees? Yo... —Lo que quiera que estuviese a punto de decir, se perdió cuando la puerta principal se abrió y Kristen entró, limpiándose los ojos.

Paró en seco frente a Becca.

—Cariño, tienes que hacer algo.

Will resopló.

—Llevo diciéndole eso desde el sábado. A ver si tú tienes más suerte que yo. —Y con eso, salió del apartamento compartido de Becca en dirección a su propio alojamiento que compartía con nadie.

Mientras atravesaba el campus, su cerebro se mantuvo ocupado explorando todas las opciones, pero de momento, solo le venía una solución a la mente.

Matar a Becca.

«Un poquito violento, a lo mejor. Becca no estaba actuando ahí dentro. Realmente está hecha polvo».

De acuerdo, a lo mejor, matarla, no. Solo... torturarla un poco.

Su móvil vibró y Will supo que sería un mensaje de Becca, pidiéndole que volviera.

«Buena suerte con eso». Ya había arruinado su tarde y no iba a dejar que se acercase a él esta noche.

Luego, vibró de nuevo, y Will gruñó. «¿Podrías dejarme un rato en paz?». Lo sacó del bolsillo de sus vaqueros, preparado para mandarla a la mierda, pero paró en seco en medio del paseo cuando vio el nombre de Aiden. Justo en ese instante, alguien chocó contra su espalda.

—¡Necesitas ponerte luces de freno, colega! —gritó una voz.

—Lo siento —se disculpó Will mientras el estudiante pasaba a su lado.

Se aseguró de que no estaba obstaculizando el paso a nadie antes de leer el mensaje.

AIDEN: Mi madre me ha dicho que te pasarás por aquí este fin de semana. ¿Quieres que quedemos para hablar de la despedida de soltero? Estaba pensando en organizarla para el diez de diciembre.

Genial. Primero, Becca, y ahora, su hermano.

Su increíblemente atractivo y heterosexual hermano, que iba a convertir todas las reuniones familiares en un jodido infierno una vez se casa—.

De acuerdo, estaba empezando a sonar tan delirante como Becca.

«No vamos a casarnos, ¿recuerdas?».

Will pulsó “Llamar” y cuando Becca contestó a los dos tonos, soltó:

—No voy a seguir jugando, ¿entendido?

—Oh, claro. Como que es tan fácil.

—Voy a contar la verdad a Auden. —Era más sencillo que contárselo a sus padres. Y además, una vez lo supiese su hermano, se enterarían bastante rápido.

—¡No puedes! —soltó Becca.

—¿Tú crees? Mírame.

—Pero Will, yo—.

—Pero Will nada. ¿Cuál es la alternativa? Seguirte la corriente hasta que me encuentre, de repente, en un salón lleno de invitados, con el aspecto de un pingüino y subir al altar para decir a cientos de personas: “Vaya, lo siento, esta boda no va a pasar. Era una broma, ¿vale? Ya sabéis. Ja, ja, ja”. —Hizo una pausa para tomar aire—. Aún hay tiempo. Podemos romper. Di a tus padres que conocí a tu familia y cambié de idea.

—¿Qué? ¿Qué hay de malo con mi familia? —Su voz se llenó de indignación.

Will alzó la mirada al cielo.

—Citando a tu novia; ya sabes, esa con la que realmente quieres casarte: ¿Estás de coña?

—¿Quién dice que quiero casarme con Kristen?

—Espera —dijo Kristen de fondo—. ¿No quieres casarte conmigo?

—Oh, joder —dijo Will, mientras oía a Becca suplicando a Kristen que no huyera de nuevo, gimoteando que por supuesto, por supuesto que quería casarse con ella. Lo haría en un instante. Incluso llegó a decirle que ya había elegido un vestido para la ocasión. Cuando oyó la laboriosa respiración de Becca al otro lado de la línea, rio disimuladamente—. ¿Ves? Realmente quieres casarte con ella. Dile que creo que sería una novia preciosa.

—Lo he oído —dijo Kristen de fondo—. Gracias, Will. Es bueno saber que alguien está de mi lado.

—Cariño, estoy de tu lado, en serio —gimoteó Becca. Luego, desvió su atención hacia él—. Mira lo que has hecho.

—¿Lo que yo he hecho? Chica, estás delirando. Así que, este es el trato. Iré contigo a Milwaukee este fin de semana, pero con una condición. Antes de que tu madre suelte la pasta para un vestido, las flores, el cáterin y lo que sea, le dices que esto se ha acabado. Hemos terminado. ¿Lo entiendes? Una fiesta, me dijiste. Romperíamos justo después, me dijiste. Bueno, esto ha ido mucho más allá de lo que acordamos, y si crees que voy a dejar que me avasalles, piénsalo de nuevo.

—Will... No... No puedo decírselo. Aún no. —La tensión en su voz era demasiado real, demasiado sentida, y Will se serenó.

Inspiró profundamente.

—Entonces, dame una buena razón para no hacerlo. ¿Por qué sigues jugando a esta... farsa, Becca?

—Porque...

—Sigo aquí. Esperando.

Su suspiro le llegó al corazón.

—Adoro a mi familia, ¿de acuerdo? Estoy esforzándome mucho por encontrar la forma de decírselo sin tener que perderlos, pero lo mire como lo mire, sé que una vez que se lo diga, se apartarán de mí. —Hizo una pausa—. Sé que te estoy pidiendo muchísimo, pero por favor, por favor, dame un poco más de tiempo. Te juro que lo solucionaré. Solo tengo que descubrir cómo.

Will también suspiró. Podía entender el deseo de mantener a su familia. Tenía amigos que habían salido del armario y la cosa no había ido demasiado bien.

—Supongo... Supongo que puedo entenderlo. Pero solo para que quede claro: no voy a casarme contigo. —Resopló—. Y no vamos a tener hijos.

Becca casi se ahoga con su propio aliento.

—¡No digas esas cosas!

Suspiró una vez más.

—Y para que conste en acta, tu familia me cae realmente bien.

—Sí, me dio esa impresión.

—No es que importe cómo me caigan porque no vamos a casarnos, ¿recuerdas? Pero Aiden parece un tipo majo.

—Sí, tú también le caes bien. Supongo que es porque los dos sois *nerds*. Es una pena que no vayas a ser su cuñado. Le habría gustado. —Una pausa—. Tengo que irme. Tengo una novia a la que mimar.

—Más te vale —dijo Will y colgó.

Para cuando llegó a su apartamento, su mal humor había desaparecido, junto con todo pensamiento sobre bodas, despedidas de soltero y matar a Becca. Tenía mucho trabajo por delante y necesitaba mantener la mente despejada. Tan pronto como llegó a su habitación, el móvil sonó de nuevo.

«Genial, ¿ahora qué?».

Era su padre.

—Hola, ¿qué tal te va con los estudios?

«Me iría mejor si la gente me dejara en paz para estudiar». Salvo que eso no era justo. Su padre le llamaba de Pascuas a Ramos.

—Bien, supongo.

—¿Supones? Eso no suena a ti. ¿Va todo bien?

Fantástico. Ahora había preocupado a su padre.

—Es... complicado. Nada de lo que pueda hablar, realmente. —«Y menos contigo». Su padre era increíble, pero su situación actual habría sobrepasado los límites de su comprensión.

¿A quién estaba intentando engañar? Ni siquiera él era capaz de entenderlo.

—¿Problemas con chicos?

Will rio.

—Oh, papá, eso sería muy sencillo comparado con la situación en la que me he metido. —Bueno, en la que Becca le había metido, aunque su charada hubiese estado motivada por amor.

—Si alguna vez necesitas hablar, aquí estamos. Ya lo sabes.

—Gracias, papá. Da un beso a mamá de mi parte.

—¿Te veremos el domingo para comer? La semana pasada te echamos de menos.

Se le encogió el corazón.

—Lo siento, pero no podré ir.

—De acuerdo. Se lo diré a tu madre. Pero no dejes que pase mucho tiempo sin vernos, ¿de acuerdo? No estamos a un millón de kilómetros de distancia del campus, exactamente.

—Lo sé. Iré pronto. —Se despidió y colgó. Se sirvió un vaso de leche fría, sacó un par de

galletas de su alijo y desplegó sus libros de texto sobre la cama.

Al fin.

Cinco minutos más tarde, su móvil vibró y Will hizo un gesto de desesperación.

«Ahora, estás jugando conmigo, ¿verdad, Dios? Estás haciendo esto solo para las risas».

Miró la pantalla. Ethan.

Will cerró su libro y casi apuñaló el móvil con el dedo al pulsar “Aceptar”.

—Hola. Tu hermanito pequeño está bien, ¿de acuerdo? No te dejes llevar por lo que sea que te haya dicho papá, y no me digas que no te ha llamado porque ambos sabemos que es mentira. Lleva haciendo lo mismo desde que me compró mi primer móvil.

Ethan rio suavemente.

—De acuerdo, me has pillado. Me ha dicho que sonabas, y cito, “un poquito raro”.

—Él también sonaría raro si estuviera en mi lugar —murmuró Will.

Hubo una larga pausa, y Will se preguntó si había dicho demasiado.

—El salón de Sally en diez minutos —dijo su hermano—. Ve allí o lo siguiente que oirás será a mí aporreando la puerta de tu apartamento del campus.

—¿No tienes otra cosa mejor que hacer que molestarme?

—Claro. Podría ayudar a papá a recoger el garaje.

Ahora, Will lo entendió.

—Solo quieres una excusa para que te den la condicional, ¿eh? Y cuenta conmigo. —Sabía cuando le habían vencido—. Te veré en el Sally en diez minutos. —Colgó.

«¿Este es mi destino en la vida?, ¿que todo el mundo me use para algo?».

Will contempló sus libros.

—Solo una cerveza, ¿de acuerdo? Luego, volveré.

Rio.

«¿Quién está delirando ahora?».



Cuando entró en el bar, Ethan ya estaba sentado frente a la barra de mármol con la mirada fija en la pantalla de televisión que colgaba en uno de los extremos. Estaban proyectando una reposición de un partido de fútbol americano e Ethan estaba gritando a los jugadores.

Will rio, deslizándose en un taburete a su lado.

—Ya sabes cómo termina, estúpido. —Cogió el alargado y gélido vaso de cerveza que le esperaba en la barra y brindó con Ethan—. ¡Por los enanos y sus grandes brebajes! Ojalá todos vivamos más que nuestros enemigos.

Ethan arqueó las cejas.

—Lo que digas.

La cerveza era tostada y refrescante, exactamente lo que Will necesitaba.

—Así que... ¿Qué está pasando en tu vida que no puedes contárselo a papá?

Will rio.

—Termínate antes tu cerveza.

—¿Por qué?

—Porque si no, la escupirás cuando oigas lo que tengo que decir.

Ethan parpadeó y luego, se terminó el vaso de un trago.

—De acuerdo, ¿qué es tan horrible que ha conseguido traerte a un bar una noche entre semana?

Will se terminó su propia cerveza, dejó el vaso sobre la barra y empezó desde el principio. Ethan escuchó atentamente, salpimentando el relato con el ocasional “¿Pero qué cojones?” y “Dios Santo”. Cuando Will llegó al final, Ethan ya estaba negando con la cabeza.

—Iba a preguntarte cómo has conseguido meterte en ese jaleo, pero creo que acabas de contestarme.

—Sigo haciéndome la misma pregunta.

Ethan entrelazó los dedos sobre la barra.

—De acuerdo, veamos el lado positivo de todo esto. No vas a casarte con Becca. Claro, vais a cabrear a un montón de personas cuando descubran la verdad, pero si lo controláis y no vais demasiado lejos, puede que incluso podáis evitar eso. Te seré sincero, estás aguantando mucho más de lo que lo habría hecho yo.

Will hizo un gesto al camarero.

—Otra de lo mismo, por favor. —Luego, advirtió que Ethan se había quedado en silencio. Le miró de soslayo—. ¿Qué?

Ethan sonrió con malicia.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Fingió inocencia.

—No sé a qué te refieres.

—No estás siguiendo el rollo a Becca solo porque entiendes que quiera mantener una buena relación con su familia. Claro, es tu mejor amiga, pero tiene que haber algo más.

—No quiero agriar mi relación con la familia de Becca —protestó Will.

Ethan le perforó con la mirada.

—¿Y el resto...?

Suspiró.

—De acuerdo. No quiero agriar mi relación con su hermano, ¿contento?

Eso le granjeó una sonrisa.

—Ajá. Ahora estamos llegando a algún sitio. Sabía que tenía que haber un hombre en esa ecuación. ¿Cómo se llama?

—Aiden.

—¿Edad?

—Perfecta.

—¿Es atractivo?

—Dios, sí.

—¿Le gustan los hombres?

Will gruñó.

—¡No lo sé! Lo único que sé es que es un Master de *Dungeons & Dragons*, es gracioso, inteligente e incluso si no es gay o bi, sería un gran amigo. Y no sé por qué estoy tan obsesionado con él porque solo le conozco desde el sábado.

Ethan rio disimuladamente.

—En ese caso, tengo el brindis perfecto, uno que viene muy bien para una ocasión como esta. Bueno, casi perfecto.

—Temo preguntar, pero ¿cuál es?

—¡Porque la noche prometa y que alguien te la meta!

Will se alegró de haber esperado antes de dar un trago.

—Así que ¿qué aspecto tiene Aiden? —sonrió Ethan.

Fue el turno de Will para sonreír.

—Es pelirrojo.

Ethan rio.

—Oh, sí. Perfecto para ti.

—¿Y eso qué significa?

—Hermanito, ¿con quién empapelaste las paredes de tu cuarto cuando tenías dieciséis, diecisiete, dieciocho...? El príncipe Harry. Y aún me acuerdo del día que mamá encontró tu calendario de *Red Hot Exposed* bajo tu colchón cuando tenías dieciséis. —Sonrió—. Creo que tus mejillas se pusieron del mismo color que el pelo de esos hombres.

—¿Puedes culparme? Encontré a mamá en mi cuarto, pasando las páginas y diciendo cosas como “Este tiene buen culo” y “Vaya, mira esos músculos”. Y luego, me preguntó dónde la había conseguido porque estaba pensando en comprarse una copia para ella. No es que se lo dijera. Nunca.

Ethan tosió.

—Gracias por esa imagen, por cierto. —Estudió a Will—. ¿En serio no tienes ni idea de si a Aiden le gustan los hombres?

—No.

—Pero quieres saberlo, ¿verdad?

Oh, sí, quería saberlo, en efecto.

—Vamos a quedar este fin de semana. Para hablar de la despedida de soltero.

Ethan se heló, parando el vaso a medio camino de la boca.

—¿Qué?

Will resopló.

—Ha sido idea de la madre de Becca. Preguntó a Aiden si podría organizar la despedida.

Ethan dejó el vaso sobre la barra, entornando la mirada hacia él.

—Espera un minuto. ¿La despedida de soltero? Esa es la labor del padrino, ¿verdad? Así que ¿significa eso que Aiden va a ser tu padrino? Porque se me ocurre otra persona que debería estar a tu lado en ese día, y no es él.

Will le miró ojiplático.

—A mi lado ¿cuándo? ¿El día en el que no me voy a casar? ¿O es que has olvidado esa parte? No necesito un padrino. No necesito una despedida de soltero. Porque no me voy a casar. ¿Me oyes?

El camarero rio disimuladamente.

—Proclámalo. Se está mejor soltero. —Cuando Will e Ethan giraron las cabezas para mirarlo, se ruborizó—. Solo digo. El matrimonio es para imbéciles. ¿Quién necesita un estúpido trozo de papel? Sigue en el terreno de juego. Diviértete y haz locuras. Ámales y déjales, eso es lo que digo yo.

Will se mordió el labio.

—No tienes muchas citas, ¿eh?

El camarero parpadeó.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Con un suspiro, Will devolvió la atención a su hermano.

—Gracias. Me has dado un motivo para ir a Milwaukee. —Dio un trago a la cerveza—. Voy a decir a Aiden que él no va a organizar ninguna fiesta para mí.

—Gracias a Dios por eso —murmuró Ethan—. Además, organizar una despedida de soltero para ti sería una jodida pesadilla.

—¿Por qué? —Will le fulminó con la mirada—. ¿A qué te refieres?

Ethan rio suavemente.

—No tienes ni tres amigos que puedan salir juntos. Ya puedo verlo. Os sentaríais alrededor de una mesa echando una de vuestras partidas de *D&D* hasta altas horas de la madrugada, comiendo patatas fritas y bebiendo cerveza.

Will estaba a punto de replicar que tenía amigos, muchas gracias, hasta que se dio cuenta de que Ethan tenía razón.

No tenía muchos amigos.

«Y esa es la razón por la que no quiero cagarla con Aiden».

Aiden era el tipo de amigo que le encantaría tener. Así que más le valía ser diplomático cuando hablaran cara a cara.

«Le rechazaré amablemente. Seguro que lo entenderá».

Señor, eso esperaba.

CAPÍTULO 10



Will se planta

19 de noviembre, Sábado

Will suspiró.

—Ojalá Becca me hubiese informado de dónde pretendía dejarme antes de llegar aquí. Le habría dicho que cualquier otro sitio menos este. —El Pfister era un hotel precioso, por supuesto, pero ahora le traía recuerdos que preferiría olvidar.

«Como el que algunos de los trabajadores de este hotel me vieron tambaleándome por el vestíbulo mirando el techo completamente borracho».

Desde un sillón, orientado de cara a él, Aiden rio disimuladamente.

—Eso no suena muy bien, teniendo en cuenta que te vas a casar aquí. —Sonaba tan relajado como parecía. Sus vaqueros descoloridos, doblados por el bajo, se ceñían a sus largas y torneadas piernas, y quienquiera que hubiese dicho que los pelirrojos no deberían llevar rojo no sabía una mierda, porque, según Will, el grueso jersey de lana roja que llevaba le daba un aspecto altamente abrazable.

—¿Sabes qué? Olvida lo que acabo de decir. Soy un hombre adulto, por el amor de Dios. Pero debería de haber preguntado a Becca dónde íbamos.

«¿Cuál era la regla número uno? No confiar en Becca nunca. Jamás».

Especialmente, tras todo este desastre.

Aiden rio; un jovial y delicioso sonido que se elevó por encima de la melodía del piano.

—¿Qué te ha picado? —Will dio un sorbo a su soda.

—Solo estaba pensando en Becca y en mi madre, buscando vestidos de novia. Y cómo me alegro de no tener que estar con ellas.

Antes de salir del coche, Will había dejado claro a Becca que de ninguna forma tenía permitido dejar que su madre gastara dinero, a menos que fuera un depósito retornable.

Tenía que hacer algo para reducir las consecuencias de este fiasco.

Aiden sacó el móvil de su bolsillo.

—De acuerdo. He estado pensando sobre dónde organizar la despedida y se me han ocurrido unas cuantas opciones. Tenemos la sala *Catedral*, la terraza del *South Shore*, el *Burnhearts*,... Y si quieres hacer algo completamente diferente, está la taberna *Palas*.

Will tuvo que esforzarse para no duchar a Aiden con su soda.

—¿Cómo de diferente? Por favor, dime que no tiene nada que ver con el tipo de palas que se usan para azotar a alguien.

La estruendosa risa de Aiden hizo girar algunas cabezas en su dirección.

—No, nada que ver, pero al menos ahora sé que ese tipo de fiesta no es lo que tienes en mente. No, en este caso se refiere a pasar un par de horas navegando por el río, alcohol incluido.

—A Will no le importaría navegar por algunos bares muy específicos con Aiden, pero en tierra

firme—. ¿O ya tenías una idea de lo que quieres?

Y ahí estaba, la apertura que Will necesitaba.

—Sí, necesitamos hablar de esto.

Aiden se quedó inmóvil.

—Eso suena muy serio.

—Porque lo es, supongo. —Will quería ser amable, pero arrancar la tirita del tirón era la mejor manera de proceder—. Mira, Becca ha sido muy dulce al sugerir que tú podrías organizar la despedida, pero para ser sincero... —Aunque la dulzura no había tenido nada que ver. Había sido más la naturaleza diabólica de su amiga. Bueno, a lo mejor, no completamente diabólica, pero definitivamente, traviesa.

—No quieres que me involucre. —Aiden lo pronunció en un tono neutro que no desveló ninguna emoción, pero Will supuso que sería razonable asumir que acababa de herir sus sentimientos.

—Mira, cuando me case, mi padrino será mi hermano Ethan. Después de todo, solo tengo un hermano. Además, ¿cómo podrías organizarla tú? No conoces a mis amigos y... —Pudo oír el resoplido de Ethan desde Minnesota. «¿Qué amigos?», pero siguió hablando—. ¿Qué vas a hacer? ¿Contratar a una multitud? ¿Meterme en un bar rodeado de extraños que solo estarán allí para ver cómo me emborracho... otra vez? A menos que tengas la intención de convertirlo en una partida de rol masiva y—.

Aiden alzó una mano.

—Uaaa... para ahí.

Will tomó una bocanada de aire, sintiendo el corazón martilleando su pecho. Las palabras se habían derramado de su boca sin control y, aunque todo lo que había dicho era cierto, lo que yacía de fondo era su deseo de no poner en un compromiso a Aiden.

«Va a cabrear a lo grande cuando Becca anuncie que nuestra boda se ha anulado». Will no quería que Aiden le guardara rencor.

«¿Por qué no? ¿Realmente crees que una vez Becca ponga fin a todo esto podrás acercarte a él y decir: “De hecho, soy gay, y me estaba preguntando si alguna vez te has planteado salir con un hombre”? ¿En serio crees que eso va a pasar?».

En la puta vida.

Luego, Aiden sonrió, y el brillo que iluminó su mirada fue un magnífico espectáculo para la vista... Y reavivó una esperanza que Will sabía que era infundada. Pero no podía evitarlo.

—Gracias a Dios —suspiró Aiden—. Eres un hombre lógico. Estaba esperando que dijeras algo así. No es que no quiera organizar la despedida, puedo ser el más fiestero cuando la ocasión lo requiere, pero tienes razón. Por supuesto, el padrino debería ser tu hermano. Y deberías hacer la despedida en Minnesota, o donde coño te apetezca. Es tu fiesta y tu boda, ¿no?

Sí, Will quería mantener a Aiden en su vida.

«Oh, Venga ya. Si tuvieses que elegir entre tu amistad con Becca o con Aiden, ni siquiera tendrías que pensártelo».

A lo mejor.

—Pero ya que has sacado el tema... —siguió Aiden—. ¿Una macropartida de rol para una despedida? Me gusta esa idea.

A Will también le gustaba, pero eso requeriría cierta organización y—.

«Ahí estoy de nuevo. No va a haber despedida, ¿recuerdas?».

¿Qué pasaba con la familia de Becca? Esa gente reducía su cociente intelectual y le hacía olvidar sus objetivos.

—Y ahora que nos hemos quitado eso de encima... —Aiden sonrió—. ¿Qué más tenías pensado para este fin de semana?

—Una vez vuelva Becca, creo que tu madre comentó algo de unas flores. —Aunque no tenía ni idea de qué esperaban de él en ese terreno.

«¿Qué cojones sabré yo sobre flores?».

—¿Quieres que os acompañe? —se ofreció Aiden.

Pregunta estúpida. Por supuesto.

—¿No tienes cosas que hacer? ¿Clases que preparar? —Will no quería parecer demasiado ansioso.

La perezosa sonrisa que se dibujó en sus labios fue como un rayo de sol sobre su piel.

—Esa es la razón por la que anoche me quedé hasta tarde y esta mañana me he levantado demasiado temprano. Quería asegurarme de dejar todo hecho. Así que ahora, soy todo tuyo.

Ya desearía Will.

—Claro, puedes unirme a nosotros. Pero ahora mismo... ¿podemos volver al lago hasta que llame Becca? A menos que creas que deberíamos esperarla aquí.

Aiden resopló.

—Se fueron hace media hora. Creo que tenemos aseguradas, al menos, otras dos. —Will abrió la boca de par en par y él rio—. De acuerdo, a lo mejor eso es una exageración. ¿Una hora y media?



Aiden tenía que admitir que disfrutaba de la compañía de Will. Muchos de los hombres con los que había salido estaban demasiado ansiosos por llenar los silencios con conversación, mientras que él prefería la serena tranquilidad que era tan infrecuente.

Will parecía tener su misma mentalidad. Miró fijamente al lago, sonriendo al contemplar a un cachorro de perro, todo piernas torpes y cola revoltosa, tirando de su abrigada dueña.

—¿Te gustan los perros?

Will giró la cabeza hacia él, su sonrisa aún evidente.

—Me gustan todos los animales.

—¿Gatos o perros? —Era una información importante a tener en cuenta.

Se rascó la barbilla.

—Creo que los gatos llevan la delantera. Cuando tenga mi propia casa me gustaría tener uno de cada, al menos.

Aiden inclinó la cabeza a un lado.

—Querrás decir cuando Becca y tú tengáis una casa.

Will parpadeó.

—Sí, por supuesto. —Volvió a desviar la mirada hacia el parabrisas.

Había algo en esa relación que Aiden aún no pillaba.

«No hay mejor momento que el presente. Y mamá está muy lejos de aquí».

Se aclaró la garganta.

—Así que ¿qué hay de malo en Becca?

Will frunció el ceño.

—¿Qué?

—Es preciosa, ¿no? Quiero decir, seamos sinceros. No me llega ni a la suela de los zapatos, pero no es exactamente un monstruo.

Will rio disimuladamente.

—¿Siempre eres tan modesto? Y en cuanto a lo de preciosa... —Se encogió mínimamente de hombros—. Supongo que sí. —De repente, se quedó inmóvil y sus ojos se abrieron de par en par, como si acabara de darse cuenta de lo que había dicho.

«Demasiado tarde».

Aiden se cruzó de brazos.

—¿Supones?

Will tosió.

—De acuerdo, claro, es preciosa.

—Entonces, ¿por qué no habéis...? Ya sabes.

—¿Perdona? —Parecía que Will estaba a punto de vomitar. De nuevo—. No creo que eso sea de tu incumbencia.

Tenía cierta razón, pero si ya había llegado hasta ahí...

—¿Es Dios?

Will abrió la boca de par en par.

—¿Qué?

—Porque estoy bastante seguro de que Dios se alegraría si jugaseis a “Esconde el salchichón”. Él inventó el sexo, ¿no? —Abrió los ojos de par en par—. Oh, espera. A lo mejor, no es un salchichón. ¿Es más una Bratwurst? ¿O un perrito caliente? Oh, por favor, dime que no es un perrito caliente. No estoy seguro de si podría volver a mirarte a los ojos.

Will arqueó las cejas, conteniendo la risa.

—Estoy empezando a entender por qué Becca no quiere visitaros con frecuencia. Y ¿puedo recordarte que sabes exactamente mi tamaño porque viste cada centímetro de mi piel desnuda en el hotel? Cuando me di una ducha, ¿recuerdas?

Aiden sonrió.

—Y cuando te metí en la cama.

Will parpadeó.

—Así que ¿no soñé esa parte?

Aiden se las apañó para encogerse de hombros con indiferencia.

—Oye, me pediste ayuda, así que ayudé.

—Estaba borracho.

—Sí, pero eras un borracho encantador.

—Te aprovechaste de mi estado de embriaguez, así que de ninguna manera te voy a contar nada sobre mi relación con tu hermana.

Sí, no iba a responder a ninguna pregunta. Aiden ni siquiera estaba sorprendido por ello.

Luego, Will se recostó en el asiento.

—Así que, ¿es mi turno para hacer preguntas embarazosas?

«Me lo merezco».

Aiden se encogió de hombros.

—Claro. —Esbozó otra enorme sonrisa—. Puede que incluso te responda alguna.

Eso le granjeó una grave risa que Aiden habría adorado sentir reverberando en su interior,

preferiblemente con el rostro de Will enterrado en su cuello mientras le llenaba lentamente con su polla y...

Joder. Ahora necesitaba camuflar algo y no había ni un jodido cojín a la vista.

—¿Estás saliendo con alguien?

De todas las preguntas que Aiden podría haber anticipado, esa era bastante insulsa.

—En estos momentos, no. —Resopló—. Aunque a mi madre le encantaría solucionar eso.

La sonrisa de Will fue un placentero espectáculo, a pesar de que no ayudó en nada a mitigar su erección.

—Sí, lo suponía. ¿Alguna vez ha intentado liarte con alguien del hotel? Por lo que dice Becca, parece que es su fuente inagotable de parejas potenciales.

—De momento, me las he apañado para escaquearme. Creo que ha tirado la toalla conmigo.

Will se quedó en silencio y Aiden se consideró afortunado por que su futuro cuñado pareciera un tipo tan interesante. Luego, Will giró la cabeza hacia él y preguntó:

—¿Cuál es tu tipo?

Aiden tuvo que morderse la lengua para no decir: «Lo estoy mirando».

—Tiene que tener cerebro —dijo finalmente.

Will rio suavemente.

—Creo que todo el mundo tiene uno de esos.

—Sí, pero a mucha gente se le da realmente bien el no usarlo demasiado o evitar usarlo por completo.

—¿Qué más? —preguntó Will—. ¿Tiene que ser una “belleza”? —Entrecomilló la palabra en el aire.

¿Qué tenía Will que Aiden solo deseaba contarle la verdad? No quería contestarle con frases hechas, quería contestarle con algo que le hiciera sonar inteligente, sexy...

—No voy a mentirte. La apariencia es lo primero en lo que me fijo, pero... —Evitó deliberadamente los pronombres, como siempre hacía cuando su madre le interrogaba sobre su vida amorosa, porque eso sería mentir, y el *mierdómetro* de su madre era hipersensitivo—. También tiene que tener algo más.

Will estaba completamente inmóvil, como pendiente de cada palabra que salía de su boca, y joder, era una sensación increíble.

—¿Como qué?

—Quiero a una persona afectuosa, alguien que disfrute cuidando de los suyos... Generosa. Una persona con quien poder pasar el resto de mi vida y ser feliz simplemente haciéndola sonreír.

«El mismo tipo de sonrisa que me has mostrado tú hace un momento».

Will contuvo la respiración, pero luego volvió a relajarse en el asiento.

—Estoy convencido de que ahí fuera hay una persona perfecta para ti.

«Sí, y está sentada justo a mi lado».

De acuerdo, a lo mejor Aiden solo conocía a Will de unos cinco minutos, pero había sido tiempo suficiente para darse cuenta de que detrás de esa cara bonita había muchísimo más. Dio el último sorbo a su botella de agua.

—Cuéntame algo sobre ti.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Will.

Lo que realmente quería saber era lo único que no podía preguntar, y tuvo que recordarse que ese magnífico hombre con el que estaba hablando estaba a punto de casarse con su hermana.

—Primero, háblame de tu familia.

Will sonrió abiertamente.

—¿Primero? ¿Tienes una lista o algo?

—Es un buen punto de partida.

—Supongo que sí. Está bien. Soy el mediano de cuatro hijos. —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿No estabas allí cuando le conté todo esto a tu padre?

—A lo mejor. Pero si estaba, he olvidado esa conversación. Esa noche tenía demasiadas cosas en mente.

—¿Como cuáles?

Esbozó una sonrisa.

—Estaba intentando compensar a mi futuro cuñado por casi cortarle en dos con un carrito de equipajes.

Will rio.

—Perdonado y olvidado. Bueno, Ethan es el mayor, nos llevamos tres años. Luego voy yo, mi hermana Dee, que tiene veinte, y finalmente, Emma. Es el bebé de la familia, pero ya tiene diecisiete años. —Sonrió—. Acaba de aficionarse a tejer. Al menos, espero que sea una afición y no decida dedicarse profesionalmente a ello.

—Así de mal, ¿eh?

Sonrió burlón.

—Digamos que no le preocupan cosas tan banales como la forma o el tamaño.

Aiden resopló.

—Vaya, ahora me muero de ganas por ver su trabajo. —Luego, se dio cuenta de que tenía una pregunta más perentoria—. ¿Puedo preguntar por qué astrofísica?

El rostro de Will se iluminó.

—¿Y por qué no astrofísica? ¿Quién no querría indagar en la naturaleza fundamental del universo? —Rio para sí—. De hecho, ya sé la respuesta a eso. Tu hermana.

Aiden suspiró.

—Una vez me preguntó si podría grabarle un vídeo explicando algo de físicas. —Hizo una pausa—. Me dijo que era lo mejor para curar su insomnio.

—*Auch* —rio Will—. De acuerdo, ¿por dónde iba?

Aiden sonrió.

—Indagando en la naturaleza del universo.

—Ah, cierto. Hay muchos misterios ahí fuera. El origen del universo, cómo funciona, de qué está hecho el tejido del espacio-tiempo...

—Puedo explicarte eso último. De oro, especialmente cuando te estás divirtiendo, aparentemente.

—Oro parece. Plata no es —sonrió Will. Sí, Aiden podría escuchar a Will Bryant durante el día entero—. Pero también hay agujeros negros, energía oscura... vida inteligente. Queda muchísimo por explorar. Su nacimiento, la vida y la muerte de las estrellas, los planetas, las galaxias, las nebulosas... —Suspiró—. Los objetivos de la NASA resumen por qué quise estudiar astrofísica: “Descubrir cómo funciona el universo, explorar su origen y su evolución, y buscar vida en otros planetas más allá de las estrellas”. —Agitó una mano en el aire—. ¿Cómo funciona el universo? ¿Cómo llegamos aquí? ¿Estamos solos?

Aiden sonrió.

—Esas son preguntas muy grandes. ¿Te gustaría trabajar para la NASA algún día?

Los ojos de Will centellearon.

—¡Sí! Ese es mi sueño. Me encantaría investigar la materia oscura, la energía oscura... ¿Sabes que el setenta por ciento del universo es energía oscura? ¿Y que la materia oscura ocupa un veinticinco por ciento? —Aiden lo sabía, por supuesto, pero no tenía intención de parar a Will cuando estaba tan emocionado; la excitación era evidente en su voz y era incapaz de quedarse quieto en el sitio—. Energía oscura... Me gusta pensar que es la hermana gemela diabólica de la gravedad. Una fuerza antigravitatoria ejerciendo una presión negativa que inunda el universo y expande el tejido mismo del espacio-tiempo. Y si no consiguiese trabajar en la NASA, intentaría entrar en el CERN. —Hizo una pausa, sosteniendo la mirada de Aiden y sonrió—. Pero tú ya sabes todo esto. Estudiaste físicas.

—Y es muy refrescante encontrar a alguien que comparte mi pasión.

Sus móviles vibraron exactamente en el mismo instante. Will miró el suyo.

—Becca. Dice que han terminado.

Aiden miró de soslayo su propio móvil y rio.

—Eso es mucho más políticamente correcto que lo que me ha enviado mi madre. —Giró la pantalla para mostrársela.

Will leyó el mensaje y estalló en una carcajada.

—Oh, conozco muy bien esa reacción.

Aiden sonrió. «Vaya Aiden, has estado muy cerca de convertirme en hijo único».

Se guardó el móvil y puso el motor en marcha.

—Es reconfortante saber que no soy el único al que Becca saca de quicio —comentó.



Will estaba convencido de que Becca jamás ganaría el premio a la mejor cliente de floristerías del año. De momento, solo había hecho muecas cuando la florista le había mostrado arreglos con colores que desentonaban y susurrado irreverentes comentarios toda vez que la pobre mujer se daba la vuelta,

Will ya se sentía lo suficientemente avergonzado. Cuando Louise les había presentado a la dueña como la señora Pink, casi había soltado un pulmón en un ataque de tos para disimular la risa. Una mirada cómplice de Becca le dijo que no había sido el único en encontrar el apellido... peculiar.

—¿Qué color van a llevar las damas de honor? —preguntó la señora Pink—. Porque cualquiera que sea el color que elijáis para los vestidos, no debería ser el mismo que el de vuestros arreglos florales.

Louise lanzó una mirada inquisitiva hacia Becca.

—¿Cuántas damas de honor te gustaría tener?

Becca se mordió el labio.

—Aún no lo he pensado.

«Bueno, tengo que reconocerlo; al menos, ahora ha dicho la verdad».

La señora Pink cogió el archivador de las manos de Becca, que había dejado de estudiar las muestras.

—A pesar de lo mucho que me encantaría poner mariposas, plumas o incluso pájaros en los arreglos, no le recomiendo que opte por ninguno de ellos. Solo dará una impresión demasiado...

—¿Recargada? —sugirió Louise.

—Yo estaba pensando más en horrenda —murmuró Aiden.

Becca le fulminó con la mirada.

—Tampoco te han gustado los tulipanes —se quejó.

—Pero el señor tiene razón ahí —intervino la florista—. Los tulipanes se marchitan rápido y se quedarán flácidos.

—Y flácido es malo —comentó sabiamente Aiden.

—Ahí tienes mucha razón —murmuró Will.

Aiden giró la cabeza hacia a Will, con la boca abierta y los ojos como platos.

—Nadie quiere ver unas flores flácidas en el centro de la mesa —dijo la florista.

—Nadie quiere ver flácido nada —murmuró Will de nuevo.

El respingo de Aiden fue, definitivamente, una risa contenida.

—¿Qué te parecen unos crisantemos? —preguntó Louise en tono jovial.

La señora Pink la miró con mal disimulado horror.

—No, señora. Son incubadoras de polen esperando a estallar.

—¿Lilas? —propuso Becca. Estaba claro que estaba intentando ayudar.

—Sí, son adorables —aprobó la florista, y Will vio los hombros de Louise relajarse de alivio—. Sin embargo...

La señora Pink les miró con recelo.

—Iba a decir que las lilas pueden ser arriesgadas cerca de niños o mascotas.

—Creo que dejaré a Midnight en casa —comentó Aiden.

Will frunció el ceño.

—¿Midnight?

—Su gato —explicó Becca—. Ese maldito gato es el único que le aguanta. —Desvió su atención hacia la señora Pink con una esperanzadora sonrisa—. A lo mejor, deberíamos elegir flores artificiales.

La expresión de puro horror de la mujer lo dijo todo.

—Claro, si quieres que tu boda parezca chabacana —dijo secamente Louise. Sonrió educadamente a la señora Pink—. Envíeme los detalles. Yo tomaré la decisión.

—¿No tengo derecho a elegir mis propias flores? —protestó Becca.

—¿Basándome en lo que acabo de oír? No —Louise hizo una mueca—. Y si no estuvieses prometida, diría que tampoco tienes derecho a elegir a tu propio marido. —Se alejó con la florista en dirección al despacho situado al fondo de la tienda.

Aiden se apartó de ellos para oler las lilas y Becca se quedó inmóvil en el sitio, siguiendo a su madre con una mirada asesina. Will la pellizcó con fuerza en el codo y ella se giró súbitamente hacia él y gritó:

—¡Au! ¿A qué ha venido eso?

Will se inclinó y susurró:

—¿Puedo recordarte que no necesitamos flores?

Los ojos de Becca se iluminaron con malicia.

—¿Puedo recordarte que estoy interpretando un papel aquí? Ya sabes, mantener las apariencias. Si me limito a contestar: “Claro, mamá, escoge lo que quieras”, se olerá algo.

—No quiero que tu madre pague de sus bolsillo por cosas que no necesitamos.

Becca gruñó suavemente. Luego, alzó la voz y dijo:

—¿Perdone? ¿Señora Pink?

La señora Pink asomó la cabeza por la puerta.

—¿Sí?

—Una vez hayamos tomado la decisión, ¿podemos cambiar de opinión? ¿Sería capaz de cancelar el pedido y aceptar otro?

—Bueno, sí, pero—.

—¿Y cuál sería la fecha límite para hacer cambios?

—Una semana antes de la boda.

Becca sonrió a Will.

—Solo quería comprobarlo. Gracias.

Louise se acercó a ellos, negando lentamente con la cabeza.

—Y ahora que tenemos esto resuelto... Will, ¿tienes algún plan para esta tarde? ¿Vas a salir con Becca? Después de todo, es sábado.

Will vaciló unos segundos.

—De hecho, quería ver el gato de Aiden —dijo finalmente. Becca parpadeó y él se encogió de hombros—. ¿Qué? Me gustan los gatos.

Louise rio suavemente.

—Tiene permitido pasar una noche separado de ti, Becca. Espero veros más a menudo a partir de ahora. Después de todo, vais a pasar el resto de vuestra vida juntos, ¿no?

Becca no rompió el contacto visual con Will.

—Cierto, mamá.

En ese instante, Will supo que el trayecto de vuelta a Minnesota lo harían a una temperatura mucho más gélida que la que hacía en el exterior. Calculó que Becca se relajaría un poco cuando sacara a colación el enormísimo favor que le estaba haciendo.

Luego, recordó que tenía educación.

—Si a ti te parece bien, Aiden —dijo rápidamente.

Aiden asintió.

—Claro. Incluso subiré la apuesta y te invitaré a una pizza o dos.

Will sonrió de par en par.

—Acabas de decir la palabra mágica. —Unas cuantas horas a solas con Aiden también sonaba mágico. Siempre y cuando se mantuviesen alejados del tema de la boda.

—Aunque debería advertirte —dijo Aiden—. Midnight no es demasiado acogedor con los invitados, así que mantén protegidas tus pantorrillas a menos que quieras algún arañazo.

Will rio disimuladamente.

—Si es diestro con las garras, podría ser muy útil. Había pensado en hacerme un piercing.

Los ojos de Aiden titilaron.

—Los pezones son lo suyo.

Will tuvo que esforzarse por no replicar: «Siempre puedes besarlos después».

Sí, su libido iba a enviarle a la tumba.

CAPÍTULO 11



Will descubre una nueva faceta de Aiden

—¿En qué vecindario estamos? —Will contempló los immaculados parches de césped que llevaban a las viviendas unifamiliares.

—Esto es Wauwatosa —le informó Aiden—. Mi casa está a veinte minutos en coche de la de mis padres.

Will no pudo resistirse

—Pero son veinte minutos vitales, ¿verdad?

Aiden rio.

—*Sip*. Diecisiete preciados kilómetros me separan de mi madre. Ni siquiera ella puede verme desde Bay View, a pesar de lo mucho que le gustaría. —Aparcó el coche frente a una casa de ladrillo rojo con dos plantas. Su amplio césped frontal estaba dividido por un paseo adoquinado que llevaba a la puerta principal, flanqueada en piedra.

Aiden señaló hacia la segunda planta.

—Mi apartamento es el de la derecha. A la izquierda está mi vecina Carol, también conocida como la niñera de Midnight. —Apagó el motor.

—¿La pizzería está cerca de aquí? —preguntó Will.

Aiden asintió.

—Bajando unas cinco manzanas por la avenida Wauwatosa y luego, a la derecha por la Avenida noreste. El *Maggio*. La mejor jodida pizza que vas a probar en tu vida.

—¿Alguna recomendación?

Los ojos de Aiden se iluminaron.

—Pan de ajo como aperitivo, y luego, habitualmente, escojo una de mis tres favoritas. Higos y *prosciutto*—.

Will hizo una mueca.

—¿Higos? ¿En una pizza?

Aiden arqueó las cejas.

—¿Has probado la Hawaiana? —preguntó. Will asintió—. ¿Y te gusta?

—Sí.

Miró a Will con simulado desprecio.

—Entonces no tienes derecho a criticar mi pizza. Porque... ¿piña? ¿En una pizza?

Will era famoso por empezar ardientes batallas en defensa de esa pizza durante las partidas de *Dungeons & Dragons*, pero definitivamente, ahora no iba a abrir esa caja de Pandora en particular.

—¿Cuáles son las otras dos? —preguntó.

—Raclette. Está hecha con raclette.

—Sé lo que es el queso raclette —dijo Will riendo suavemente.

Aiden rio burlón.

—Entonces, puede que seas capaz de educar a Becca. Mi hermana no tenía ni idea. Así que... Es queso raclette, patata morada, crema fresca de ajo asado y cebolla. Por lo general, añado salchichas.

—¿A quién no le gustan las salchichas? —murmuró Will.

Aiden tosió. Cuando paró, dijo:

—Y por último, está la SS Garlic. Es una base de crema de ajo, salchichas, espinacas y mozzarella. Puedes añadir champiñones, pepperoni... —Los ojos de Aiden relucieron con maldad—. Incluso podrías añadir piña. Si te ves obligado a hacerlo.

Will contuvo la risa.

—Veo un tema recurrente ahí. ¿Tienes debilidad por el ajo? ¿O estás intentando mantener a los vampiros a raya? —Aiden rio sonoramente—. No ha sido tan gracioso —observó Will.

—Oh, sí, lo ha sido, pero te diré por qué cuando terminemos de cenar. Así que... ¿A ti también te gusta el ajo o debería cambiar el pedido?

—El ajo está bien. —No iba a besar a nadie, ¿no? «Una lástima».

—¿Cuál prefieres?

Will sonrió de par en par.

—Las dos.

Aiden rio suavemente.

—Un hombre de los míos. —Hizo el pedido a través del móvil.

—Ahora, ¿podemos salir del coche? Porque se tiene que estar más calentito ahí dentro. —Will hizo un gesto hacia la casa.

—Tienes razón. Con suerte, la pizza llegará justo antes de que empecemos a mirar a Midnight como si fuera algo apetitoso.

Salieron del coche y Aiden encabezó la marcha hasta la puerta. Una vez en el interior, subieron por una escalera de madera.

Aiden paró en seco frente a su puerta.

—Aquí es cuando te aviso. Las garras de Midnight pueden penetrar la tela de los vaqueros como un cuchillo la mantequilla. —Abrió la puerta.

No hubo una repentina ráfaga de pelo, ni dientes, ni garras, sino un gato, sentado en la alfombra a unos pasos de ellos, con la cola enroscada sobre sus patas delanteras.

Un gato con el pelo más oscuro y brillante que jamás había visto.

—Vaya, realmente estás a la altura de tu nombre, ¿eh, gatito? —Se acuclilló frente a Midnight con la mano extendida y, para su sorpresa, el gato se acercó a sus dedos, buscando una caricia. Will sonrió—. Vaya, hola gatito. —Midnight se frotó contra su rodilla, ronroneando incesantemente, y Will acarició su sedoso lomo, asegurándose de rascarlo en la base de la cola.

Tras eso, el motor interior de Midnight se elevó a toda potencia.

Aiden resopló.

—Oh, ya lo pillo. Has oído cada palabra de advertencia que le he dicho, ¿verdad, pequeño bastardo? Solo quieres hacerme quedar como un estúpido.

Midnight bostezó y Will rio.

—Creo que te está diciendo que no ha tenido que esforzarse mucho para eso.

Aiden resopló.

—¿Conociéndole? Probablemente. —Alargó el brazo—. Dame tu abrigo. Te enseñaré la casa. Tardaremos un total de diez segundos.

Will rio.

—Mi madre me mostró fotos del piso en el que vivió cuando empezó a trabajar de

profesora. Me dijo que nadie se mete a profesor de instituto para hacerse rico y vivir en una mansión. Lo hacen porque algo en lo más profundo de su alma, les llama a hacerlo. —Se quitó el abrigo y se lo tendió.

—Me gusta cómo suena tu madre.

Aiden no había mentido sobre el tamaño de su hogar. Era enano. Pero Will apreció la calidez que emanaba de él. El salón era pequeño y acogedor, con ventanas a ambos lados, y el sol del atardecer iluminaba el sofá de cuero marrón situado bajo una de ellas.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—Dos, pero uso la de invitados como despacho. —Aiden señaló la chimenea—. Esa es la razón por la que escogí este sitio. En Wisconsin hace un frío de pelotas la mayor parte del año.

El rostro de Will se iluminó.

—¿Podemos encenderla?

Aiden rio.

—Exactamente, lo que estaba a punto de hacer. —Se arrodilló sobre la alfombra que había frente a la chimenea y comenzó a echar bolas de papel de periódico tras la rejilla.

Will se sentó en el sofá y Midnight se le unió al instante, trepando por él como si se tratara de un árbol hasta llegar a su regazo para entrechocar la cabeza con su barbilla.

—Sí, le gusta hacer eso —dijo Aiden, añadiendo un par de leños. Luego, apuntó un alargado encendedor hacia el papel y lo prendió. Midnight saltó del regazo de Will al instante, en dirección a la alfombra, y Aiden rio—. Lo siento, pero es un gato. El calor del fuego siempre vence a las caricias.

Will escudriñó la habitación, absorbiendo todos los detalles. El brillante e impoluto barnizado del suelo de madera, los cálidos todos de los muebles de la cocina que se intuían al otro lado de la puerta entreabierta, las gruesas mantas rojas sobre el sofá y el sillón...

—Tienes una casa muy bonita —comentó.

Aiden se encogió de hombros.

—Para ser de alquiler, no está mal. Algún día me gustaría tener un hogar que me pertenezca. Bueno, a mí y al banco. —Suspiró—. Con un jardín trasero como el de mis padres. Un sitio donde pueda sentarme en verano para aprovechar los rayos del sol.

—Siempre me alegro cuando acaba el invierno —admitió Will—. Los días como hoy son bonitos, con el sol brillando y todo eso, pero aún sigue haciendo demasiado frío como para echar el día ahí fuera. —Aiden rio disimuladamente y a Will le picó la curiosidad—. De acuerdo, ¿qué te hace tanta gracia?

Aiden se aclaró la garganta.

—No eres lo que había esperado para nada.

Will parpadeó.

—¿Podrías elaborar un poco más, por favor?

—Solo había conjeturado algunas cosas, basándome en lo poco que me contó Becca.

—¿Como qué?

—Ya sabes. Me dijo que te propusiste en la biblioteca de la universidad, que siempre estabas leyendo, que—.

—¿Tienes algo en contra de leer? Porque... —Will señaló la estantería, abrumada de libros—. ¿Hola?

—Nada en absoluto. Algunos de mis mejores amigos son libros. Pero comenzó a formarse una imagen en mi mente: pelo oscuro, piel pálida por la falta de sol... ya sabes. —Se aclaró la garganta—. Solo un vampiro común y corriente.

Will le miró atónito por un segundo y luego, sonrió.

—Créeme, si fuese un vampiro no habría nada de común y corriente en mí.

Aiden sostuvo su mirada.

—Me lo creo —murmuró. Algo en sus ojos y la gravedad de su voz le estremeció. Luego, el móvil de Aiden vibró y el momento se perdió—. La pizza ha llegado. Bajaré a recogerla. — Aiden se alzó de un salto y se apresuró a la salida.

Will contempló al gato, estirado sobre la alfombra como intentando que cada centímetro de su cuerpo recibiera calor.

—Oye, Midnight. Tu padre es magnífico, ¿lo sabías?

Y gracioso. E inteligente. Y jodidamente sexy. Y—.

«Y hetero, ¿recuerdas?».

Midnight comenzó a lamerse las patas, ignorándolo.

Will dejó escapar un suspiro.

—Sí, ya lo sabes.

«Oh, Aiden. Si te hubiese conocido a ti en lugar de a Becca...».

«Si Becca no me hubiese metido en esta estúpida intriga suya...».

«Si tuviese el valor para contarte la verdad...».

Salvo que, aunque lo tuviese, no se lo contaría.

No era solo su verdad lo que estaba en juego.



Aiden señaló la caja que contenía lo que quedaba de la SS Garlic.

—¿Quieres el último trozo? No te sientas obligado a decir que sí, por cierto. Está igual de rica para desayunar, así que no se echará a perder.

Will sonrió, palmeándose el estómago.

—Estoy lleno. Y también ha sobrado una porción de la de raclette.

—Genial. —Aiden reunió las dos porciones en una sola caja—. Meteré esto en la nevera. ¿Quieres algo de beber? Tengo chocolate, café, zumo, cerveza...

—Me has ganado con el chocolate.

Aiden sonrió y se encaminó a la cocina. Miró el reloj de la pared. Ya eran las siete en punto.

«El tiempo realmente vuela cuando te estás divirtiendo, ¿eh?».

Salvo que no estaba volando, estaba viajando a la velocidad de la luz, y la última hora no había sido nada tan mundano como divertido. Había sido impresionante. No habían parado de hablar, sobre todo de *Dungeons & Dragons*, y Aiden se dio cuenta de que la idea de Will de organizar una partida para una despedida de soltero tenía que pasar, porque maldita sea, quería jugar con él. En más de un sentido.

Y algunos de los escenarios que venían a su mente no involucraban ropa.

—¿Cómo os conocisteis Becca y tú? —preguntó Aiden mientras embutía la caja de la pizza en el frigorífico. No le pegaban, y cuanto más les veía juntos, más claro le quedaba que sus

personalidades eran diametralmente opuestas.

—Nos conocimos el primer año de carrera. Estaba entre la audiencia durante una de sus primeras actuaciones. Becca estaba bailando con una cinta; ya sabes, como esas que usan en gimnasia rítmica, girándola y haciendo acrobacias.

—¿Lo hizo bien?

—Sí. Hasta que se le escapó la varita que sostenía la cinta y esa cosa salió volando por los aires y aterrizó en mi frente. —Rio al recordarlo—. Se pasó semanas intentando compensarme por eso. —Dio un respingo—. Dios, no me había dado cuenta hasta ahora.

—Dado cuenta ¿de qué?

—De que la torpeza es un rasgo hereditario.

Aiden rio.

—¿Sabes qué? Yo tampoco —«Salvo que yo no estaba siendo torpe, ¿verdad?». Sintió que empezaba a ruborizarse. «Estaba siendo un capullo celoso. Y Will pagó el precio».

No iba a pensar en ello ahora. Perdonado y olvidado, eso le había dicho Will.

—¿Alguna vez viene a visitarte tu hermana cuando vuelve a casa? —preguntó Will.

Aiden resopló.

—Sí, claro. Como si fuera a invitarla aquí. Hay demasiadas cosas que no quiero que vea.

—«¿Y por qué acabo de decir eso?».

—Ahora, estoy intrigado —sonrió Will.

Al menos, había una cosa que sí podía compartir, y ahora que pensaba en ello, sabía que a Will, probablemente, le encantaría.

Más importante aún, era algo que quería compartir con él.

—Ven conmigo —dijo, agitando un dedo en el aire.

Will rio.

—Ahora, definitivamente estoy intrigado. —Aiden le guio hasta la habitación de invitados y abrió la puerta. Will entró—. Ah, aquí es donde organizas todas las... ¡Oh, Señor! —Se giró para mirarlo con la boca abierta de par en par.

Aiden sonrió.

—Mi afición secreta.

Las paredes estaban decoradas con fotos enmarcadas que había tomado durante los últimos tres meses, pero sabía que eso no era lo que había provocado esa reacción en Will.

La causa de su exaltación se alzaba frente a la ventana.

Will esbozó una enorme sonrisa.

—Tienes un telescopio.

—Lo has notado, ¿eh?

Rio.

—Becca nunca me habló de esto.

—Eso es porque no lo sabe. Ya piensa que soy un *nerd* porque juego al *Dungeons & Dragons*.

Will avanzó hacia el telescopio y pasó un dedo delicadamente por su superficie.

—Es una belleza. ¿Qué apertura tiene?

—Cuatrocientos milímetros.

—Y tiene... ¿cuánto? ¿Mil milímetros de distancia focal? —preguntó. Sí, claramente, esto había sido una buena idea. Will aún estaba sonriendo—. ¿Es portátil?

—Sí, lo puedo desmontar fácilmente para meterlo en la parte trasera de la camioneta cuando quiero ir a observar las estrellas.

—¿Cómo cojones has podido permitirte?

Aiden se encogió de hombros.

—En realidad... lo he construido.

Will abrió la boca de par en par por segunda vez en menos de un minuto.

—Me cago en todo. Es impresionante.

—¿Me cago en todo?

Will se ruborizó.

—Qué. ¿No tengo permitido hablar así?

—Por supuesto que puedes. Es solo que...

Will inclinó la cabeza a un lado.

—Que... ¿qué?

—Bueno... Por lo general, sueles hablar de forma más... precisa. Suenas como alguien... inteligente. Definitivamente, no como alguien de tu edad. Organizo partidas de *Dungeons & Dragons* con tipos que tienen tu edad y créeme, no suenas como un hombre de veintidós.

—Más como uno de cuarenta y dos, ¿eh? —Will esbozó una media sonrisa—. Culpo a mis padres por ello. Desde el momento en que aprendí a hablar me impidieron ser un niño. Tenía que comunicarme apropiadamente. Intenta criarte con una profesora de instituto y un profesor de universidad. Mis compañeros del colegio solían burlarse de cómo hablaba.

—A mí me gusta cómo hablas —confesó Aiden—. Encaja contigo.

—Gracias —murmuró, y el rubor de sus mejillas se intensificó—. No guardo rencor a mis padres, por cierto. —Sus ojos resplandecieron—. Y si te soy sincero, me gusta ser diferente. Pero mi hermano Ethan lo odiaba. Cuando mis padres no están cerca cambia completamente el registro y suena más... relajado. Ha adoptado un vocabulario mucho más actual. Yo sigo intentándolo. —Rio de nuevo—. Becca me anima a blasfemar más. —Negó lentamente con la cabeza—. La primera vez que le dije “mueve tu culo”, en lugar de “échate a un lado”, creo que estuvo a punto de estallar de orgullo, como si hubiese conseguido una hazaña increíble. —Will contempló las paredes y se le cortó el aliento—. ¿Las has hecho tú? —Señaló las fotos.

—Sí. Una vez al mes voy al parque estatal de Harrington Beach. Hay un observatorio y la fundación científica de Northern Cross se reúne allí regularmente. Tienen un telescopio Panaruský de quinientos milímetros y el techo se abre completamente, así que las vistas son fantásticas. Lo único malo es que solo puede usarse unas dieciséis noches al mes, cuando la oscuridad es suficiente. —Aiden avanzó hasta su portátil y lo abrió—. Esta es la tabla del “Estado del Cielo” de Harrington Beach. Te muestra qué te vas a encontrar noche a noche: cielos nublados, transparencia, cuántas horas de oscuridad...

Will se acercó a la foto de Júpiter.

—Esta es increíble.

Su tono anhelante hizo florecer algo en el interior de Aiden. Volvió a mirar la pantalla y sonrió.

—¿Qué te parecería ir a ver Marte y Júpiter? Y a lo mejor, Saturno, aunque esta noche solo habrá visibilidad media.

Will se giró súbitamente hacia él, con ojos relucientes.

—¿Podemos?

—Harrington Beach está a solo sesenta kilómetros al norte de Milwaukee. —Echó otro vistazo a la pantalla—. Si salimos ahora, deberíamos llegar allí para observar Júpiter. Marte no alcanzará su punto más visible hasta la una de la mañana, más o menos.

—Eso me encantaría.

En ese instante, lo que encantó a Aiden fue la alegría en la voz de Will, y el saber que él había sido el causante de provocarla.



Will tuvo que admitir que le gustaba que fueran los únicos en el observatorio. También era extraordinario que la Fundación entrenase a sus miembros en las cosas más básicas, como operar el telescopio o manipular el techo retráctil. Se alegró de haber cogido su abrigo más grueso, y Aiden le había prestado un gorro. El aire de la noche era gélido, y podía ver su aliento formando nubes frente a él. Pero no le importó.

Estaba siendo una noche maravillosa.

Will miró por el telescopio.

—Mira eso —dijo suavemente—. Cada vez que veo Júpiter, tengo que recordarme a mí mismo que lo que estoy viendo son mayormente cristales de hielo compuestos por amoníaco e hidrosulfuro de amonio.

Luego, advirtió que Aiden se estaba acercando a él hasta casi tocarlo.

—Déjame ver.

Will se apartó un poco para ceder su turno y captó una vaharada de su olor.

«Dios, huele muy bien».

Will quería enterrar el rostro en esa ondulada melena rojiza; inhalar su aroma hasta que le envolviera. El olor a algodón limpio se mezclaba con el de su champú, creando una embriagadora fragancia que le cautivó y su mente comenzó a elaborar imágenes de pieles desnudas, bocas y dedos; de íntimas caricias y sensual abandono.

Luego, Aiden giró la cabeza sin previo aviso, y sus narices entrechocaron en la oscuridad.

De hecho, colisionaron.

—¡Auch! —soltó Will.

Aiden se irguió de inmediato.

—Lo siento muchísimo.

Will se llevó la mano a la nariz.

—¿Todo el mundo en tu familia es tan letal?

—¿Quieres que te bese la nariz?

Oh, Señor, la tentación...

—Estaré bien —dijo rápidamente.

—A pesar de lo mucho que odio tener que decirlo, a lo mejor, deberíamos irnos.

—¿Por qué? —gimoteó Will.

Aiden sonrió.

—¿Recuerdas todos tus “Ohhh” y “Ahhh” sobre Marte? ¿Recuerdas que te dije que no sería visible hasta la una de la mañana?

«Mierda».

—Sí, ¿y?

—Es casi la una y media —dijo jovial.

Will parpadeó. «¿Dónde habían ido las últimas cinco horas?».

Era sencillo. Se habían ido consumiendo entre el avistamiento de planetas, buena conversación y mejor compañía. Aiden le había impresionado con sus conocimientos de astronomía.

«No quiero que esta noche se acabe».

Al día siguiente, le esperaba un viaje de vuelta a Minnesota. Otras cinco horas en el coche con Becca.

Will ya sabía que mantener una conversación con ella sería una ardua tarea. Y no quería hablar con Becca, quería cerrar los ojos y recordar esta mágica noche con Aiden.

—¿Will? —Aiden encendió la linterna de su móvil y el intenso haz de luz dio un aspecto fantasmal a su rostro.

Su mente se había vuelto a desviar por la tangente.

—He perdido la noción del tiempo —dijo, ayudándolo a subir el telescopio a la cama de la camioneta. Luego, volvieron al recinto para cerrar el techo.

—No puedo llevarte a casa de mis padres —dijo Aiden mientras caminaban de vuelta a la camioneta.

—¿Por qué no?

—Porque despertarás a todo el mundo. —Hizo una pausa—. Pero hay una alternativa.

—¿Qué es...?

—Pasa la noche en mi casa. Tengo un sofá cama en la habitación de invitados.

Will tragó.

—¿No seré...? ¿No seré una molestia?

Aiden rio.

—No, no lo serás. Solo prepárate para compartir tu cama.

Por un segundo, su corazón se paró. ¿Estaba sugiriendo...? Luego, retornó la cordura.

—Estás hablando de Midnight.

—Por supuesto. ¿De quién más podría estar hablando?

De quien, en efecto.

Su cerebro estaba intentando enloquecerlo. Bueno, su cerebro o su libido.

Aiden aún estaba esperando una respuesta a su amable oferta.

—Gracias —dijo Will. Y lo decía en serio—. Es una buena idea. Solo que no tengo—.

—Hay un cepillo de dientes nuevo en el armario del baño —dijo Aiden—. Tengo suficientes sábanas y almohadas, un edredón de sobra... También hay una colcha que me hizo mi madre cuando salí de mi casa para alojarme por primera vez en la universidad. —Sonrió de par en par—. Te encantará, por cierto. Por aquella época estaba descubriendo lo increíble que era el espacio, así que mi madre la llenó de planetas y estrellas. Y cuando nos levantemos, te llevaré a desayunar. Te prometo que estarás de vuelta con Becca mucho antes de que tengáis que coger la carretera.

A Will le resultó imposible rechazar ese plan.

A pesar de que lo que realmente quería hacer era acostarse con el hermano de su falsa prometida.

CAPÍTULO 12



Will y Aiden se quedan despiertos hasta tarde

Dada la hora, Aiden ya debería haberse desmayado en la cama. Eran las dos de la madrugada, por el amor de Dios. Pero la idea de poder seguir hablando con Will le mantuvo completamente despierto. Dedujo que no había ningún problema en quedarse charlando un rato más; no tenían que madrugar, el desayuno podía transformarse en un *brunch*... y Becca podía lidiar con un par de horas más a solas con sus padres.

Ese último pensamiento le sonsacó una sonrisa.

Lo primero que hizo según llegaron a su casa fue encender la chimenea y, para su sorpresa, Will decidió sentarse en la alfombra frente a ella. Por supuesto, tuvo que compartirla con Midnight, pero al felino no pareció importarle; ya se había acurrucado sobre su regazo cerrando los ojos.

—Aún no estás preparado para irte a la cama, ¿verdad?

Will rio.

—Parece que me he desvelado. —Miró a Midnight—. A diferencia de tu gatito.

—Una vez, llevé una bitácora para calcular cuántas horas dormía al día.

—¿Y? ¿Cuántas?

Aiden resopló.

—Bueno, por imposible que parezca, en un periodo de veinticuatro horas, duermes, al menos, veintiséis. Duermes incluso cuando está comiendo. —Hizo una pausa—. En caso de que decidas que necesitas alguna ayuda para coger la cama, tengo un par de trucos que remediarán el problema. —Sacó un libro de la estantería y se lo tendió.

Will dio un respingo simulando ofensa.

—¿Moby Dick? Es un clásico.

Aiden le miró fijamente.

—¿Y alguna vez te has leído este clásico?

—Bueno, no, pero—.

—Pero nada. Este es uno de esos libros sobre los que la gente dice: “Oh, tienes que leerlo”. Así que lo hice. Quería saber de qué iba todo ese bombo. Luego, llegué a la página séis y empecé a preguntarme en qué infierno me había metido. Claro, si realmente quieres saber algo sobre la caza ballenera en el siglo diecinueve y la putada que era trabajar como marinero en una embarcación ballenera, entonces, este es tu libro. —Volvió a colocarlo en la estantería—. O tienes *Anna Karenina*. Tengo que admitir que, aunque fue tan aburrido como la mierda ballenera, por lo menos me enseñó algo.

—¿Qué te enseñó? Y por cierto, me ha gustado. ¿Mierda ballenera?

Aiden sonrió.

—Me enseñó que en la alta sociedad rusa; de nuevo, del siglo diecinueve, las damas de alta alcurnia morían a causa de fiebres autoinfligidas consecuencia de la vergüenza o el deshonor. No estoy de coña. Literalmente, caían muertas en el sitio.

—Creo que pasaré de los libros. ¿Cuál es el otro remedio?

—Cerveza —respondió rápidamente Aiden.

—No soy un gran aficionado —confesó Will—. En realidad, no le veo el atractivo. Todas me saben igual.

—Ah, pero esta no es una cerveza común y corriente.

Will se inclinó hacia atrás, apoyando el peso de su cuerpo sobre sus manos.

—Sigues saliendo con cosas que me generan curiosidad. —Sonrió—. Me gusta cómo suena. Así que ¿qué hay de especial en esa cerveza? Sé que te estás muriendo de ganas por contármelo.

Aiden se sentó en el brazo del sillón.

—Uno de los grupos con los que solía quedar, organizaba partidas de fines de semana enteros. Nos reuníamos en una casa y comprábamos un par de cajas de cervezas por turnos, lo suficiente para que nos durase los tres días que nos juntábamos para jugar. —Miró a Will—. ¿Tus grupos no hacen eso?

Will resopló.

—Son más de soda y aperitivos, con la ocasional cerveza de raíz. Me gusta más cómo suena tu grupo.

—Bueno, uno de los jugadores, Jimmy, trajo esta cerveza, y todos nos volvimos locos con ella. Y eso fue incluso antes de probar una gota. —Aiden rio—. Nos contó que había encontrado una lista online que tenía los nombres de cervezas más excéntricos que había visto nunca. Y, por supuesto, tuvimos que probarlas todas.

—Por supuesto —contestó Will en un tono impasible—. ¿Qué tipo de nombres?

—Había una llamada *Dark Helmet*, y la lata tenía dibujado una especie de casco de *Darth Vader*. La *Stout Trooper* fue todo un éxito. Era una mezcla de café con matices afrutados. Otra fue la *Empire Brewin`'s Strikes Back*.

Will rio.

—De acuerdo, suena alucinante. ¿Cuál es tu favorita? ¿O te gustaron todas?

Aiden fue a la cocina y volvió con dos latas.

—Esta. Es una doble IPA y la mejor de todo el lote. No es fácil de conseguir, así que no suelo compartirla, pero haré una excepción contigo.

Will estudió la lata.

—¿*Pan Galactic Gargle Blaster*? ¿El detonador gargárico pangaláctico? ¿La mejor bebida que existe? ¿Cuyos efectos son similares a, y cito: “que te aplasten los sesos con un lingote de oro envuelto en una rodaja de limón”?

El rostro de Aiden se iluminó.

—Eres un fan del *Autoestopista intergaláctico*.

Will dejó la lata en el suelo, cogió a Midnight y lo depositó sobre la alfombra. Luego se lanzó hacia su bolsa, que había dejado al lado del sofá, y comenzó a rebuscar en su interior. Tendió a Aiden lo que, por la cubierta negra, parecía un Kindle.

Aiden frunció el ceño.

—¿Me he estoy perdiendo algo?

—Dale la vuelta.

Cumplió la orden y encontró una pegatina rectangular en el centro, con una frase impresa en grandes y redondeadas letras: *Don`'t Panic*.

—Joder, adoro esto —rio. Will abrió la lata y dio un largo trago—. ¿Y bien? —preguntó Aiden.

Sonrió, asintiendo.

—Me gusta.

Aiden dejó el Kindle sobre el sofá y se unió a él en la alfombra. Abrió su propia lata y la sostuvo en dirección a Will.

—Un brindis.

—¿Por *Douglas Adams*? —sugirió Will.

—Pensé que querías brindar por tu inminente boda.

Will se quedó petrificado.

—Oh, sí, por supuesto. Por la boda.

Entrechocaron las latas.

Aiden se sentó con las piernas cruzadas, mirando fijamente el fuego.

—Creo que es fantástico, ¿sabes? Que vayáis a casaros, quiero decir. Incluso a tu edad.

—¿Qué tiene que ver mi edad en todo esto?

—Bueno, solo tienes veintidós años. Adivino que la mayor parte de los hombres de tu edad no están preparados para contraer matrimonio.

Will rio secamente.

—Y ahí estás de nuevo con lo de “tu edad”. —Puso los ojos en blanco—. Supongo que puedes decir esas cosas cuando llegas a los veinticuatro años.

Aiden suspiró.

—Tienes razón. No soy quién para decirte esa mierda.

Will le miró jovial, ladeando la cabeza, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas. Luego, se aclaró la garganta.

—Para serte sincero, no he pensado demasiado en todo eso del matrimonio. Aunque te diré que no estaba preparado para que fuera este diciembre.

—Sí, cuando mi madre suelta una bomba, es nuclear —rio Aiden. Le miró de soslayo—. Pero te parece bien, ¿no? —Luego, agitó una mano en el aire—. Olvida que he hecho esa pregunta. Si no fuese así, no estarías aquí.

—¿Y qué hay de ti?

—¿Qué hay de mí? —repitió Aiden frunciendo el ceño.

—¿Crees que alguna vez vas a pasar por el altar? —preguntó Will. Aiden dio un sorbo a su lata—. ¿He tocado un nervio o algo?

Aiden sonrió.

—Mis padres se conocieron en la universidad y ¡bam!, supieron que estaban hechos el uno para el otro. Se casaron antes de graduarse y veinticinco años después, aún siguen caminando dados de la mano, salen por ahí a cenar, viajan... Siguen actuando como dos adolescentes enamorados. Y sí, quiero ser como ellos, pero... —Suspiró—. Siempre me digo a mí mismo que solo me casaré cuando conozca a alguien que...

—¿Qué? —Will se irguió con la mirada fija en él.

—Que me quite el aliento. Que, cuando esté a su lado, sienta que he entrado en una cámara hipóxica. Alguien que me haga sentir bien conmigo mismo, que saque mi mejor versión, porque querré ser lo mejor para esa persona.

«Alguien que se parece mucho a ti».

Y de repente, Aiden ya no quería seguir hablando de eso. Estaba caminando por el borde del precipicio y si seguía así, terminaría diciendo algo de lo que se arrepentiría.

—Tengo una pregunta para ti. —Alzó la lata—. ¿Te gusta más beber de lata o prefieres botella?

Will sonrió.

—Vaya, una pregunta filosófica. Primero quiero oír tu opinión.

Aiden se encogió de hombros.

—Me parece bien. Yo soy de lata.

—¿Y tus razones son...?

Empezó a contar con los dedos.

—Las latas no dejan pasar la luz. Son más duraderas. Puedes almacenarlas en cualquier lado. Y no olvidemos el factor más importante.

—¿Que es?

Sonrió.

—Contienen más cerveza.

—¿Qué pasa con todas esas quejas sobre que sabe a metal?

Aiden resopló.

—Cualquiera que diga eso no sabe beber de una lata. Además, los barriles de cerveza son de metal, ¿no? Y la cerveza de grifo no sabe a metal por ello, ¿o sí?

—Así que ¿las botellas no tienen ninguna característica especial que las redima?

Se frotó la barbilla.

—De acuerdo. Si quieres envejecer una cerveza, las botellas ganan. Ya sabes, dejarlas almacenadas durante tres o más años, como el vino. —Inclinó la cabeza a un lado—. No puedes argumentar nada en contra, ¿me equivoco? —Sonrió. Estaba empezando a disfrutar de esta conversación.

Will se irguió en el sitio, dio un largo trago a su cerveza y luego, le miró con ojos relucientes.

—Te equivocas.

Aiden sintió que acababa de abrir la caja de Pandora.

«¿O era una botella?».

—Para empezar, no puedes asegurar que las latas son mejores —dijo Will—. Para eso, tendrías que ser capaz de comparar exactamente la misma cerveza en distinto envasado. Para continuar, hay demasiadas variables a considerar.

—¿Como cuáles?

—No discutiré contigo que las técnicas de enlatado y su asequibilidad han mejorado una barbaridad en los últimos años. Pero... —Will imitó a Auden, y empezó a enumerar con los dedos—. La cadena de enlatado sigue siendo mucho más delicada y difícil de manejar que una cadena de embotellado. Y luego, necesitas controlar el TPO.

Aiden parpadeó.

—¿TPO? —Will estaba hablando en otro idioma.

—La cantidad bruta de oxígeno en el envasado. Es esencial para controlar no solo la vida útil de la cerveza, sino también su sabor y su consistencia. Y lo que te dice un productor de la cadena de enlatado sobre la cantidad bruta de oxígeno presente en sus latas *versus* la cantidad real de oxígeno presente en las latas que salen de la cadena de producción pueden ser cosas muy distintas.

—¿Pueden?

Will asintió.

—A menos que estemos hablando de las cadenas de enlatado de las grandes marcas. Pero la mayoría de los fabricantes de cerveza artesanal no pueden permitirse ese tipo de tecnología. —Acarició a Midnight, que empezó a ronronear—. En un día normal, en la misma fábrica de

cerveza artesanal, con la misma cerveza y la misma cadena de enlatado, la diferencia de TPO entre las latas puede ser abismal. La cantidad de acondicionamiento requerido para cada una de ellas puede influir negativamente en la velocidad de la cadena, así que no lo hacen. Y luego, está el grado de competencia del personal al cargo.

—¿Eso es todo?

Los ojos de Will brillaron.

—Como dijo Marisa Tomei en *Mi primo Vinny*: “No, hay más”.

«“No soy un gran aficionado”, mis cojones». Luego, sus palabras calaron en su mente.

—Espera un segundo. ¿Te gusta *Mi primo Vinny*?

Will le miró, obviamente divirtiéndose con la situación.

—Para ser un hombre tan inteligente, haces una preguntas muy estúpidas. Ahora, aparte de la cadena de envasado, también hay problemas con la logística de la fábrica, a lo que hay que añadir cómo lo gestiona el punto de venta y luego, el cliente. Ya sabes, cosas como... ¿cuánto tiempo lleva almacenada la lata desde su envasado y cómo ha sido almacenada? ¿A qué temperatura la han transportado desde la fábrica hasta la tienda? ¿Qué trato ha recibido en la tienda? —La sonrisa que le dedicó fue casi petulante—. Me tomaría una IPA de un mes de antigüedad en una botella marrón que fue envasada con bajo TPO, que almacenaron en frío en fábrica, transportaron en frío a la tienda y me vendieron en frío, antes que una lata envasada hace dos semanas, con un TPO mucho más alto y almacenada y transportada a temperatura ambiente.

—¿Ahora has terminado?

—No del todo. También necesitas tener en cuenta el tipo de cerveza. Algunas son más propensas a dejar que entre oxígeno. Las botellas pueden soportar más presión que las latas, por lo que pueden soportar más dióxido de carbono. Como resultado, la cerveza tiene más burbujas y conserva más su sabor. No es imprescindible para cervezas como bitter o stout, pero para lager, por supuesto. —Will le sonrió, satisfecho—. Así que sí, aunque las latas tienen el potencial de ser mejores que las botellas, es un error manifiesto decir que la cerveza enlatada es mejor que la embotellada.

Aiden le miró fijamente en silencio y luego, estalló en una carcajada.

—Vaya. Siento que acabo de recibir un curso intensivo de envasado de cerveza. —Vacío su lata—. ¿Quieres otra?

—Claro. ¿Tienes alguna botella?

Aiden puso los ojos en blanco.

—Vaya, se me han acabado.

Rieron.

Joder, esa era una sonrisa muy sexy. «¿Y cómo no me había dado cuenta antes de esos encantadores hoyuelos». Aiden controló su expresión.

—Así que no ves ningún atractivo en la cerveza, ¿eh? Todas saben igual, ¿verdad?

Will tuvo la decencia de sonrojarse.

—De acuerdo. He mentido. —Luego, sonrió de par en par—. Pero me has creído, ¿no?

—Totalmente. Recuérdame que nunca juegue al póquer contigo. —Hizo una pausa—. ¿Quieres dormir o debería encontrarnos una película en Netflix?

—Película.

Se levantaron de la alfombra para acomodarse en el sofá. Aiden dirigió el mando hacia la tele y comenzó a deslizarse por la pantalla.

—De acuerdo ¿qué te apetece?

—Ni idea. ¿Qué hay nuevo?

Aiden leyó en voz alta.

—“Una profesora de psicología y experta lingüista verá puestos a prueba su vida y la relación con su familia cuando es diagnosticada con Alzheimer”.

—Ehhh, no. Estoy convencido de que es una gran película, pero esta noche no. —Will rio disimuladamente—. ¿O debería decir día? Siguiendo.

—“Un policía novato pasa su primer día en el departamento de narcóticos de Los Ángeles con un detective corrupto que—”.

—Puedes parar ahí.

Aiden rio.

—Bueno, ¿qué tal un romance?

—Podría soportarlo —dijo Will simulando reticencia.

Aiden resopló.

—¿Esa es tu forma de decir: “el romance es lo mío, dale”?

Will rio.

—No se lo digas a Becca, ¿de acuerdo? Jamás parará de recordármelo.

Aiden miró la pantalla.

—Vaya, esto es perfecto. Tienes dos para elegir. *El guardaespaldas* o *Notting Hill*.

—La última —dijo Will al instante.

Aiden agitó las cejas.

—Tienes debilidad por Julia Roberts, ¿eh?

Aiden, sin embargo, pensaba que Hugh Grant siempre estaba magnífico, y ese acento... Podría correrse solo con escuchar a Hugh recitando la lista de la compra.

—Tráenos dos cervezas más y pon la película —dijo Will.

—Vaya, tienes una vena mandona —dijo Aiden, negando lentamente con la cabeza—. ¿Lo sabe mi hermana?

—Lo que no sabe, no le hará daño.

—Hasta después de la boda —añadió Aiden.

Salvo que no quería pensar en Will, en traje, esperando a que Becca se le uniera en el altar. Will sonriéndola mientras su hermana avanzaba lentamente agarrada del brazo de su padre, con el vestido extendiéndose tras ella en una cascada de satén y encaje.

Will besándola mientras el oficiante anunciaba jovialmente al señor y la señora Bryant.

Y luego, la realidad cayó como una pesada losa sobre él, hundiéndolo.

«Yo me convertiría en el señor Bryant por ti sin pensarlo».

Una idea que jamás se le había pasado antes por la cabeza. Con nadie.

«Maldita sea, tenemos mucho en común. Nos gusta *Dungeons & Dragons*, adoramos la astrofísica, nos gustan las mismas películas, disfrutamos con una cerveza fría, aunque discrepemos en el método de envasado. ¿Por qué cojones tienes que ser hetero? ¿Y por qué has tenido que enamorarte de mi hermana?».

Sobre él se cernía un futuro miserable, repleto de reuniones familiares infernales. Porque serían un infierno. Años y años viendo a Will y a Becca, todo sonrisas y afecto. Ver cómo se besaban mientras él seguía anhelando fervientemente estar al otro extremo de esos labios. Felicitarles cuando anunciaran que iban a tener a su primer hijo y ser testigo de cómo iba creciendo su familia.

«Esto me va a despellejar vivo. Todas y cada una de las veces que les vea».

Tal vez, sería mejor saltarse esos eventos. Necesitaba empezar a distanciarse de su familia hasta que ese estúpido enamoramiento desapareciese por completo o...

Salvo que sabía que era improbable que desapareciese.

Incluso ahora, podía imaginarse a Will envejeciendo. Los primeros hilos plateados esparciéndose entre su cabello negro, que iría aclarándose cada vez más con el paso del tiempo. Podía imaginar su inquietud al verse viejo frente al espejo, y podía imaginarse a sí mismo diciéndole que jamás había tenido un aspecto tan magnífico.

«Maldita seas, Becca. Has tenido que encontrar al hombre perfecto, ¿verdad?».



Will sentía que sus párpados estaban pegados a sus mejillas. Intentó alzar una mano para frotarlos, cuando se dio cuenta de que estaba atrapado. Detrás de Aiden.

«¿Pero qué...?».

Parpadeó un par de veces, girando la cabeza. Aiden estaba durmiendo sobre él, con un brazo en torno a su cintura y la cabeza apoyada sobre su hombro, respirando lenta y relajadamente.

«Vaya».

No movió un músculo por miedo a despertarlo y se deleitó contemplando su rostro. Tenía una expresión serena y su melena caía sobre sus hombros, reflejando la luz de la lamparita.

«Es incluso más guapo que cuando está despierto».

Aiden abrió los ojos y miró a Will. Luego, bajó la mirada.

—De acuerdo. Esto es vergonzoso. —Se irguió, apartándose de él—. Supongo que nos hemos quedado dormidos, ¿eh? No recuerdo terminar de ver la película.

Tampoco Will. Incluso se había perdido su parte favorita, cuando Julia Roberts decía su famosa frase sobre ser una chica, delante de un chico...

Una frase que Will siempre había querido usar algún día frente a su propio chico.

Sacó el móvil de su bolsillo y entornó los ojos hacia la pantalla.

—Son las nueve y media.

Aiden cogió su móvil y gruñó.

—Mierda. Tengo un millón de mensajes de Becca.

Will entró en sus mensajes.

—Yo solo tengo uno. —Leyó—: “Tienes pensado venir aquí en algún momento, ¿verdad? A menos, claro, que tengas la intención de volver a Minnesota por tu cuenta”.

—Bueno, es mucho mejor que lo que me ha mandado a mí. —Aiden leyó en voz alta—. “¿Has secuestrado a Will?”. “Te lo has llevado fuera de la ciudad y le has emborrachado, ¿verdad?”. “¿Necesitáis dinero para la fianza?”. —Luego, sus mejillas se volvieron escarlata y estalló en un ataque de tos.

—Tengo miedo de preguntar qué acabas de leer —dijo Will.

—Mierdas entre hermanos. Nada que ver contigo. —Se guardó el móvil—. Supongo que será mejor que te alimente y te devuelva a tu prometida. Voy a darme una ducha rápida antes de irnos. —Y con eso, salió de la habitación.

Will frunció el ceño.

«¿Qué cojones le has dicho, Becca?».



Aiden aparcó la camioneta frente la casa de sus padres y apagó el motor. Las cortinas de una de las ventanas se agitaron violentamente y rio.

—Me temo que nos han visto.

Y cuando se quedara a solas con Becca, iba a estrangularla por casi matarlo con ese mensaje: “Después de este numerito, me alegro de que no puedas ser mi madrina. Aunque estarías espectacular con un vestido y unos zapatos de tacón”. Aiden rezó para que su hermana no viera nunca ninguna de las fotos de esa fiesta Drag a la que asistió durante el día del Orgullo de hace dos años.

La puerta se abrió y Becca apareció en el umbral con las manos sobre las caderas.

—Acostúmbrate a esa postura —murmuró Aiden.

Will rio.

—Ya la he visto muchas veces.

Salieron de la camioneta y avanzaron hacia ella. Sus padres estaban detrás de Becca, que fulminaba a Will con la mirada.

Sí, Aiden también conocía esa mirada. Will estaba en problemas.

Becca hizo un gesto de cabeza hacia su vehículo.

—Tus cosas ya están en el coche. Necesitamos ponernos en marcha si queremos evitar el tráfico.

—¿No podéis quedaros a almorzar? —preguntó su padre.

—Es una gran idea, pero no había contado con perder a Will durante la mayor parte de la mañana. —Becca le dedicó otra mirada asesina, y Aiden hizo una mueca.

Sí, iba a ser un viaje glacial hasta Minnesota.

—Nos veremos en unos días, de igual forma —dijo su madre jovialmente—. Si no queréis volver a conducir, tu padre os enviará dinero para el tren. Puede que tengáis que saltaros algunas clases el miércoles, pero al menos, no llegareis aquí tan tarde.

—Muchos estudiantes volverán a sus casas, así que eso no será un problema —dijo Becca.

—Aún vas a venir, ¿verdad, Will? —preguntó su madre.

Hubo un momento de vacilación, y luego respondió:

—Sí, por supuesto —dijo.

Como si su madre le hubiera dado otra opción. Había emitido un veredicto, ¿no?

En un impulso, Aiden envolvió a Will en un fuerte abrazo.

—Buen viaje. Y gracias por anoche. —Le liberó y dio un paso atrás.

Will rio.

—Gracias por una noche altamente entretenida e instructiva. Creo que ambos aprendimos mucho. —Sus mejillas se sonrojaron.

—Sí, podría decirse así —murmuró Aiden.

Un estridente pitido le informó de que Becca estaba ansiosa por coger la carretera.

Aiden se inclinó hacia Will y susurró:

—¿Quieres un consejo? Creo que necesitas unas horas más de sueño. De hecho, si fuera tú, dormiría durante todo el trayecto.

Will rio suavemente.

—Esa sí que es una buena idea. —Se despidió de sus padres y Aiden le acompañó hasta el coche.

Becca bajó la ventanilla.

—¿Os divertisteis anoche jugando?

Aiden resopló.

—Becca, el que te dijo que se te daba bien el sarcasmo, te mintió. Y sí, me lo pasé muy bien. Will es un tipo muy divertido. Y si vas a culpar a alguien por quedarnos dormidos, culpame a mí.

Sus ojos le fulminaron.

—Oh, ya lo hago. —Esbozó una dulce sonrisa—. Espera a que seas tú el que traiga una novia a casa. Voy a monopolizarla de la misma forma que has hecho tú con Will.

Aiden advirtió un tono extraño en su voz, pero no pudo identificarlo.

—¿Estás bien?

Ella le miró ojiplática.

—¿Por qué no lo estaría?

—Porque pareces... no lo sé... nerviosa. ¿Ha pasado algo?

—No, todo va bien. Todo va magníficamente bien. Perfecto. Increíble. Incluso lo describiría como espléndido.

—Te creería de no ser porque has dicho todas esas palabras entre dientes.

Becca hizo un gesto de desesperación.

—Te he dicho que estoy—.

Aiden alzó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo, lo pillo. —Will rodeó el coche y se acomodó en el asiento del copiloto. Aiden se apartó del vehículo y añadió—: Conduce con cuidado. Y manda un mensaje cuando lleguéis allí.

Eso le granjeó un gesto de desesperación.

—Claro, papá.

Will le sonrió.

—Yo te mandaré un mensaje, ¿de acuerdo?

—Gracias. —Contempló el coche mientras salían a la carretera y vio a Will por el espejo retrovisor, despidiéndose con la mano. Luego, el vehículo giró por una esquina, y desaparecieron.

—¿Vas a entrar? —Su madre se frotó los brazos—. Está helando aquí fuera.

—¿Sabes qué? Voy a volver a casa. Tengo que preparar algunas cosas para clase.

Su padre asintió.

—Buen chico. Te veremos el jueves a primera hora de la mañana, ¿de acuerdo? —Sonrió—. Ya sabes que a tu madre le gusta tener todas las manos disponibles en Acción de Gracias.

Lo sabía.

Aiden se encaramó tras el volante de su camioneta y se puso en marcha en dirección a su casa, despidiéndose de sus padres con un último gesto de mano. Odiaba mentirles —ya había terminado todo lo que tenía que hacer—, pero no podía soportar la idea de tener que enfrentarse al tercer grado de su madre.

Además, quería acurrucarse con Midnight y volver a ver *Notting Hill*.
Y recordar que se había levantado entre los brazos de Will.

CAPÍTULO 13



Acción de Gracias en Milwaukee

23 de noviembre, Miércoles

—He visto a Kristen saliendo de tu bloque cuando he ido a recogerte —dijo a Becca. Al entrar en su apartamento esa misma tarde, solo había necesitado una mirada a sus ojos enrojecidos y sus mejillas hinchadas para saber que las cosas no andaban bien en el mundo de Becca. No había preguntado, limitándose a darle un abrazo.

—Bien por ti. —Becca no apartó la mirada de la carretera.

—Becca. Estaba disgustada.

Ella tensó la mandíbula.

—Cambia de tema —dijo en un tono grave y firme.

—No-no. Me gusta Kristen. Es divertida, dulce y te quiere en contra de toda lógica, lo que la convierte en una santa y una masoquista.

Becca le fulminó con la mirada.

—¡Oye!

Will señaló la carretera.

—Ojos al frente, por favor.

Becca refunfuñó entre dientes, pero cumplió la orden.

—No sé de qué hablas. Soy muy buena persona.

Will rio.

—No me vengas con esa mierda. —Se giró en el asiento para mirarla de frente—. Niégame que puedes ser una auténtica zo—.

—No digas esa palabra —gruñó—. Y si de verdad sientes la necesidad de husmear en mi vida, tuvimos... tuvimos una charla anoche. Me dijo que contase la verdad a mis padres.

—Parece que Kristen y yo estamos de acuerdo, entonces.

Becca emitió un ruido de pura exasperación.

—Genial. Uníos contra mí, ¿por qué no? Ahora, lo único que necesito es que Aiden lo descubra y ya seréis tres. —Le miró suspicaz—. Aún no lo sabe, ¿verdad?

—No, no lo sabe —confirmó Will.

Odiaba mentir a Aiden, y sabía que cuanto más se prolongara ese fiasco, peor sería su reacción al descubrir la verdad. Se había pasado tres días enteros pensando en formas de liberarse de ese desastre.

Tres días sin llegar a ninguna solución, pero acumulando una enorme cantidad de culpa.

—Me has estado evitando —soltó Becca.

Will parpadeó.

—No sé a qué te refieres.

Becca nunca era lenta a la hora de pillar las cosas.

—Y una mierda. El domingo dormiste durante todo el trayecto de vuelta. Puse la música al máximo y ni siquiera eso te despertó.

—¿Hiciste qué? —«¿Quién cojones hace eso?».

Ella le ignoró.

—Y cuando volvimos, te fuiste directamente a tu apartamento. Esa fue la última vez que te vi hasta hace dos horas.

—Tengo exámenes dentro de poco. En tres semanas, para ser exacto. Y tú también.

Becca también pasó esa observación por alto.

—Pero de vuelta a Aiden. ¿Qué está pasando entre vosotros dos?

«Nada. Desafortunadamente. ¿Cómo podría pasar algo cuando piensa que soy el prometido heterosexual de su hermana?».

Will estaba esforzándose por no guardar rencor a Becca, pero joder, cada vez era más complicado. Otra razón por la que llevaba toda la semana intentando evitarla.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, haciéndose el tonto.

Becca tensó las manos sobre el volante.

—Te abrazó. Aiden no abraza. Nunca. Pero te abrazó. Así que sí, estoy preguntando. ¿Qué está pasando entre vosotros dos?

—Hablamos. Toda la noche, literalmente. Que es la razón por la que estuve muerto para el mundo en el trayecto de vuelta, por cierto. Oh, y nos tomamos un par de cervezas.

Becca le miró atónita.

—¿Bebes cerveza?

Resopló.

—¿Y tú te llamas mi mejor amiga? Sí, bebo cerveza.

Becca rio.

—Bueno, si me hubieses dicho que habíais estado hablando de cerveza, no bebiéndola, te habría creído. —Vaya, a lo mejor, Becca le conocía más de lo que imaginaba—. Por cierto, no he notado ningún arañazo. Supongo que encerró a Midnight en algún lado. O eso, o ese gato reconoce a otro *nerd* cuando lo ve y has hecho un nuevo amigo.

—Es un buen gato. Obviamente, un poco maligno. Pero tiene buen gusto en humanos.

—Bueno, ahí van unas palabras de advertencia: No te hagas muy amigo del humano de Midnight, porque cuando rompamos, tu nombre va a estar maldito.

—¿Mi nombre? ¿No querrás decir nuestros nombres?

—No, si seguimos el plan original y tú eres el que anula la boda.

—¿Así que he conseguido el papel de malo? Vaya, gracias Becca.

Cayó el silencio y Will no estaba de humor para llenarlo con conversación.

Luego, Becca suspiró.

—Nunca podría hacerte eso —dijo suavemente—. El único objetivo de este plan es ganar tiempo para, eventualmente, contarles la verdad y hablarles de Kristen. Así que cuando anulemos la boda y se descubra todo el pastel, me aseguraré de que sepan que estuviste tajantemente en contra de todo desde el principio.

Will tragó.

—Ahí está la Becca que conozco y quiero. —Sí, podía irritarle y volverlo loco como nadie, y ya había perdido la cuenta de las veces en las que, recientemente, había estado tentado de mandarla a la mierda. Pero lo cierto, es que él seguía sin poder imaginarse a su propia familia dándole la espalda por presentarles a su novio.

«Debe estar aterrorizada. Y dolida».

Aun así, la idea de pasar tres días enteros con la familia de Becca le daba pavor.

«Tendré que estar en guardia todo el tiempo».

«Tendré que recordar que se supone que estoy enamorado de Becca».

Aunque en esos momentos solo quería estrangularla.

«Y tampoco hagas el papel de perfecto enamorado. Tienes que dar credibilidad al escenario de “vamos a anular la boda”. Deja que vean algunas grietas en el Paraíso. Así, la ruptura no les conmocionará tanto».

A pesar de lo mucho que compadecía a Becca por el dilema al que se enfrentaba, Will estaba deseando salir de esa tormenta de mierda.

—Así que ¿seremos solo tus padres, Aiden y nosotros?

—*Sip*, y suficiente comida para alimentar a cuatro.

—¿Cuatro personas?

Ella rio.

—Cuatro familias. Pero tendremos que trabajar para ganarnos la cena. Tú y Aiden podéis ayudar a preparar las verduras.

—¿Qué hemos hecho para ser dignos de tan magno honor?

Otra risita.

—Odio esa parte, solo habéis sacado la pajita más corta. —Hizo una pausa—. ¿A tus padres no les ha molestado que no vayas a pasar las fiestas con ellos?

Will sonrió.

—Me han tenido sentado a la mesa en Acción de Gracias durante los últimos veintiún años. Un año sin mi presencia no les matará. Además, siempre está Navidad. Y el año que viene no me perderé la cena.

Para entonces, sería un hombre soltero.

«Ahora estás soltero, ¿recuerdas?».

Will se dijo a sí mismo que solo estaba entrando en su papel.

Cuanto antes lo hiciera, menos deslices tendría.

Acción de Gracias empezaba a parecerse a una escapada a la pequeña cabaña del lago de sus padres. Las aguas parecerían tranquilas y tentadoras, pero bajo su superficie, se ocultarían horrores esperando para herir a los nadadores más incautos.



Algo aterrizó sobre la cama de Will con un suave *zump*, y abrió los ojos para enfrentarse a un peludo rostro negro con alargados bigotes y dos brillantes pupilas, que ahora estaban enfocadas en él.

Sonrió.

—Midnight. Buenos días. —Le rascó detrás de las orejas y el gato se puso cómodo y se acurrucó contra él, ronroneando—. ¿También te van a dar una comida especial para Acción de Gracias?

La puerta se abrió, y un delicioso aroma a café recién hecho se coló en la habitación de

invitados.

—¿Estás decente? —Era Aiden.

—¿Yo? Claro. Pero Midnight está desnudo.

—Ninguna sorpresa ahí. Es un gatito muy desvergonzado. —Aiden entró en la habitación portando dos tazas—. Buenos días. Mi madre me ha dicho que no llegasteis a casa hasta bien entrada la noche.

—Mmm. —Will olisqueó el aire—. Eso huele muy bien. —Se sentó en la cama, bostezando mientras se pasaba los dedos por el pelo—. ¿Qué hora es?

Aiden se sentó al borde del colchón.

—Las siete y media. Mi madre ya está poniendo patas arriba la cocina. Para serte sincero, me sorprende encontrarte aquí.

—Pero sabías que iba a ve—.

—Ah, no me refiero aquí de aquí. Me refiero en esta habitación.

—¿Y en qué otro sitio podría estar? —Will dio un sorbo al fragante brebaje.

Los ojos de Aiden brillaron con malicia.

—¿En el dormitorio de Becca? O ella podría haber dormido aquí.

Will arqueó las cejas.

—A lo mejor, me gustan mis pelotas justo donde están. Imagínate que entra tu padre. Estamos en el siglo veintiuno, pero no creo que la actitud de los padres haya cambiado demasiado en lo referente a sus hijas. —Era un escenario improbable, por supuesto, pero tenía que interpretar un papel, y eso significaba decir este tipo de cosas. Las cosas que se esperaba que dijese.

—Ahora me dirás que te estás reservando para el matrimonio —sonrió Aiden. Will se atragantó con el café, pulverizando el edredón, y Aiden le miró conmocionado—. Oh, Señor. ¿No eres...? —Calló.

Will se limpió los labios.

—¿Estabas a punto de preguntarme si soy virgen?

—No. Rotundamente, no. —Una pausa—. De acuerdo, sí. —Antes de que Will pudiera responder, Aiden continuó—: Olvida que lo he preguntado. No es de mi incumbencia.

Will rio.

—No, no lo es. Y no, no lo soy. Al menos, desde los dieciséis y medio. —Will no iba a obsequiarlo con la historia de Andy, el vecino de al lado, que solía cortar el césped con el pecho descubierto, vistiendo unos diminutos pantalones cortos y sandalias. O cómo Andy le pidió que le ayudara a quitarse las briznas de hierba de las piernas, lo que requirió un estrecho, estrechísimo acercamiento. Tan estrecho como el que le gustaría tener con Aiden, dada la oportunidad. Sonrió—. Así que dime, ¿vas a hacerle la misma pregunta a tu hermana?

Aiden le miró horrorizado.

—Dios, no. A mí también me gustan mis pelotas donde están.

Midnight eligió ese momento para emitir un sonoro maullido y Will rio.

—Creo que no está muy contento con toda esta charla sobre genitales. Aunque no lo entiendo, ¿a los gatos no les gusta jugar con cosas colgantes?

—Oh, sí, confía en mí. Esas garras son armas letales —Aiden se estremeció.

Will dio un respingo.

—Midnight, ¿has herido a tu papá?

Midnight parpadeó, como diciendo: «¿Yo? Si soy un ángel».

—¿Herirme? —Aiden resopló—. El médico no pudo parar de reírse mientras me daba

puntos. La parte positiva es que me gusta cómo me mira la gente en el gimnasio cuando les digo que es una cicatriz por la circuncisión. —Rio—. En realidad, fue enteramente mi culpa. Y me enseñó una valiosa lección: nunca juegues con el gatito desnudo.

Will acarició el cálido y suave lomo de Midnight.

—¿Cómo es que lo has traído contigo?

—Esta noche dormiré aquí, y mi vecina ha ido a casa de sus padres. Eso significaba dejarle solo.

—Vives a veinte minutos, colega. Siempre puedes volver a tu casa.

—Cierto —admitió Aiden—. Pero desde que me mudé, mi madre se plantó y dijo que esperaba que todos sus hijos durmieran bajo su techo la noche de Acción de Gracias y Navidad. Además, la mañana después de Acción de Gracias suele ser muy divertida por aquí. —Sonrió—. Mi padre allana el garaje para sacar todas las decoraciones navideñas. Cuando llegue el domingo, no reconocerás este sitio.

—¿Por qué tarda tanto tiempo?

Aiden sonrió diabólicamente.

—Podrás descubrirlo por ti mismo. Porque vas a ayudar.

—No estás hablando de unas simples luces, ¿verdad?

—Vas a ser parte de esta familia, así que puede que sea mejor que lo descubras ahora. En esta calle, durante las fiestas, hay una especie de competición no escrita para ver quién tiene la casa más decorada.

—¿Y en qué posición suele quedar la familia Taylor?

Los ojos de Aiden relucieron.

—Estás viviendo con los campeones. —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿Qué hay de tu familia? ¿También son unos locos de la navidad?

—Creo que estaríamos en las ligas menores. —Algo que Will había intentado cambiar desde que era un niño, pero sus padres habían puesto una firme resistencia. La idea de ser parte de—.

«Pero no serás parte de ello. De hecho, cuando todo esto salte por los aires, tendrás que mantenerte a kilómetros de distancia de los Taylor».

Había algo en esa familia que le absorbía, le hacía perder la cordura, la perspectiva...

«Bueno, alguien de esa familia».

Aiden se puso en pie.

—Será mejor que me vaya para dejar que te vistas. Mi madre está a punto de gritarnos para que bajemos a desayunar.

Will alzó su taza.

—Gracias por el café.

—De nada. He recordado cómo te gusta.

—¡Aiden! —Llamó Louise—. ¡Te toca hacer las tostadas! ¡Baja tu culo a la cocina!

Aiden suspiró.

—No hay descanso para los malditos. —Abandonó la habitación.

Midnight se quedó donde estaba y Will volvió a rascarle las orejas.

—Voy a tener que molestarte, gatito. Necesito salir de la cama.

El gato rodó hasta ponerse de espaldas, con las patas curvadas hacia arriba, exponiendo su peluda tripa blanca, y fue imposible de ignorar.

Will rio.

—Juegas sucio.

Casi pudo oír su respuesta: «Por supuesto. Soy un gato. Ahora, acaríciame, esclavo».

Will esperaba que las predicciones de Becca fueran ciertas. La idea de pasar un tiempo en la cocina a solas con Aiden era tremendamente atrayente.

Acarició la suave tripa de Midnight.

—¿Puedes guardar un secreto? —Midnight parpadeó un par de veces y Will rio—. Espero que eso signifique que sí. Se inclinó sobre él y le besó una pata—. Tu padre es tan adorable como tú.

E igual de difícil de ignorar.

Luego, rio de nuevo.

—Y no se lo digas, pero también me gustaría acariciarle la tripa.



Según la “Lista de cosas por hacer” que había elaborado su madre, preparar las verduras era un proceso sencillo.

Fue todo menos eso.

Aiden estaba al lado de Will mientras pelaban y troceaban las zanahorias, bañándolas en una fina capa de aceite, ajo y parmesano para asarlas al horno. La cocina no era pequeña, pero sus hombros se rozaban continuamente mientras trabajaban, y cada ligero contacto le estremeció. De vez en cuando, robaba una mirada en dirección a Will, solo para apartar rápidamente los ojos cuando descubría al hombre haciendo lo mismo.

«¿Mamá ha subido el termostato?».

Estaban en la isla, y el aroma de su champú flotó hasta él; eso, combinado con la calidez de su piel, desvió la mente de Aiden hacia una ruta definitivamente menos culinaria y más carnal.

«Para. Para de inmediato».

Alargó la mano para coger el cuchillo y sus dedos se encontraron con los de Will. Aiden se apartó como si le hubiese electrocutado, sintiendo la piel hormigueando. Luego, su madre volvió a la cocina y se deslizó a un lado de la isla para aumentar el espacio que les separaba.

Lo que más le sorprendió fue que Will le imitó, y se apartaron casi al unísono.

Su madre miró la encimera.

—¿Aún no habéis terminado? —Entornó la mirada hacia él—. Nada de picotear, Aiden James Taylor. Me conozco todos tus trucos. —Avanzó hacia el horno y estudió el pavo a través del cristal—. Huele de maravilla. —Luego, abandonó la cocina.

—Lo hace, ¿verdad? —dijo Will con una voz aguda y tomada, completamente distinta a la suya.

Aiden tardó unos segundos en entender la imitación, pero luego, su rostro se iluminó.

—¡*Los Teleñecos en Cuentos de Navidad!* Piggy como la señorita Cratchit. —Rio—. Muy bueno. Has sonado casi igual que ella.

Will miró hacia la puerta y dijo:

—Dile a tu madre que solo estaba comprobando el sabor, es algo de chefs. —Señor, era un excelente mímico.

Tenía que preguntárselo.

—¿Puedes imitar a Becca?

Will abrió los ojos de par en par.

—¿Estás de coña? Puede entrar aquí en cualquier momento.

Aiden resopló.

—Sí, claro. No se va a acercar ni a un metro de aquí, créeme. Si lo hace, mi madre le dará algo que hacer. ¿Por favor, Will? —Batió las pestañas—. Hazlo por mí.

Will le miró en silencio por un momento y luego, comenzó a negar lentamente con la cabeza.

—Juegas tan sucio como tu gato. Joder, seguro que Midnight lo ha aprendido de ti. —Se aclaró la garganta y lanzó una última mirada furtiva hacia la puerta antes de decir—: A lo mejor, deberíamos encargar flores artificiales.

Aiden estalló en una carcajada.

—Dios, la has clavado. Ha sido impresionante.

Will cogió un bastoncillo de zanahoria y se lo tendió.

—Rápido, antes de que vuelva tu madre.

El pulso de Aiden se aceleró. En lugar de cogerlo con la mano, se inclinó hacia Will y se metió el bastoncillo en la boca, rozando sus dedos con los labios. Mordió el extremo y se apartó lentamente sosteniendo su mirada. Will entreabrió la boca, sin apartar los ojos de él.

«De acuerdo, eso ha estado mal desde cualquier punto de vista».

Aiden cogió una cabeza de ajos y comenzó a pelarla, evitando su mirada.

—Empezaré con esto.

Will tosió.

—Tenemos que mantener a los vampiros a raya, ¿no? —Su voz fue un poco más grave de lo normal.

—Por supuesto.

«Salvo que no quiero mantenerte a raya».

Al contrario, Aiden quería que Will estuviese lo más cerca posible de él. Tanto como pudiesen estarlo dos cuerpos.



«¿Cómo es posible que un día pueda ser tan divertido y una auténtica tortura al mismo tiempo?».

Preparar las verduras había sido un ejercicio de contención y un martirio. Un sensual martirio. Cuando Louise había entrado en la cocina para echarlos, porque estorbaban, Will casi había suspirado de alivio. Se había excusado, diciendo que tenía que llamar a sus padres, y se había encerrado en su habitación.

De acuerdo, les había llamado, pero esa no había sido la razón principal por la que había huido.

Su objetivo prioritario había sido evitar a Aiden.

Cuando llegó la hora de reunirse para la cena, eligió sentarse al lado de Becca. Aiden tomó asiento frente a él, y Louise y Carl ocuparon ambos extremos de la mesa.

El mantel, de un intenso rojo, estaba cubierto de platos ahora vacíos, salvo por algunos restos de comida, y Will estaba a punto de cruzar la línea entre agradablemente saciado y empachado. La cena había sido deliciosa y había intentado contenerse para dejar un hueco para el postre, aunque en ese instante, no estaba seguro de si podría probarlo.

Había disfrutado con la charla —especialmente porque la boda no había salido a colación, un indulto más que bienvenido—, y cuando una hora se transformó en dos, se relajó lo suficiente como para unirse a la conversación.

Pero en ningún momento de la velada pudo deshacerse de la pesada carga que sentía sobre los hombros.

«Esto es muy agradable. Y Becca está a punto de destrozarlo».

El móvil de Becca vibró y lo sacó de su bolsillo para mirar la pantalla.

Louise hizo un ruidito de desaprobación.

—No en la mesa —sentenció.

Becca apagó la pantalla y volvió a guardárselo. Unos segundos después, volvió a vibrar.

—¿Vas a contestar? —preguntó Aiden.

Becca esbozó una tensa sonrisa.

—No, puede esperar. —El móvil vibró una tercera vez.

—Bueno, obviamente alguien tiene mucho interés en hablar contigo —comentó Louise.

Los ojos de Becca llamearon.

—He dicho que puede esperar.

Carl se aclaró la garganta.

—Creo que ha llegado el momento de un brindis. —Alzó su copa—. Por Will, cuya cordura pongo en duda porque quiere unirse a esta familia. —Sus ojos relucieron.

Todo el mundo entrechocó las copas.

Will rio suavemente.

—Un cumplido más como esos, y perderás un par de manos serviciales mañana.

El rostro de Carl se iluminó.

—¿Vas a ayudar con la decoración? Eres un buen hombre. —Miró reluciente a Becca—. Me cae bien.

—A mí también me cae bien —añadió Louise.

—Hagámoslo unánime —intervino Aiden—. A todos nos cae bien.

Esa última frase le contrajo el estómago.

«Pero no quiero caerte bien». Quería mucho más que eso.

—Y ahora, lo único que necesitamos es que Aiden encuentre a alguien —declaró Louise con una sonrisa.

Will era un realista. Sabía que estaba obsesionado con un hombre que no bateaba en su equipo, que —probablemente— ni siquiera estaría tentado a cambiar de acera y que no querría tener nada que ver con él una vez se asentara el polvo que levantaría la cancelación de la boda.

Eso solo le dejaba una opción. Disfrutarlo mientras durara.

CAPÍTULO 14



Will se enreda en más de un sentido

Tras un par de horas sin que le reclamara el sueño, Aiden se rindió y se encaminó hacia la cocina en busca de una taza de chocolate caliente. La luz que asomaba bajo la puerta de Will le dio otra idea.

«Será mejor que prepare dos tazas».

Se quedó de pie apoyado contra la encimera, esperando a que la tetera empezara a hervir. Su actual insomnio tenía que ser consecuencia de la cantidad de comida que había ingerido, pero Aiden sabía que esa no era la raíz del problema.

Su mente estaba inundada de Will.

Habría sido incapaz de explicar por qué, pero Will había parecido... apagado durante la cena. Recordó la forma en la que había interactuado con su hermana en el hotel, la noche de la fiesta de aniversario de sus padres. Becca y él habían parecido inseparables, como si no pudiesen soportar ni un segundo sin verse, tocándose y mirándose de soslayo. Pero desde esa noche...

«Algo ha cambiado».

No podía ser nada enorme —aún seguían prometidos, para empezar—, y fuera lo que fuese, Becca no había comentado una palabra. Pero su actitud durante la cena había sido tensa, algo especialmente evidente tras esas misteriosas llamadas. Y desde ese momento, se había pasado el resto de la velada mayormente callada.

«¿Becca? ¿Callada?».

Aiden sintió una perturbación en la Fuerza.

Vertió el agua caliente sobre las tazas mientras removía el chocolate y salió de la cocina, apagando la luz con la nariz. Cuando alcanzó la puerta de Will, la golpeó suavemente con un pie un par de veces. Oyó crujir la estructura de la cama y, unos segundos después, Will apareció ante él en pantalones cortos, poniéndose una camiseta.

Aiden alzó las dos tazas.

—Pensé que esto ayudaría.

Will sonrió.

—Bueno, adelante, compañero insomne. —Cerró la puerta tras Aiden y volvió a encaramarse a la cama.

Aiden miró el libro que yacía boca abajo sobre el edredón y rio.

—¿*Breve historia del tiempo*? No es, exactamente, una lectura ligera.

—Y tampoco es una buena elección para hacerme dormir. Es demasiado interesante. —Will sonrió—. ¿Dónde está *Moby Dick* cuando lo necesitas?

Aiden se sentó en la cama, apoyando la espalda contra el cabecero.

—Pensé en si debería traerte un sándwich de pavo —bromeó.

Will gruñó suavemente.

—No menciones nada de comida. No había cenado tanto desde...

—¿Las últimas navidades? —sugirió Aiden.

—Sí, posiblemente. —Envolvió la taza entre sus dedos e inhaló el aroma—. Tus padres...
—¿Qué pasa con ellos? —sonrió Aiden—. Eres todo un éxito, por cierto.
—Me alegra saberlo. —Will dio un sorbo antes de continuar—. Es solo que... Bueno, no son como había esperado.

Aiden arqueó las cejas.

—Ahora has picado mi curiosidad. —Cualquier expectativa que hubiese tenido solo podía provenir de Becca.

Will clavó la mirada en el oscuro líquido.

—Becca me ha contado muchas cosas sobre su familia.

—Temo preguntar cómo me ha descrito.

Will contuvo una sonrisa.

—Creo que *nerd* lo resume bastante bien. Pero me había hecho una idea de cómo serían tus padres.

—¿Y la realidad es mejor o peor?

La sonrisa que esbozó alcanzó su mirada.

—Mejor. —Dio otro sorbo.

Aiden tuvo la sensación de que Will no quería seguir con ese tema, así que desvió la conversación.

—¿Dónde vas a pasar Navidad?

La mirada de Will volvió a perderse en el chocolate.

—No lo sé.

Aiden rio.

—Bueno, estoy seguro de que solo tienes que elegir entre dos sitios, colega.

—No puedo... No puedo hacer planes a tan largo plazo.

—Siento tener que ser yo el que te lo diga, pero Navidad es tres días antes de tu boda, que se celebrará exactamente en cuatro semanas a partir de hoy.

—Y en estos momentos, tengo otras cosas en las que pensar, ¿de acuerdo?

Aiden le estudió concienzudamente.

—¿La universidad? Sé que se acerca la época de exámenes. —Pero por lo que le había dicho Becca, serían como una brisa para Will.

Lo que quiera que tuviese en mente, no era la universidad.

«Bueno, tiene algo en mente, eso seguro. Algo que le está manteniendo despierto por la noche».

Aiden frunció el ceño.

—Becca y tú... ¿Va todo bien?

—¿Qué? Oh, sí, claro. Todo va bien.

Aiden le estudió.

—Déjame adivinar. Todo va magníficamente bien. Incluso lo describirías como espléndido.

Will se rascó la nuca.

—¿Qué significa eso?

—Nada. Solo algo que dijo Becca.

De acuerdo, algo no encajaba. Aunque a lo mejor...

«A lo mejor, estoy leyendo demasiado en todo esto».

Sí, y probablemente había llegado el momento de volver a su propia cama y dejar de pensar en Will.

Aiden se puso en pie.

—Si quieres, puedo prestarte a Midnight. Su ronroneo hará que te quedes dormido en segundos.

—Gracias por la oferta, pero creo que lo necesitarás tanto como yo. —Will sonrió, pero esta vez no hubo ni rastro de ese cautivador brillo en sus ojos—. Que duermas bien.

Aiden avanzó hasta la puerta.

—Tú también. —Abandonó la habitación y deambuló por el pasillo hasta su cuarto.

Midnight estaba a los pies de la cama, y cuando se acercó ni siquiera se movió.

«Oh, quien pudiera dormir como un gato».

Se sentó para terminarse el chocolate y luego, dejó la taza sobre la mesilla y se acurrucó bajo las sábanas, cubriéndose con el edredón hasta la barbilla. Midnight era una pequeña estufa a sus pies.

«Estás confundiendo a mi mente, Will Bryant».



25 de noviembre, Viernes

Will contempló la maraña de luces desplegadas en el suelo del salón.

—¿Cuántas hay?

—Ni idea —rio Aiden—. Mi madre dice que, originariamente, eran cien, pero han añadido muchas más desde entonces. Asegura que procrean en el ático cuando nadie las ve, y cada año nacen lucecitas nuevas.

Will sonrió.

—¿En serio?

Aiden asintió.

—Lleva años contándonos esa historia, y cuando era pequeño, la creí. Por supuesto, ahora sé la verdad. Las luces inteligentes se ponen condones. —Will sonrió. Cuanto más tiempo pasaba con los Taylor, más le hechizaban. Aiden añadió—: Y cada año, mi trabajo es examinarlas para comprobar si todas las bombillas siguen funcionando. Luego, reemplazo las que han muerto.

Will tosió.

—¿Sabes? Hoy en día, la mayor parte de las luces de navidad no tienen bombillas. Por lo general, son LED.

—Lo que te da una pista de lo antiguas que son estas. —Aiden las enchufó y sonrió cuando la habitación se inundó de tonos azules y blancos—. Oye, ¿quién iba a adivinarlo? Funcionan todas. —Resopló—. Esa ha sido la parte sencilla.

—¿Dónde está tu padre?

—En el garaje, con el compresor, preparando todos los adornos hinchables.

—¿Cuántos son “todos”? —Will se imaginó la fachada de la casa, con sus cuatro parterres

de flores situados sobre pequeñas columnas de ladrillos, y la extensión de césped que acababa en el camino de entrada. Un montón de espacio para decorar.

«No lo llenará todo. ¿Verdad?».

—Déjame pensar —dijo Aiden, y empezó a contar—. Tenemos tres Santas, un Santa en su trineo, ocho renos, ocho muñecos de nieve—.

—¿Ocho?

—Claro. Los ponemos delineando el camino de entrada hasta la puerta. Cuatro a cada lado. Luego, mi padre coloca varios arcos de metal sobre el camino y enrosca las luces blancas sobre ellos.

Sonaba mágico.

«Al menos, podré verlo antes de Navidad».

Aiden cogió el extremo de una de las tiras.

—Sujeta esto, ¿quieres?

Will lo cogió.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—Solo, quédate quieto.

Antes de que Will pudiera preguntar qué cojones estaba haciendo, Aiden empezó a enrollar el cable en torno a su cuerpo.

—Que... ¿Qué estás haciendo?

—Confía en mí. Tendrás un aspecto increíble. —Aiden pasó el cable por su cuello y culminó enroscándolo en su coronilla, creando una especie de diadema de luces.

—¡No soy un árbol de navidad! —dijo Will, haciendo lo imposible por no reír.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro. Y ten cuidado con lo que tocas —advirtió Will cuando Aiden pasó el cable entre sus piernas, subiéndolo por su espalda hasta apoyarlo sobre uno de sus hombros—. Hay una palabra para esto, ¿sabes?

Aiden sonrió.

—Sí, la hay. *Shibari*. Nunca he visto a nadie hacerlo con luces. A lo mejor, creo una nueva tendencia.

—Y a lo mejor, puedes desatarme ahora mismo.

La puerta se abrió y Becca entró en el salón. En cuanto vio a Will estalló en una carcajada y un nanosegundo más tarde, tenía el móvil en la mano y estaba sacando una foto.

—¡Becca! —se quejó Will.

—¿Qué? Estás impresionante. Apuesto a que a mi padre le encantaría plantarte en el césped, justo al lado del trineo. —Agitó juguetonamente su móvil—. ¿Sabes qué? Voy a imprimirla y luego la pondré en el tablón de anuncios del departamento de Astrofísicas.

—Hazlo, y estás muerta —gruñó. Salvo que era difícil amenazar a alguien cuando se estaba riendo.

Becca alzó el móvil hacia él para que viese la imagen.

—*Ooohh*, mira, no me digas que no estás guapo.

—¿Ves esa bolsa de bastoncillos que hay ahí? Cuando me deshaga de esto, te voy a meter uno de esos por donde no brilla el sol. —Miró a Aiden—. Y va por ambos.

Aiden contuvo la risa.

—También hay una palabra para eso. —Empezó a liberarlo con obvia reticencia, enrollando las luces en una de sus manos.

Una vez liberado, Will suspiró.

—Gracias. —Luego, se apresuró hacia la bolsa de bastoncillos.
Becca dejó escapar un grito y huyó, dejando a Aiden alzando las manos a la defensiva.
—Will... No hagas nada de lo que puedas arrepentirte.
Will sonrió con maldad.
—Te daré diez segundos de ventaja. Dos... Cuatro... Séis... Ocho... ¡Diez!



Como era de esperar, la cena consistió en una serie de platos basados en pavo, muy alejados de las laboriosas recetas del día anterior, algo por lo que Will solo pudo estar agradecido. Cuando la tarta de calabaza hizo su aparición, la velada se volvió un poco... incómoda.

—Ya has encargado el traje para la boda, ¿verdad, Will? —preguntó Louise mientras repartía los platos.

—¿El traje? —Las palabras salieron como un graznido de su boca.

Aiden rio disimuladamente, pero Becca, sin embargo, no parecía tan alegre. Lo miró casi sin pestañear.

—Sí, el traje —dijo Louise—. Y ahora que lo pienso, ¿qué tienes pensado ponerte tú, Aiden?

Will aprovechó la momentánea distracción para pensar rápidamente su respuesta.

«No puedo mentir más. Odio mentir».

Aiden parpadeó hacia su madre y a Will le invadió una oleada de camaradería.

«Sí, te entiendo».

—Para serte completamente sincero, ni siquiera lo he pensado —contestó Aiden.

—Entonces, te sugiero que remedies esa situación. Mañana llevaré a Becca a probarse el vestido, así que bien podrías unirme a nosotras y encontrar algo para ti.

A juzgar por su miserable expresión, parecía que Aiden no podría haberse imaginado un plan peor.

Will salió al rescate.

—Tengo algo que confesar.

Becca se quedó inmóvil y palideció.

—Creo que ya sé lo que vas a decir. —Louise inclinó la cabeza a un lado, y por un aterrador instante, Will tuvo la sensación de que sabía exactamente lo que estaba pasando. Becca había dejado de respirar—. No has encargado ningún traje aún, ¿verdad? —dijo Louise con una cálida mirada.

—¿Cómo lo sabes?

Ella resopló.

—Porque sé que has estado estudiando mucho para tus exámenes —sonrió Louise—. No te preocupes. Puedes unirme a Aiden mañana y mataremos dos pájaros de un tiro. —Se llevó un trozo de tarta a la boca y Will aprovechó para respirar. Pareció que Becca también había recuperado el aliento—. Pero ya has reservado algo para la fiesta de despedida de Will, ¿verdad,

Aiden?

Fue el turno de Aiden para parecer acorralado.

—Está todo controlado —soltó Will—. Solo faltan algunos detalles por perfilar. —Se encontró con la mirada de Aiden—. ¿Cierto?

Aiden tragó.

—Sí, cierto. Podemos hablar de ello después de la cena.

—Lou, dales un respiro —dijo Carl—. Llevan todo el día trabajando duro; lo último que necesitan es que les interrogues. Deja de preocuparte. La boda se celebrará sin ningún contratiempo. Ya lo verás. —Volvió a desviar la atención a su tarta.

Will podía ver un colosal contratiempo en el horizonte.

Pero de algo estaba seguro, no iba a dejar que Aiden, ni ningún otro, organizase su despedida de soltero.

Cómo iba a decírselo —sin revelar el complot— era algo que aún tenía que descubrir.

CAPÍTULO 15



Aiden y Will elaboran un plan

26 de noviembre, Sábado

Aiden yacía en la cama contemplando el techo. No había ruidos provenientes de arriba, por lo que su madre aún no se había despertado. Midnight estaba acurrucado en la almohada, a su lado, y su pequeño hocico y sus patitas se agitaban de vez en cuando.

«Me preguntó con qué sueñan los gatos. ¿Ratones? ¿Pájaros?». Sonrió. «La dominación del mundo, por supuesto».

La idea de pasar la mañana de compras en busca de un traje no le seducía. Tenía cosas mejores que hacer con su tiempo. Luego, dedujo que existía la posibilidad de que no fuese tan horrible como estaba anticipando. Había un resquicio de esperanza.

Will estaría allí.

Había pasado dos días casi enteros en su compañía y no era suficiente. Si acaso, solo había catado la superficie y quería más.

«Mierda. Me ha dado fuerte».

Salvo que hacía veinticuatro horas que había superado el “fuerte”.

Un suave golpe en la puerta despertó a Midnight, que se estiró sobre las patas delanteras, bostezando. Aiden sabía que al otro lado no podía estar Becca; ella nunca llamaba. Así que eso solo dejaba a—.

—¿Estás despierto? —murmuró Will.

Aiden se sentó en la cama y estiró el edredón.

—Sí, pasa.

La puerta se abrió y Will asomó la cabeza.

—¿Podemos hablar?

Un torrente de culpabilidad sacudió a Aiden al darse cuenta de que había incumplido la promesa que había hecho la noche anterior.

—Claro. —Antes de que Will alcanzara la cama, soltó—: Siento mucho lo de anoche. Tenía intención de hablar contigo sobre la despedida, pero tuve que contestar unos email. —El trabajo estaba intentando demandar su atención, pero tendría que esperar hasta el domingo.

—No pasa nada. —Will se sentó al borde del colchón y Aiden hizo lo imposible por no quedarse mirando esas largas piernas. Sus pies tenían un aspecto encantador con esos diminutos calcetines blancos. El resto de su cuerpo estaba oculto bajo unos pantalones cortos y una camiseta gris.

—Me dio la impresión de que anoche nos pusieron en una encrucijada —empezó Aiden—, que es la razón por la que dije que hablaríamos más tarde. Mi madre no puede apagar el botón de organizadora de eventos.

—Gracias, por cierto. Sé que dije que mi hermano organizaría la despedida, pero he estado

pensando y... —Cuadró los hombros—. No habrá despedida.

Aiden parpadeó.

—¿En absoluto? —preguntó atónito. Will negó con la cabeza—. Pero ¿por qué no?

—Porque ninguno de mis amigos podrá asistir. Todos me han contestado lo mismo: demasiado cerca de las vacaciones, exámenes, compromisos... Ni siquiera Ethan podría asistir. —Se ruborizó—. No me importa. En serio. Además, las despedidas de soltero están sobrevaloradas.

—Discrepo. —Aiden se hundió contra las almohadas y Midnight decidió trepar sobre él y empezar a amasar su pecho. Aiden rio—. No creo haber solicitado un masaje. —Una de las garras del felino se enganchó en su camiseta y Aiden la liberó antes de levantar al gato para dejarlo en el suelo—. El masaje ha terminado. —Se inclinó contra las almohadas una vez más, estudiando a Will—. La despedida es un rito de cambio. La mayor parte de la gente solo se casa una vez. A menos que seas mi tío Tim, y todos hemos perdido la cuenta de cuántas ex-mujeres ha acumulado. ¿Y qué hay de esa idea? ¿Una partida de *Dungeons & Dragons*? Podría encontrarnos un sitio para llevarla a cabo sin problemas. Incluso puedo mejorar la oferta. —Sonrió de par en par—. Cerveza artesanal.

Will rio.

—Aprecio el esfuerzo, pero no quiero comprometerte. Ya tienes suficiente con lo que lidiar con tu trabajo.

Era una observación válida. Más que eso; a Aiden le conmovió que Will fuera tan considerado.

Luego, recordó la conversación que habían tenido durante la cena.

—¿Sabes? Mi madre no se va a alegrar mucho cuando oiga esto. Y va a culparme a mí, dado que se supone que era yo el que tenía que organizar la quedada.

Will arqueó las cejas.

—Pero no es su fiesta, ¿no es así? —Luego, sonrió y la luz retornó a esos oscuros ojos marrones—. Espera un segundo. No tiene por qué saberlo. Le diremos que todo sigue en pie.

Aiden dio un respingo de simulado horror.

—¿Quieres que mintamos?

Para su sorpresa, Will hizo una mueca.

—A mí tampoco me gusta la idea. Las mentiras nunca traen nada bueno. Solo te meten en más problemas. Pero en estas circunstancias...

—Tengo otra idea.

Will sonrió, y fue un alivio ver su habitual expresión jovial.

—¿Qué tienes en mente ahora?

Aiden sonrió.

—Déjame organizar una ruta de bares.

—¿Eh? —Will inclinó la cabeza a un lado—. ¿Qué diferencia hay entre eso y una fiesta?

Aiden se rascó la mandíbula.

—Bueno, la participación estará limitada a unos pocos elegidos.

—¿Cuántos son pocos?

Esbozó una enorme sonrisa.

—Dos. Tú y yo.



«¿Pero qué cojones?».

Will frunció el ceño.

—¿Una ruta de bares con solo dos participantes? —Le gustaba una cerveza de vez en cuando, pero toda una noche yendo de bar en bar, emborrachándose a un ritmo estable, no le resultaba atrayente.

«Pero sí te gusta la parte en la que solo somos él y yo, ¿verdad?».

Sí, le gustaba, a pesar de que no pasaría nada ni en un millón de años.

—Piensa en ello. —Aiden entrelazó las manos sobre su nuca—. Una noche libre de compromisos disfrutando unas cervezas. Podemos hacernos unos cuantos *selfies*. De esa forma, tendremos una prueba para enseñársela al resto. Mi madre no necesita saber que estuvimos sentados en un bar rodeados de extraños. —Sonrió—. Seremos tú y yo disfrutando una tranquila noche de—.

—¿Borrachera? —soltó Will.

—No te dejaré beber mucho —prometió Aiden—. Recuerda que ya he visto cómo te pones cuando te excedes. Aunque, si no tienes resaca al día siguiente, mi madre sospechará. ¿Podrías fingirlo?

La idea empezó a cobrar forma en su mente y sonrió.

—Creo que puedo apañármelas.

Una noche con Aiden le atraía poderosamente.

«¿Perdona? ¿Una noche con Aiden? Por Dios, usa ese cerebro; no va a haber ninguna ruta de bares» Para el diez de diciembre, Becca ya habría entrado en razón, habrían roto su compromiso y no habría boda.

No estaba encajando bien la idea de hacer perder el tiempo a Aiden.

—Genial —dijo Aiden—. Entonces, eso es lo que haremos. Problema resuelto.

Puede que esa despedida nunca fuese a pasar, pero Will aún tendría que soportar otro evento, porque a menos que Becca anunciara su ruptura antes del siguiente sábado, tendría que asistir a la fiesta cóctel de Deborah.

Cócteles...

—La fiesta de la próxima semana... ¿Asistirá mucha gente?

Aiden rio.

—¿Conociendo a mi tía Deborah? La casa estará a reventar de banda.

«Genial». Otra noche con los familiares de Becca, pretendiendo estar enamorado, respondiendo preguntas sobre la boda y sonriendo hasta que le doliera la cara.

Aiden le miró compasivamente.

—No te van los cócteles, ¿verdad?

Will rio.

—¿Qué me ha delatado? No, no es lo mío.

—¿De la misma forma que la cerveza no era lo tuyo? —Los ojos de Aiden relucieron.

Will rio.

—Me lo he ganado. Pero ahora en serio, no bebo cócteles. Suenan a algo que tomarían mis padres. Creo que no soy el tipo de hombre que disfrutaría con un Martini.

—Entonces, tendré que convertirte —sonrió Aiden—. Yo tampoco soy de Martini. Demasiado insípido para mi gusto.

Will le miró inquisitivamente.

—¿Insípido?

Aiden alargó el brazo para coger su móvil, que yacía en la mesilla de noche.

—Haré una pequeña investigación sobre coctelería antes de la fiesta. Descubriré cuáles son los planes de la tía Deborah y qué tipo de alcohol pretende tener en su despensa y, a lo mejor, hago algunas sugerencias. —Otra sonrisa—. Le ofreceré mis servicios de camarero por una noche.

Will le devolvió la sonrisa.

—Podrías inventar tu propio *Pan Galactic Gargle Blaster*.

—Esa sí que es una buena idea. —Cuando algo sonó en el piso de arriba, Aiden inclinó la cabeza—. Mi madre se ha levantado. ¿Estás listo para salir a cazar un traje después de desayunar?

Y ahí estaba la otra cuestión que le había estado consumiendo desde que se había despertado.

—Mira, puedo entender que Becca quiera llevar un vestido realmente especial. Es la novia. —Su estómago se contrajo al pronunciar esa última palabra—. Pero yo ya tengo trajes. De hecho, tengo el que llevé a la boda de mi hermano el año pasado. Comprarme uno nuevo me parece un gasto innecesario.

Para su sorpresa, el rostro de Aiden se iluminó con una enorme sonrisa.

—Pensamos lo mismo. Yo tampoco necesito un traje nuevo. Así que ¿qué hacemos? ¿Volvemos a mentir a mi madre?

Will negó lentamente con la cabeza.

—No, le decimos que lo buscaremos y que lo solucionaremos por nuestra cuenta. Becca debería de ser su prioridad.

—En ese caso, ¿qué hacemos cuando estemos en la tienda?

Will contuvo la sonrisa.

—Me prometes no reírte.

—Ahora estoy intrigado.

—¿Hay alguna librería decente en Milwaukee?

Aiden esbozó una afectuosa sonrisa.

—Varias.



El almuerzo había terminado, y aunque Will anhelaba subir a su cuarto para ojear sus libros nuevos, había algo que requería su atención inmediata.

Becca había estado muy callada durante la comida, y había desaparecido antes de recoger

la mesa. Will se había comportado como el perfecto invitado, ofreciéndose a lavar los platos, pero Louise —tras agradecer debidamente el gesto—, le había informado de que ya tenían lavavajillas y se llamaba Carl.

Will rio, sobre todo al ver que, ciertamente, tenían un lavavajillas en la cocina al que habían apodado con ese nombre.

Pasada media hora sin rastro de Becca, Will comenzó a inquietarse. Se disculpó y subió las escaleras hasta su cuarto. Llamó a la puerta y, cuando no hubo respuesta, la abrió lentamente y asomó la cabeza.

Becca yacía sobre la cama, con la mirada fija en su móvil.

No necesitó ser un genio para saber qué —o mejor dicho, quién— ocupaba su mente.

Will cerró tras él y avanzó hasta la cama.

—Ey —dijo suavemente.

—Ey —contestó Becca en un tono apagado sin alzar la vista.

Will se sentó sobre la cama.

—Sé que aún no se lo has dicho. ¿No has tenido la oportunidad?

Ella se encogió de hombros.

—No era el momento.

Will dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Becca, nunca va a ser el momento, pero no puedes dejar que esto siga así por más tiempo.

El tiempo no solo no estaba de su parte, sino que les estaba mirando severamente mientras daba golpecitos al reloj.

Becca se incorporó y se sentó.

—¿Vendrías conmigo a dar una vuelta?

Le dio la sensación de que Becca tenía un destino en mente.

—Claro.

Bajaron las escaleras y, antes de que Louise pudiera abrir la boca, Becca sonrió y dijo:

—Will y yo vamos a salir un rato. No tardaremos mucho. —Luego, salieron de la casa en dirección al coche.

—¿Quieres decirme adónde vamos? —preguntó Will tras un par de minutos de silencio.

—Quiero enseñarte algo.

Ocho minutos después, aparcó a un lado de la calle y le guio a una tienda.

Will miró fijamente la fachada, frunciendo el ceño.

—¿*Strike Bridal Bar*? ¿No es aquí donde habéis venido para—?

Becca le cogió de la mano y tiró de él hacia la puerta, obligándolo a entrar. Una mujer alta y delgada estaba colgando un vestido de seda lila en un perchero abarrotado de prendas similares. Cuando vio a Becca, frunció el ceño.

—¿Señorita Taylor? ¿Ha olvidado algo?

—¿Podría probarme otra vez el vestido, por favor?

La mirada de la mujer se desvió hacia Will y luego, sus ojos se abrieron de par en par.

—Este no es el novio, ¿verdad? Porque da mala suer—.

—Por favor, solo tráigame el vestido —suplicó Becca.

Will no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

La mujer se encogió de hombros.

—De acuerdo. El cliente siempre lleva razón. —Y desapareció por una puerta.

Will aprovechó su ausencia y susurró:

—¿Becca? ¿Por qué estamos aquí?

—Porque quiero que veas el vestido.

—Hasta ahí he llegado, pero ¿por qué?

—Porque sí.

Era obvio que nada de lo que le dijese iba a tener sentido.

La mujer volvió cargando con un vestido satinado de color marfil. El corpiño estaba cubierto por un bello encaje de un intenso rojo, y un encaje similar y de igual color decoraba el bajo. Era un vestido despampanante, perfecto para una boda de invierno.

Becca lo miró con ojos relucientes.

—¿Por qué no se lo prueba? —ofreció la mujer, mirando de nuevo a Will—. Después de todo, es su boda. Si a usted no le molesta que el novio la vea, a mí tampoco.

Will tuvo la sensación de que estaba mintiendo, pero apreció el esfuerzo.

—Gracias. —Becca entró con el vestido en uno de los probadores y se ocultó tras las cortinas de terciopelo rojo.

—¿Necesita ayuda? —ofreció una asistente.

Becca asomó la cabeza por la cortina.

—Gracias. Se lo agradecería. Había olvidado cuántos botones tiene esta cosa.

Will ni siquiera estaba cerca de saber qué hacía ahí, pero supuso que Becca le informaría en algún momento, así que reprimió el deseo de hablar con ella a través de la cortina, prefiriendo callar hasta que se quedaran solos. Mientras esperaba, contempló las hileras de vestidos que colgaban de los bastidores. Satinados, de seda, nubes de chiffon y organza... Un bastidor contenía solo velos y un alargado armario de cristal exhibía tiaras, horquillas, peinetas decoradas con flores de seda...

—¿Y bien? ¿Qué piensas?

Will se giró y se le cortó el aliento.

Becca estaba deslumbrante. El corpiño carmesí se ceñía perfectamente a su torso y desde ahí, el vestido se ensanchaba y caía hasta el suelo en una cascada de satinado marfil. Luego, comenzó a girar lentamente, revelando una hilera de diminutos botones rojos que iba desde el cuello en uve de la espalda hasta un lazo de terciopelo del mismo color que caía sobre la falda.

—Oh, Becca.

Ella sonrió.

—Es precioso, ¿verdad? Este es el que llevaré a mi boda.

Will tenía que preguntar.

—¿Está pagado?

—Tiene que pagarse antes de la boda. —Becca estudió su reflejo en el enorme espejo de cuerpo completo.

Will se acercó a ella por detrás, con cuidado de no pisar la tela.

—Este podría ser tu vestido de novia —murmuró—. Lo único que tienes que hacer es contar la verdad a tus padres.

Becca tragó, aún mirando su reflejo.

Will apoyó una mano sobre su cintura y se inclinó hacia ella.

—Creo que te confundes con tus padres. Por lo que me contaste, esperaba que fuesen difíciles de tratar. Pero no lo son. No lo son, Becca. Son gente afectuosa. Buena gente. —Becca volvió a tragar y Will siguió hablando en el mismo tono suave y tranquilizador—. A lo mejor, han cambiado. Tu madre trabaja en un hotel. ¿Qué pasa si ha conocido a alguien gay y ha cambiado de opinión?

Becca sacudió la cabeza hacia él.

—¿Tú crees?

—Es posible, ¿no? —Will la besó en la mejilla—. Tengo una idea. El próximo fin de semana es la fiesta de tu tía Deborah. Estaremos otro par de días en Milwaukee. A lo mejor, encuentras el momento oportuno. —Sostuvo su mirada en el espejo—. Este vestido está hecho para ti. Es totalmente tú. Y qué si no puedes llevarlo en diciembre. Quédatelo para cuando Kristen y tú paséis finalmente por el altar. —Los ojos de Becca se humedecieron—. Y si me equivoco con tu familia, te ayudaré a pagarlo y te llevaré al altar si tu padre no quiere hacerlo. —Volvió a besarla en la mejilla—. Pero eso no pasara, Becca. Realmente, lo creo. —Sostuvo su mirada—. El fin de semana que viene, ¿de acuerdo?

Becca asintió.

—El fin de semana que viene.

—Y ahora, deja que te haga una foto con ese impresionante vestido.

Ella rio.

—Ya tengo una. Me la ha hecho mi madre. —Se giró y le abrazó con fuerza—. Gracias, Will.

La liberó con gran cuidado.

—Ahora, por favor, quítate ese asombroso vestido antes de que lo dañemos.

Becca asintió de nuevo y luego avanzó lentamente hacia el probador.

Will inspiró profundamente.

«Al fin».

Ahora, lo único que tenía que hacer era rezar para que Becca no volviera a acobardarse.

CAPÍTULO 16



Aiden desflora a Will

1 de diciembre, Jueves

La biblioteca era el lugar favorito de Will de todo el campus. El olor a libros, la luz natural cayendo a raudales por las alargadas ventanas, el silencio, roto tan solo por los murmullos que se originaban de vez en cuando... Últimamente, se había convertido en su santuario; el único sitio donde realmente podía pensar.

Desafortunadamente, no todos sus pensamientos tenían que ver con sus asignaturas. Aiden también estaba en ellos. No tenía al hombre en carne y hueso, pero ¿quién lo necesitaba? Solo tenía que cerrar los párpados para ver su fuerte mandíbula, esos ojos azules que siempre brillaban con picardía, el pelo rojo cayendo en suaves ondas hasta sus hombros...

«No. Para. ¿De acuerdo?».

Más fácil decirlo que hacerlo. Aiden se estaba convirtiendo rápidamente en una distracción diaria. Will había intentado limitar sus recuerdos —y fantasías— a su dormitorio, pero Aiden se negaba a ser contenido.

Su dildo jamás había tenido que trabajar con tanta frecuencia, y había necesitado ir a la tienda para comprar más lubricante.

«Ese hombre es adictivo».

Y Will estaba a punto de entrar en un período de abstinencia porque toda esa desastrosa conspiración estaba llegando a su fin. Era difícil seguir siendo adicto a alguien si jamás volvía a verlo, ¿no?

El día anterior, había sugerido a Becca que llamara a su madre para anunciarle que habían roto —cancelando así la necesidad de hacer una fiesta cóctel—, pero ella se había negado.

“Eso sería horrible”, le había contestado. “No puedo contarle algo así por teléfono. Tiene que ser una conversación cara a cara”. Luego, había esbozado una media sonrisa. “Y probablemente, la tía Deborah hará la fiesta de igual forma. Dirá que es para ayudarnos a ahogar nuestras penas y alegrarme un poco”.

Eso dio pie a otra discusión: a quién culpar y cuánto, exactamente, revelar. Will se había resignado a ser el dejador en lugar del dejado, pero esperaba que Becca usara esa conversación como punto de partida para revelar la verdad a sus padres.

Aunque sabía que esa sería una discusión para otro día.

Miró el libro de texto, pero las palabras parecían danzar sobre las hojas. Solo podía pensar en el abrazo que le había dado Aiden cuando se habían despedido ese domingo. El aroma que emanaba de él. Los brazos en torno a su cuerpo. Las risas que habían compartido.

Esa mirada, que le derretía cada jodida vez.

Y ese abrazo ni se acercaba a ser suficiente. Quería más. Abrazos. Besos. Despertarse en la cama con él. Tocar, explorar ese cuerpo, descubrir qué le erizaba la piel y le hacía gemir.

Descubrir las cosas que ningún otro amante había encontrado. Hacerle sonreír mientras desayunaban en la cama. Sorprenderlo con viajes improvisados a los mejores lugares del país para observar las estrellas. Quería mucho con Aiden. Demasiado. Y simplemente, no iba a pasar.

«Me cago en todo».

—¿Will?

Alzó la cabeza de un sobresalto. Kristen estaba al otro lado de la mesa, con una pila de libros bajo el brazo.

—Ey, hola.

Ella hizo un gesto hacia la silla vacía que había a su lado.

—¿Te importa si me uno?

Will tuvo la sensación de que estudiar no estaba en sus cartas.

—Claro. —Dejó el bolígrafo sobre la mesa, cerró el libro de Electrodinámica clásica y apartó sus notas a un lado. Estudió a Kristen mientras organizaba sus libros y acercaba la silla hacia él.

«Está pálida».

No habría podido jurarlo, pero también parecía que había perdido algo de peso. Kristen sacó el móvil de su mochila y lo dejó al lado de su estuche. Will esperó a que hablara, pero, tras un minuto de silencio sin ningún signo de comunicación, concluyó que tendría que ser él el responsable de dar el primer paso.

—¿Qué tal te va?

Ella miró su móvil.

—Bien.

«Sí, claro».

Will se inclinó hacia ella y bajó aún más la voz.

—Mira, sé que las normas dicen que nada de comida ni bebida aquí, pero... —Rebuscó en su mochila y sacó una bolsa de Hershey—. ¿Puedo tentarte? —Sonrió—. El chocolate siempre mejora las cosas.

Kristen rio suavemente.

—Considérame tentada. —Cogió una chocolatina, se deshizo del envoltorio color bronce y, tras una mirada a las mesas cercanas para asegurarse de que nadie la observaba, se lo metió en la boca.

Will esperó hasta que hubo terminado.

—De acuerdo, empecemos de nuevo.

Kristen le miró unos segundos en silencio, mordiéndose el labio.

—¿Puedo...? ¿Puedo enseñarte algo?

—Siempre que no sea un ratón muerto o algo así. Porque si haces eso, terminaré sobre la mesa gritando.

Ella rio y, de repente, Will se dio cuenta de que había pasado un tiempo desde la última vez que oyó ese sonido.

«Este asunto está jodiendo vidas».

Kristen sonrió.

—Lo creas o no, no voy por ahí con ratones muertos en los bolsillos. —Sus ojos relucieron—. Al menos, no normalmente. Esa vez no cuenta. —Will sonrió. No había nada más atractivo que el sentido del humor—. Y aunque odie tener que admitirlo, si veo un ratón me uniré a ti sobre la mesa. —Abrió el bolso que llevaba cruzado al pecho y sacó—.

Will contuvo el aliento.

—¿Es eso lo que creo que es? —La caja era pequeña, cubierta de terciopelo negro y con la forma de un corazón. Y solo podía contener una cosa. La abrió y Will dio un respingo—. Vaya, guau. —El anillo era negro, una delicada enredadera con un pequeño diamante de imitación en el centro. Tenía un aire art déco, y Will jamás había visto una alianza así. Luego, se dio cuenta de lo que estaba mirando y se heló—. Vas a declararte a Becca.

Ella suspiró.

—Ese era el plan.

—¿Era?

Kristen asintió.

—Iba a hacerlo la próxima semana, en su cumpleaños, pero probablemente esté demasiado ocupada probándose vestidos de novia. —La amargura se filtró en su voz.

Lo escondía bien, pero Will podía reconocer a una persona cabreada cuando la veía.

—No pasa nada por ser honesta sobre cómo te sientes —murmuró—. Estás hablando conmigo, ¿recuerdas? Después de todo, yo soy el que os presentó. —Suspiró—. Así que supongo que tengo parte de culpa.

Kristen miró detenidamente el anillo.

—¿Que cómo me siento? ¿Qué te parece cabreada como una perra del infierno? ¿Qué tal frustrada? —Su voz tembló, aumentando de volumen hasta que varias cabezas se giraron hacia ellos—. Y no puedo culparte. Si no hubiese sido por ti... —Tragó.

Will cogió la cajita de sus manos y volvió a contemplar el anillo.

—Has elegido muy bien. A Becca le encantará.

—Pensé en comprarle algo más tradicional. Ya sabes, con un diamante real. Pero este... es totalmente ella.

—Estoy de acuerdo. Y no hay ninguna norma que diga que tiene que ser un diamante real. —Sonrió—. Es precioso. —Cerró la caja y se la tendió—. Y tú también. —Con su larga melena negra y sus ojos azules, Kristen giraba cabezas por todo el campus. Y si Becca no sabía lo tremendamente afortunada que era por haber enamorado hasta la locura a esa chica tan increíble, sería mejor que lo descubriese pronto u otra mujer se la robaría.

Ella se ruborizó.

—Gracias. —Guardó el anillo y se hundió en la silla. Su ira previa se había reducido a cenizas—. No vi venir esto. La chica de la que estoy enamorada a punto de casarse con nuestro mejor amigo gay.

Will puso los ojos en blanco.

—Sé que estudias teatro, pero, solo por un minuto, deja todo el dramatismo a un lado y piensa con lucidez. Becca no está a punto de casarse conmigo. Para empezar, yo no la dejaría.

Kristen le miró boquiabierta.

—¿Por qué no? Es un partidazo.

—Sí, lo es, pero también me vuelve completamente loco. Probablemente, terminaríamos matándonos en nuestra luna de miel. —Ella rio—. Y otra cosa. Ni siquiera va a haber boda. Al menos, no se casará conmigo. Aunque parece que tú sí tienes planes en ese frente. —Will la cogió de la mano—. Ahora, escúchame. Creo que el final está a la vista.

Tragó.

—¿En serio?

Él asintió.

—Hay una especie de quedada este fin de semana, y será un momento perfecto para que Becca confiese.

Ahh, la luz en los ojos de Kristen...

—¿Estás de mi lado?

—Por supuesto. Becca te quiere. Confía en mí, lo sé. No has visto todo lo que tuve que aguantar cuando te fuiste a tu hogar para pasar el fin de semana. Si buscas la definición de “suspirar por alguien” en el diccionario, te aparece Becca Taylor.

Eso le granjeó una sonrisa aún más amplia.

Luego, Kristen le miró pensativamente.

—Sus padres... ¿son tan horribles como dice?

—Esa es la parte más extraña. No, no lo son. Y esa es la razón por la que creo que las consecuencias no van a ser tan graves como espera Becca.

Ella inclinó la cabeza a un lado y su pelo se balanceó como una brillante cortina.

—¿Son buena gente?

—Si me lo estás preguntando como su futura nuera, entonces, sí, lo son. —Sonrió—. Y van a adorarte. —Hizo un gesto de cabeza hacia el lugar donde había guardado el anillo—. No pasará mucho tiempo antes de que eso esté en el dedo de Becca.

El feroz abrazo que le dio le dejó sin aliento, y Will supuso que había merecido la pena perder algo de tiempo de estudio para devolverle la sonrisa.

«Será mejor que no la decepciones, Becca. Ni a mí».

Becca no era el único partidazo en esa relación.



3 de diciembre, Sábado

—¿Dónde vive tu tía? —preguntó Will mientras el Uber avanzaba rápidamente por la carretera. A ambos lados se extendían jardines cubiertos de nieve que daban a casas de un solo piso.

—Cudahy —contestó Becca—. Casi hemos llegado.

Carl se giró en el asiento del copiloto para mirarles.

—¿Estáis preparados para ser el centro de atención? —sonrió—. Después de todo, la fiesta es en vuestro honor.

Will estaba tan preparado como lo estaría para una lobotomía.

Había vuelto a ponerse su traje negro, lo que le había granjeado una mueca de desprecio de Becca, sin mencionar una reprimenda porque toda la familia le había visto con él y ¿no podría llevar algo distinto?

A Will había dejado de importarle todo. Solo quería que la noche terminara cuanto antes y meterse en un Uber que le llevara a toda velocidad en la dirección opuesta para ocuparse de su dolor de cabeza, porque seguramente habría bebido demasiado para soportar la tortura —*ejem*, fiesta— de la forma menos dolorosa posible.

Llegados a ese punto, lo único que le animaba a seguir adelante era pensar en Aiden, agitando un *Tormenta perfecta* en una de esas cocteleras metálicas, con movimientos más sexis

que los de Tom Cruise. No es que Tom Cruise le pareciera sexi —no le atraían especialmente los hombres mayores—, pero tenía que admitir que le habían gustado las escenas que había encontrado en Youtube de la película *Cocktail*.

El coche aparcó frente a una casa que podría haber sido la gemela de la casa de Becca, salvo por el revestimiento exterior que, en este caso, era completamente blanco, como una enorme tarta de boda.

«Genial. Ahora, estoy obsesionado con las bodas».

La música se podía oír a varios metros de distancia y Will gruñó interiormente.

«Esto va a ser un infierno, ¿verdad?».

Salieron del coche, y cuando ascendían por las escaleras que daban a la entrada principal, la puerta se abrió y Louise apareció en el umbral, fulminándolos con la mirada.

—¿Dónde os habíais metido?

Will no iba a lanzar a Becca a los leones, pero lo cierto era que Carl y él habían estado de brazos cruzados mientras ella terminaba de maquillarse. Will no se dio cuenta de por qué había tardado tanto hasta que se sentó a su lado en el asiento trasero del coche.

Estaba tan nerviosa que sus manos no paraban de temblar.

—No esperarías que apareciesen a la hora, ¿verdad? —intervino Carl—. Les he traído elegantemente tarde. —Guiñó un ojo a Will.

Sí, Carl era un buen tipo.

Se apresuraron al interior para resguardarse del frío y, tan pronto como cruzaron el umbral, la música aumentó de volumen estrepitosamente. Will reconoció vagamente el tema de una película; una voz masculina estaba cantando algo sobre casarse por la mañana y llegar a tiempo a la iglesia.

«No, si depende de mí».

Deborah se aproximó a ellos con los brazos abiertos.

—Bienvenidos. Ya debéis de estar nerviosos.

Becca rio suavemente.

—Tía Deborah. Bonito conjunto.

Will jamás había visto tantas lentejuelas. Parecía que captaban toda la luz de la habitación.

Ella se pavoneó ligeramente.

—Me lo he comprado especialmente para la ocasión. —Antes de que tuvieran tiempo de deshacerse de los abrigos, les arrastró al interior, y Will se vio arrojado a un salón abarrotado de gente. Un arco de piedra lo separaba de un comedor igualmente lleno y, mirara donde mirara, veía rostros familiares. Según avanzaban entre la multitud, los invitados alzaban las copas en su dirección.

—Venga, dejad que coja vuestros abrigos —dijo Louise.

—Mamá, necesito hablar contigo —empezó Becca.

—¿No puede esperar? Acabáis de llegar y estaba ayudando a tu tía con la comida. —La besó en la mejilla—. Luego, ¿de acuerdo? Tenemos toda la noche.

Will captó la mirada de soslayo de Becca y se encogió de hombros, transmitiéndola: “Oye, lo has intentado”. Louise se encaminó hacia una puerta, llevándose los abrigos con ella. Cuando pasó frente a Carl, paró para darle un tierno beso en la mejilla.

—Sé un ángel y consígueme una copa. —Miró en dirección a Deborah y sonrió—. Una chica podría morir de sed en este sitio. Me tiene esclavizada en la cocina.

—¡Lo he oído! —gritó Deborah.

Louise señaló hacia el fondo del salón.

—El bar está por ahí. Aiden está al cargo. Y ya que vais, decidle que quiero lo mismo que le ha hecho a Kelly. Sabía de maravilla. Tráemelo a la cocina.

Carl alzó un sombrero imaginario.

—En seguida, señora. —Se encontró con la mirada de Will y sus ojos relucieron—. Me preguntó cómo murió su último sirviente.

—¡No siguió las instrucciones lo suficientemente rápido! —gritó Louise desde el pasillo.

Will rio.

—Enséñame dónde está ese bar. Yo me encargaré de conseguir la bebida a Louise.

Becca tiró de su mano.

—Por aquí. Prepárate para impresionarte.

Will se dejó arrastrar, esforzándose por no chocar contra la gente ni tirar copas al suelo. La multitud parecía especialmente aglomerada en una esquina y, mientras se abrían paso, de repente, descubrió por qué.

Aiden estaba de pie tras una barra de bar real. Con el espacio profesionalmente iluminado y las botellas alineadas en hileras sobre una estantería a su espalda. Incluso había una neverita abarrotada de botellas de vino.

Lo único que faltaba era un grifo de cerveza.

—¡Habéis conseguido llegar! —El rostro de Aiden se iluminó.

Will se inclinó hacia delante y alzó la voz para que le oyera sobre la música.

—No creo que el bar de al lado de mi apartamento tenga tantas botellas.

Aiden rio.

—Creo que he duplicado lo que la tía Deborah y el tío Warren suelen tener aquí. Les envié una lista de suministros la semana pasada.

—Voy a buscar a mi madre —le dijo Becca.

—Buena suerte —dijo Will. Devolvió la atención a Aiden, estudiando la carta que había sobre un pequeño soporte—. ¿Estos son los cócteles? —Mayormente, era lo que había esperado: Martini, Manhattan, Cosmopolitan, Old Fashioned, Sidecar, Margarita...

Aiden tosió.

—Bueno, esos son algunos de los cócteles.

Will escaneó la sala y no tardó demasiado en advertir algo. Todos los invitados mayores de cuarenta tenían lo que parecía el cóctel habitual.

La generación más joven tenía algo completamente distinto.

Señaló a un chico que sostenía un vaso alargado lleno de un líquido verde brillante con mucho hielo.

—Eso no se parece a nada de lo que hay en tu lista.

Aiden se inclinó sobre la barra.

—Eso es porque ese está en la lista sucia.

Will parpadeó.

—¿Hay una lista sucia? ¿Y qué está bebiendo?

Sus ojos resplandecieron.

—*Sexo en la mesa de billar*. Tiene licor de melocotón, licor de frambuesa, Midori, zumo de pomelo y triple seco.

Will tuvo la sensación de que su noche acababa de dar un giro a mejor.

—Tu madre quiere un cóctel, por cierto. Lo que quiera que esté bebiendo Kelly. —Se heló—. Oh, Señor. ¿Qué está bebiendo?

—Un brebaje con licor de melocotón, zumo de arándanos y Crown Royal. Por razones

obvias, no voy a decir a mi madre su nombre real. —Aiden sacó otra carta y señaló la primera bebida de la lista.

Will dio un respingo y luego, se aclaró la garganta.

—¿Sabes qué? Creo que es una gran idea. —Probablemente, a Louise la daría una apoplejía si supiese que estaba bebiendo un *Polvo Royal*.

Aiden se puso manos a la obra con la coctelera.

—Así que ¿qué prefieres? ¿una *Mamada* o una *Reconfortante Paja contra la pared*?

Will se aferró a la barra, estallando en un ataque de tos.

«Una mamada sería maravillosa, pero creo que no nos estamos refiriendo a lo mismo».

Aiden le miró preocupado.

—¿Estás bien?

Will inspiró profundamente hasta recuperar el control.

—Lo siento, creo que me he atragantado con mi saliva. ¿Qué me estabas preguntando?

Aiden hizo un gesto hacia la barra.

—Para beber. ¿Qué prefieres? ¿Una *Mamada* o una *Reconfortante Paja*?

Will miró de nuevo la lista sucia. Todos los nombres eran eróticos: *Sexo en la Playa*, *Lluvia dorada*, *Paja jugosa*, *Quemadura de alfombra*, *Orgasmo Tropical*, *Fóllame ahora*, *Desvirga mi guinda...* —Cuando leyó el último, dijo—: Este.

Aiden agitó un dedo en el aire.

—No-no. Tienes que decirlo en voz alta. Hay reglas.

Will dejó escapar un suspiro de resignación.

—Si tengo que hacerlo... Ponme una *Polla hasta el fondo*, por favor.

Aiden sonrió de par en par.

—Buena elección.

—¿Qué tiene?

—Ron con coco, curaçao azul, licor de melocotón—.

—Eso está en todos los cócteles, ¿verdad?

—Mayormente, pero este también tiene Sour-mix, un toque de Sprite, nata montada... —Su sonrisa se amplió—. Y por supuesto, un pétalo de rosa. Y tienes que, ya sabes, desflorarlo. O algo así.

Respirar jamás había sido una tarea tan complicada.

—Por supuesto.

Becca se le unió.

—Estás como en casa tras la barra, hermanito. A lo mejor, deberías considerar un cambio de profesión.

Aiden esbozó una dulce sonrisa.

—Y tú, mi querida hermana, probablemente termines haciendo este trabajo cuando te gradúes, así que no lo descartes.

Becca miró a Will.

—Parece que te estás divirtiendo. ¿De qué estabais hablando?

Will miró a Aiden con una enorme sonrisa.

—Cócteles. —Luego, se giró hacia Becca—. ¿Y bien? ¿Has conseguido hablar con tu madre?

—¿Estás de coña? Ahora mismo, sería más fácil hablar con el presidente.

Aiden tendió a Will un alargado y estrecho vaso que contenía un líquido azul, cubierto por un pequeño remolino de nata montada con un pétalo de rosa en equilibrio en la punta.

—¿Qué cojones es eso? —preguntó Becca.

—Confía en mí, hermanita, es mejor que no lo sepas. —Aiden miró por encima de su hombro—. Oh-oh. Algo está pasando.

Will y Becca se giraron al unísono. Louise se acercaba a ellos con una expresión sombría.

—¿Mamá? ¿Qué pasa?

—¿Lou? —Carl apareció a su lado—. ¿Qué pasa, cariño?

—El hotel acaba de llamar.

Alguien bajó la música y los invitados se acercaron.

—Bueno —dijo Carl—, si quieren que vayas a trabajar esta noche, pueden seguir esperando. Es tu día libre.

Louise puso los ojos en blanco.

—Si solo fuera eso... Me estaban transmitiendo un mensaje de los del cáterin. Tienen un evento enorme el mismo día de la boda.

Carl frunció el ceño.

—¿Y? Eso pasa diariamente, ¿no? Tienen trescientas siete habitaciones, cariño. Creo que pueden dar a basto con todo.

—Aparentemente, no. Me han dicho que los eventos se les superponen, y en consecuencia, no tenemos comida.

Will dio un suave codazo a Becca.

—Y ahí está tu señal —susurró.

Becca se irguió.

—De hecho, ¿mamá? Tenía que decirte al—.

—¡Lo tengo! —gritó Deborah. Su rostro se iluminó—. ¡Tengo la solución para sacarnos del problema!

«Pero no queremos que nos saquen del problema», exclamó la mente de Will.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Louise.

—Kelly puede encargarse del cáterin —anunció Deborah en tono triunfal—. Puede prepararlo todo en la universidad y luego, solo tendremos que transportarlo al hotel. Si nos ceñimos a un menú frío, ni siquiera tendremos que usar los hornos.

Louise parpadeó.

—Un menú frío... ¿en diciembre?

—Oye, al menos estoy dando ideas —protestó Deborah.

«Esto se pone cada vez mejor».

Louise se giró hacia Becca.

—¿Tú que piensas?

La sala cayó en un silencio sepulcral, y Will sintió que todos los ojos se giraban hacia Becca y él.

Will le dio un codazo. Un codazo más fuerte.

Finalmente, Becca inspiró y Will suspiró de alivio internamente.

—Suenan bien —graznó ella.

El rostro de Deborah se iluminó.

—¿Kelly? ¡Kelly, te necesitamos! —Se apresuró a salir del salón.

—Y yo necesito esto —murmuró Will, bajando la mitad del contenido de su copa en dos tragos y farfullando cuando el tallo del pétalo se le metió en la nariz.

Louise estudió a Becca en silencio por lo que parecieron unos segundos eternos.

—Entonces, eso es lo que haremos. —Sonrió y luego, siguió los pasos de Deborah.

Will dejó la copa sobre la barra, cogió a Becca por el brazo y tiró de ella para alejarse de Aiden.

—Te había dado la salida perfecta —susurró.

Los ojos de Becca eran enormes.

—Claro... Con todo el mundo mirando. Si voy a decírselo, lo haré cuando estemos solas.

—Y con eso, se alejó de él.

Will la siguió con la mirada con el estómago hecho un nudo.

«He terminado con esto». Estaba a segundos de salir pitando de allí dejándola lidiar sola con todo ese desastre.

La voz de su conciencia escogió ese momento para aparecer.

«No puedes. Te ha asegurado que lo confesara todo. Tienes que darle más tiempo. Y su madre es bastante abrumadora. Ya has llegado hasta aquí».

Lo último que pasó por su mente fue el argumento decisivo.

«¿Y Aiden?».

Alguien reanudó la música y las voces volvieron a elevarse cuando todos los invitados retomaron sus conversaciones a la vez. Will avanzó hasta el bar y se apoyó pesadamente sobre la barra.

Aiden inclinó la cabeza a un lado.

—Parece que necesitas otra copa.

Will alzó su vaso y terminó lo que le quedaba del cóctel.

—Ese podría ser el eufemismo de la década. Y solo estamos en dos mil veintidós.

—¿Qué te pongo?

Will examinó la lista, y luego apuñaló su elección con el dedo.

—Este. —Ese resumía lo que sentía en cuatro palabras.

Aiden miró la carta.

—Marchando un *Grano en el Culo*.

CAPÍTULO 17



Aiden sale del armario... Bueno, más o menos

Algo estaba pasando.

Aiden no sabía qué, exactamente, pero estaba claro que algo no andaba bien en el mundo de Becca.

De hecho, debería ampliarlo al mundo de Will y Becca. Will se había pasado toda la noche en el bar, charlando con él. No podría asegurarlo a ciencia cierta, pero sentía que Will estaba evitando a su prometida.

«¿O es ella la que le está evitando a él?».

Cuando Aiden se aventuró a la cocina en busca de más hielo, su madre y Deborah seguían debatiendo sobre el cáterin. Kelly también estaba allí, aportando sugerencias sobre lo que podrían incluir en el menú. Aiden solo pudo captar fragmentos de la conversación, pero fueron suficientes para grabar una nota en su mente: tendría que visitar Walgreens y comprar hasta el último paquete de Pepto Bismol que cayese en sus manos, con vistas a aprovisionarse para el evento.

Cuando volvió al bar, Will aún estaba allí, mirando fijamente la lista sucia.

«Ya se ha tomado tres». Y si Aiden se salía con la suya, no habría un cuarto.

Aiden conocía a muchos tipos que podían beber toda la noche y caminar en línea recta. En lo que se refería al alcohol, Will estaba en las ligas menores.

Apoyó la mano sobre su espalda y se inclinó para susurrarle al oído:

—Creo que deberías parar. Abandona mientras aún puedes seguir caminando.

Will sacudió la cabeza hacia él, parpadeando para enfocarle.

—¿Parar? Ni siquiera he empezado. —Alzó su copa vacía—. Este ha estado genial. ¿Cómo se llamaba? ¿*Calienta amígdalas*? —Sonrió abiertamente—. Me encanta que me calienten las amígdalas, pero tiene que tener el equipamiento adecuado.

Era oficial. Will estaba como una cuba y ya no estaba al cargo de su boca. Porque ese comentario había sonado sucio —y gay— de cojones.

«Es el alcohol hablando». Y ahí tenía otro motivo para apartar a Will de los cócteles y presentarle al agua —y probablemente, un poco de comida también le vendría bien—, antes de que dijera algo peor que la familia de su prometida recordaría —y comentaría— mientras caminaban hacia el altar.

Aiden volvió tras la barra y guardó las bolsas de hielo en el congelador.

—Hablo en serio.

Will abrió repentinamente los ojos.

—Yo también hablo en serio... Sobre probar toda la lista. Así que... ¿Qué me tomo ahora? —Se inclinó hasta que su nariz casi chocó contra la carta—. ¿Qué te parece...? Ooohh, ese tiene buena pinta. Malibú, Baileys, granadina, 7-Up... —Se irguió y miró a Aiden con una sonrisa de satisfacción—. Tomaré un *Polvo con el barman*.

Esa era una entrada demasiado buena como para ignorarla, especialmente cuando sabía que Will no recordaría nada al día siguiente.

Aiden se encogió de hombros.

—De acuerdo, pero preferiría esperar a que estés sobrio. —Will entornó la mirada hacia él y Aiden rio—. Lo siento. No he podido evitar hacer la broma.

—Aaahh. —La petulante sonrisa de Will fue jodidamente adorable—. Por un momento, pensé que me estabas proponiendo algo.

«No».

«No lo hagas».

«Solo te arrepentirás».

Aiden estaba cansado de escuchar a la voz de la razón.

Aprovechó el momento de calma que le habían dado los invitados, que aún estaban disfrutando de sus bebidas, y se inclinó hacia Will, apoyando los codos en la barra, hasta que sus frentes estuvieron a milímetros de distancia. Momentáneamente, su olor le distrajo, un aroma cálido y picante que evocaba imágenes de una cama, almohadas bajo las caderas, suaves gemidos de placer y apasionados besos.

Luego, recordó que se había acercado con un propósito en particular.

—No haría eso, porque A, vas a casarte con mi hermana; y B, no estoy fuera del armario. Al menos, no para mi familia.

Will dio un respingo.

—Eres... ¿Eres gay? ¿O bi?

Durante el más breve de los momentos, Aiden vaciló.

«Estás a punto de contar algo muy importante a un tipo que está borracho. ¿Estás seguro de que es inteligente? ¿Y si no puede mantener la boca cerrada? ¿Qué pasa si dice algo a voz en grito que haga saber a toda la casa lo que pasa en tu dormitorio?».

Baño.

Cocina.

La camioneta, en alguna ocasión.

Lo que sea.

Ya había llegado hasta ahí. No había vuelta atrás. Además, algo en su interior le decía que podía confiar en Will.

—Gay. Y no es una información para compartir, ¿entendido?

Will abrió la boca de par en par y le miró en silencio durante tanto tiempo que Aiden empezó a entrar en pánico.

«Mierda. A lo mejor, tendría que haber mantenido la boca cerrada».

Will negó lentamente con la cabeza.

—Primero Becca, ahora tú...

Aiden no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Perdona?

Agitó una mano en el aire.

—No importa. Antes o después tendrán que saberlo. No puedes pasarte la vida en el armario. No puedes seguir escondiendo quien eres.

Aiden contuvo la risa.

—Eso es muy profundo para alguien que estaba a punto de decidir su cuarto cóctel. —Suspiró—. Se lo diré. Eventualmente. Solo que... Esta noche no. No, con tanta audiencia. —Luego, vio a su padre aproximándose y se cerró en banda.

Su padre apoyó la mano en el hombro de Will.

—Creo que debería llevarte a casa. No tenéis que quedaros hasta el final. La fiesta seguirá sin Becca y sin ti, créeme. Las fiestas de Deb son legendarias.

Aiden intervino al instante.

—Mi padre tiene razón. Deberías irte a dormir. Y beber mucha agua.

Will señaló hacia la cocina.

—Pero... Louise está ocupada planeando...

Su padre rio.

—Y seguirá planeando cosas sin ti. Es lo que hace. Pero creo que tú necesitas salir de aquí.

Aiden cogió la mano de Will.

—Gracias por escuchar.

Will le miró a los ojos y, por un instante, vio un destello de sobriedad.

—Gracias por compartir. —Se liberó, tambaleándose ligeramente.

Su padre esbozó una orgullosa sonrisa.

—Por si Deborah se olvida de decírtelo... —Pasó un brazo por sus hombros—. Has sido un camarero excelente.

—Gracias, papá. —Aiden contempló a su padre guiando a Will a través de la muchedumbre hasta que la masa de gente se los tragó y los invitados ocuparon el vacío que habían dejado, reclamando nuevos cócteles. Aiden volvió al trabajo, vertiendo bebidas espirituosas en la coctelera, con las manos en piloto automático.

Su mente estaba concentrada en Will.

«¿Por qué se lo he contado? ¿Por qué abrir esa caja de Pandora?». Su instinto le había dicho que Will jamás traicionaría su confianza y, de repente, la necesidad de confesarle su orientación sexual se había convertido en algo vital.

Su reacción le había confirmado una cosa. Su futuro cuñado no le odiaba por ello. Gracias a Dios.

Pero eso no explicaba el curioso comentario que había hecho.

«Primero Becca, ahora tú...».

Pero ¿qué cojones?



4 de diciembre, Domingo

Will sentía la lengua acartonada, parecía que había una convención de claqué en su cabeza y su jodida voz interior no se callaba, diciéndole que había descubierto algo de vital importancia durante la fiesta.

Tardó varios minutos en conseguir que sus recuerdos se volvieran más nítidos.

«Aiden. Algo sobre Aiden».

Luego, recordó, y se irguió en la cama de un salto, con el corazón danzando de alegría.

«Es gay. Aiden Taylor es gay».

Se heló.

«Cree que tú eres hetero, ¿recuerdas?».

Tiene que haber algo positivo en el horizonte.

«¿Y cuando descubra la verdad?».

El pesimismo de su voz interior era jodidamente persistente.

«Están a punto de enfangar tu nombre. ¿Qué crees que va a pasar después? Una vez Becca anule el compromiso no estará interesado en ti».

El suave golpe en la puerta le pilló desprevenido.

—Entra.

Carl entró en la habitación, portando una taza de café y un vaso de agua. Dejó ambos sobre la mesilla y miró a Will.

—¿Qué tal te sientes?

—Como si alguien me hubiese aplastado los sesos con un lingote de oro envuelto en una rodaja de limón. —Se las arregló para sonreír—. Algo que leí una vez.

Los ojos de Carl relucieron divertidos, y se sentó al borde de la cama.

—Mi favorito siempre fue Zaphod Beeblebrox —rio suavemente—. Memorice unas cuantas líneas de su personaje y solía usarlas para intentar ligar con las chicas. “Soy tan asombrosamente frío, que podrías guardar en mi interior un trozo de carne durante un mes”. “Estoy tan pasado, que no veo más allá de mis narices”.

—*El restaurante del fin del mundo* —sonrió Will—. Vaya, otro fanático de Douglas Adams. Tengo que preguntar... ¿Funcionaron?

Carl tosió.

—La mayoría de ellas pensó que era raro. —Su sonrisa plegó las comisuras de sus ojos—. Luego conocí a Louise, y el resto, como dicen, es historia. —Negó lentamente con la cabeza—. Me acuerdo de cuando escuchaba los episodios en la radio. La producción original, entiéndeme, no la película que hicieron unos años más tarde. Pensé que Slartibartfast era el mejor nombre del mundo, aunque era preferible no intentar pronunciarlo estando borracho.

Will dio un sorbo a su café.

Carl no había terminado.

—Will... Si alguna vez necesitas hablar... Estoy aquí, ¿de acuerdo?

Y eso solo le demostró, una vez más, que Becca debía de haber juzgado completamente mal a sus padres. Esbozó una agradecida sonrisa.

—Gracias —dijo, sintiendo una punzada de dolor.

«Sería un suegro magnífico».

Otro golpe en la puerta hizo que ambos giraran la cabeza.

—¿Will? ¿Estás despierto?

Carl rio de nuevo.

—Entra, Becca. Ya me estaba yendo.

Ella asomó la cabeza por la puerta y olisqueó el aire.

—Ooooh, café. —Se acercó a la cama.

Su padre sonrió de par en par.

—Siéntate. Iré a traerte una taza. —Se puso en pie, se acercó a Becca, inclinándose para darle un beso en la coronilla, y avanzó hasta el pasillo. Una vez la puerta se cerró tras él, Becca se hundió de hombros.

—¿Qué tal lo estás llevando? —preguntó Will. No podía recordar mucho del estado de Becca durante la fiesta.

—Fue como estar atrapada en una pesadilla horrible. Sigo acordándome de alguien hablándome sobre platos de lechuga con tacitas individuales de aceite de oliva y vinagre balsámico, espinacas hervidas servidas en rodajas de tomate, nuggets de pollo de Chick-fil-A fríos acompañados de bandejas con palitos de verduras.... —Se estremeció—. ¿Chick-fil-A? ¿En serio? ¿Una de las empresas más homófobas que existen? Y cuando me he despertado, me he dado cuenta de que aún estoy atrapada en la pesadilla, porque eso es lo que Kelly ha propuesto para el catering de la boda.

Will había tenido suficiente con la mítica boda.

Dejó la taza a un lado y estudió a Becca con una dura mirada.

—Seamos prácticos. ¿Vas a casarte conmigo?

Ella puso los ojos en blanco.

—Joder, no.

—De acuerdo, entonces. Yo tampoco voy a casarme contigo, así que ambos sabemos que eso no va a pasar. Ahora, lo único que tenemos que hacer es poner fin a esto.

Becca clavó los ojos en el suelo.

—Me estás lanzando esa mirada, ¿verdad? Porque sabemos que soy yo la que tiene que ponerle fin.

Will suspiró.

—No, te estoy mirando porque he tomado una decisión. Tienes una semana, Becca.

Ella frunció el ceño, girándose hacia él.

—Una semana ¿para qué?

—Para ponerle fin. Y si no lo has hecho cuando llegue el domingo, lo haré yo.

Becca se llevó una mano al pecho.

—Hablas en serio.

—*Sip*. Diré a tus padres que la boda se ha cancelado y que no hay ninguna esperanza de que volvamos juntos. Les diré lo que quiera que haga falta para que capten el mensaje. Y no actúes como si estuvieras conmocionada. Sabías que tendríamos que hacer esto. Solo que no pensé que tardarías tanto.

—¿Y qué pretendes decirles, exactamente? —Su respiración se aceleró.

Will esbozó una cálida sonrisa.

—No mencionaré a Kristen, y tú tampoco tienes que hacerlo, si no quieres. Échame la culpa. Puedo soportarlo.

Bueno, mayormente. Cerrar la puerta a Aiden iba a doler.

Becca inclinó la cabeza a un lado.

—Asumamos que aún no se lo he dicho... ¿Hablarás con ellos después de la despedida de soltero?

—Claro.

Becca se estremeció.

—Mejor tú, que yo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que mi madre se va a cabrear y te guardará rencor hasta el fin de los días.

Will sonrió forzosamente.

—Entonces, ¿no es afortunado que, probablemente, después de todo esto no vaya a volver a verla nunca?

Ella se irguió sobre la cama.

—Por cierto... Aiden y tú hablasteis mucho anoche. ¿De qué? —El forzado tono casual le

dijo que no se trataba de mera curiosidad.

—No me acuerdo. —Era mentira, pero había prometido no decir nada.

Los ojos de Becca se encendieron.

—Bueno, intenta recordarlo más fuerte. Porque ya he recibido tres mensajes de él esta mañana. De acuerdo, uno de ellos era un vídeo encantador de Midnight jugando con un trozo de lana, pero los otros dos eran para preguntarme si estaba bien, ofreciéndome un oído por si lo necesitaba.

Will se inclinó contra las almohadas.

—No le dije nada, si eso es lo que me estás preguntando. Te lo juro. —La miró, pensativo—. La semana que viene es tu cumpleaños, ¿cierto?

—Sí. El viernes. Aunque no estoy de humor para celebrarlo.

Sonrió.

—¿Sabes lo que deberías hacer cuando volvamos? Cocinar algo rico para Kristen. Tira la casa por la ventana y luego, asegúrale que todo esto habrá acabado en una semana. —Al oír pasos que se acercaban ladeó la cabeza—. A menos que quieras contárselo ahora.

Ella le fulminó con la mirada.

—No sería mi primera opción.

Carl entró en la habitación y tendió una taza de café a Becca.

—Tu madre dice que el desayuno estará listo en quince minutos, así que si quieres darte una ducha será mejor que te muevas.

—No tardo tanto en la ducha —protestó Becca. Carl y Will empezaron a toser y sus ojos volvieron a encenderse—. No tardo tanto.

Carl se despidió y salió de la habitación.

Will dio otro sorbo al café.

—Por supuesto, anular la boda aún nos dejaría con el cáterin de tu prima que parece un menú salido del infierno.

—Solo lo están planeando. No harán nada, salvo experimentar con algunas recetas. —Se estremeció—. Oh, sí, se me olvidaba, mi madre me ha dicho que eso es lo que vamos a hacer el próximo sábado por la tarde, por cierto. Una cata.

—Oh, Señor. —Ya no le atemorizaba tanto confesar la verdad a Carl y a Louise. De hecho, habría preferido el Apocalipsis.

Becca sonrió petulante.

—Si fuera tú, no me preocuparía demasiado. Comas lo que comas, no notarás los efectos. El alcohol lo destruirá todo. —Will resopló. Becca le dio una palmadita en la pierna—. Gracias.

—¿Por qué? ¿Por comerme el marrón? ¿Por aguantar la mierda que me está cayendo? Vamos, Becca, tienes que hacer algo.

—Se lo diré —prometió ella. Sus ojos brillaron con malicia—. Probablemente, después de vomitar sobre sus zapatos lo que quiera que me dé Kelly.

—*Puaj*.

Ella se levantó.

—Y ahora, iré a ducharme como un rayo, como hago siempre.

Will se apresuró a dejar la taza en la mesilla.

—¿Podrías no decir esas cosas cuando aún tengo la boca llena de café?

Becca le hizo la peineta mientras avanzaba hacia la salida. Tan pronto como la puerta se cerró tras ella, su móvil sonó. Su corazón se aceleró cuando vio quién era.

—Hola —saludó.

—¿Qué tal la cabeza? —preguntó Aiden.

—Aún sobre mis hombros —dijo Will. Hizo una pausa—. Gracias por confiar en mí anoche.

—Bueno, si recuerdas lo que te dije no debías de estar tan borracho. —Resopló Aiden—. Aún no puedo creer que te lo contara.

—Obviamente, tengo una de esas caras que inspira confianza. Mantendré tu secreto a salvo, pero sigo creyendo que deberías seguir mi consejo.

—Lo pensaré. —Una pausa—. Buen viaje de vuelta y nos veremos el próximo sábado. Te prometo una noche para el recuerdo. —Colgó.

«Cualquier noche contigo es una noche para recordar».

Y una vez hubiese terminado con todo eso, empezaría la parte más difícil. Intentar olvidarlo.

CAPÍTULO 18



Aiden se huele que hay gato encerrado

1 de diciembre, Sábado

Becca avanzó hasta el coche de su madre tan rápido, que Will tuvo que correr para mantenerse a su lado.

—¿No crees que has sido un poco dura con Kelly? —preguntó cuando hicieron un alto. Él había tenido la misma reacción al oír el menú que había sugerido para la recepción, pero, a diferencia de Becca, podía ser diplomático y mantener la boca cerrada.

Becca se giró hacia él con la boca abierta de par en par y señaló la casa.

—Estabas ahí dentro, ¿verdad? Ese que estaba probando el risotto de espárragos y lavanda eras tú, ¿verdad?

—No ha estado tan malo —contestó. No, enteramente. Kelly había intentado crear algo sofisticado.

No había funcionado. Como... en absoluto.

—Vaya, ¿en serio? ¿Y qué me dices de la quiche?

—Sí, esa estaba un poco... cruda —admitió.

Los ojos de Becca casi se salieron de sus órbitas.

—¿Cruda? Las salchichas estaban flotando en ella. ¡Y aún podía oír el *oink!* Y ya que estamos hablando de ello... ¿salchichas? ¿En una quiche? ¿Para una boda?

—Has probado la Quiche Lorraine, ¿no?

—Sí, ¿qué me quieres decir con eso?

—Tiene trozos de jamón, así que supongo que lo que quiero decir es ¿qué diferencia hay entre un poco de jamón y unas salchichas?

—Al menos, la quiche que comí estaba cocinada. ¿Y qué me dices del postre?

—¿Qué hay de malo con el helado de jengibre?

—Oh, nada en absoluto —dijo con la voz cargada de sarcasmo—. Solo me ha arrancado el cerebro y matado todas y cada una de mis papilas gustativas. Había muchísimo jengibre en esa cosa. Y ¿quién toma helados en diciembre? ¿También va a traerlos en coche? Estarán completamente derretidos cuando lleguen a las mesas.

Will sonrió petulante.

—No; en diciembre, no.

Tras ellos, la puerta principal se cerró de golpe.

Becca suspiró.

—Genial. Mi madre está cabreada.

—¿Y te sorprende?

—Rebecca Jane Taylor, vuelve inmediatamente a esa casa y discúlpate. —Louise avanzó enérgicamente hacia ellos, con una expresión enardecida.

—Louise, por favor, anda más despacio —suplicó Will—. El camino está muy resbaladizo. —Por su mente, pasaron escenas de ella rompiéndose una pierna o algo peor.

Louise redujo el paso y paró en seco frente a Becca, que cuadró los hombros y se cruzó de brazos.

Will conocía las señales. Era la forma que Becca tenía de decir: “No voy a ceder, así que no desperdices tu aliento”.

—No, mamá. —Afortunadamente, mantuvo la voz a un volumen razonable—. Es mi boda. Mi día.

Will iba a estrangularla.

«Se supone que tienes que romper conmigo, no discutir sobre el menú que pondrán en una recepción nupcial que ni siquiera se va a celebrar».

Esa fue la gota que colmó el vaso. Una vez disfrutara una última y placentera noche con Aiden, pondría fin a esto.

«¿Te estás escuchando a ti mismo? Eres igual que ella. Podrías decir algo en este mismo instante. Pero no lo harás, ¿verdad? Porque—».

Aiden. Por Aiden.

—De acuerdo. —Louise escupió la palabra como si fuese amarga—. Pero eso no te da derecho a herir los sentimientos de Kelly de esa forma.

—¿Qué he dicho? —demandó Becca con los ojos como platos.

—¿En serio? —Will rio disimuladamente—. Creo que decir que debería reclamar su dinero a esa Escuela de cocina para poder hacer frente a todas las demandas de sus clientes, ha sido bastante frío. Me sorprende que no mencionaras a la Peanut Corporation de America, ya que estabas en ello.

—¿Eh? —Becca frunció el ceño.

—¿El qué? —Louise también parecía confusa.

Will gruñó.

—¿Uno de los mayores brotes de salmonelosis en Estados Unidos en dos mil nueve?

Becca entornó la mirada hacia él y luego, se giró hacia su madre.

—Ignora al *nerd*. Aún tengo derecho a elegir lo que van a comer los invitados, ¿no? Así que, si quiero hacer un pedido en el Subs que hay enfrente, lo haré. —Resopló—. Pensando en ello, cualquier cosa del Subs sería mucho más comestible que lo que está proponiendo Kelly.

Louise entró en el coche, acomodándose tras el volante, y Becca se sentó en el asiento del copiloto. Will se encaramó al asiento trasero.

—No es lo ideal, lo sé —dijo Louise, aferrándose al volante—. Pero a menos que tengas otra idea...

Los ojos de Will lanzaron dagas a Becca.

«Sí, la tienes. Díselo. Ahora. O al menos, dile que necesitamos sentarnos a hablar».

A juzgar por la forma en la que Becca se agitó en el asiento, pudo sentir cada milímetro de esas dagas.

—Ahora mismo, no, no la tengo —murmuró. Miró hacia la casa—. Pero tienes razón. Debería volver ahí dentro y disculparme.

Louise le dio una palmadita en el hombro.

—Yo esperaré un poco. Deja que se calme. ¿Por qué no vienes a charlar con ella mañana por la mañana antes de iros? Solo Kelly y tú.

—Sí, puedo hacer eso.

—Al fin. La cordura ha quedado restaurada. —Louise puso en marcha el motor y salió a la

carretera.

Will tardó unos segundos en advertir que sus hombros se estaban agitando.

—¿Louise? ¿Estás bien?

Al parar en el semáforo, hizo un ruido extraño.

—No debería reírme. Realmente, no debería. —Luego, se inclinó hacia atrás y estalló en una carcajada—. Ha sido horrible, ¿verdad?

Will sonrió.

—Estoy de acuerdo, no deberíamos reírnos. —Salvo que no pudo contenerse y comenzó a reírse a carcajadas—. ¿Os habéis fijado en la cara de Deborah cuando Kelly ha sacado la quiche? Pensé que iba a vomitar ahí mismo.

—A lo mejor, Kelly necesita recapacitar sobre su carrera —dijo Becca con una voz extremadamente dulce.

Ese tono no engañó a Will.

—¿Quieres proponerle una alternativa?

Ella se encogió de hombros.

—No sé... ¿Especialista en armas bioquímicas?

Se rieron tan fuerte que Will pensó que el coche se balanceaba.

Louise miró a Will por el espejo retrovisor.

—¿A qué hora empezará todo esta tarde?

—Aiden dice que me recogerá a las seis y media. —Will apenas había pensado en otra cosa desde que volvieron a la ciudad. Y no porque se muriera de ganas por emborracharse.

Solo quería estar con Aiden.

Louise entornó la mirada hacia él.

—¿Habrá comida en esa fiesta?

Becca rio.

—Mamá, es una despedida de soltero. Estamos hablando de barriles de cerveza y estríperes. —Le lanzó una amenazante mirada—. No tengo que decirte que te comportes, ¿verdad? —Sus ojos relucieron.

Will se llevó la mano al corazón.

—No voy a dejarme seducir por una estríper, lo prometo —anunció, para los oídos de Louise.

«A menos que Aiden sea el estríper». Ahí, todas las apuestas estaban perdidas.

La Becca que conocía estaba de vuelta. Su buen humor se había mantenido durante todo el trayecto hasta Minnesota y Will se alegró de volver a verla sonreír. Sacó su móvil y le envió un mensaje.

WILL: Te lo has pasado bien en tu cumpleaños, ¿verdad?

El móvil de Becca sonó en el coche. Becca le miró por encima del hombro, sonriendo, y tecleó:

BECCA: El mejor día de mi vida. Gracias por no pasarte anoche.

WILL: No quería interrumpir.

Quería añadir un emoticono para insinuarle que sabía lo que había pasado, pero luego, supuso que una berenjena no era la mejor idea dadas las circunstancias.

Sonrió para sí y le envió la imagen de unas tijeras. Luego, lo reconsideró, y le envió un montón de tijeras.

Beca se atragantó.

—¿Estás bien? —preguntó su madre.

—Estoy bien —farfulló, con los dedos danzando sobre el teclado.

BECCA: Estás muerto.

Unos segundos después, le envió un link.

WILL: ¿Qué es esto?

Ella tecleó de nuevo.

BECCA: TikTok. Emojis de lesbianas. Si vas a hacerlo, hazlo bien.

Él rio por lo bajo.

WILL: Lesbianismo 101. Me gusta.

—¿Os estáis mandando mensajes el uno al otro? —preguntó Louise—. Una pregunta estúpida, porque es evidente que lo estáis haciendo, lo que significa que hay algo de lo que no queréis hablar delante de mí, así que ¿sabéis qué? Voy a cambiar de tema. ¿Qué vas a hacer hasta que llegue Aiden?

—Carl me dijo algo sobre ayudarlo a limpiar la nieve del camino.

Becca resopló.

—Eso te mantendrá alejado de problemas.

A Will no le importaba. Le gustaba pasar tiempo con Carl, especialmente desde que había descubierto que el hombre también era un fanático de Douglas Adams. El tiempo se pasaría volando.

«Y luego, podré pasar toda la noche con Aiden».

Por última vez.



Aiden salió del coche. Las luces de la casa le revelaron que su padre y Will estaban al borde del césped, charlando. Por su lenguaje corporal, era obvio que se encontraban cómodos, lo que era un buen augurio. Aiden tenía un par de amigos casados que decían que hablar con sus suegros era como picar un enorme bloque de hielo.

—Buen trabajo. —Aiden hizo un gesto hacia el camino, ahora despejado de nieve—. Tengo un montón más en mi casa, si necesitáis algo que hacer.

Su padre rio.

—Creo que ya eres lo suficientemente mayorcito como para limpiar tu propio camino.

Aiden hizo un gesto hacia las luces.

—¿No es un poco tarde para estar quitando nieve? ¿No debería ser esta una actividad diurna?

Su padre tosió.

—Tendríamos que haber terminado hace un par de horas, pero nos pusimos a hablar sobre... algo. —Otra tos.

Aiden tuvo que reír.

—Papá, sé desde hace mucho tiempo que provengo de una larga estirpe de *nerds*. Y sí, me refiero a tu rama de la familia. ¿Realmente te sorprende que Becca se case con uno?

—Soy demasiado viejo para que me llamen *nerd* —dijo su padre, sonriendo de par en par—. Ahora, solo soy un excéntrico.

Aiden miró a Will de arriba a abajo.

—¿Vas a salir así? —Tenía que reconocer que esos vaqueros le hacían justicia, y con las botas, el abrigo, el gorro y los guantes seguía teniendo buen aspecto, pero difícilmente era el atuendo apropiado para hacer una ruta de bares.

Will rio suavemente.

—Me daré una ducha rápida y me cambiaré en un segundo. Ya casi hemos terminado aquí.

—¿De limpiar o de darle al pico? —dijo Aiden.

Su padre agitó una mano en el aire.

—Ve a buscar a tu madre. Will puede salir a jugar cuando haya terminado.

Aiden subió las escaleras hasta la puerta, sonriendo para sí. De la cocina le llegó la voz de su madre cantando y luego, reconoció la letra de *Dancing Queen*. Se inclinó contra el marco de la puerta, contemplando cómo bailoteaba alrededor de la isla.

—¿Cuál querías ser tú? ¿Agnetha o Anni-Frid?

Su madre se heló.

—¿Estás intentando que le dé un ataque al corazón a tu pobre madre? —Sonrió de par en par—. A lo mejor, siempre quise ser Benny. —Hizo una mueca—. No, Björn habría sido mejor. No me gustan las barbas. ¿Nunca te has preguntado por qué tu padre jamás se ha dejado barba? —Giró la cabeza hacia la encimera—. Alexa, para.

—No dejes que te interrumpa; no, cuando es evidente que estás disfrutando.

Su madre avanzó hasta el horno y miró por el cristal.

—Me alegra tener unos minutos a solas contigo. No hagas nada estúpido, ¿entendido?

—Eso depende de lo que definas como estúpido.

Su mirada se volvió implacable.

—Ya sabes de lo que estoy hablando. Atar a Will desnudo a una farola o algo igualmente infantil.

Aiden rio.

—¿Con este tiempo? Se congelaría las p... piernas. ¿Dónde está Becca?

—En su dormitorio. —Su madre puso los ojos en blanco—. Es increíble cómo se las apaña para desaparecer cada vez que necesito que me eche una mano.

—Es un don —rio Aiden. Su madre abrió la boca y él alzó una mano—. No te preocupes, traeré de vuelta a Will por la mañana, sano y salvo, aunque no necesariamente completamente sobrio. —Se giró y se encaminó hacia las escaleras.

—¡Di a tu hermana que baje su culo aquí y ponga la mesa! —gritó su madre.

Aiden paró frente a la puerta de Becca y la oyó diciendo:

—Anoche fue increíble.

Sonrió. Aún pensaba que hablar por teléfono con Will era un hábito extraño, sobre todo cuando estaban, literalmente, a metros de distancia. Luego, sus palabras calaron.

«Así que por fin lo han hecho. Supongo que tenía que pasar antes o después».

Tuvo que admitir que era el regalo de cumpleaños perfecto. Y por lo que parecía, eran una buena combinación en el catre.

El sexo no lo era todo, lo sabía, pero para muchos era un componente esencial.

«¿A quién intento engañar?». Si no eran buenos en la cama, la relación no iba a funcionar.

—Podría pasarme horas besándote —dijo Becca.

Su pecho se contrajo.

«No debería estar escuchando esto».

«Estaba besando a Will».

Algo con lo que él había soñado varias veces desde la noche que se conocieron.

—Te quiero muchísimo —dijo su hermana.

Y esa fue la señal de Aiden para irse a hurtadillas, con el rostro ardiendo.

Al llegar al pie de las escaleras, captó el murmullo de risas que provenían del exterior y miró por la ventana. Las luces iluminaron a Will, que había caído de culo sobre una pila de nieve. Él y su padre parecían encontrarlo divertido, y su padre estaba tirando de él para ayudarlo a ponerse en pie.

A su espalda, le llegó la voz de Becca, que seguía hablando a pesar de que ahora no podía discernir las palabras.

Luego, cayó.

«Espera un segundo. Hablando ¿con quién?».

Oh. Dios. Santo.

Aiden bajó las escaleras atolondrado con la mente funcionando a mil por hora.

«Esto no tiene sentido».

El problema era que tenía todo el sentido del mundo. Eso respondía un montón de preguntas, para empezar. Y lo que más escocía era que Will iba a ser el que saliera escaldado de todo esto.

Volvió al exterior, donde su padre y Will se estaba sacudiendo la nieve de las botas.

—¿Has terminado? —preguntó a Will.

—Claro, pero aún no me he duchado.

—Solo coge la ropa. Puedes ducharte en mi casa. —Aiden quería mantenerlo alejado de Becca.

Quería descubrir cuánto sabía Will.

Su padre rio.

—Esto me trae recuerdos. Tenía la edad de Will cuando me hicieron mi despedida de soltero. —Le dio una palmada en la espalda—. Ve a pasártelo bien. E intenta que no te arresten.

Will parpadeó.

—¿Crees que eso es una posibilidad?

—En realidad, no. Pásatelo bien. —Miró a Aiden con severidad—. Y tú, mantenlo a salvo. Es sábado por la noche en Milwaukee, y ambos sabemos lo que significa eso. Habrá un montón de capullos saliendo de la nada.

Lo que su padre no sabía era que ir de bares era lo último que estaba pasando por su mente.

Una conversación se cernía en el horizonte, una que Aiden no quería tener. Pero Becca no le había dejado otra opción.

«¿Cómo digo a mi futuro cuñado que su prometida le está poniendo los cuernos?».

De acuerdo, a lo mejor no le estaba poniendo los cuernos, pero definitivamente algo andaba mal en su relación.

¿Qué había fallado? Eso era lo que Aiden esperaba descubrir esa noche.

CAPÍTULO 19



Will confiesa... Y sale del armario
Will y Aiden juegan a *Esconde el salchichón*

Will lanzó las botas al suelo y soltó su bolsa al lado del sofá.

—Así que ¿cuál es el plan? ¿A qué bar vamos a ir primero?

—No lo he pensado mucho. —Bueno, lo había hecho, justo hasta el momento en el que había escuchado a Becca decir a otro hombre que le quería.

La cerveza estaba en el último puesto en su lista de prioridades.

Will frunció el ceño.

—Pensé que te habías currado un itinerario. —Midnight estaba restregándose por sus tobillos, ronroneando como un motor. Will se inclinó y lo acarició—. Le gusto a tu gato.

«No es al único».

Salvo que lo que sentía por Will iba mucho más allá de gustar. Y si Becca se estaba portando como una mierda con él, Aiden iba a estar a su lado, al cien por cien.

Luego, Will se irguió.

—¿Puedo ser te sincero? En realidad, no estoy de humor para salir de bares. —Antes de que Aiden pudiera pronunciar palabra, alzó las manos—. Lo sé, lo sé, te has tomado muchas molestias para organizar todo esto, pero... ¿podemos hacer otra cosa? Como... pedir unas pizzas y ver una peli. Nadie tiene que enterarse. Diremos que nos lo estábamos pasando tan bien que se nos olvidó hacer fotos.

Aiden ya había oído lo suficiente.

—Mira, hay algo que necesito contarte.

Will le miró cálidamente.

—No he contado a tu familia nada sobre... sobre ti, si eso es de lo que se trata.

—Los tiros no van por ahí, pero gracias. Sabía que mantendrías mi secreto. —Hizo una pausa—. Pero alguien de por aquí también está manteniendo secretos; uno enorme, de hecho, y necesitas saber lo que está pasando.

Will se sentó en el sofá sin apartar la mirada de él.

—Estás empezando a preocuparme.

En realidad, no parecía tan preocupado, pero a lo mejor, era una de esas personas que interiorizaban todo; el equivalente humano a un cisne: sereno en el exterior, pero agitando las patas como un loco bajo la superficie.

Aiden se sentó a su lado y se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre sus rodillas y entrelazando los dedos. No pudo mirarle a la cara, así que clavó los ojos en la alfombra.

«Realmente, debería limpiar». Le aterraba pensar en la cantidad de pelo de gato que había ahí.

Eso no estaba ayudando.

Con un esfuerzo sobrehumano, se obligó a volver al presente.

—Las últimas veces que os vi juntos, a Becca y a ti, tuve la sensación de que... Bueno, de que no todo andaba bien entre vosotros. Había algo extraño.

Will se quedó callado unos segundos. Luego, murmuró:

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Puede que tú no, pero creo que Becca sí.

¿Se había imaginado ese respingo?

—¿Qué? —dijo Will.

Aiden suspiró.

—La noche que nos conocimos, ¿cuando fui a buscarte y te encontré en el vestíbulo?

—¿Sí?

—Bueno, justo antes, me encontré a Becca sentada en una esquina hablando por teléfono contigo. Ya sabes... pasteladas.

—¿Adónde quieres llegar con esto? Hablamos por teléfono, ¿y qué? —La voz de Will había perdido su serenidad y un atisbo de irritación estaba ocupando su lugar.

—Esa noche, cuando mi padre y tú estabais jugando en la nieve como un par de críos, oí a mi hermana teniendo el mismo tipo de conversación. El tipo de conversación que no debería haber escuchado, lo sé, porque claramente era algo íntimo, pero me... sorprendió.

—Me estoy perdiendo.

Aiden giró la cabeza para mirarlo.

—¿No ves adónde quiero llegar con todo esto? Escuché a mi hermana diciendo: “Te quiero”, pero la persona que estaba al otro lado de la línea no eras tú. Habría sido imposible, porque tú estabas con mi padre. Y eso me hizo reflexionar sobre la primera llamada. ¿Y si en esa ocasión tampoco estaba hablando contigo? —Will parecía una estatua a su lado. Y de repente, la realidad se le vino encima—. Oh, Señor. Tengo razón, ¿verdad? Hay alguien. Por eso todo esto parece tan extraño. Y tú no lo sabías, ¿verdad? —Miró a Will. Su silencio estaba empezando a crisparle los nervios. Aiden alzó las piernas al sofá y sostuvo las rodillas contra su pecho. Will ni siquiera le miró, toda su atención estaba enfocada en Midnight. Aiden no pudo desprenderse de la pesadez en su pecho y el nudo en su estómago se tensó aún más—. Lo siento, pero tenía que decírtelo. Lo entiendes, ¿verdad?

Will asintió, acariciando lentamente el lomo del gato.

«Ahora mismo, su estómago tiene que estar patas arriba».

El silencio le estaba matando.

—¿Qué vas a hacer? ¿Obligarás a mi hermana a renunciar a quienquiera que sea ese hombre para salvar el matrimonio que ni siquiera se ha formalizado, o anularás todo? Porque—.

Will dejó escapar un ruido de pura exasperación.

—¿Puedes parar de hablar un segundo?



«Joder, ¿por donde empiezo?».

«Ahí se van por la borda mis planes de pasar una noche placentera».

Solo había una forma de salir de ese desastre: decir la verdad. De acuerdo, no le correspondía a él desvelar la información personal de Becca, pero teniendo en cuenta todo lo que había pasado hasta ahora...

«Que le jodan a todo. Becca lo entenderá, dadas las circunstancias». Y Will no estaría pasando por todo esto de no ser porque ella le había metido en la mierda y luego se había acojonado a la hora de sacarle de ella.

Will dejó a Midnight en el suelo y volvió a hundirse en el sofá.

—Lo más importante que necesitas saber es que... Becca no me está engañando.

Aiden frunció el ceño.

—Entonces, ¿quién era—.

—No, no me estás entendiendo —le cortó Will—. No me está engañando porque... porque no estamos prometidos.

Las cejas de Aiden casi desaparecieron en su pelo.

—Pero... pero le dijo a mi madre...

Will asintió.

—Lo sé. Estaba sentado enfrente de ella durante esa conversación. —Rio suavemente—. Así que puedes imaginarte la sorpresa que fue para mí escuchar a mi mejor amiga diciéndole a su madre que me había declarado a ella. —Sonrió de par en par—. Obviamente, fue tan poco memorable, que lo olvidé.

—Tu mejor amiga... Así que ¿no estás enamorado de ella?

Will sonrió.

—Quiero a tu hermana, ¿de acuerdo? Si no lo hiciera no habría pasado por toda esta mierda que ha montado, pero... —Su corazón se aceleró—. No es mi tipo.

—Entonces ¿cuál es tu tipo?

Se encogió de hombros.

—Me gustan los pelirrojos.

Aiden parpadeó.

—No veo ningún problema ahí.

Will hizo un gesto de desesperación.

—De acuerdo. A tu hermana... le falta algo.

—¿Como qué?

Will sostuvo su mirada.

—Algo que tú tienes. Algo que da la casualidad de que me gusta. Mucho. —Miró la entrepierna de Aiden. Luego sus ojos. Luego su entrepierna.

«Venga ya, Aiden. Eres un tipo inteligente. Píllalo».

Su resoplido le dijo que había encontrado premio.

—¿Eres gay? —preguntó atónito.

—Ahí lo tienes —sonrió Will.

—De acuerdo, ten por seguro que vamos a hablar de eso, pero ¿ahora? —Frunció el ceño—. Aún no lo entiendo. ¿Por qué dijo a mi madre que se había prometido?

—Porque tu madre seguía intentando liarla con tipos del hotel. Se cansó de luchar contra ello y optó por la salida fácil, que fue decirle que nos habíamos comprometido. —Resopló—. Fácil, mis cojones. Se suponía que solo iba a estar aquí para la fiesta de aniversario de tus padres, y luego “romperíamos” —entrecomilló en el aire—. Tu madre lo cambió todo.

Aiden cruzó las piernas.

—Aún no entiendo por qué tuvo que decir que estaba prometida. ¿Por qué no decir: “Oye,

mamá, deja de intentar liarme con hombres”?

—Porque esa era la forma más segura de quitársela de encima. Así no tendría que contarle la verdad.

—¿Que es...?

«Allá vamos».

—Tu hermana y tú tenéis más en común de lo que crees. Verás, yo tampoco soy el tipo de Becca. —Sonrió—. ¿Lo pillas?

Aiden abrió la boca de par en par.

«Bingo».

—Oh, Dios mío. ¿Becca es lesbiana?

Will rio.

—Tu hermana y tú deberíais hablar más, ¿sabes?

—¿Por qué no me lo ha contado?

Will sostuvo su mirada.

—¿Por qué no se lo has contado tú a ella? Lo único que me ha dicho es que no puede decírselo a sus padres. Y dado que tú estás en el mismo barco, supongo que pensarás lo mismo. Y tiene que haber una razón por la que hayáis preferido no contárselo.

Aiden frunció el ceño.

—No es algo que hayamos hablado nunca. Y quiero decir jamás.

—Becca me comentó algo parecido. Pero ¿ahora que les conozco? Tengo que admitir que esa teoría de que vayan a encajarlo mal no me cuadra. Algunos de mis colegas de *Dungeons & Dragons* han sido muy desafortunados con sus padres; son unos bastardos homófobos y hemos charlado sobre toda la mierda con la que tuvieron que lidiar. —Miró a Aiden—. Tus padres están en otra liga.

La respiración de Aiden se aceleró.

—¿Podemos volver a la parte de: “soy gay”?

Will negó lentamente con la cabeza.

—Estás últimas semanas han sido una tortura.

La mirada de Aiden se tornó compasiva.

—¿Pretender que eras hetero?

El corazón de Will empezó a taladrar sus oídos.

«Has llegado hasta aquí. No pares ahora».

Inspiró profundamente.

—No, pretender que no me siento atraído hacia mi muy heterosexual futuro cuñado. Del que acabo de descubrir que es tan hetero como Freddy Mercury.

Aiden contuvo la respiración.

—Oh Dios mío.

—Es la segunda vez que dices eso. Necesitas ampliar tu vocabulario. —El conato de humor no era más un burdo intento de ocultar su ofuscación, y lo sabía. Will suspiró—. Lo siento. No debería haberte dicho eso. Te he puesto en un compromiso y no tengo derecho a—.

Aiden se lanzó hacia él y sus labios colisionaron súbitamente, robándole el aliento y revolucionando los latidos de su corazón. Will reaccionó al instante, cubriendo la cabeza de Aiden para mantenerlo en el sitio, reticente a romper el beso.

«Tendrás que dejarlo ir en algún momento».

Aiden pareció pensar lo mismo, porque se liberó, apartándose hasta sentarse en el sofá con los ojos relucientes.

Will se estremeció.

—Vaya. No te haces una idea de cuánto tiempo llevo queriendo hacer eso.

Aiden sonrió.

—Entonces, dímelo.

—Supongo que desde que me ayudaste a ponerme en pie en el vestíbulo del hotel. —Miró a Aiden—. Me noqueaste dos veces. La primera, cuando lanzaste ese carrito hacia mí. Y la segunda, cuando me sonreíste.

Aiden se inclinó hacia él y le besó de nuevo, solo que esta vez fue más tierno y sus labios apenas se rozaron. Luego, apoyó la mano sobre su mejilla y comenzó a acariciar la línea de su mandíbula con los dedos. Will sintió su cálido aliento cuando susurró contra sus labios:

—Puedo superar eso. Llevo queriendo besarte desde el momento en que entraste en el hotel.

—Así que... —dijo Will con voz temblorosa, sintiendo esos labios sobre su cuello—. ¿Hacia dónde vamos desde aquí?

—Eso depende. —Aiden se apartó y le miró a los ojos—. ¿Quieres parar aquí?

Will sonrió de par en par.

—¿No te dije que para ser un hombre tan inteligente, haces unas preguntas muy estúpidas?

—Entonces, ¿qué te parece si hago algunas inteligentes? —Aiden cogió su móvil, se desplazó por la pantalla y se lo tendió a Will—. El resultado de mi último análisis. Hace dos meses. Y por cierto, no he estado con nadie en los últimos seis meses.

—Vaya, un período de sequía. Puedo superarlo. Han sido ocho para mí. —Sonrió abiertamente—. Pero ya que me has enseñado el tuyo, te enseñaré el mío. —Sacó sus resultados y mostró la pantalla a Aiden.

—Estoy con la PrEP.

—Yo no. —Will volvió a guardar su móvil—. Haz tu pregunta.

—¿Te parece bien no usar condones?

Sonrió.

—Muy bien. Acabas de conseguir una A+, profe, por hablar primero de la seguridad. Algunos tipos no lo hacen y esa es la razón por la que no pasan de la puerta de mi dormitorio.

Aiden parpadeó.

—¿Vamos a movernos a la cama?

Will sonrió.

—¿Tenías otro lugar en mente?

—Estaba pensando en follarte aquí mismo en el sofá.

Will rio.

—Ooooh, eres un poeta. —Se puso en pie—. ¿Crees que puedes aguantar hasta que vuelva del baño? No tardaré mucho, lo prometo. Solo que no esperaba que la noche fuera a ser tan... versátil. —Inclinó la cabeza a un lado—. Lo que nos lleva a tu segunda pregunta.

—Creo que acabas de responderla. —Sus ojos relucieron—. Pero como última pregunta de la noche—.

—Gracias a Dios. —Will entornó la mirada hacia él—. Tengo la polla tan dura que Midnight podría usarla para rascarse las uñas. —Hizo una mueca—. Espera. Ese ha sido un ejemplo horrible.

—Cuando salgas de ahí, Midnight estará resguardado y a salvo en la cocina.

Will rio.

—Gracias. Me lo estaba imaginando alzando puntuaciones. —Estudió a Aiden—. Y la

respuesta a la pregunta que no has hecho es sí, me gusta todo, dar y recibir. Así que... ¿Hemos terminado?

Aiden señaló hacia una puerta.

—Ya sabes dónde está el baño.

Will ya había entrado antes de que Aiden pudiese terminar su frase.



Aiden miró fijamente hacia la puerta cerrada.

«Joder, no me puedo creer lo que está pasando».

Hablando de lanzar una bomba.

«Becca no está prometida a Will».

«A Becca le gustan las mujeres».

«A Will le gustan los hombres».

Dos de esas tres revelaciones eran, definitivamente, motivo de celebración. De acuerdo, tal vez las tres. Y cuando Will emergiera del baño, iban a estallar los fuegos artificiales. No iba a pensar en sus padres, ni en Becca, ni en la boda—.

«Salvo que no va a haber boda, ¿no?».

El deseo de volver a besar a Will le consumía. Quería desnudarlo. Enterrar su polla en—.

La puerta se abrió.

—He dicho que sería rápido, ¿no?

Aiden se lanzó hacia él, acorralándolo contra la pared mientras se besaban. Nada de dulzura, nada de gentileza esta vez, sino puro deseo desbordante de necesidad. Algo cayó al suelo con un clinc y Aiden sonrió al ver la botella de lubricante.

—Bien pensado —murmuró.

Luego, volvió a la muy real y muy urgente necesidad de tener a Will justo donde le quería.

Aiden empezó a desabotonar su camisa y Will le devolvió el favor, pero estaban tardando demasiado, maldita sea, así que decidieron desvestirse ellos mismos. Aiden siguió besándolo mientras se quitaba la ropa, parando exclusivamente para deshacerse de la camiseta. Se desabrochó el cinturón, se desabotonó los pantalones y los descartó, quedándose tan solo con los calzoncillos. Will ejecutó una danza similar de enmarañadas prendas. El pesado sonido de sus respiraciones inundó el ambiente. Aiden alzó a Will en sus brazos y Will enroscó las piernas en su cintura mientras le llevaba hasta el sofá.

Aiden se inclinó para besarlo, porque joder, esa boca era endiabladamente adictiva, y Will no vaciló, alargando el brazo hacia sus calzoncillos para sacar su rígida polla. Luego, se inclinó. Señor, el primer contacto de su pene contra esa cálida y húmeda lengua le sacó un gemido y, rápidamente se desprendió completamente de sus bóxer. Abrió las piernas, se aferró a la cabeza de Will y comenzó a embestir su boca.

En algún momento, cambiaron de postura, y Aiden se encontró sentado en el sofá, con Will a horcajadas sobre él mientras cabalgaba su polla, manteniendo el equilibrio con las manos, que tenía apoyadas sobre el respaldo del asiento. Aiden se aferró a su culo y le ayudó a rebotar más

rápido, más fuerte, hasta que ambos estuvieron gimiendo de placer.

Luego, Will se giró y volvió a empalarse en su polla, solo que esta vez, Aiden pudo ver su reflejo en la pantalla de la televisión, podía ver su pene entrando y saliendo de ese culo, y joder, era erótico de cojones. Aiden deslizó una mano entre sus cuerpos e introdujo un dedo en su orificio, solo para sentir su polla invadiéndolo, y Will gruñó, mientras agitaba su propia erección.

—Tenemos que bajar el ritmo o me va a dar un ataque al corazón —dijo Aiden.

Will bajó de él al instante, arrodillándose en el sofá para ofrecerle su culo.

Aiden no iba a ignorar esa invitación.

Se acomodó detrás de Will y acarició su firme trasero antes de apartar los cachetes para lamer su orificio, sintiendo cómo se contraía bajo su lengua. Le provocó hasta que Will parecía incapaz de quedarse quieto.

—Gírate —ordenó con la voz rota.

Will se giró hasta ponerse de espaldas y alzó las rodillas, levantando el culo del asiento. Aiden acarició su orificio con el capullo mientras exprimía más lubricante sobre su miembro. Luego, apretó en un movimiento lento, endiabladamente lento, hasta que toda su longitud desapareció en ese cálido agujero.

—Joder, eso es profundo —jadeó Will.

Aiden sacó la polla casi por completo y volvió a deslizarla en su interior. Fuera. Dentro. Fuera. Dentro, hasta que Will empezó a gemir de nuevo y su mano se convirtió en un borrón sobre su erección. Aiden alzó sus piernas, colocándolas sobre sus hombros y apoyó una mano sobre el brazo del sillón. Luego, se inclinó, colocó la otra mano sobre su mejilla y reclamó su boca. Fueron besos profundos, salvajes, primitivos, sus lenguas en sincronía con cada embestida. Aiden cambió de postura, apoyando los codos a cada lado de su cabeza sin perder el contacto con Will, tanto con su lengua como su polla. Luego, volvió a balancearse, meciendo las caderas en un lánguido y fluido movimiento, cada vez más profundo, cada vez más rápido. Los besos de Will se volvieron más apasionados, sus gemidos más frecuentes, su mano más veloz sobre su polla y Aiden supo que estaban ahí.

Se inclinó, uniendo sus frentes.

—Estás cerca —susurró—. Déjate ir. Te tengo. —Y luego, le besó, gruñendo al sentir su agujero tensándose en torno a su polla. Contempló embelesado la sensual curvatura de su espalda, la forma en la que lanzó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y los labios abiertos, gimiendo mientras el semen se acumulaba en su estómago.

Will enroscó los brazos en torno a su cuello, colgándose de él, apretando aún más sus cuerpos, ahora pegajosos de semen y sudor. Su aroma era embriagador y Aiden intentó contener su orgasmo, pero estaba perdiendo la batalla. Al fin, descargó, sintiendo cómo su polla se agitaba en el interior de Will.

Will le miró, con el rostro húmedo y ruborizado.

—Puedo sentirte.

Aiden asintió y luego, se inclinó para reclamar otro beso. Luego, la energía le abandonó y se dejó caer sobre su cuerpo.

Will bajó las piernas para enroscarlas en su cintura.

—Ahora, te tengo yo a ti —murmuró.

«Me tienes. Cada minúscula parte de mí».

CAPÍTULO 20



Will y Aiden entran en shock

11 de diciembre, Domingo

Will no podía recordar la última vez que se había sentido tan relajado. Las últimas cuatro semanas habían sido una interminable secuencia de viajes entre Minnesota y Milwaukee, preocupándose cuando el preocuparse, sencillamente, no iba con él. Estudiar había resultado ser una tarea imposible y eso tampoco era típico de él.

La locura transitoria de Becca había tenido consecuencias de un alcance mucho mayor de lo que había previsto.

Nada de eso importaba ahora; no, cuando estaba acurrucado contra Aiden bajo un grueso edredón, el aroma de su piel alcanzaba sus fosas nasales y sentía el calor de su cuerpo contra su pecho. Ese dolor de culo era un grato recordatorio de una noche bien invertida.

También contenía la promesa de más por venir.

«¿Solo han pasado cuatro semanas desde que nos conocimos?».

Lo suficiente para saber que eso podía ser mucho más que una unión de cuerpos y un escozor de ano.

—¿En qué estás pensando? —Aiden acarició su brazo con un perezoso movimiento.

—Esto está muy bien —murmuró Will. Giró la cabeza hacia Aiden—. Sería mucho mejor si me besaras. —Aiden rio suavemente y sus labios se encontraron en un profundo beso que se prolongó hasta hacerle estremecer. En un impulso, Will rodó y se tumbó sobre él, balanceando sensualmente las caderas. Le cogió por las muñecas y las inmovilizó sobre su cabeza—. Ahora, te tengo —murmuró, antes de besar su cuello, trazando una línea desde la oreja hasta el esternón. Adoró la forma en la que Aiden arqueó la espalda para él, persiguiendo la sensación, y sonrió contra su pecho—. Sabes tan bien como parece —susurró, succionando y mordiendo suavemente sus pezones, sonsacando un grave gemido de Aiden.

Luego, Aiden rio y el sonido reverberó en su cuerpo.

—Ah, pero ¿sé mejor que un risotto de espárragos?

Will alzó súbitamente la cabeza, liberando sus muñecas.

—Por favor, no me lo recuerdes. —Contempló a Aiden, absorbiendo la imagen. Su bello rostro enmarcado por el pelo rojo, que ahora se desplegaba sobre la almohada; su pecho y su cuello ruborizados, sus pezones erizados y el tentador estómago que suplicaba ser besado. Will quería recorrer ese torso con sus labios, lamer una línea desde su ombligo hasta la rojiza mata de pelo que crecía en la base de su polla.

Su rígida polla.

—Vuelve aquí y bésame —susurró Aiden—. Mis labios se sienten solos.

Will le inmovilizó contra el colchón y le besó, suspirando de satisfacción cuando Aiden enroscó sus alargadas piernas en torno a su cintura, apretándolo aún más contra su cuerpo.

—Y ahora, te tengo yo —sonrió Aiden, enroscando los brazos en torno a su cuello.

Will rio contra sus labios.

—¿Y qué vas a hacer conmigo?

Aiden deslizó una mano entre sus cálidos cuerpos hasta que sus dedos encontraron la igualmente rígida polla de Will. La agitó suavemente.

—Estaba pensando en poner esto donde no brilla el sol.

Will sonrió.

—Me parece un plan perfecto para empezar el día.

Yacer entre los brazos de Aiden era maravilloso.

Enterrar su polla en su cuerpo prometía ser aún mejor.



Un poco más tarde

—Deberíamos levantarnos —murmuró Aiden.

—Me has drenado. No estoy seguro de si podré volver a levantarme. Al menos, durante la próxima hora.

—Lo digo en serio.

—Mmm.

—Necesitamos una ducha.

—Mmm.

Yacían de costado, uno de cara al otro, y Aiden no podía dejar de tocar a Will; su cara, su hombro, su cuello...

«Solo me estoy asegurando de que de verdad está aquí, en mi cama». La noche anterior aún parecía un sueño, aunque podía recordar nítidamente cada segundo: el polvo frenético, la búsqueda a última hora de una pizzería abierta, sentarse sobre la alfombra frente al fuego, comer y reír cuando Will se manchó la nariz con crema de ajo, y Midnight paseando entre ellos, maullando en busca de caricias mientras intentaba robarles la pizza.

Lo que más destacaba en su memoria era Will, tendido boca abajo sobre la alfombra mientras él se balanceaba sobre su cuerpo, abriendo sus piernas con las rodillas. El glorioso trasero de Will en pompa, gracias al almohadón que había puesto bajo sus caderas, ofreciéndole un agujero deliciosamente prieto.

Will rio.

—¿Cómo va el recuento hasta ahora?

—El culo de Will, dos; el de Aiden, uno. Y no estaba bromeando con lo de esa ducha. Aún siento tu semen.

Will se estiró, dejando escapar un suspiro de satisfacción.

—Eso es dulce. Yo también siento el tuyo. El mejor afrodisíaco de la historia.

Aiden cubrió su cuello con la mano y le miró a los ojos.

—Nunca tuviste intención de salir de bares esta noche, ¿verdad?

Will negó lentamente con la cabeza.

—Esta iba a ser mi última oportunidad de pasar tiempo contigo antes de que todo saltara por los aires. Quería disfrutar de tu compañía, no gritar para que pudieras escucharme sobre la música rodeados de desconocidos bebiendo su peso en cerveza y haciendo demasiado ruido.

—¿Has disfrutado de tu no despedida de soltero?

Will sonrió y le besó en la punta de la nariz.

—Bueno, no ha sido como esperaba, pero no tengo quejas. —Luego, la luz murió en sus ojos, y Aiden supo que la realidad le estaba pateando el trasero.

Aiden ya podía sentir la punta de la bota que patearía el suyo.

—Así que... ¿qué hacemos ahora?

Will se giró para tumbarse sobre su espalda y clavó su mirada en el techo.

—¿Ahora? Becca y yo estamos a punto de romper. Es extraño, justo hoy tenía planeado hacer eso. —Miró a Aiden—. Y tu madre necesita saberlo antes de hacer más planes.

Sí, a Aiden también se le había pasado eso por la cabeza.

—Entonces, lo primero en la agenda es ir al hotel y cancelar la reserva.

—Pero yo no la hice. La hizo tu madre.

Aiden se encogió de hombros.

—Sigue siendo tu boda, colega. Si se ponen quisquillosos, iremos a mi madre, le contaremos todo y luego, ella lo cancelará.

Will se giró, acomodándose de costado frente a él, y comenzó a acariciarle el pecho.

—¿Tenemos que hacerlo justo ahora?

Aiden rio suavemente.

—Creo que estaría bien ponernos algo de ropa antes. Después de darnos una más que necesaria ducha.

—Pero estoy disfrutando. —Will pasó el índice por el camino de vello que atravesaba su torso, parando al alcanzar su polla.

—¿Me estás provocando?

Will sonrió de par en par.

—Por supuesto.

Aiden le cogió por la cintura, alzándolo hasta ponerlo sobre él. Apoyó las manos sobre su cuello y le miró a los ojos.

—Necesito decirte algo.

—Oh, Señor. —Will se heló—. Pensé que ya habíamos acabado con las revelaciones.

—No del todo. —Hizo una pausa, mirándolo fijamente a los ojos—. ¿El carrito de equipajes que chocó contra ti en el vestíbulo? No fue un accidente.

Will abrió la boca de par en par, ojiplático.

—¿Estabas intentando matarme?

—¡No! Estaba intentando dar a Becca. Bueno, al equipaje de Becca. Estaba celoso, ¿sabes?

Will frunció el ceño.

—No lo entiendo.

Aiden suspiró, acariciándole la espalda.

—Entraste por la puerta y... Eras todo lo que siempre había querido. Guapo, atento, afectuoso...

Will arqueó las cejas.

—Sabes que todo eso de enamorados era una pose, ¿verdad?

—Lo sé ahora. Pero desde ese día has seguido demostrándome que realmente eres así. Te

observé con Becca, con mis padres, con mi familia... Y quería conocerte. Luego, abriste la boca y la cosa solo mejoró.

Will le besó, suave y tiernamente.

—No estaba bromeando. Estas últimas semanas han sido una auténtica tortura. Quería contártelo todo, pero no podía, y sabía que cuando Becca lanzara la bomba de nuestra ruptura, con toda esa historia sobre que la había dejado, perdería toda oportunidad de conocerte. Cada vez que te veía... te deseaba.

—Pero en ese momento ni siquiera sabías que era gay.

Will sonrió.

—Lo sé. Estaba convencido de que quería follarme a un hombre hetero.

—¿Y eso es todo lo que querías? ¿Follar? —Aiden tenía que saberlo.

Will contuvo la sonrisa.

—Nunca creí en la atracción instantánea hasta que te conocí. Pero luego, cada minuto que pasábamos juntos iba descubriendo que había mucho más en ti que tu aspecto. Y a pesar de que sabía que jamás me desearías como yo te deseaba a ti, no pude evitar que me gustaras. —Suspiró —. Becca iba a poner fin a todo este desastre perdiendo a su prometido, pero yo habría perdido un gran amigo.

La sinceridad era evidente en su voz.

Aiden sintió la bota de la realidad acercándose aún más.

Liberó a Will.

—Tenemos una mañana muy ocupada por delante. Tendremos que cancelar la boda, confesar todo a mis padres... Y luego, está Becca.

—Mañana por la mañana irá a ver a Kelly.

—Así que ¿cuál es el plan?

Will se incorporó y se sentó sobre la alfombra.

—Cuando vuelva, rompemos. Salvo que no puede saber que tus padres ya lo saben... Si es que eso tiene sentido.

—Lo entiendo a la perfección.

—Y antes de que me lo preguntes, no me importa cancelar la boda. Ni siquiera me importa decirle a tu madre que soy gay. Pero no voy a sacar del armario a Becca.

Aiden sonrió.

—Lo suponía. Y luego, seguirás tu camino. —Su pulso se aceleró—. Así que... Will, ¿continuarás con este recientemente adquirido hábito de visitar Milwaukee?

La sonrisa que esbozó fue lo único que necesitó por respuesta.

—¿Puedo señalar que la carretera va en ambos sentidos? —dijo Will.

Aiden rio.

—Voy a ser un visitante tan asiduo que me suplicarás que me quede en Milwaukee.

—Eso no va a pasar nunca —dijo Will con voz ronca—. Sobre esa ducha...



—Déjame hablar a mí —dijo Aiden cuando entraron en el vestíbulo del hotel.

—Por mí, vale —dijo Will, que parecía incómodo con la situación—. ¿Cómo lo vamos a hacer? ¿“Disculpe, me gustaría cancelar mi boda”?

Aiden apretó su brazo.

—La suerte está de nuestra parte. Pete está en recepción. Le conozco desde hace años. Solía darme chupachups cuando venía aquí de pequeño con mi madre.

Avanzaron hasta la recepción, esquivando a los botones que pasaban de un lado a otro portando equipajes.

Pete terminó de atender a una pareja y sonrió al ver a Aiden.

—Hola. Ha pasado un tiempo. ¿Qué tal te va como profesor? Tu madre me ha contado algunas de las cosas con las que te salen tus estudiantes. —Rio—. Mejor tú que yo. —Se inclinó hacia delante—. Creo que me enfrentaría a un cargo por asesinato antes de terminar la primera semana.

Aiden rio.

—No es tan malo. Aún no, al menos.

—Si estás buscando a tu madre, no trabaja este fin de semana.

—Lo sé. —Aiden miró a su alrededor, asegurándose de que ninguno de los botones estuviese cerca—. Pete, ¿puedes hacerme un favor? ¿Puedes sacarme las reservas de este mes?

Pete sonrió petulante.

—La última vez que lo miré, no trabajabas aquí.

Aiden señaló hacia Will.

—Este es Will Bryant.

Pete le saludó con un gesto de cabeza.

—Me acuerdo de ti. La fiesta de aniversario, ¿verdad?

Antes de que Will pudiera responder, Aiden se adelantó y dijo:

—Eso es. Resumiendo, iba a casarse con Becca, pero ya no.

Pete abrió los ojos de par en par.

—¿La pequeña Becca va a casarse? —Luego, parpadeó—. Salvo que ya no va a hacerlo.

Aiden se quedó petrificado.

—¿Mi madre no te ha dicho nada sobre la boda? —Pensaba que se lo habría contado a todo aquel que tuviese oídos.

Pete negó lentamente con la cabeza.

—Se me ha debido de escapar la noticia. Me estoy haciendo mayor. La jubilación está tardando demasiado en llegar.

—Bueno, la boda se ha cancelado —dijo Aiden—. Pero el salón imperial está reservado a su nombre para el veintiuno de diciembre. ¿Podemos cancelarlo nosotros o necesitas a mi madre para aprobarlo?

Pete frunció el ceño.

—Espera un segundo. —Miró la pantalla del ordenador—. El salón imperial está reservado para esa fecha.

—Lo sé. La boda de los Taylor, ¿verdad? —Sí, parecía que Pete realmente necesitaba jubilarse.

Otro ceño.

—No, está reservado para una convención. El *Shrekfest*.

Aiden abrió la boca de par en par.

—¿Hay una convención para los fanáticos de *Shrek*? Vaya, quién iba a saberlo. —A lo

mejor, su madre había cambiado la ubicación—. ¿Puedes comprobar el resto de los salones, por favor?

Pete tecleó en el ordenador.

—Esto es extraño —murmuró Will a su espalda.

Aiden estaba pensando lo mismo.

Al fin, Pete alzó la cabeza.

—De acuerdo, lo he comprobado dos veces. Definitivamente, no hay ninguna reserva a nombre de Taylor en el sistema.

—Comprueba Bryant —sugirió Will.

Pete volvió a teclear.

—Lo lamento, pero no hay ninguna boda reservada en el hotel para esa semana. He comprobado las reservas actuales y las canceladas.

Will miró a Aiden.

—¿Qué cojones está pasando?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Su madre tenía algunas explicaciones que dar.

CAPÍTULO 21



La madre de Aiden sube al estrado

Aiden apagó el motor. Su mente había estado bullendo durante todo el trayecto desde el hotel.

«Nada de esto tiene sentido».

—Por regla general, cuando la camioneta para, significa que es hora de salir del vehículo —remarcó Will.

—Estoy en ello.

Will apretó su pierna.

—Lo entiendo. Yo también me siento un poco aprensivo.

Aiden giró la cabeza para contemplar la casa.

—Pensé que seríamos nosotros los que tendríamos que dar explicaciones. ¿Ahora? No tengo ni idea de lo que nos aguarda ahí dentro.

—Entonces, entremos y descubrámoslo. Tenemos una hora límite, ¿recuerdas? Becca volverá pronto.

Aiden le miró.

—¿Me besas antes?

Will sonrió.

—Iba a hacerlo de igual forma. —Se inclinó y le dio un tierno beso—. Hueles muy bien —murmuró.

—Para, chico. No tenemos tiempo para eso. Volverás a la universidad en menos de una hora. —Aiden iría tachando los días en su calendario hasta que llegara Navidad.

—No me lo recuerdes.

Salieron de la camioneta y Aiden ascendió por el camino de acceso hasta la puerta principal con Will pisándole los talones. Usó su llave y, una vez en el interior, se quitaron las botas.

Aiden olisqueó el aire.

—Mi madre está horneando algo. —Se asomó al salón. Su padre estaba sentado en el sillón, leyendo el periódico.

Cuando entraron, alzó la vista.

—Por fin. Estaba empezando a preocuparme. Esperaba una llamada.

—¿Qué llamada? —preguntó Aiden frunciendo el ceño.

Su padre sonrió de par en par.

—Esa en la que me pedías ir a la comisaría con dinero para pagar vuestra fianza. —Miró de Aiden a Will y de nuevo a Aiden. Se quedó inmóvil—. ¿Estáis bien? Parecéis muy serios. La fiesta transcurrió sin sobresaltos, ¿verdad?

Will se aclaró la garganta.

—De hecho, señor, no hubo fiesta. Eso es de lo que hemos venido a hablar. Con ambos.

Su padre cerró el periódico y lo dejó sobre la mesita auxiliar.

—¿Lou? ¿Puedes venir un segundo?

Unos segundos después, su madre apareció por la puerta, envuelta en el aroma de chocolate y azúcar. Cuando vio a Aiden y a Will, parpadeó.

—No sabía que estabais aquí.

—¿Mamá? —dijo Aiden señalando el sofá—. Siéntate, por favor.

—¿Qué está pasando? —Su madre se sentó al borde del sofá y miró a su padre—. ¿Tú sabes lo que está pasando?

—No, pero si nos callamos y les dejamos hablar, a lo mejor, lo descubrimos —contestó él.

Aiden se giró hacia Will.

—Será mejor que empieces tú.

—¿Estás seguro?

—Sí. Necesitan—.

—Bueno, que uno de los dos empiece a hablar o volveré a mis galletas —dijo su madre conteniendo la risa.

Will se cuadró de hombros.

—Hay algo que necesito deciros. Becca y yo no vamos a casarnos. El compromiso se ha roto.

Su padre le miró boquiabierto.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido? ¿Y cuándo ha sido eso? Becca no ha dicho ni una palabra esta mañana. ¿Habéis roto por teléfono o algo así? Porque cuando te fuiste de aquí anoche seguías siendo su prometido.

—De eso es de lo que estoy hablando —dijo Will—. No soy su prometido. Nunca lo he sido. —Su voz tembló al final.

Ahora, su madre le miró boquiabierta.

—Pero... Me dijo que...

—Lo sé, pero no era cierto. Becca... Estaba cansada de que siempre intentaras liarla con hombres.

—Nunca he—.

Will alzó una mano.

—Por favor, la conozco desde hace tres años. Sé lo que ha estado pasando. Así que cuando intentaste arreglarle una cita para vuestra fiesta de aniversario, estaba desesperada por escaquearse.

Aiden se encogió de hombros y dijo:

—Supuso que si te decía que se había comprometido, lo conseguiría. —Eso solo era media verdad, por supuesto, pero Aiden tampoco tenía intención de sacar del armario a su hermana.

—Para ser justos, iba a romper el compromiso justo después de la fiesta —añadió Will.

—Pero llegó el Huracán Louise —terminó Aiden.

Su padre suspiró.

—Y de repente, había una boda en el horizonte. —Se puso en pie y avanzó hasta la chimenea, donde cogió una foto de Becca. La contempló afectuosamente—. Podría habérmelo dicho antes.

—Sí, podría —coincidió Will—, pero no quería disgustar a Louise. Estaba esperando el momento oportuno.

—Que adivino, nunca llegó. —Su padre negó lentamente con la cabeza—. Bueno, al menos, ahora lo sabemos. Lou, será mejor que llames al hotel.

Su madre se mantuvo en silencio, tirando de un hilo invisible de su falda.

—¿Lou? Necesitas coger el teléfono, llamarles y cancelar la boda.

Aiden avanzó hasta ponerse frente a ella.

—Eso será un poco difícil, ¿verdad, mamá?

Ella alzó la cabeza de golpe, parpadeando.

—¿Por qué? —preguntó su padre—. Gestionan cancelaciones todos los días. De acuerdo, esta está demasiado cerca de la fecha límite, pero—.

—Es difícil cancelar algo que nunca existió. —Aiden la perforó con la mirada—. ¿Verdad, mamá?

Su padre frunció el ceño y se llevó la mano a la nuca.

—Aquí está pasando algo y soy el único que no se ha enterado, así que será mejor que alguno de vosotros empiece a hablar.

Aiden apoyó una mano sobre el hombro de su madre.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo?

Ella miró a su padre, palideciendo.

—Lo estaba haciendo por su propio bien.

—Espera. —Su padre la miró ojiplático—. ¿Aiden tiene razón? ¿Nunca hubo una reserva, Lou?

Aiden arqueó las cejas.

—Creo que puede que quieras explicarnos tu lógica, mamá.

Su madre se hundió en el asiento.

—Supongo que todo empezó con Yvonne.

Aiden frunció el ceño.

—¿Yvonne? ¿La que vive al final de la calle?

Ella asintió.

—Su hija, Trixie... ¿Te acuerdas de Trixie?

—¿No era la chica gótica?

Will parpadeó.

—¿Una gótica llamada Trixie? —preguntó, conteniendo la risa.

—Creo que todo el rollo gótico solo fue ella rebelándose contra su nombre —dijo Aiden.

—Creo que yo me habría limitado a cambiarme el nombre —murmuró Will.

—Salvo que la última vez que la vi, creo que ya no era gótica —dijo su madre—. Así que a lo mejor, también es feliz siendo Trixie.

—¿Puede, alguno de vosotros, por favor, llegar a la parte en la que me decís qué diablos está pasando? —se elevó la voz de su padre.

Su madre lo miró.

—Carl. Recuerda tu presión arterial.

—Que es la razón por la que tomo mi medicación... Cariño.

Aiden adoraba a sus padres.

Su madre retomó la conversación.

—Hace un tiempo, Yvonne y yo quedamos para tomar un café y estuvimos charlando. Hablamos de nuestros hijos. Trixie también va a la universidad en Twin Cities, ¿lo sabías?

Aiden entornó la mirada hacia ella.

—No, no lo sabía. Becca tampoco lo ha mencionado nunca. —Las palabras calaron en su mente—. Espera un segundo...

«Creo que sé por dónde va a ir esto».

Will permanecía en silencio a su lado.

—Bueno, Yvonne me preguntó si ya había conocido a la chica de Becca. Le dije que Becca tenía que estar rodeada de chicas en la universidad. Yvonne tosió y me dijo: “No ese tipo de chica”. Entonces, me contó que Trixie había visto a Becca con la misma chica en numerosas ocasiones. Aparentemente, se llama Kristen.

Will frunció el ceño.

—¿Cuándo tuvisteis esa conversación?

Su madre tosió.

—Hace un tiempo. Comenté a Yvonne que Trixie debía de haberse confundido. Así que Yvonne mandó un mensaje a su hija, que le envió esto. —Cogió su móvil de la mesa, navegó por la pantalla y luego, se lo tendió a Aiden.

Él y Will contemplaron la pantalla. Mostraba a Becca y a otra chica besándose.

Aiden bajó el móvil y lo dejó sobre la mesa.

—¿Por qué no dijiste nada sobre esto?

Su madre abrió los ojos de par en par.

—Porque eso habría estado mal. Supuse que Becca querría decírnoslo cuando se sintiera preparada. Pero cuando comenté a Yvonne lo de Will y el compromiso, se sorprendió y me miró desconcertada. Así que volvió a hablar con Trixie, que nos confirmó lo que nos había estado contando durante los dos últimos años.

Will contuvo el aliento.

Aiden la miró ojiplático.

—¿Hace dos años que sabías que Becca era lesbiana?

Su madre comenzó a jugar con las manos.

—Quería que saliera del armario bajo sus propios términos.

—Así que ¿cuál era tu objetivo al decirle que habías reservado un salón para la boda? —preguntó su padre.

Ella suspiró.

—Pensé que, una vez le dijera que lo había reservado, me diría: “Mamá, ¿sabes qué? En realidad, no voy a casarme con Will. Era una broma, porque estoy enamorada de Kristen”.

—Salvo que nunca lo hizo. —Aiden negó lentamente con la cabeza—. Y luego, las dos os quedasteis atrapadas en una mentira.

Su madre se limitó a asentir, retorciéndose las manos sobre el regazo.

Su padre caminaba de un lado a otro de la chimenea.

—Pero... ¿una boda? Organizaste las flores, el vestido, la comida... No crees que eso es llevar las cosas un poco lejos.

Ella le miró desafiante.

—Oh, todo esto es culpa tuya.

La expresión conmovida de su padre fue casi cómica.

—¿Yo? ¿Cómo encajo yo en todo esto?

Su madre apoyó las manos sobre sus caderas.

—Llevas años diciéndome que debería desmelenarme, así que tomé prestada una de tus bromas. Supuse que esta sería la inocentada perfecta, pero también una forma de que Becca saliese del armario. —Contuvo la sonrisa—. ¿Sorprendido?

—Tienes que estar de coña. —La mandíbula de su padre casi chocó contra el suelo—. Esto va mucho más allá de una caca de chocolate y un globo de nata, ¿no crees?

Su madre se encogió de hombros.

—Supuse que ya que lo hacía, lo haría a lo grande. ¿No es eso lo que la gente hace ahora?

Will reprimió la risa, y por primera vez a lo largo de esa conversación surrealista, Aiden vio que había una parte cómica en todo ello.

—Mamá, has llevado el: “A lo grande o pa' casa” a un nuevo nivel.

Su padre se sentó a su lado en el sofá.

—Te das cuenta de que Becca no tiene que salir del armario si no quiere, ¿verdad? No puedes obligarla.

—Si va en serio con Kristen, eventualmente tendremos que saberlo. Solo quería echarle una mano. No debería tener que esconder su amor; especialmente, de su familia.

Su padre rio disimuladamente.

—Lo entiendo, pero tus métodos han sido un poco... extremos, ¿no crees? —Negó lentamente con la cabeza—. Todo esto es como una de esas malas comedias que ves en la tele y que piensas que jamás pasan en la vida real. Ahora mismo, lo único que enrevesaría más esta situación es que vosotros nos anunciarais que sois gais y estáis juntos. —Rio.

«Pero ¿qué cojones?». Aiden miró disimuladamente a Will, que le miró de vuelta con los ojos como platos y los labios vibrando.

«Parece que mis padres tendrán que prepararse para otra conmoción».

Su madre se aclaró la garganta.

—Es gracioso que digas eso.

El estómago de Aiden se tensó.

«O a lo mejor, no tanta conmoción como había pensado». Luego, lo reconsideró. «No, no puede ser. Es imposible que sepa nada». Había tenido muchísimo cuidado para que sus padres no se enteraran.

Ella se dirigió a Will.

—La noche que nos conocimos, sabía que tú y Becca no encajabais juntos. Oh, no me malinterpretes. Realmente, me caes bien, pero hubo un par de cosas que se quedaron grabadas en mi mente. Una, por supuesto, era que sabía que Becca tenía novia. Y la otra, que había algo que fue haciéndose cada vez más evidente según avanzaba la velada.

—¿Y eso fue? —murmuró Will.

Su madre se encogió de hombros.

—Oh, no sé. A lo mejor, todas las miradas que seguías lanzando a mi hijo. —Sus ojos relucieron—. Por otra parte, él tampoco se quedaba corto. —Miró a Aiden, riendo—. No eres, exactamente, sutil, ¿sabes? Ninguno de los dos.

«Pero ¿qué cojo—?».

Parecía que Aiden no había sido tan cuidadoso como había imaginado.

Por la infinitésima vez ese fin de semana, alguien le dejó boquiabierto.

—¿Sabías...? ¿Sabes que soy gay?

Su madre puso los ojos en blanco.

—Por favor. Soy tu madre. —Le miró como solo su madre podía hacerlo—. Si alguna vez tienes hijos y te preocupas por el tipo de revistas que leen... No mires bajo su colchón. Probablemente estén ahí, junto a un calcetín sucio.

«Me cago en todo. Su madre realmente se enteraba de cosas».

Su padre dio un respingo.

—Espera... ¿Aiden es gay? ¿Realmente es gay?... ¿Y Will también?

Su madre le miró afectuosamente.

—Oohh, cariño. Eres muy dulce.

Aiden aún estaba intentando absorber toda la información.

—Pero nunca dijiste una palabra. ¿Por qué te mantendrías en...? Espera. —Se pasó una mano por el pelo—. Es otra vez ese rollo de “dejarles salir bajo sus propios términos”, ¿verdad?

La sonrisa de su madre se desvaneció.

—Estaba un poco disgustada por que no os sintierais capaces de decírmelo. Tengo que ser sincera. Dolió.

Aiden se arrodilló frente a ella.

—No sabía cómo reaccionarías. —Hizo una pausa—. Salvo que eso es mentira. Sabía exactamente cómo reaccionarías. Lo vi en tu cara cada vez que echaban alguna noticia del colectivo LGBTQ+ en la tele. O cada vez que oías alguna referencia sobre ellos en la radio. Becca también se dio cuenta.

Su madre se heló.

—¿Qué?

Aiden envolvió las manos de su madre entre las suyas.

—Venga, ya. Llevas haciéndolo desde que tengo uso de razón. Así que cuando supe que era gay, te convertiste en la última persona a la que pensaba contárselo.

—Pensabas... ¿Pensabas que era homófoba? —Su madre tragó—. Señor, no tenía ni idea.

Su padre pasó un brazo por sus hombros y ella se inclinó contra él.

—Sé por qué lo hace —dijo él—. Nunca he estado de acuerdo con ello, pero después de todo tu madre sigue guardándole rencor.

Aiden se puso en pie.

—¿Rencor? ¿Qué rencor?

—No guardo rencores —respondió su madre—. Solo da la casualidad de que tengo muy buena memoria, eso es todo.

—¿En serio? —Su padre la miró—. Nunca he conocido a nadie que pueda guardar rencor tan bien como tú. Lo conviertes en un deporte olímpico. ¿Qué me dices de la vez que tu hermano te apuñaló con el boli? Aún sigues hablando de eso.

—¡Porque dolió!

—¡Pero tenías séis años!

—Por el amor de Dios, podríais parar de discutir y contarnos de qué cojones estáis hablando —gritó Aiden.

Su madre le miró atónita.

—No eres demasiado mayor para recibir un azote, lo sabes, ¿verdad?

—Pero, en este caso, tiene razón. —Su padre dio un beso en la mejilla a su madre—. Todo tuyo, cariño. Cuéntales tu historia.

Su madre entrelazó los dedos.

—Cuando tenía diecisiete años, antes de conocer a tu padre, estaba saliendo con un chico. Greg. Era... Era especial, ¿de acuerdo? Tan especial, que ya estaba oyendo las campanas de boda. Y cuando estaba preparándome para irme a la universidad, esperaba que se acercase a mí para decirme que la distancia no importaba, que seguiría siendo su novia, que nos visitaríamos. Incluso pensé que se declararía. —Su rostro se descompuso—. Solo que no hizo nada de eso. —Entornó la mirada— Lo que sí hizo fue decirme delante de todos sus amigos que era gay y que estar conmigo le había convencido de que no le gustaban las mujeres. —Sus ojos lanzaron chispas—. ¿Y lo peor? Bueno, para mí, al menos. Había contado a todos mis amigos lo felices que éramos, lo dulce y lo romántico que era él, cómo Greg era demasiado bueno para ser real. Quiero decir, ¡qué coraje! Estaba tan avergonzada... Y dolida.

—Y desde ese día —añadió su padre— cada vez que ve algo remotamente relacionado con

el colectivo, se cabrea como una mona.

Su madre le dio un golpe en el brazo.

—Oye, ese lenguaje.

—Pero lo haces —insistió él—. Y cuando Becca vuelva aquí, vas a tener que explicar todo esto de nuevo. Lo sabes, ¿verdad?

Ella suspiró.

—Si es eso lo que han estado pensando de mí todos estos años, entonces, sí, supongo que necesito dar explicaciones. Pero lo único que tenían que haber hecho habría sido hablar.

Su padre rio suavemente.

—Claro, pero esa habría sido la reacción más lógica. ¿Quién ha dicho que la gente sea lógica?

El móvil de Will silbó, cortando la conversación. Lo sacó de su chaqueta y miró la pantalla.

—Becca está de camino.

—¿Sabe que la boda se ha anulado? —preguntó su madre.

—Le di un ultimátum —murmuró Will—. Si no la anulaba ella, lo haría yo. Así que no va a ser, exactamente, una sorpresa.

—¿Mamá? ¿Vas a decirle que sabes...? —Aiden agitó una mano en el aire—. Ya me entiendes.

Su madre negó lentamente con la cabeza.

—Si quiere contármelo, es decisión suya. No la pondré en un compromiso.

—Entonces, está decidido —dijo Will—. Yo soltaré mi discurso sobre que la boda se ha cancelado y vosotros dos actuar sorprendidos. Seguiremos desde ahí.

Su madre frunció el ceño.

—¿Y qué razón vas a darnos para romper el compromiso?

Aiden sonrió.

—Puedo pensar en una razón enorme. —Miró a Will y le tendió la mano.

Will la cogió y se arrimó a él.

Su madre dio un respingo.

—Oh. Oooh. ¿Tú y Will? Oh, Señor, podríamos tener una boda doble. Así podré ver a mis dos hijos felizmente casados.

Ahora, fue Will el que dio un respingo.

Aiden rio.

—Para el carro ahí, mamá. Acabamos de conocernos, ¿recuerdas?

Su padre se unió a la risa.

—¿Veis lo que he tenido que soportar los últimos veintisiete años? No es de extrañar que haya perdido pelo. —Su madre le fulminó con la mirada y él la besó—. Y no lo cambiaría por nada del mundo. Pero no tengas tanta prisa por casar a nuestros hijos. ¿No te acuerdas de todas las barbaridades que hicimos antes de casarnos?

Su madre se ruborizó.

—Sí, me acuerdo. Y será mejor que pares ahí.

La mente de Aiden iba a estallar.

Su padre sonrió.

—¿La fase de conocerse? Adoré cada minuto de ella.

Su madre le miró petulante.

—¿Y cuándo supiste que querías casarte conmigo?

—De acuerdo, ahí me has pillado —contestó su padre—. Como un mes después de

empezar a salir. Sabía que no iba a dejarte escapar. —Sonrió y su madre le miró más petulante aún—. Pero ¿en qué estaba pensando? —Su padre se puso en pie de un salto y envolvió a Will en un fuerte abrazo—. Me alegro muchísimo. En cuestión de media hora, he pasado de la tristeza al pensar que no volvería a verte, a la confusión y a la alegría de saber que puede que te quedes más tiempo por aquí. —Liberó a Will y le tocó el turno a Aiden, que estuvo al otro extremo de un abrazo similar—. Me alegro mucho por ti, hijo. Por cierto, me gusta Will.

Aiden sonrió.

—Sí, creo que lo he pillado. ¿Podemos parar por un minuto para discutir qué vamos a hacer con Becca? Porque estamos a punto de lanzar una bomba.

Will sonrió.

—Veamos cómo lidia con ella. Puede que nos sorprenda.

Aiden resopló.

—Sí, puede. Y puede que necesitemos algo para revivirla cuando se desmaye.

CAPÍTULO 22



Aiden sufre una conmoción

La puerta principal se abrió y Becca gritó:

—¿Will? ¿Estás preparado para irnos? ¿O necesitamos allanar la farmacia para conseguir Blowfish u OverEZ?

—Will no necesita ninguna pastilla para la resaca —gritó de vuelta Aiden. Rio y murmuró —: En unos segundos, será Becca la que necesite algo para el dolor de cabeza.

Will estaba demasiado ocupado ensayando sus líneas en su cabeza. Becca solo estaba preparada para una mínima parte de lo que se le iba a venir encima.

—Estamos todos aquí —dijo Louise, alzando la voz.

Becca entró en el salón y paró en seco.

—Parecéis muy serios. ¿Quién ha muerto? —Entornó la mirada hacia Aiden—. Al final has matado al gato, ¿verdad?

Él dio un respingo de simulado horror.

—Midnight está bien, muchas gracias. Le hemos dejado sentado en la ventana hablando consigo mismo. Probablemente, porque había un pájaro fuera que no podía cazar.

—Dale tiempo —dijo Becca—. Seguirá el mismo camino que Snuffles. Espera y verás.

Will rio.

—¿Snuffles?

Aiden hizo un gesto de desesperación.

—Luego, ¿de acuerdo?

—Bueno, si nadie ha muerto, ¿qué está pasando? —dijo Becca.

Tres pares de ojos se enfocaron en Will, y él suspiró.

—Siéntate, Becca. Necesito decirte algo.

Becca se sentó en el sofá.

—¿Debería preocuparme? —Miró a sus padres—. ¿Vosotros sabéis lo que está pasando aquí?

Louise tosió y Carl respondió rápidamente:

—Estamos tan desconcertados como tú.

Will se aclaró la garganta.

—Lo siento, Becca, pero no puedo casarme contigo. La boda queda anulada.

Ella le miró boquiabierta y Will tuvo que reconocerlo, su imitación de mujer conmocionada rayó la perfección.

—¿Qué?

Louise dio un respingo, llevándose la mano al pecho, y Carl le dio un codazo.

Becca miró a Will ojiplática.

—Pero ¿por qué ya no quieres casarte conmigo?

Will inspiró profundamente.

—Porque... hay otra persona.

Becca parpadeó.

—¿La hay?

«Sí, eso no estaba en el guion, ¿verdad?».

Ella frunció el ceño.

—¿Quién?

Will se giró hacia Aiden, que entrelazó los dedos con él. Le miró, agradecido, y volvió a girarse hacia Becca, prestándole toda su atención.

—Tu hermano.

Justo en ese instante, Louise dejó escapar otro dramático respingo que podría haber rivalizado con el de cualquier actriz de Hollywood. Incluso Carl se las apañó para parecer sorprendido.

Becca miró atónita a Will, a sus manos entrelazadas y de nuevo a Will.

—Esto es una broma, ¿verdad? —Algo en su voz le dijo que realmente creía que era una broma.

Will negó lentamente con la cabeza.

Aiden liberó su mano y pasó el brazo por su cintura.

—Esto es real, hermanita.

Becca abrió los ojos de par en par.

—¿Pero qué...? —Se puso en pie de un salto y atravesó el salón para parar frente a él, fulminándolo con la mirada—. ¿Me estás engañando con Aiden? No sé a cuál de los dos debería golpear primero.

Will se inclinó hacia ella y susurró:

—No te metas tanto en el papel.

—¿Lo dices en serio? No tenía ni idea de que ibas a salir con esta historia.

Will tosió.

—¿De hecho? —Contuvo la sonrisa—. No es una historia.

Becca le miró sin pestañear, haciendo una gran interpretación de un pez.

—Quieres decir que... Tú y Aiden... ¿Eres...? —Luego, alzó la mano para golpearlo en el brazo, pero Aiden la paró, sosteniéndola por la muñeca.

—Ni siquiera lo pienses —dijo.

—A lo mejor, debería pegarte a ti en su lugar —dijo Becca—. ¡Me has robado a mi prometido! —Se liberó de su agarre.

—¿En serio? —Aiden arqueó las cejas—. ¿Vas a ir con eso? Ambos sabemos que no es cierto.

Becca se heló.

—¿Qué?

—¡Becca! —intervino Louise—. Antes de que mates a tu hermano y a su novio—.

Esa última palabra pareció calar en su mente. Becca miró a Will a los ojos.

—¿En serio? ¿Realmente estás saliendo con Aiden?

Will asintió en silencio.

—Lo sé, es de locos, ¿verdad? —Carl sonó jovial—. Esto sería una gran película.

Aiden rio disimuladamente.

—Sí, una comedia romántica.

—¿Puedo terminar lo que estaba diciendo, por favor? —Louise se levantó y avanzó hacia Becca—. Cariño, necesito contarte algo.

—Si me dices que estás embarazada, os juro que...

Carl intervino.

—Siéntate, por favor. Tu madre habla en serio.

Becca cumplió la orden.

Will contempló su cara mientras Louise volvía a relatar la historia de Greg.

—No —dijo Becca negando lentamente con la cabeza—. No me lo creo. Tiene que haber algo más que eso. —Will reconoció esa tozuda expresión. Luego, los ojos de Becca se abrieron de par en par—. ¿Mamá? ¿Qué pasa?

Los labios de Louise temblaron mientras alzaba la vista y el brillo de sus ojos eran inequívocamente lágrimas.

—Os he fallado. A ambos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Becca.

Sus hombros se hundieron.

—Cuando os tuvimos, aseguré a tu padre que jamás sería como mis padres. Iba a ser abierta y sincera con vosotros. Os enseñaría a amar y a ser amados. No os ocultaría cosas, como hicieron ellos conmigo. Y he terminado haciendo exactamente lo mismo. Lo siento muchísimo.

Will se compadeció de ella.

—Lo que no entiendo es por qué te has aferrado a ese rencor durante tanto tiempo —dijo Becca. Luego, tuvo que contener la sonrisa—. Aparte de por querer entrar en las olimpiadas cuando lo incluyan como evento deportivo.

Su sonrisa fue trémula.

—Me invitó a ir con él al Orgullo de Milwaukee. Estaba excitada por acompañarlo, por conocer a sus amigos. Pensé que me presentaría como su novia.

Aiden exhaló largamente.

—Pero eso no es lo que pasó.

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Éramos un grupo. Todo el mundo estaba riendo y pasándoselo bien. Pero cada vez que me presentaba a alguien, me llamaba por mi nombre. No me presentó como su novia, ni siquiera como su amiga. Al final, tuve que preguntarle por qué. Me apartó a un lado y me dijo que tenía que contarme algo. Antes de que pudiera hacerlo, un chico se nos acercó, le cogió del cuello y le atrajo hacia él para darle un beso. Cuando dejaron de besarse y se alejó, Greg me miró, expectante. —Tragó—. Cuando no dije nada, me confesó que era gay y que ese chico era su novio. Llevaba un tiempo con él. —Sus ojos ardieron—. En mi mente, todos los de ese grupo sabían lo que estaba pasando. Todos estaban riéndose de mí. Había sido mi primer chico, me dijo que me amaba. Ya estaba eligiendo el vestido de novia, por el amor de Dios. ¿Y me estaba dejando así? La humillación que sentí, el dolor que me causó, el vacío que dejó en mi corazón. Huí de allí y llamé a mi casa. Mi padre vino a recogerme, pero no me preguntó por qué estaba tan disgustada.

—Respira, cariño. —Carl pasó una mano por su cintura.

Ella le miró, agradecida, antes de seguir con su historia.

—Unos años después, uno de sus amigos me dijo que estaba trabajando en la junta del Orgullo y que aún estaba con ese otro chico, cuyo nombre no puedo recordar. Y cada vez que alguien hablaba del Orgullo, volvía a sentir esa humillación, volvía a ser esa chica de dieciocho años que tuvo que llamar a su casa porque su novio la había dejado, avergonzándola frente a sus amigos.

Aiden negó lentamente con la cabeza.

—Así que esa es la razón por la que cambiabas de canal.

Ella asintió.

—No le deseo nada malo. Me alegro de que sea feliz. Estar tanto tiempo con alguien solo demuestra lo enamorados que estaban. Pero esa sensación se quedó conmigo. Y ahora, por culpa de ello, he apartado a mis hijos, haciéndoles creer que odio a la comunidad gay, cuando nada está más lejos de la verdad. —Resopló—. Ojalá pudiera explicaros cómo me sentía cada vez que veía un anuncio del Orgullo. Mi cara ardía y mis ojos se humedecían. Y sabía que era estúpido. Ya estaba con tu padre, tenía dos hijos preciosos y era un acontecimiento insignificante de mi adolescencia. Pero me atormentaba y lo siento muchísimo.

Aiden se arrodilló frente a ella y cogió sus manos.

—Nosotros tampoco estamos libres de culpa. Si hubiésemos tenido el valor para hablar contigo, las cosas jamás habrían llegado tan lejos.

Louise parpadeó.

—¿Por qué querríais hablar con alguien que pensabais que os apartaría por ser gais? Solo estoy agradecida de que no cortarais los lazos conmigo.

Incluso Will sabía que Aiden jamás haría eso.

Aiden apretó sus manos.

—¿Qué tal si prometemos que no más secretos? Tú, Becca y yo.

—¿Y qué hay de mí? —demandó Carl—. Yo también tengo secretos, ¿sabéis?

Aiden sonrió de par en par.

—Sí, pero nadie quiere saber dónde está la llave para el congelador de cervezas.

Louise miró seriamente a Becca.

—Así que sí, mantuve ese rencor por una persona, porque estaba muy enamorada y me hizo mucho daño. ¿Fue lógico? Dios, no, ni remotamente. ¿Fue saludable? Obviamente, no. —Sostuvo su mirada—. Eso es culpa mía, y me disculpo profusamente por haberte hecho pensar, aunque solo fuese un segundo, que no te querría por ser quien eres. Y tu padre tiene razón. Tengo que deshacerme de este dolor. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo.

—Terapia —tosió Carl.

—Sí, de acuerdo. Tal vez tienes razón —dijo ella. Carl sonrió petulante y ella le lanzó una mirada asesina—. Pero que hayas tenido razón una vez en todos estos años no cuenta como una buena racha. Recuérдалo. —Suspiró de nuevo—. Sinceramente, adoro mi vida. Adoro a mi familia. Y a partir de ahora, también querré a sus parejas. No puedo seguir cargando con este rencor, porque cuando tengáis hijos, no quiero que piensen que la abuela no les quiere con todo el alma.

Becca dio un respingo.

—¿Hijos? ¿No estás empezando la casa por el tejado, mamá? —Luego, se hundió de hombros, con los ojos brillantes de lágrimas. Se los limpió con los dedos y miró a su madre—. Espera un segundo. Has dicho parejas. —Se heló—. ¿Por qué me estás contando todo esto?

«Venga, Becca. Confía en ella. Sabes que quieres».

—¿No hay nada que quieras contar a mamá? —Aiden le lanzó una mirada cargada de significado y ella parpadeó. Él sonrió y apretó la mano de Will—. Venga, hermanita, tírate a la piscina. El agua está bien.

Will rio.

—¿No deberías haberle dicho que se tire otra cosa?

Becca miró fijamente a Will.

—Se lo has dicho.

—No, no lo ha hecho —intervino rápidamente Louise—. Lo hizo Trixie Benton, cuando me envió una foto tuya... con Kristen.

Will pensó que a Becca se le desencajaría la mandíbula.

Luego, Becca dio un respingo.

—¿Sabes lo de Kristen?

Louise asintió con una tierna mirada.

—Desde hace un tiempo.

—No le preguntes cuánto es un tiempo —añadió Aiden—. La respuesta no te gustará.

Becca sacudió la cabeza en su dirección y luego, volvió a mirar a su madre.

—Espera un segundo. Lo sabías ¿y no dijiste nada?

Aiden rio.

—Oh, hermanita, se pone mucho mejor que eso. Te diría que te sentases, pero ya lo estás, así que... ¿Toda esa boda que mamá estaba planeando? Es falsa.

—¿Qué? —Sus ojos casi se le salieron de las órbitas y las cejas desaparecieron en su pelo.

—No reservó el salón —siguió Aiden—. Estaba esperando a que si te atacaba por sorpresa, le dirías la verdad.

—Pero... las flores y... —Su voz tembló.

Louise sonrió.

—Elliott Pink es una amiga mía. Usamos a diario sus servicios en el hotel. También estaba metida en el ajo.

—¿Y el vestido? ¿Ese precioso vestido que me obligaste a probarme no sé cuántas veces?

—Ah, esa parte fue real —admitió Louise—. Supuse que necesitarías un vestido... algún día. Y obviamente te encantó, así que... —Se encogió de hombros—. Aún está colgado de una percha con tu nombre.

Becca se cruzó de brazos.

—¿Qué hay de la comida? No había ninguna reserva superpuesta, ¿verdad? Quiero decir, no podía haberla si nunca iba a haber boda. Entonces, ¿qué fue toda esa mier... historia sobre Kelly organizando el catering?

Louise rio.

—¿Esa comida cochambrosa que nos sirvió para la cata? Eso era parte del plan. —Sonrió con orgullo—. En realidad, Kelly es una chef asombrosa.

Becca resopló.

—Creo que tenemos una definición muy diferente de “asombrosa”.

Louise puso los ojos en blanco.

—Tontita. Le pedí que lo arruinara. Al principio, se ofendió, pero cuando le expliqué por qué, le gustó la idea y se unió a nosotros. —Sus ojos relucieron—. Me hizo prometer que jamás volvería a sacarlo a colación.

—Pe-pero... —Becca hizo un gesto hacia la puerta principal—. Acabo de pasar una hora entera con ella y no me ha dicho ni una palabra. —Fulminó a su madre con la mirada—. Fuiste tú la que me dijo que me disculpara. Me he pasado quince minutos arrastrándome. —Negó lentamente con la cabeza—. No me lo puedo creer. —Señaló acusadoramente a su madre—. Mayormente, no me puedo creer que hayas permitido que te mienta.

Louise dejó escapar un pesado suspiro.

—Seguía preguntándote si había algo que quisieras contarme, ¿recuerdas? Te di muchísimas oportunidades para decirme la verdad. —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿Sabes qué? Esto me recuerda esa historia del hombre que se queda atrapado en el techo de su casa cuando

llega una inundación. Sigue diciendo a todo el mundo que Dios le salvará. Un hombre en bote de remos pasa por allí para llevarle a un lugar seguro, pero el hombre repite: “No pasa nada, Dios me salvará”. Luego, llega un helicóptero, y, cuando intentan rescatarlo les dice lo mismo: “No pasa nada, Dios me salvará”. Al final, muere y va al cielo. Se presenta ante Dios y le pregunta: “¿Por qué no me salvaste”, y Dios le responde: “Te envié un bote, un helicóptero... ¿Qué más querías?”. —Sostuvo su mirada—. ¿Qué más querías Becca? —Antes de que Becca pudiera responder, su madre suavizó la voz—. ¿Cómo crees que me sentí al ver esa foto, cuando me di cuenta de que mi hija no confiaba lo suficiente en mí como para contármelo? Y luego, nos metimos en todo este berenjenal, ¿cómo querías que te sacara de ahí?

Aiden rio.

—He visto lo que has hecho.

Will le dio un codazo.

—No es el momento —susurró.

Aiden tuvo la decencia de sonrojarse.

—Cariño, lo siento mucho. —Louise cogió las manos de Becca—. Sé que esto es culpa mía, pero realmente creo que Kristen y tú encajáis mucho mejor de lo que jamás encajarías con Will. —Miró a Will—. Sin ofender.

Él rio.

—No me doy por ofendido.

Louise volvió a mirar a Becca, suplicante esta vez.

—Por favor, dime que la traerás a casa para Navidad.

Will se regocijó al ver la luz volviendo al rostro de Becca.

—Entonces, ¿no te importa que sea lesbiana?

Louise envolvió a Becca entre sus brazos y la apretó con fuerza contra su pecho. Luego, se apartó y se limpió los ojos.

—¿Que si me molesta? Cariño, estoy encantada. Llevas mucho tiempo con Kristen. Eso es maravilloso. Lo único que quiero es conocerla.

Will pensó que esa era la mejor respuesta del mundo.

Becca tragó.

—La pelota está en tu campo, hermanita —susurró Aiden.

Becca sonrió.

—Le pediré que venga conmigo para Navidad.

—¿Will? ¿Qué hay de ti? —preguntó Carl—. ¿Te unirás a nosotros en las fiestas?

El rostro de Will se iluminó.

—Puede que tenga que repartir el tiempo entre vuestra casa y la mía, pero sí, señor. Me encantaría pasar las navidades con vosotros. —Miró cálidamente a Aiden—. Yo también quiero que Aiden conozca a mi familia.

Tenía la sensación de que su reacción sería un poco anticlimática después de todo esto.

Gracias a Dios. Will tenía drama suficiente para el resto de su vida.



Will dejó su bolsa en el maletero y lo cerró.

—Supongo que eso es todo, entonces.

No quería irse.

Aiden se quitó la bufanda y la enroscó sobre su cuello.

Will rio.

—Tengo una, ¿sabes?

—Lo sé, pero esta huele a mí. Supuse que podríamos intercambiárnoslas.

Realmente, le gustaba esa idea. Alargó la mano hacia el asiento trasero del coche y cogió su bufanda.

—Cuida de ella. Y no dejes que Midnight duerma sobre ella. O clave sus garras. O—.

Aiden rio.

—De acuerdo, de acuerdo, la trataré con el máximo cuidado, ¿vale? —Cubrió su cuello con las manos—. Voy a echarte de menos. Midnight también te echará de menos. Probablemente, vagabundeará por el apartamento en tu busca.

Will miró hacia la casa. Las cortinas se agitaron y sonrió.

—Creo que tenemos audiencia.

—¿Significa eso que no tendré un beso de despedida?

—Si crees que voy a irme sin darte uno, pie—.

Aiden le calló con un feroz beso y Will se lo devolvió con la misma pasión. Se separaron y Aiden apoyó la frente contra la suya.

—Me verás pronto —susurró Will—. Solo faltan nueve días para que vuelva aquí. Y para entonces, podré relajarme porque habré terminado los exámenes. Al menos, por un tiempo.

—Entonces, no te llamaré. —Aiden no parecía contento con esa idea.

Will sonrió ampliamente.

—Será mejor que lo hagas. Quiero ver tu cara en la pantalla de mi móvil todas las noches.

Aiden sonrió petulante.

—Solo mi cara, ¿eh?

Will le besó de nuevo.

—Lo que sea que quieras mostrarme —murmuró contra sus labios.

Aiden rio roncamente.

—Jamás he practicado sexo telefónico. No estoy seguro de cuánto lubricante soporta un iPhone.

Will rio.

—Supongo que hay una primera vez para todo. —Otro beso, solo que esta vez, Will derramó su corazón y su alma en él.

«Este tendrá que durarme un tiempo».

—Aiden, déjale en el suelo —ordenó Becca—. A lo mejor, yo también quiero un abrazo. Te puedes quedar con los besos.

Aiden rio y abrazó a su hermana.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó.

Ella resopló.

—¿Ahora que no voy a casarme con Will? Ya te digo. —Lanzó una enorme sonrisa hacia Will—. Sin ofender.

—Y de nuevo, no me siento ofendido. Estoy tan aliviado como tú.

Aiden dio un paso hacia él y Becca gruñó.

—Por el amor de Dios, vais a veros el veintiuno. Ahora, ¿te importaría dejarle para que podamos coger la carretera? —Sus ojos relucieron—. Me estoy muriendo por ver a una chica que está a más de cinco horas de aquí.

Aiden resopló, un sonido inquietantemente parecido al que había hecho Becca.

—Estoy convencido de que tienes planeado algo más que ver a Kristen.

Becca se giró hacia Will, mirándolo con severidad.

—Tú. Al coche. Ahora.

Will rio y se encaramó al asiento del copiloto. Becca se acomodó tras el volante y puso en marcha el motor.

Aiden dio un golpecito en la ventanilla de Becca y ella la bajó.

—¿Puedes dejar de ser mi exasperante hermano mayor el tiempo suficiente para salir a la carretera?

—Solo iba a preguntar... Los padres de Kristen... ¿Les importa que sea lesbiana? Porque si les importa, ya sabes que mamá la va a mimar a muerte.

Becca sonrió.

—No les importa, pero gracias por preguntar. —Subió la ventanilla.

Mientras salían del camino de entrada, Will se giró para captar el último destello de Aiden despidiéndose con la mano.

Y luego, desapareció.

—De acuerdo, ahora podemos hablar —dijo Becca—. Tú y mi hermano. ¿Vais en serio?

Will miró la carretera nevada que se extendía frente a ellos.

—Eso creo. Eso espero. Nunca me he sentido así antes, así que...

—¿Cómo te hace sentir?

Will lo pensó por un momento, analizando sus emociones.

—Como si estuviese flotando. Estoy deseando oír su voz. Cuando está cerca de mí solo quiero tocarlo. Sonríe más cuando estoy a su lado. —Estaba sonriendo solo con pensar en él—. Ilumina mi día. —Becca se quedó en silencio durante un minuto—. ¿He dicho algo malo?

Ella suspiró.

—*Nop*. Solo has resumido en unos segundos lo que yo tardé meses en darme cuenta. —Rio—. Eres rápido.

Will sonrió de nuevo.

—En realidad, no tan rápido. Después de todo, lo que empezó esto fue una colisión contra un carrito de equipajes.

Cuatro semanas atrás.

Y muchas más por delante.

—Will... Ahora que solo estamos nosotros... —Becca suspiró—. Lo siento mucho, ¿de acuerdo?

—¿Por qué te estás disculpando ahora?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Por dónde empiezo? ¿Qué te parece por haber dejado que toda esta mierda se prolongue tanto? ¿Por no contarle a mi madre nada cuando hubo un montón de ocasiones en las que podría haberlo hecho? Mayormente, me estoy disculpando por ser una mejor amiga exasperarte. Enfrentémonos a ello, he sido horrible. Irritante, cobarde... —Le miró de soslayo—. Siéntete libre de intervenir cuando discrepes conmigo.

—Lo haré... cuando discrepe contigo —la provocó—. Y te has dejado egoísta.

Su rostro se tensó.

—Supongo que me lo merezco. Tenías razón al querer poner fin a esto... pero no lo hiciste. Nunca lo entenderé. No te merezco.

Había llegado el momento de la verdad.

—Becca, no te voy a engañar. La única razón que me impidió poner fin a todo esto antes, fue tu hermano. Porque desde el principio decidí que quería mantenerlo en mi vida. Fue una decisión completamente ilógica, dado que una vez “rompiéramos” sabía que no volvería a verlo, pero siempre hubo una parte de mí que se aferró a esa brizna de esperanza. Supuse que, si lanzaba bien los dados, podría conseguir lo que deseaba. —Sonrió—. Y lo he conseguido. Así que sí, estás perdonada. —Luego, su sonrisa se amplió—. Pero, por lo que a mí respecta, ya has usado tus nueve vidas de mejor amiga. Así que a partir de hoy, tendrás que ser una Becca completamente renovada.

Ella contuvo la risa.

—Vaya. Hablando de mucho pedir.

—Tengo fe en ti. —Le dio una palmadita en el hombro—. Además, a partir de ahora vamos a vernos más a menudo. Vamos a ser familia.

Will lo estaba deseando.

CAPÍTULO 23



Will deja caer una bomba

—¡Will!

Will se sobresaltó.

—No hay necesidad de gritar.

Becca le miró desde el espejo retrovisor.

—La hay, cuando he dicho tu nombre tres veces. ¿Puedes apartar a tu novio de tu mente por un segundo? Vamos a parar en la siguiente área de descanso.

—De acuerdo —respondió ausente.

—Además, no falta mucho para que le veas en carne y hueso. —Becca sonrió de par en par—. Que tiene que ser mejor que las horas interminables de videollamadas que estoy segura que habéis compartido.

Will había tenido que ser estricto durante la última semana, cuando habían tenido lugar los exámenes. Se había limitado a una llamada al día antes de apagar la luz por la noche.

De acuerdo, cada una había durado una hora como mínimo. Dormir era para los débiles, de igual forma.

—Will ¿estás bien? —preguntó Kristen desde el asiento del copiloto—. Has estado muy callado.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza, eso es todo.

—Anímate, ¿quieres? —dijo Becca—. Hemos terminado los exámenes y... Bueno, hasta mayo... pero ya casi es Navidad. —Rio por lo bajo—. Además, hay un cierto *nerd* esperándote en Milwaukee.

Aiden había ocupado la mayor parte de sus pensamientos durante los últimos diez días, especialmente tras la reunión que había tenido con su tutor para discutir sus planes después de la graduación.

Esa conversación le había proporcionado una gélida ducha de realidad, y se había visto obligado a reflexionar sobre su situación académica sin tener en cuenta sus sentimientos hacia Aiden.

«¿Qué hago?».

Will siempre había sabido lo que quería para su futuro. No había contado con que fuera a conocer a alguien que pusiera todos su planes patas arriba.

«Estaba feliz con los rollos casuales. Habría seguido siendo feliz con los rollos casuales».

Aiden no era casual. Aiden era permanente con una “P” mayúscula. Al menos, eso era lo que habría querido... hasta que decidió apartar esos pensamientos egoístas.

—Will, si no dejas de ser un bastardo gruñón, puede que tenga que matarte —dijo Becca.

—No soy gruñón —contestó él—. Solo estoy... pensativo.

—Sí, puedo oír los engranajes de tu cerebro chirriando desde aquí. De acuerdo, sé pensativo, pero cuando llegemos a Milwaukee quiero verte sonreír. ¿Entendido?

—Entendido.

Lo último que quería era estropear la Navidad, así que supuso que mantendría sus pensamientos para sí mismo.

«Aiden no tiene por qué saberlo».

La pequeña voz al fondo de su mente intervino.

«Pero tendrá que saberlo, algún día».

Lidiaría con ello cuando llegase el momento.



—Por el amor de Dios, Aiden, ¿podrías dejar de mirar por la ventana? —gruñó su madre—. Eso no hará que lleguen antes aquí.

—Creo que es dulce —comentó su padre—. Recuerdo cuando tú solías esperarme en la ventana a que llegara a casa. Luego, apareció Becca y fui reemplazado.

Aiden estaba a punto de contestar que no había sido dulce desde que tenía siete años, cuando un coche apareció por la curva.

—¡Ahí están! —Cogió el abrigo que había dejado sobre el respaldo del sofá, luchó para ponérselo y enfiló hacia la puerta principal.

—¡No corras! —le reprendió su madre—. Solo te resbalarás y romperás algo, y eso nos arruinará las navidades.

«Se preocupa por mí».

Su padre le gritó.

—Y está hablando de la decoración, en caso de que no hayas pillado esa parte.

«Bueno, joder. Siento el amor».

Aiden se apresuró por el camino hacia Will, Kristen y Becca, que estaban sacando el equipaje del maletero.

«Dios, tiene buen aspecto». Y llevaba su bufanda.

—Hola —saludó Becca sonriente—. ¿Cómo—.

Aiden se lanzó hacia Will y le besó en los labios.

—Sí, yo también me alegro de verte, Aiden —murmuró Becca—. Sí, esta es Kristen. Es un detalle por tu parte que le hayas dado un recibimiento tan cálido.

Kristen rio disimuladamente.

—Tú hiciste lo mismo cuando volviste a la universidad la última vez. Déjalos solos.

Aiden apoyó la frente contra la de Will.

—Te he echado de menos —susurró.

—Yo también a ti.

Aiden se irguió, cogió la maleta de Will y luego tendió la mano hacia Kristen.

—Hola —sonrió—. Me alegro de que hayas venido. —Encabezó la marcha hasta la casa, y los demás avanzaron tras él.

—Claro, yo llevaré mi propia maleta —murmuró Becca.

—¿Y tú llamas a Will gruñón? —dijo Kristen, riendo.

Pasaron al interior y Aiden ignoró las presentaciones y cogió a Will de la mano.

—No te pongas muy cómodo. No te quedarás aquí. Vas a dormir en mi casa.

Becca resopló.

—Dormir. Claaaro.

Su madre la fulminó con la mirada.

—Puedes llevar la maleta de Kristen a la habitación de invitados.

Becca rio.

—No lo creo.

Su madre apoyó las manos sobre sus caderas y Aiden tuvo que sonreír.

«Son clavadas».

—Jovencita, si crees que voy a dejar que—.

Su padre apoyó una mano sobre el brazo de su madre.

—Sé que sigue siendo tu bebé, pero lleva viviendo sola los últimos tres años. ¿Realmente quieres hacerla miserable durante las vacaciones? —Sus ojos brillaron—. Además, ¿qué te hace pensar que se quedarán en sus habitaciones? ¿Qué vas a hacer, poner trampas en las puertas? —La miró y abrió los ojos de par en par—. Me cago en todo, ¡lo harías! Venga ¿realmente crees que Aiden está ofreciendo su casa a Will para que tengamos más espacio?

Will se ruborizó y Louise parpadeó rápidamente.

—La cena estará en una hora —dijo ella finalmente, con la voz tomada.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —ofreció Kristen.

El rostro de Louise se iluminó.

—Estaba a punto de preparar el pavo. Acompáñame a la cocina.

Aiden sonrió petulante.

—Tú espera. La puerta de la cocina se cerrará y ese pavo no será lo único que terminará acribillado.

Becca dio un respingo.

—¡Esperadme! —gritó—. ¡Yo también puedo ayudar!

De la cocina, les llegó el comentario de su madre.

—Bueno, solo has tardado veintidós años.

Su padre estaba de espaldas a ellos, pero claramente se estaba partiendo el culo de la risa.

Will miró a su alrededor, frunciendo el ceño.

—No lo entiendo. Hemos puesto un montón de cosas ahí fuera, pero aquí no hay árbol. —Miró a Aiden—. ¿No os gustan los árboles de navidad?

Aiden rio.

—¿Estás de broma? ¿En esta familia? La razón por la que aún no hay árbol es porque es una tradición. —Hileras de luces blancas y de colores decoraban toda superficie que pudiera soportarlas: estanterías, cuadros e incluso los marcos de las puertas. Aiden señaló un espacio despejado en la esquina, al lado del sofá—. Irá ahí. Aún está en el garaje, atado como un pavo.

—Decoramos el árbol en Nochebuena —explicó Carl—. También es tradición que esa sea la única noche de las fiestas en las que Lou no hace nada. Dejamos la cena en manos de nuestros hijos.

Will contuvo la risa.

—Por favor, decidme que será comestible.

Carl rio.

—Podrás decírmelo tú mañana por la noche, dado que tendrás que ayudar a prepararla.

Will miró a Aiden arqueando las cejas.

—Gracias por avisar.

Aiden había tenido suficiente charla.

Cogió a Will de la mano y le arrastró hasta el salón, lejos de cualquiera que pudiera oírlos.

—No sabes lo que me alegro de verte. —Se inclinó hacia él y susurró—: Y esta noche te demostraré, exactamente, cuánto. —Luego, advirtió que Will se había quedado demasiado callado—. Apuesto a que esas dos te han agotado de camino aquí, ¿eh? Pareces cansado.

—Un poco, sí.

Aiden pasó una mano por su cintura.

—Estarás aliviado por haber acabado los exámenes, ¿no? Me dijiste que te fue bien, ¿verdad? —Le besó profundamente, inhalando su aroma. Luego, sonrió—. Solo cinco meses más y habrás terminado. Por un tiempo, al menos.

—Necesito hablar de algo contigo.

—¿No puede esperar? Quiero decir, no es urgente, ¿no?

Will esbozó una cansada sonrisa.

—Supongo que no.

—Entonces, prepárate para el desafío que se avecina.

Miró a Aiden, inquisitivo.

—¿Qué desafío?

Aiden sonrió de par en par.

—Incluso tiene un nombre. Se llama “El ponche de huevo de mamá”.



—¿Dónde está Will? —preguntó Becca.

—Hablando con sus padres —dijo Aiden, señalando al techo—. Le he dicho que podía usar mi antigua habitación. Me ha dicho que no tardará mucho. —Sonrió de par en par e hizo un gesto hacia la cocina—. Parece que Kristen y mamá se llevan bien. Nunca la había oído reírse tanto.

—Lo sé, ¿verdad? —Becca negó lentamente con la cabeza—. Me he pasado antes para ver qué tal las iba y me las he encontrado en la habitación de artesanía de mamá. Jamás creerías lo que estaban haciendo.

—¿Algo artesanal? —sugirió Aiden.

—Estaba enseñando a Kristen sus bolsas de lana. —Becca le miró ojiplática—. Lana, por el amor de Dios. Kristen ni siquiera teje.

Aiden sonrió.

—No teje ahora, querrás decir. Puede que le pique el gusanillo y cambie de idea de aquí a que os vayáis. —Esbozó una diabólica sonrisa—. Piénsalo. Se empieza con una bolsa de lana, que se convierte en un cajón, luego en un armario y finalmente, en una habitación entera solo para sus suministros. Agujas de bambú importadas, agujas de acero, de abedul laminado... La lista es infinita.

Becca le miró inquisitiva.

—Has empezado a tejer, ¿verdad?

Aiden tosió.

—Lo siento, olvida lo que he dicho.

El resoplido de su hermana le confirmó que no iba a olvidar una mierda.

«Y tiene la memoria de mamá, maldita sea».

Entrelazó los dedos sobre la nuca.

—No vi venir esto, ¿sabes? Tú, con tu novia; yo, con mi novio; mamá y papá extasiados por la situación...

Los ojos de Becca adquirieron una expresión que no había visto nunca. Era más suave, más amable, más... cálida.

«Así que esta es Becca enamorada».

Tenía que admitir que le sentaba bien.

La puerta se abrió y su padre apareció en el salón portando una bandeja cargada de vasos.

—Aprovechad mientras está caliente.

Aiden olisqueó el aire.

—Has hecho vino especiado. —Su rostro se iluminó—. Perfecto.

—¿Acaso no lo hago todas las navidades? —Alzó la voz—. Vosotras dos, ¿podrías dejar de cotorrear y venir aquí? ¿Y Will? ¿Dónde estás?

Hubo un ruido de pisadas en las escaleras y Will apareció en el umbral. Olisqueó el aire.

—Vaya, eso huele muy bien.

Su padre esperó a que todo el mundo estuviera presente antes de repartir los vasos. Alzó el suyo.

—Un brindis. Por la familia.

—Por la familia —corearon todos.

El tintineo de las copas entrechocando inundó el aire.

Aiden dio un sorbo al vino, paladeando el toque de canela, clavo y naranja.

Becca se tiró en el sofá, retomando su postura anterior.

—Ahora, sí que parece navidad —sonrió.

—¿Y qué hay de mi ponche de huevo? —dijo su madre.

Eso provocó un estallido de toses.

—Maravilloso, como siempre —dijo rápidamente su padre.

—Esa era justo la palabra que estaba buscando —añadió apresuradamente Aiden—. Sabía que empezaba por una M.

—Yo apuesto por mortal —murmuró Becca.

Louise entornó la mirada hacia ella.

—¿Sabéis? Si no os gusta, realmente deberíais decírmelo. Porque si no lo hacéis, lo beberéis cada navidad hasta la segunda venida de Cristo. —Esbozó una dulce sonrisa hacia su marido.

—¿Sabes qué? —Carl la besó en la mejilla—. No sería navidad sin él.

—Iba a esperar hasta el día de Navidad —empezó Kristen—, pero no puedo esperar tanto. —Dejó su vaso sobre la mesita auxiliar y avanzó hasta donde se sentaba Becca. Luego, sacó una pequeña caja con forma de corazón de sus vaqueros.

Becca se irguió de un salto.

—Oh Dios mío.

Kristen abrió la cajita y la sostuvo ante Becca. En su interior, un anillo negro reflejó la luz.

—Iba a hacerlo en tu cumpleaños, pero ya estabas prometida. —Rio suavemente—. Pero ahora que vuelves a ser una mujer soltera... Becca Taylor, ¿quieres casarte conmigo?

Becca tragó.

—Dios, sí.

Kristen se apresuró a sacar el anillo.

—Sé que se supone que los anillos de compromiso tienen que tener diamantes, pero—.

—Para ahí mismo. —Becca contuvo el aliento mientras Kristen deslizaba la alianza en su dedo—. Joder, es perfecto. Si hubiese tenido que elegir un anillo, habría sido este. —Sus ojos se humedecieron. Se puso en pie, casi saltando hacia Kristen, y se besaron.

Aiden sintió las lágrimas amenazando las comisuras de sus ojos.

—Oh, Señor —dijo su madre, llorando.

Su padre ya había sacado el móvil para hacer fotos y Will estaba sonriendo como un tonto.

Luego, el salón se convirtió en un festival de abrazos antes de que su padre desapareciera en la cocina y gritara:

—¡Esto se merece champán!

—No tenemos —gritó su madre hacia él—. Pero hay una botella de Prosecco en la puerta de la nevera.

—Tendrá que bastar —dijo Carl.

Para cuando todos tuvieron una copa de champán llena de burbujeante vino, Becca y su madre habían parado de llorar, Kristen seguía sonriendo y su padre aún no había abandonado la cámara.

—Así que ¿habéis hablado ya de fechas? —preguntó su madre.

Becca la miró boquiabierta.

—Mamá, se ha propuesto hace, literalmente, diez minutos.

Su madre la miró con dureza.

—Y, como ya sabes, preparar una boda lleva mucho tiempo. ¿Así que...?

Kristen dio un suave codazo a Becca.

—¿Qué te parece julio? Por supuesto, estaremos recién graduadas, no tendremos ningún sitio para vivir y en lo que respecta a trabajos... —Rio—. Esto es una locura. Ni siquiera me puedo creer que estemos hablando de ello.

—Lo sé —dijo Becca con ojos relucientes—. Pero hagámoslo de igual forma. Julio queda muy lejos. ¿Quién sabe lo que pasará entonces? —Miró a su madre, que había cogido su móvil—. ¿Mamá? ¿Qué estás haciendo?

—Llamando al hotel, por supuesto. Cruzad los dedos.

—No queremos un gran salón —dijo rápidamente Becca.

—¿Queréis mi opinión? —murmuró su padre—. Lo más inteligente es dejarse llevar por la corriente. Ya deberías haber aprendido la regla número uno de los Taylor en lo que se refiere a tu madre.

—¿Y cuál es? —preguntó Will.

Su padre sonrió.

—Para citar a los Vogons: “Toda resistencia es inútil”.

Will rio.

Su madre avanzó hacia la cocina.

—Como bien has dicho, julio queda muy lejos. ¿Quién sabe lo que pasará entonces? —Sus ojos relucieron y miró inquisitivamente a Will y a Aiden.

Aiden no necesitaba ser un genio para saber lo que estaba pasando por su cabeza. La fulminó con la mirada.

—¿Mamá? Ni lo pienses.

—¿Pensar qué? —preguntó, parando en el umbral con una inocente mirada.

—Mamá, realmente no se te da bien hacerte la inocente. —Antes de que pudiera añadir nada, ella abandonó el salón. Aiden negó lentamente con la cabeza—. Tú espera. Lo siguiente que saldrá de su boca será: “Así que, Auden ¿por qué no hacéis una doble boda Will y tú?”.

Becca estalló en una carcajada.

—Oh, Dios Santo, la has clavado.

Incluso su padre estaba riendo.

—Te ha salido realmente bien, hijo.

Luego, Aiden advirtió la expresión de Will y su estómago se contrajo.

Algo iba mal.

—Oye, ¿qué pasa? Era una broma.

Will le cogió de la mano.

—¿Podemos ir a un sitio más tranquilo para hablar?

—Claro, vamos a mi antiguo dormitorio. —Guió a Will escaleras arriba con el pulso acelerado. Una vez en el interior de la habitación, cerró la puerta—. Solo para que lo sepas, no estoy a punto de declararme, si es eso lo que te ha hecho entrar en pánico. Mi madre solo está siendo mi madre, eso es todo.

Will se sentó sobre la cama.

—Mira, he estado pensando mucho desde la última vez que nos vimos, y...

Aiden sintió que se le helaba el cuerpo.

—Pensar ¿sobre qué, exactamente? —Se unió a Will en la cama.

Will clavó la mirada en la alfombra roja.

—Cuando tenía ocho años, dije a mis padres que, de mayor, quería trabajar en la NASA.

—Sé que dijiste que ese era tu sueño.

Asintió.

—Aún lo es. Pero eso es lo que necesito hablar contigo. —Se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre sus rodillas, agachando la cabeza—. Una vez termine el grado, en mayo, voy a hacer un Máster en astrofísicas. Eso me llevará un par de años. ¿Después? El doctorado, que serán otros cinco años. Luego, me enfrentaré a, al menos, tres años de investigación postdoctoral. Así que para cuando consiga mi primer sueldo estaré en la treintena. Y eso, asumiendo que consigo entrar en la NASA.

Aiden frunció el ceño.

—¿Tiene algún objetivo todo esto?

Will alzó súbitamente la cabeza.

—No puedes atarte a alguien que no va a poder mantenerse a sí mismo. No es justo. Sé cuánto gana un profesor de instituto. Mi madre lo es, ¿recuerdas? No quiero que tengas que soportar toda la carga financiera. —Aiden sintió un nudo en el estómago y sus extremidades comenzaron a pesar—. Sabes que tengo razón, ¿verdad? —La voz de Will tembló.

Aiden se acuclilló frente a él.

—¿Has terminado? Porque es mi turno. —Cogió su barbilla y alzó su rostro para mirarlo a los ojos—. ¿Sabes? Para ser un hombre tan inteligente, puedes ser increíblemente estúpido. —Will parpadeó—. Escúchame. Puede que solo te conozca de... —Aiden hizo un rápido cálculo mental—. Cuarenta y dos días, once horas y unos veintisiete minutos, no es que lo esté contando, pero ese tiempo ha sido suficiente para darme cuenta de que no voy a dejarte escapar. Cuando lo sabes, lo sabes, ¿no? —Ese pequeño respingo le dijo que no era el único que lo sentía, y una sensación de calma le inundó—. Sí, será duro, pero ¿sabes qué? —Se arrodilló—.

Encontraremos la forma. —Sonrió—. No puedes controlar la narrativa, Will Bryant, como tampoco pudo hacerlo Becca, y ya has visto el jaleo en el que se metió ella. Así que deja de intentar encajar todas las piezas y tómate la vida como viene. Te faltan cinco meses para graduarte. Y sí, durante ese tiempo tendrás que tomar algunas decisiones, pero voy a estar ahí para tomarlas contigo. —Se inclinó y le besó en los labios, envolviendo su cuello con la mano—. ¿Quieres saber por qué estaré allí?

Will tragó.

—Estoy seguro de que estás a punto de decírmelo.

—Porque te quiero, mi amante de las estrellas, citador de Douglas Adams, jugador de *Dungeons & Dragons* y maravilloso hombre *nerd*. Y antes de que me digas que es demasiado pronto para que sepa eso, deja que te recuerde que mi padre—.

—Supo que quería casarse con tu madre un mes después de empezar a salir —terminó Will, sonriendo.

—Así que ahí lo tienes. Saber lo que queremos, claramente, es un rasgo que corre en la familia. Está en nuestros genes.

Will contuvo el aliento.

—Aparentemente, también corre por mi familia. —Su rostro se iluminó—. Yo también te quiero. Fui tuyo en el momento en que viniste a ayudarme a levantarme del suelo.

La puerta se abrió y Becca irrumpió de sopetón.

—Oh, Dios.

Aiden arqueó las cejas.

—Entra, Becca. Solo estoy en medio de algo realmente importante.

—Mamá ha vuelto a hacerlo.

—Hacer ¿qué?

—Nos ha reservado un salón para la boda. El veintidós de julio. —Becca le miró ojiplática—. ¡Voy a casarme!

—Asegúrate de que realmente lo está reservando esta vez —sonrió Aiden.

Becca miró de Aiden a Will y viceversa.

—¿Acabo de interrumpir algo?

Will estalló en una carcajada y Aiden tuvo que unirse a él. Will le ayudó a ponerse en pie.

—No te preocupes, Becca —dijo Will—. Hemos dicho todo lo importante antes de que nos interrumpieras.

—¿Qué estáis haciendo todos ahí arriba! —gritó su madre—. Becca, baja aquí. Tenemos una boda que planear.

Becca hizo un gesto de desesperación.

—Ya voy, mamá.

Will sonrió de par en par.

—¿Sabes? Tengo el más extraño de los déjà vu. —Besó a Aiden en la mejilla—. Gracias por escucharme.

—Bueno, has soltado todo, así que ya no tienes de qué preocuparte. —Aiden negó lentamente con la cabeza—. Y yo que esperaba unas navidades relajadas.

Salvo que no cambiaría ni un minuto.

CAPÍTULO 24



Una Nochebuena con la familia Taylor

24 de diciembre, Sábado

—¡Aiden! —gritó Becca—. Tu gato me está mirando.

—Tómatelo como un cumplido —dijo Will sonriendo. Cogió el gatito de juguete relleno de cadnip que Aiden había lanzado al transportín—. Mira aquí, gatito. Deja a la humana sola y ven a sentarte conmigo.

Becca y Kristen estaban sentadas en la alfombra frente al fuego, rodeadas de papel de regalo, celo, lazos y etiquetas. En la televisión estaban proyectando una película navideña, pero ninguno la estaba viendo. Louise y Carl estaban participando en otra tradición navideña: ir de casa en casa por la calle llevando pequeños regalos a sus vecinos y compartiendo uno o dos vasos de algo. Una vez salieron por la puerta, Aiden le había comentado, sonriendo con malicia: “Ahora, ya sabes la verdadera razón por la que mi madre no cocina en Nochebuena”.

Becca señaló a Midnight.

—¿Por qué has tenido que traértelo?

—Su habitual niñera se ha ido a pasar las vacaciones con su familia, y dado que me voy a quedar aquí dos noches no podía dejarle solo. —Aiden cogió el juguete de las manos de Will y lo agitó en el aire, sosteniéndolo por la cola—. Venga, Midnight.

—¿Me estás diciendo que Milwaukee no tiene servicios de guardería para animales? —preguntó Becca.

Aiden se inclinó hacia Will.

—¿Crees que si le soborno con suficientes delicias gatunas se cagará en sus zapatillas?

Will tuvo que esforzarse para contener la risa.

Midnight ignoró el juguete y se sentó a los pies del árbol bellamente decorado, estudiándolo con interés.

Aiden sonrió con malicia.

—Solo para que lo sepáis. Ahora, está ocupado pensando en cuál es la mejor manera de trepar a la cima antes de someterlo.

Will rio.

—Creo que está estudiando todos los regalos intentando descubrir cuáles son los suyos.

Becca se heló.

—Dime que no compras regalos para tu gato.

Aiden abrió la boca, fulminándola con la mirada, pero Will se le adelantó y dijo:

—Oye, también es navidad para los gatos, ¿sabes? Es familia.

Aiden cogió su mano y la besó.

—Y por eso es por lo que te quiero.

El sonido de la tele murió y Becca les miró con el mando a distancia en la mano.

—¿Le quieres? ¿Ya? —preguntó atónita.

Will apretó el muslo de Aiden.

—Para citar a tu hermano... Cuando lo sabes, lo sabes.

—Ooooh, creo que son tiernos —dijo Kristen—. Solo estás celosa. —Besó a Becca en el hombro.

—¿Por qué debería estar celosa? —preguntó Becca, abriendo los ojos de par en par.

—¿Porque tú tardaste cuánto tiempo en acumular el valor para decirme que me querías?

Ella se ruborizó.

—Sí, bueno—.

—Para ser justos —intervino Aiden—, lo ha repetido muchas veces desde entonces. —Sus ojos relucieron—. Mayormente, cuando está al teléfono.

—No importa cuánto tardes en llegar al punto en el que puedes decir a alguien cómo te sientes —dijo Will, sintiendo que se acaloraba, y no tenía nada que ver con el rugiente fuego—. Lo importante es que llegues ahí.

Aiden no comentó nada, pero volvió a besar su mano.

—Será mejor que nos demos prisa. —Becca miró el reloj de la pared—. Mis padres volverán pronto y, cuando lo hagan, tendremos que empezar a hacer la cena.

Will miró la pila de paquetes para Louise y Carl y suspiró.

—No les he regalado nada.

—Oh, pero lo has hecho. —Kristen sonrió—. Te has enamorado de su hijo. Eso tiene que contar para algo.

—Más de lo que crees —resopló Becca—. Es muy poco enamorable —añadió, sacando la lengua a su hermano. Luego, frunció el ceño—. Lo siento, eso no venía a cuento.

Aiden parpadeó.

—De acuerdo, ¿quién eres tú y qué has hecho con mi hermana?

Ella puso los ojos en blanco.

—Puedo disculparme, ¿no? Puedo ser madura.

Will la miró atónito y luego, comenzó a reír sujetándose el estómago.

—Por favor, para. Tengo un límite.

—Ahora en serio, me alegro mucho por los dos —sonrió Becca—. Especialmente, por mi ex-prometido. Se lleva a un buen hombre.

Aiden ladeó cabeza, mirando a Kristen.

Becca se inclinó hacia ella.

—Hay patatas en la cocina. ¿Nos traes una bolsa? Tengo gula.

—Claro. —Kristen se puso en pie y abandonó el salón.

Becca clavó los ojos en Aiden.

—De acuerdo, ¿por qué estabas mirando así a mi prometida?

—Aún tengo que conocerla —remarcó Aiden. Luego, sonrió—. Pero de momento, tengo que decirte, hermanita, que... realmente me gusta.

El rostro de Becca se iluminó.

—Es maravillosa, ¿verdad? —Midnight saltó a su regazo y la golpeó en la barbilla con la cabeza. Becca gritó y el gato salió volando acobardado para ocultarse bajo una mesita auxiliar.

Aiden se levantó y fue a cogerlo.

—Realmente, no se te dan bien los gatos, ¿eh? —Se unió a Will en el sofá y Midnight paseó por sus muslos hasta llegar al regazo de Will para encaramarse a su pecho.

—Oye, los perros no son mucho mejor —dijo Becca—, a menos que sean grandes y

peludos, no esas pequeñas ratas chillonas.

Will acarició a Midnight tras las orejas.

—Eso ha estado muy bien, gatito. Hazlo otra vez. ¿Puedes conseguir que salte más alto en la próxima?

Becca le lanzó una mirada asesina.

Kristen volvió al salón con dos bolsas de patatas.

—Oye, Kristen —dijo Aiden—, no tenías pensado tener una mascota cuando vivas con Becca, ¿verdad?

Kristen resopló.

—Por favor, la conozco desde... ¿hace cuánto? Sé cómo es.

—Oye, si quieres una mascota, podría negociarlo. —Becca se encogió de hombros—. Quién sabe, a lo mejor incluso llego a querela.

Aiden abrió los ojos de par en par.

—Me cago en todo, realmente está enamorada.

La puerta principal se abrió y Becca comenzó a recoger como una loca todos los regalos que aún no habían envuelto, metiéndolos en sus respectivas bolsas.

—¡Habéis llegado pronto! —gritó.

—¿Quieres que volvamos donde Jen y Oliver? —dijo Carl—. Creo que tu madre aún no ha terminado de explicarles cómo hace su ponche de huevo y por qué es mejor que ningún otro.

—No he hecho nada de eso —replicó Louise—. A pesar de que es cierto. Quiero decir, ¿quién echa leche de soja? ¿En serio?

Will rio.

—Me encantan tus padres —susurró a Aiden.

—¿Es seguro asomar la cabeza por la puerta? —preguntó Carl.

—Claro. —Becca escondió las bolsas tras ella.

Carl sonrió cálidamente a Will.

—Aún tenemos una tradición más en Nochebuena, pero esa vendrá tras la cena. Nuestra altamente anticipada cena secreta. —Se retiró.

Will se giró hacia Aiden.

—¿Qué vamos a hacer para cenar? —Nadie se lo había dicho aún.

Aiden sonrió de par en par.

—Pizza.

Will le miró boquiabierto.

—Estás de coña.

—Oye, no estamos hablando de la pizza ordinaria de siempre. Esta es casera, con ingredientes que jamás encontrarás en un Pizza Hut.

Will contuvo la risa.

—Has comprado higos, ¿verdad?

Aiden agitó las cejas.

Las palabras de Carl le habían intrigado.

—Así que ¿cuál es esa tradición que nadie ha mencionado aún?

Becca gruñó.

—Alguien que ni siquiera está a dos metros de distancia de ti decidió, hace unos años, subir al ático y sacar todas las películas antiguas de mi padre para digitalizarlas —Fulminó a Aiden con la mirada—. ¿No hiciste eso, subnormal?

Aiden resopló.

—Sí, eso suena muy maduro. Eso que estás criticando son los recuerdos de papá y mamá. Nuestros también. Y si puedo aguantar tus comentarios habituales sobre el color de las paredes de mi dormitorio, tú puedes soportar todos los “Oooohh” de mamá al verte con tu primer tutú.

Will tenía la sensación de que iba a ser una noche divertida.



Carl y Louise se acomodaron en los sillones y Becca y Kristen en uno de los sofás. Aiden estaba apoyado contra el brazo del otro sofá, donde se sentaba Will, con el portátil en una mesita auxiliar al lado del proyector.

—Adoro que aún podamos ver esto —murmuró Louise—. Las películas caseras son un arte en peligro de extinción. Hoy en día, todo se hace con los móviles.

—Puedes hacer vídeos con los móviles, ¿sabes, mamá? —la informó Becca.

—Me alegro. Porque quiero vídeos de mi primer nieto dando sus primeros pasos. ¿Me has oído? Estoy presentando ahora mi solicitud.

Carl rio disimuladamente.

—¿Qué te parece si dejamos que los chicos se casen antes?

—Oooohh, mira eso. —Kristen sonrió—. Aiden, ¿qué estabas haciendo?

—Un modelo del sistema solar con papel maché y perchas —contestó orgullosamente.

—¿Qué edad tenías? —preguntó Will. Su pelo estaba alborotado y era adorable verlo colocar lo que tenía que ser el sol sobre su soporte metálico.

—Seis —contestó Louise antes de que Aiden pudiera responder.

Will miró a Aiden.

—Ooooh, pequeño genio.

Aiden rio. Luego, señaló la pantalla que había erigido su padre en el salón.

—Oooohh, mirad, Becca con su pequeño tutú rosa. —Un coro de risas contenidas se extendió por la habitación.

—¿Aún sigues llevando tutú? —preguntó Louise.

Becca puso los ojos en blanco.

—Sí, pero no ese. —Sonrió de par en par—. ¡Mirad, Disneyland! Lo que significa... Redoble de tambores, por favor... Aiden recibiendo un abrazo de Goofy.

—Y ahí fue donde empezó todo —comentó Carl. Todo el mundo se giró para mirarlo, Aiden incluido—. ¿Qué? —Carl frunció el ceño—. Bueno, Goofy es un chico, ¿no?

Aiden negó lentamente con la cabeza.

—Y ese es Aiden a los quince años —dijo Louise a Will—. Íbamos a pintar su dormitorio, pero él insistió en que quería hacerlo por sí mismo. Incluido elegir la pintura.

—¿Veis? Ya era un *nerd* por entonces —dijo Becca—. ¿Quién pinta las paredes de su dormitorio de púrpura?

—Estaba creando una nueva tendencia —respondió Aiden.

Will contempló a un pequeño Aiden pintando una pared con un rodillo antes de girarse para asesinar con la mirada a quienquiera que estuviese sujetando la cámara. Luego, empezó a

agitar rápidamente la mano, indicándole que saliera de la habitación.

—Y ahora, como toque final... —anunció Carl.

El pequeño Aiden cubrió de pósteres cada milímetro de las paredes.

Will rio suavemente.

—¿Por qué te molestaste en pintarla? Podrías haber empezado con los pósteres. —Al verlos más de cerca, sonrió. Una multitud de hombres bellos le miraban de vuelta: Taylor Lautner, Zac Efron, Ryan Kwanten, Tyler Posey, Josh Duhamel... Rio—. Ahí lo tienes, Carl. Creo que fue ahí donde empezó todo. —Hizo una pausa—. *Ooohhh*, tenías un póster de *Aladdin*. Qué tierno.

Louise rio.

—Me acuerdo de esa fase. Adorabas *Aladdin*, eso nos quedó claro. Apuesto a que querías subirte en su alfombra mágica.

Becca casi se ahoga con su saliva.

—Sí, Aiden, era su alfombra lo que querías montar.

Aiden la fulminó con la mirada, pero el comentario pareció pasar desapercibido para sus padres. La siguiente sección fue su graduación en el instituto. Aiden tenía un aspecto muy elegante con su birrete y su toga, y reía jovialmente con amigos.

Uno, en particular, captó la atención de Will.

—¿Quién es ese?

—Se llamaba Steve Bennow —dijo Aiden.

—Era un chico muy guapo —comentó Louise—. Me gustaba.

Becca rio con maldad.

—Y a Aiden, ahora que lo pienso. —Se inclinó hacia adelante para reclamar la atención de su hermano—. ¿Fue tu primer amor?

Eso le granjeó otra mirada asesina.

Will le dio un suave codazo.

—Tienes buen gusto.

Aiden se giró hacia él.

—Sí, lo tengo —murmuró.

Louise suspiró.

—Me preguntó dónde estarán ahora todos esos jóvenes, qué estarán haciendo. Yo perdí el rastro de todos mis compañeros de instituto, a pesar de que a los dieciséis pensé que seguiríamos siendo amigos para siempre. —Se puso en pie—. ¿Más aperitivos, alguien?

Un coro de peticiones la siguió hasta que entró en la cocina.

Aiden paró la grabación.

—En lo que se refiere a Steve, no tengo que preguntármelo —susurró a Will.

—¿Qué?

Aiden sacó el móvil de su bolsillo y navegó por la pantalla. Luego, se llevó un dedo a los labios, tendiéndole el teléfono.

Will tuvo que esforzarse para no dar un respingo. Según la página de OnlyFans, Steve Bennow ahora era Tyler Raw, y a juzgar por los gemidos que salían de la boca del tipo al que estaba rompiendo el culo con una enorme polla, era bueno en su oficio.

—Oh, Señor. ¿Sabías que era gay en el instituto? —susurró Will.

Aiden le miró boquiabierto.

—¡No! Y si hubiese sabido que terminaría dedicándose a esto, al menos, habría intentado convencerlo para que me hiciese una mamada.

Will tosió.

—Me alegro de que hayas esperado a que tu madre esté en la cocina para contármelo. —Se agitó en el sofá, conteniendo la necesidad de reajustarse la polla.

Aiden sonrió con malicia.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy, pero esta noche puedes ayudarme a solucionarlo. Siempre que no hagas tanto ruido como Tyler. Porque si alguno de tus padres decide venir a investigar, voy a hacer la maleta y a salir escopetado hacia Minnesota.

Aiden se inclinó hacia su oído.

—Para eso es para lo que existen las almohadas y las mordazas. Para amortiguar el sonido.

Will se heló. «Espera».

—No tienes una mordaza, ¿verdad?

Aiden se limitó a sonreír, acariciando la barbilla de Will con un dedo.

—Podemos hablar de eso después.

Un montón de después, después, o eso esperaba Will, cuando no hubiese posibilidad de que les interrumpieran.

Parecía que Papá Noel iba a descargar sus regalos antes de lo previsto y Will tendría que esforzarse para no descargar tan rápido. Bueno, o eso, o hacerlo tantas veces como fuera posible antes de que llegara Navidad.

CAPÍTULO 25



Navidad

Aiden adoraba la mañana de Navidad. El aroma a chocolate caliente y rollitos de canela, el ruido de papel rompiéndose, los gritos de Becca —que se iban haciendo más escandalosos según crecía—, los villancicos de fondo... El día siempre había estado envuelto en magia para él, y, por algún motivo, había asumido que esa magia se iría desvaneciendo en la edad adulta hasta morir por completo.

Con Will, había recuperado esa magia, y más.

Despertarse en su antiguo dormitorio del ático, en la cama en la que había dormido de adolescente, y encontrarse los brazos llenos de Will había sido el mejor regalo de Navidad del mundo. ¿Qué importaba que hubiesen tenido que dormir un poquito apretujados? La cama de la habitación de invitados era más grande, pero también estaba al lado del dormitorio de sus padres, así que al diablo con ella.

“Un poquito apretujados” se había traducido en un montón de abrazos, y eso también le pareció bien.

—Buenos días. —Will se estiró.

Aiden rio suavemente.

—No hagas eso. Uno de nosotros se caerá de la cama y atraeríamos demasiada atención. —Besó a Will en la frente—. Feliz Navidad. Obtendrás un beso mejor cuando me lave los dientes.

—Vaya, puedo sentir el romance.

Sonrió.

—¿Quieres romance? De acuerdo, ¿qué te parece eso? —Le cogió de la barbilla y alzó su rostro para mirarle—. Te quiero. —Los ojos de Will se iluminaron y Aiden sintió que su corazón podría estallar de alegría.

—Yo también te quiero —dijo Will, acurrucándose contra su pecho—. ¿Podemos pasar el día aquí?

—Eso sería un poco inconveniente, dado que tu regalo está bajo el árbol.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Me has comprado un regalo?

—Vaya, eso sí que te ha despertado rápido. —Aiden sonrió—. Por supuesto que te he comprado un regalo—. Entornó la mirada hacia él—. ¿Tengo uno esperando para mí? No me importa si no lo hay, pero ya que ha salido el tema... —Will se mantuvo en silencio, lo que fue una tortura—. Me has comprado algo, ¿verdad?

Will rio contra su pecho.

—Eres un crío grande. Sí, hay algo para ti bajo el árbol. —Alzó la cabeza para mirarle a los ojos—. Y aunque no te hubiera comprado nada, aún tendría algo para ti. Lo único es que... tienes que encontrarlo antes, y puede que te lleve un poco de tiempo porque lo he escondido.

—¿Tengo derecho a una pista?

Will sonrió.

—Está en mi culo. Y necesitarás algo alargado para alcanzarlo.

Aiden deslizó una mano hacia su entrepierna, envolviendo su erección matutina.
—¿Crees que esto servirá? —Sintió unos cálidos dedos acariciando su polla.
Will sonrió.
—¿Por qué no lo descubrimos?



Carl y Louise habían hecho tostadas francesas para el desayuno, y tan pronto como todos terminaron de comer, se lanzaron a la importante tarea de abrir los regalos. Parecía que los Taylor tenían otra tradición, y era que Becca fuese la encargada de repartir los paquetes. Will no tardó demasiado tiempo en encontrar un tema recurrente en sus regalos. Becca y Kristen le habían comprado todo de *Dungeons & Dragons*: un señalizador de libros, un termo y una cajita portátil para guardar los dados. Sorprendentemente, Becca regaló algo a Midnight, una caja de cartón para que jugase.

Con cada regalo que abrían aumentaba su entusiasmo.

—¿Dónde está el mío? —demandó Aiden.

Will saltó del sofá en un segundo enfilando hacia el paquete que había dejado bajo el árbol la noche anterior. Le había comprado el regalo perfecto. Tendió a Aiden un bulto plano con forma rectangular.

—Feliz Navidad. —Para su asombro, Aiden no lo abrió de inmediato, sino que se quedó mirándolo en silencio—. ¿Qué pasa?

Aiden dejó el regalo sobre la mesita de café.

—Becca, ¿puedes darme ese paquete, por favor? —Señaló—. El que está envuelto en el papel azul oscuro.

Ella se lo tendió y Aiden lo dejó sobre las manos de Will.

Will se quedó inmóvil. Los dos paquetes tenían idéntica forma y peso.

—No —susurró—. No podemos... Tiene que ser una coincidencia. —Su corazón se aceleró mientras rompía el papel, y estalló en una carcajada cuando vio el certificado enmarcado con su sello dorado—. No me lo puedo creer.

Aiden había nombrado a una estrella Will Bryant.

El certificado tenía las coordenadas y la fecha en la que había sido registrado en el Registro Internacional de Objetos del Espacio Ultraterrestre. Will lo contempló, incapaz de desprenderse de la sonrisa.

—¿Te gusta? —preguntó Aiden.

Will rio suavemente.

—Esa definición ni siquiera se acerca. —Inclinó la cabeza hacia la mesa—. Abre el tuyo.

—Tengo la sensación de que sé lo que voy a encontrar.

Will aún no podía creer que se les hubiera ocurrido la misma idea, pero adoraba saber que dos estrellas del firmamento llevarían sus nombres.

Carl miró los dos certificados idénticos y abrió la boca de par en par.

—¿Habéis....?

Becca resopló.

—Sí, lo han hecho. Y si eso no te dice que están hechos el uno para el otro...

Will sostuvo la mirada de Aiden.

—Becca, esto solo confirma lo que ya sabía —dijo sin mirarla.

—¿Y qué es eso? —preguntó ella.

Sonrió.

—Me comprometí con el Taylor equivocado.

El rostro de Aiden se iluminó y se inclinó para besarla.

—¿Aiden? —dijo Louise—. Te toca poner la mesa.

Aiden suspiró.

—Quédate con esa idea —susurró a Will. Se levantó y se encaminó a la cocina.

El móvil de Will vibró sobre la mesita de café y miró la pequeña pantalla.

—Es mi padre. —Pulsó “Aceptar”—. ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad, hijo. ¿Te lo estás pasando bien?

Will sonrió.

—Puede que incluso incluya el día en la categoría de una de las mejores Nochebuenas.

—En ese caso, me alegro de que estés allí; aunque sigue siendo un poco extraño no tenerte con nosotros. —Su padre rio suavemente—. Las primeras navidades que pasa.

—Estaré allí para Nochevieja —prometió Will—. Con Aiden.

—Ah, eso es de lo que quería hablar contigo. No os apresuréis a venir por nosotros. Has trabajado muy duro a lo largo de estos últimos meses. Una vez vuelvas a la universidad estarás a un tiro de piedra de casa. Tómate tu tiempo para relajarte. Y no te preocupes por presentarnos a Aiden. Le conoceremos en otro momento. Asumo que irá a la ceremonia de graduación, ¿no?

Will no había hecho planes a tan largo plazo.

—Se lo preguntaré. Es un sábado, así que no tendrá que pedir un día libre en el trabajo.

—Entonces, le conoceremos allí. —Volvió a reír—. Sabes que tu madre y él se van a poner a rajar de institutos, ¿verdad?

Will rio.

—Sí, cuento con ello.

—Feliz navidad, cariño —gritó su madre de fondo—. Te envío un montón de abrazos.

—Yo también a ti, mamá.

—Espera, tu hermano quiere hablar contigo —dijo su padre. Hubo una pausa y luego, Ethan casi le dejó sordo al gritar—: ¡Feliz Navidad! —Oyó a su padre de fondo—: Repítelo, pero más fuerte esta vez. Queremos que Will sea capaz de oírte sin el teléfono. —Ethan ignoró el comentario y siguió hablando—: Ese chico tuyo... ¿Aiden, se llamaba? ¿Es del que estuvimos hablando?

—El mismo. —Will contempló a Aiden mientras ponía los cubiertos en la mesa.

—Así que entiendo que le gustan los hombres, después de todo. —Ethan rio maliciosamente—. Qué suerte tienes, hermanito, eres Lucky Will. Bueno, definitivamente, has conseguido lo que querías por Navidad. —Otra pausa—. ¿Es como imaginaste que sería?

Will sonrió.

—Mejor.

—Entonces, me alegro por ti. Así que ¿cuando podemos interroga... conocerle?

Resopló.

—De repente, estoy repensando todo eso de presentártelo.

—Bromas aparte, le conoceremos, ¿verdad?

En ese instante, Aiden se giró hacia él y gesticuló “Te quiero”. El corazón de Will se revolucionó.

—Sí, le conoceréis.

—Quiero decir, tenemos que asegurarnos de que no es como esa vez que te echaste un “novio en Canadá”.

—Oh, que te jodan. Tenía doce años. Y solo me lo inventé porque estabas siendo un capullo.

Ethan rio.

—Sí, buenos tiempos aquellos, buenos tiempos. Así que ¿crees que este se va a quedar por aquí?

—Con suerte, durante mucho, mucho tiempo. —Su pulso estaba desbocado ahora.

En su mente, apareció un tatuaje que había visto una vez en una película porno: “El mañana no es una promesa”.

En ese instante, Will aceptaría lo que quiera que le deparase ese mañana con Aiden.



Todo era perfecto en el mundo de Aiden. Había sido un día lleno de regalos, buena comida, películas divertidas y muchas risas. ¿Pero sentarse en el sofá con Will, con el fuego de la chimenea aún ardiendo, las luces titilando y todo el mundo en la cama?

«Hablando de un remate perfecto para un día perfecto».

Will se levantó y lanzó otro leño a la hoguera.

Aiden rio suavemente.

—Deberíamos empezar a pensar en dejarlo morir, no avivarlo.

Will cogió la manta que estaba en el respaldo del sofá.

—¿Quieres tumbarte aquí conmigo y contemplar las luces?

Aiden se tumbó, haciendo hueco para él, y se acurrucaron bajo la manta. Escucharon el crujir de la madera mientras observaban las llamas que danzaban tras la rejilla.

—Esto ha sido una buena idea —murmuró Aiden, apretando la espalda de Will contra su pecho.

Will suspiró de satisfacción.

—¿Crees que a tus padres les importará que durmamos en el sofá esta noche? Quiero disfrutar de esto tanto tiempo como pueda.

Aiden se inclinó para besarlo, lánguida y tiernamente.

—Y yo quiero disfrutar de ti. —Deslizó la mano por su torso hasta encontrar su entrepierna y desabrochó torpemente sus vaqueros, bajando la cremallera con una mano. Cuando alcanzó sus calzoncillos y apretó su polla, Will emitió un grave gemido. La mejor banda sonora del mundo —. Esto me gusta —susurró.

—Eso me gusta a mí también —murmuró Will.

—Te gustaría mucho más si te quitases la ropa.

Will se heló, y la luz de la chimenea iluminó su atónita expresión.

—¿Perdona? —Señaló hacia el techo—. Esa de ahí arriba es la habitación de tus padres. Y Becca está por allí. —Rio—. Probablemente, Kristen también. No puedo asegurarlo, pero no creo, ni por un segundo, que Becca haya permitido que duerma en otra cama.

—Te prometo que seré sigiloso. —Aiden esbozó una enorme sonrisa—. Incluso cerraré la puerta.

Will resopló.

—Oh, vaya, en ese caso... ¿Perdona? He estado en la cama contigo. A menos que tengamos la anteriormente mencionada mordaza, no puedes ser silencioso.

Aiden amplió su sonrisa.

—De acuerdo, pero si tuviese algo en la boca...

Will le miró en silencio.

—Eres incorregible.

—Ajá. Supuse que ese último comentario terminaría de convencerte —sonrió triunfal—. Y la definición de incorregible es esconder un bote de lubricante bajo el asiento del sofá, esperando justo para la ocasión.

Will negó lentamente con la cabeza.

—Los Vogons lo clavaron, ¿verdad? Toda resistencia es inútil.



Las navidades siempre habían sido mágicas para Will, pero esa noche trajo una nueva definición de “magia”; una que incluía las palabras sexi y sensual e involucraba la luz del fuego danzando sobre la piel desnuda, perezosos besos que parecían interminables y... la excitación de saber que podrían ser descubiertos en cualquier momento mientras follaban.

Salvo que eso iba mucho más allá de follar.

Will quería que esas imágenes se quedaran grabadas a fuego en su memoria. Aiden tendido de espaldas en el sofá, con los labios en torno a su polla mientras él, a su vez, le hacía una mamada. Cabalgar a Aiden mientras este le cubría la boca. Aiden arrodillado frente al sofá mientras él se balanceaba a su espalda, invadiendo lentamente su cuerpo una y otra vez, esforzándose por alargar las cosas porque, joder, quería que durase.

No era solo era una cuestión de mantener el orgasmo a raya, era el deseo de prolongar ese sensual placer, ese éxtasis que acompañaba cada embestida, cada mirada, cada gemido, cada beso... Cuando se acercaba demasiado al clímax, Will se apartaba, acariciándolo y besándolo hasta que su necesidad vencía su deseo de dilatar la noche.

Will sabía que no durarían tanto, pero eso no evitó que se esforzara por intentarlo. El sonido de unas pisadas en el piso de arriba les heló más de una vez, parando en medio del polvo hasta asegurarse de que sus padres no aparecerían por la puerta.

Aiden acarició su rostro.

—Haz que me corra.

Will le respondió reclamando sus labios y Aiden enroscó los brazos en su cuello mientras aceleraba el ritmo, compartiendo besos y caricias hasta que llegaron al punto de no retorno. Y

cuando Aiden se corrió, Will le dejó cabalgar su orgasmo, besándolo, acariciándolo...

Susurrándole que le quería.

Yacieron bajo la manta, dejando que la hoguera fuera muriendo. Sus rostros estaban iluminados por las ascuas rojizas, y la única otra luz provenía del árbol. Will habría estado más que satisfecho quedándose dormido en los brazos de Aiden, contemplando las diminutas luces de colores titilando en la oscuridad.

Salvo que eso no podía pasar.

Afortunadamente, les quedaba el refugio del cuarto del ático, y una vez recogieron y limpiaron todo signo que pudiera delatar lo que habían estado haciendo, se deslizaron escaleras arriba, haciendo una mueca cuando las estrechas escaleras crujieron, traicionando su presencia.

Will adoraba que Aiden se acurrucara contra él, adoraba tenerlo cerca, pero en ese instante se dio cuenta de que las noches como esas estaban llegando a su fin. Una vez pasara Nochevieja, tendría que volver a la universidad, y la presencia de Aiden sería sustituida por llamadas, videollamadas, emails...

—Para —susurró Aiden.

Will giró la cabeza hacia él.

—¿Parar el qué?

—¿Crees que eres el único? Yo tampoco quiero que acabe esto. Pero existen trenes entre Milwaukee y Minnesota, ¿sabes? Nos veremos.

—Eso dices ahora.

Aiden le cogió de la barbilla.

—Sí, lo digo. Y te prometo intentarlo, pero ambos sabemos a lo que vamos a tener que enfrentarnos y cuánto trabajo tenemos por delante. —Le besó en la frente—. Nada de eso va a hacer que deje de quererte, ¿de acuerdo?

Will sonrió.

—De acuerdo. Ahora, bésame otra vez antes de que me quede dormido.

«Para que pueda soñar contigo».

«Con nosotros».

CAPÍTULO 26



Aiden y Will dan la bienvenida al Año Nuevo

30 de diciembre, Viernes

Aiden apagó el motor y contempló la casa de tres pisos azul y blanca. Dos enormes árboles se alzaban frente a ella y una pequeña escalinata de madera —en cuyo lateral derecho se sentaba un jovial y rechoncho Santa— llevaba a la puerta principal. Sobre ella, colgaba una corona de hojas cubierta por una tira de pequeñas luces azules. Una capa de nieve cubría la barandilla, pero alguien había limpiado las escaleras y el camino de entrada, que ahora estaba abarrotado de coches.

—¿Cuándo quitan las decoraciones tus padres?

Will rio.

—Cuando mi madre diga que ya llevan ahí lo suficiente, que habitualmente es después de Nochevieja. —Señaló las ventanas situadas en el punto más elevado de la fachada frontal—. Ese es mi dormitorio.

—¿Te criaste aquí?

—Nos mudamos a esta casa cuando tenía doce años. —Sonrió—. Estoy deseando verles las caras. Me encanta sorprenderles.

Aiden resopló.

—Da este tipo de sorpresa a mi madre y se acojonará viva.

Aunque el padre de Will había enfatizado que no había necesidad de que hiciesen un hueco en su agenda para visitarlos, Will había sugerido pasar la Nochevieja con su familia.

A Aiden le gustó la idea, y le entusiasmó que Will quisiera presentarle a los suyos. Él también sentía curiosidad por saber cómo eran sus padres.

Curiosidad... y nervios de cojones.

—¿Habrá sitio para nosotros? —preguntó Aiden—. Dado que no saben que venimos...

—Seguro. Tienen siete habitaciones. Mis padres tienen un despacho cada uno, pero hay sofás cama en ambos. Cuando Ethan se mudó, su dormitorio se transformó en la habitación de artesanía de mi madre. Ahora, solo queda Emma, dado que Dee se casó el año pasado.

Aiden se estremeció.

—¿Por qué seguimos sentados en la camioneta cuando podríamos estar ahí dentro bebiendo chocolate caliente?

—Porque quiero hacer esto sin audiencia. —Will se giró en el asiento, cubrió su mejilla con una mano enguantada, y se inclinó para besarlo; un beso dulce y lento que derritió a Aiden.

—¿Podré dormir contigo? —murmuró contra sus labios.

Will sonrió.

—¿Dormir? Sí. A mis padres no les importará. Al menos, será mejor que no les importe, dado que Ethan y Dee ya abrieron ese camino en particular. —Acarició su mejilla—. Y en caso de que aún no te lo haya dicho, gracias por conducir hasta aquí, especialmente porque significa que volverás tú solo.

Aiden resopló.

—Voy a poner la música a todo volumen y la mantendré así durante todo el trayecto de vuelta. Y deberías estar muy agradecido porque te he salvado de cinco horas encerrado en un coche con dos prometidas, que, ya sabes, solo hablarán de vestidos, flores, música, damas de honor...

Will rio.

—Parece que me he quitado un muerto de encima.

—Hablando de quitarse cosas... ¿Solo vamos a dormir bajo el techo de tus padres?

—Deja que lo piense. Estarán mis padres, mi abuela, Ethan y su mujer Marley, Dee y su marido Gavin, tú, yo y Emma. —Puso los ojos en blanco—. ¿Qué crees?

—Así que ¿no podemos dar la bienvenida al año nuevo con una polvareda de fuegos artificiales? —soltó Aiden.

Will entornó la mirada hacia él.

—Has metido esa mordaza en tu maleta, ¿verdad?

—¿A lo mejor? —rio Aiden—. Bueno, me la regalaste por navidad, ¿no?

—Claro... de cachondeo —rio—. ¿O era para ponerte cachondo?

Aiden rio, pasando un dedo por su muslo en dirección a su entrepierna.

—Bueno, nos divertimos mucho con ella, ¿no?

Will resopló.

—Sí, tú lo hiciste.

Un grito resonó en el aire.

—¡Will Bryant!, pequeño escurridizo—.

Aiden rio.

—Esa tiene que ser tu madre. —Cogió la caja de galletas del asiento trasero—. No podemos olvidarnos de esto. —Un regalo de su madre para la madre de Will.

Aiden jamás dejaría que Will advirtiese sus nervios —ni en un millón de años—, pero, por supuesto, estaba más que amedrentado. Su madre era profesora de instituto y su padre profesor de universidad, y quería causar una buena impresión porque joder, esto era importante.

«No careces de luces en la azotea, solo recuerda eso. No dan títulos de física a cualquiera, ¿verdad?».

Además, Will le había dicho más de una vez que iban a adorarle.

«Y él debería saberlo, ¿no?».

Y justo en ese instante, la madre de Will avanzaba hacia la camioneta, envuelta en un grueso abrigo, unos cubrezapatos de goma y un gorro de lana a juego con unas orejeras. Su sonrisa era deslumbrante.

Sí, estaría bien.



Su padre le tendió una taza de chocolate.

—Parece que has perdido a un novio —comentó.

Will rio.

—Está en el despacho con mamá. Creo que están hablando de institutos. Otra vez. —Del comedor le llegaron las risas y las voces de los invitados. Will sonrió—. Ethan ha vuelto a engatusar a todos para que jueguen al Cluedo, ¿verdad? —Era una de sus tradiciones familiares.

—¿Y por qué estás aquí y no allí? —preguntó su padre.

—Podría hacerte la misma pregunta, pero ya sé la respuesta. —Will resopló—. Ethan es demasiado competitivo. Cada vez que jugamos lo convierte en una batalla que tiene que ganar a toda costa. —Rio—. Y yo que esperaba un poco de paz y tranquilidad. No he parado de hablar desde que llegué aquí.

—Bueno, ¿qué esperabas cuando estás trayendo a tu primer novio?

Parpadeó.

—¿Quién dice que es el primero?

—Es el primero lo suficientemente importante como para presentárnoslo —respondió su padre—. Así que... ¿vamos a tener a otro profesor en la familia?

Will estalló en una carcajada.

—Lo juro... Tú y Louise estáis cortados por el mismo patrón.

—¿Esa es la madre de Aiden?

—Sí. —Estudió a su padre—. ¿Te ha contado Ethan lo que ha estado pasando estas últimas semanas?

Su padre resopló.

—¿Estás de broma? Es tan hermético como tú. —Frunció el ceño—. Así que ¿qué ha estado pasando?

Will empezó con el súbito e inesperado anuncio de Becca, y le contó toda la historia hasta la proposición matrimonial de Kristen. Su padre escuchó atentamente, riendo y dando un respingo de vez en cuando.

Cuando Will terminó, su padre ya estaba negando lentamente con la cabeza.

—Vaya. Es algo digno de película. —Luego, entornó la mirada hacia él—. Oye, espera un minuto. ¿Qué estabas insinuando antes? ¿El mismo patrón? ¿Realmente nos ves a tu madre o a mí sugiriendo que os caséis? ¿Con todo lo que tienes que planear para eso?

—A lo mejor, no, pero—.

—Pero nada. Lo único que he dicho es que, tras veros juntos, he tenido la sensación de que Aiden está aquí para quedarse. —Inclinó la cabeza a un lado—. Tengo razón, ¿verdad?

Will sonrió.

—Eso espero. Aún estamos empezando.

—Me alegro. Me gusta. A tu madre también. Y no solo porque haya traído galletas, aunque esas cosas estaban deliciosas. —Sonrió—. También han desaparecido antes de que pudiera parpadear. —Hizo una pausa—. Puedo preguntar... Con todos esos viajes a Milwaukee, todos esos preparativos de boda... ¿de dónde has sacado tiempo para estudiar?

Will rio suavemente.

—No te preocupes, papá. Los exámenes me han salido bien. Y Aiden y yo ya hemos hablado de los planes que tengo para el futuro.

—Así que ¿sabe lo que esperar?

Will asintió.

—Me apoya, al cien por cien. —Miró fijamente a su padre—. Justo como mamá te apoyó a ti cuando estabas en la universidad. Durante un tiempo tuvisteis que vivir de su salario de profesora, ¿no?

Su padre sonrió.

—Fue mi roca. —Sus ojos se iluminaron—. Crees que Aiden puede ser la tuya.

Will sonrió de par en par.

—No puedo ocultarte nada, ¿eh? —Dio un sorbo a la taza de chocolate.

—Vais en serio, entonces. —Antes de que Will pudiera contestar, su padre alzó una mano—. No voy a decirte que eres demasiado joven para enamorarte. Ya eres lo suficientemente mayorcito como para saber lo que quieres y reconocer tus propias emociones. También sé que cuando quieres algo, vas a por ello. Así que lo único que estoy diciendo es... Si tu madre y yo podemos seros de alguna ayuda, aunque solo sea financieramente, estaremos encantados de apoyaros.

—¿No crees que ya habéis hecho lo suficiente? —Will suspiró—. Lleváis ahorrando para mis estudios desde que os dije que quería trabajar en la NASA.

—Nadie dijo que una buena educación fuera barata. Y tienes el potencial para ser una estrella en el firmamento de la NASA, así que ¿cualquier cosa que necesites para llegar allí? —Se encogió de hombros—. Lo haremos realidad alegremente. —Se recostó en su sillón—. ¿Cuánto tiempo disfrutaremos del placer de tu compañía?

—Unos días, y luego, de vuelta al cole. —Rio—. Aiden también.

No estaba ansiando que llegara ese día, y tampoco estaba seguro de cuánto aguantaría sin los abrazos y los besos de Aiden.

«Y el resto».



31 de diciembre, Sábado. 11:55 pm

Aiden contempló a la madre de Will —«Rachel, ¿recuerdas? Te ha dicho que la llames Rachel»— moviéndose de un lado a otro del salón, asegurándose de que a nadie le faltara un vaso de lo que quiera que hubiesen elegido para brindar antes de que cayese la bola.

—Esto no es, exactamente, una tradición, sino más bien una superstición —susurró Will—. Cree que da mala suerte no tener las copas preparadas.

—Ooohh, mamá, ¿Coca Cola? ¿En serio? —gimió Emma mientras Rachel le tendía su copa.

A Aiden le caía bien la hermana pequeña de Will. Le recordaba a Becca. Ambas eran enérgicas, con una lengua afilada y un sentido del humor más afilado aún.

Rachel hizo un gesto de desesperación.

—Sí, en serio. Tienes diecisiete.

—Oooohhhh, por favooooor. ¿No puedo tomar algo más fuerte?

—Claro. Dentro de cuatro años.

Emma resopló.

—¿Crees que voy a esperar tanto tiempo para tomar una copa? Mamá, ¿en qué planeta vives?

Los labios de Rachel temblaron de risa contenida.

—No creo que esté siendo poco realista, ni siquiera idealista, al querer que te abstengas de tomar alcohol hasta que cumplas la edad legal.

—¿Puedo recordaros a todos que es casi medianoche? —dijo el padre de Will, David—. ¿No podéis aplazar esa discusión para que entremos con buen pie en dos mil veintitrés?

Emma sonrió.

—Claro, papá. Sería una mejor entrada de año si pudiese brindar con un poco de la sidra de Ethan.

—Sigue soñando, pequeña —dijo Ethan, que estaba sentado en uno de los enormes sillones con su mujer, Marley. A su lado estaba Dee y su marido, Gavin, y todos ellos estaban mirando la televisión, que proyectaba escenas del *Times Square* de Nueva York.

Aiden pasó un brazo por la cintura de Will.

—Tenías razón. Tu familia es genial.

Will se giró hacia él, con ojos resplandecientes.

—Lo sé, ¿verdad?

—Bueno, si queremos empezar el año de forma fantástica, supongo que ahora es un buen momento para compartir la noticia. —El rostro de Ethan se iluminó—. ¿Mamá?, ¿papá?, ¿qué os parece convertirnos en abuelos? Estábamos pensando que junio sería una buena fecha.

Nueva York quedó olvidado cuando la habitación estalló en una explosión de enhorabuenas, besos y abrazos. Aiden se vio engullido en el entusiasmo... hasta que Will gritó.

—¡Oye, ha empezado la cuenta atrás!

Todo el mundo se reunió alrededor de la tele, cada vez más ansiosos según se iba acercando la media noche, y cuando la voz del presentador resonó con las palabras: “¡Feliz Año!”, Aiden entrechocó su copa con Will.

—¡Por dos mil veintitrés!

Will rio.

—De momento. Con la promesa de más por llegar.

Aiden no pudo resistir la llamada de esos labios y le robó un beso.

—Por nosotros —murmuró. Will sonrió. Cogió la copa de su mano, la depositó en una mesita auxiliar junto con la suya y lo envolvió entre sus brazos. Cuando sus bocas estuvieron a milímetros de distancia, Aiden murmuró—: Pensé que no querías audiencia.

—He cambiado de idea.

Will le besó apasionadamente y Aiden respondió con el mismo entusiasmo.

Alguien empezó a aplaudir, pero Aiden no pudo ver quién era; estaba demasiado ocupado besando al hombre que había llegado a convertirse en su mundo.

El hombre al que se aferraría sin importar lo que costara.

CAPÍTULO 27



Will contempla su futuro

10 de febrero, 2023. Viernes

Will hizo una pausa para el almuerzo, repartiendo su tiempo entre mordisquear su sándwich y leer un libro. Llevaba unos días sin ver a Becca, pero sabía que estaba ensayando para un espectáculo que estrenarían la semana próxima. Además, cuando no estaba bailando o estudiando, estaba con Kristen.

Will se sorprendió al descubrir lo mucho que añoraba tenerla cerca.

«Acostúmbrate. Hay una boda en el horizonte, ¿recuerdas? Tienen mucho que hacer».

Sabía que no solo era la ausencia de su amiga lo que alimentaba su actual estado melancólico.

Echaba tanto de menos a Aiden que dolía.

Habían prometido visitarse mutuamente, pero entre sus estudios y el trabajo de Aiden, esa promesa parecía haber acabado en segundo plano. Además, estaba su solicitud para matricularse en el Máster.

Si le aceptaban, significaría dos años más en Minnesota.

Dos años más alejado de Aiden.

«Becca no sabe lo afortunada que es teniendo a Kristen tan cerca».

Sí, Will estaba deprimido de cojones.

Su móvil vibró y al ver el nombre de Aiden se animó un poco.

Pulsó “Contestar”.

—¿Estás en tu descanso para el almuerzo?

—Sí. —dijo Aiden—. Siento llamarte durante el día, pero—.

—Jamás te disculpes por llamarme —sentenció Will—. No tienes ni idea de lo feliz que me acabas de hacer. Lo digo en serio.

Hubo una pausa.

—Yo también te echo de menos.

Ese comentario le derritió.

—El martes es San Valentín.

—Lo sé. Nuestro primer San Valentín y lo pasaremos separados. —Aiden suspiró—. Sé que habrá otros, pero... aun así... —Will se sentía igual que él, aunque eso no mejoraba la situación—. ¿Qué van a hacer Kristen y Becca para celebrarlo?

Will resopló.

—¿Cómo voy a saberlo? No las veo mucho últimamente. Y aunque lo hiciera, no preguntaría.

—¿Por qué no?

Su suspiro igualó al de Aiden.

—Porque me pondrían demasiado celoso —confesó Will.
—Pobrecito.
Will rio suavemente.
—Espero que no estés en la sala de descanso de los profesores.
—Dios me libre. Estoy en mi clase. —Hubo un momento de vacilación antes de que volviera a hablar—. ¿Quieres que te anime?
—¿Y cómo vas a hacer eso?
—Déjame a mí. Así que, ¿qué planes excitantes tienes para hoy? ¿Qué puede hacerse en Minnesota un viernes por la noche?
Will rio.
—Pedir una pizza con un par de cervezas y ver una peli. Eso si soy capaz de obligarme a alejarme de los libros. —Miró el reloj de la pared de la cafetería—. Mierda, tengo que irme. Tengo clase.
—Sí, pero piénsalo así, una clase más significa que estás un paso más cerca de obtener tu título.
Will sonrió.
—Prefiero pensar en un paso más cerca del trece de mayo y de pasar más tiempo contigo.
—¿Ese es el día de la graduación?
—Sí. Luego, tendré un par de meses libres antes de volver a subirme al carrusel.
—Ve a clase. Te llamaré esta noche, ¿de acuerdo?
—Esperaré ansioso. —Will bajó la voz—. Si es una videollamada a altas horas, lo esperaré con más ansias aún.
—Oye, ¿Will?
—¿Sí?
La voz profunda y resonante de Aiden inundó sus oídos.
—Te quiero.
Dejó escapar un suspiro.
—Eso es lo mejor que podrías haberme dicho ahora. Yo también te quiero. —Colgó, recogió y depositó los desperdicios de la comida en la basura.
Otra clase.
Otro fin de semana cerniéndose sobre él sin Aiden.
Por primera vez, Will se estaba cansando de la vida de estudiante. Quería lo que tenían Becca y Kristen: lo mejor de ambos mundos.
«¿Qué no daría por conseguir eso?».



Will miró fijamente su móvil. Las nueve y cuarenta y cinco y aún no había llamada de Aiden.

«A lo mejor, debería llamarlo yo. Dije una carretera de doble sentido, ¿no?».

También le había dicho que llamara a altas horas, y, aparentemente, Aiden estaba siguiendo

sus instrucciones al pie de la letra.

Luego, su móvil estalló a la vida, y Will se lanzó a cogerlo.

—Estaba empezando a pensar que te habías olvidado de mí.

—Dado que nos conocemos de toda la vida, es improbable que me haya olvidado de ti.

Bueno, no de toda la vida. Solo lo parece.

Will suspiró.

—Ah, Becca.

Su respingo inundó sus oídos.

—¿Qué quieres decir con: “Ah, Becca”?

—Lo siento. Pensé que serías Aiden.

—Vaya, lamento haberte defraudado. Escucha—.

Su móvil vibró en sus manos y esta vez, comprobó la pantalla.

—Tengo que dejarte. ¡Es él! —Y sin mediar palabra, colgó. Ya se lo compensaría más tarde—. Hola —saludó.

—Hola a ti también —dijo Aiden—. ¿Qué tal la pizza?

—Estaba rica, aunque no me la he acabado. ¿No fuiste tú el que dijo que las pizzas recalentadas eran el desayuno de los campeones?

Aiden rio.

—Sí, lo dije. ¿Qué ingredientes has elegido?

Will resopló.

—¿Realmente quieres malgastar esta llamada hablando de ingredientes de pizzas?

—Oye, soy una parte interesada. Quiero saber lo que me vas a dar para desayunar.

Para...

Will se heló.

—¿Dónde estás?

—Congelándome el culo en la puerta principal esperando a que me dejes entrar.

El cerebro de Will iba a cámara lenta.

—Tú... ¿Estás abajo?

—¿No es eso lo que acabo de decir? He comprobado que estoy en el edificio correcto. Pero si me dejas mucho más tiempo aquí, algo de vital importancia va a congelarse y a caerse, así que, por tu propio interés, te conviene bajar adonde estoy y abrirme la jodida puerta.

—De camino. —Will colgó. No se molestó en ponerse las botas, sino que cogió las llaves y corrió hasta la puerta del apartamento. Bajó las escaleras casi volando y cuando alcanzó el vestíbulo, su corazón se paró un segundo al ver a Aiden al otro lado de la puerta de cristal con una bolsa colgando del hombro.

«Gracias, Dios».

Abrió la puerta y prácticamente arrastró a Aiden al interior. Unos labios gélidos se encontraron con los suyos y Will gritó cuando Aiden deslizó una mano helada bajo la cinturilla de sus vaqueros.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí fuera?

—El Uber me dejó hace diez minutos, más o menos. Llevo vagabundeando por aquí desde entonces, buscando tu edificio. Este sitio es enorme.

Will enroscó los brazos en su cuello y le besó, sin importarle quién pudiera verlos. Una oleada de aplausos llevó una sonrisa a los labios de Aiden.

—A lo mejor, deberíamos vender entradas —murmuró.

Will le cogió de la mano y le arrastró escaleras arriba.

—¿Qué ha pasado con la ruta guiada? —dijo Aiden—. ¿No tengo derecho a ver dónde vives?

—Sí. Por la mañana.

Aiden rio.

—¿Ansioso, a lo mejor?

Will no contestó, sino que siguió tirando de él a través del pasillo.

—Este es el mío. —Abrió la puerta de su apartamento y entraron. Una vez la cerró con llave, no vaciló. Empotró a Aiden contra la pared y le besó apasionadamente, inmovilizándolo con su cuerpo. Aiden enroscó los brazos en su cuello, invadiéndolo con la lengua, y ambos gimieron y gruñeron.

—Supongo que te gusta mi sorpresa —murmuró Aiden, liberando sus labios para besarle el cuello.

—¿Cómo...? ¿Cómo has venido aquí?

—He salido del colegio dos minutos después de que sonara la campana. Conseguí llegar al aeropuerto en quince. Tenía una reserva en el vuelo de las cinco y veinte. Llegué aquí a las nueve. —Rio roncamente—. Y soy todo tuyo hasta las seis y media del domingo, que es cuando vuelo de vuelta a casa, así que aprovéchame.

Will sonrió abiertamente.

—Realmente no quieres que te lleve a ver las vistas mañana, ¿verdad?

Aiden le apretó contra él.

—Lo único que quiero ver son estas cuatro paredes —susurró, y su aliento le hizo cosquillas en el cuello—. Ahora, ¿qué tal si me muestras cuál de estas puertas lleva a tu dormitorio?

—Pasado el baño gira a la derecha.

Aiden cogió a Will en brazos.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?



—Este parece un buen sitio para vivir —murmuró Aiden, removiendo el pelo de Will con su aliento. Estaban acurrucados bajo el edredón, su torso apretado contra la espalda de Will y su brazo enroscado en su cintura. Apoyó la mano sobre su pecho y Will la cubrió con la suya.

Aiden no tenía ni idea de qué hora era. Solo sabía que ambos parecían empecinados en recuperar el tiempo perdido... y todas sus posibilidades. En ese momentos, dudaba de que quedara una gota de semen en sus cuerpos.

—Lo es —dijo Will tras un momento de silencio—. Algo que agradezco, porque voy a vivir aquí durante un buen tiempo. Como... siete años. —Aiden alargó el brazo para encender la lamparita y Will parpadeó cuando la luz inundó el compacto dormitorio—. ¿Eso es por algo que he dicho?

—Sí. Bueno, algo que escribiste en un mensaje la semana pasada, en realidad.

Will se giró para mirarle a la cara.

—Tendrás que recordármelo.
—Estabas hablando de tu Máster. ¿Ya has enviado la solicitud?
—Eso es lo que mi padre me preguntó ayer. Está en mi Lista de cosas pendientes para hacer este fin de semana.
Aiden suspiró de alivio.
—Esperaba que fuera así.
Will le miró desconcertado.
—¿A qué te refieres? —Hizo una pausa—. Sabes que no podré llegar hasta donde quiero sin seguir estudiando, ¿verdad?
Aiden sonrió.
—Lo sé. Y no estoy aquí para intentar convencerte de que no lo solicites. —Acarició su hombro—. Estoy aquí para sugerirte una alternativa.



Will parpadeó.
—Considérame interesado. ¿Qué alternativa?
Aiden se incorporó y se sentó, inclinándose contra las almohadas.
—Entiendo por qué querías quedarte aquí. Tu familia está cerca, después de todo. Pero... También está la Universidad de Wisconsin-Madison. —Will abrió la boca para hablar, pero Aiden alzó una mano—. Solo, escúchame, ¿de acuerdo? He investigado mucho esto. La UW-Madison es el buque insignia de nuestro Estado, y cuenta con un enorme y arraigado departamento de astrofísicas.
—¿Y cómo sabes tú eso? —le provocó Will.
Aiden puso los ojos en blanco.
—Vaya, no tengo ni idea. A lo mejor, porque sé leer, ¿tal vez? También posee un saludable número de facultativos, sin mencionar las amplias oportunidades de investigación y los considerables recursos dedicados a su campo de estudio. Además, su Centro de ciencias e ingeniería espacial y el Departamento de astronomía tienen muy buena reputación gracias a varias de sus investigaciones en diversas áreas de astrofísica. —Aiden inclinó la cabeza a un lado—. ¿Sabías que de cuatro mil seiscientas sesenta y cinco instituciones de Estados Unidos, solo ciento cuarenta y seis están catalogadas como R1 por su actividad investigadora? Esa es la valoración más alta de la Fundación Carnegie. Y en Wisconsin, ambas, Madison y Milwaukee, tienen el estatus de R1.
Will sonrió.
—Has hecho tus deberes, ¿eh? Odio tener que decírtelo, pero la Universidad de Minnesota también tiene el estatus de R1. Esa es la razón por la que tenía pensado continuar mis estudios aquí.
—Lo sé. Pero voy a añadir un detalle de crucial importancia que puede que te convenza para solicitar Madison.
—¿Y cuál es?

Aiden le miró a los ojos.

—Según Google Maps, la UW-Madison está a una hora y veintidós minutos de la puerta de mi casa. Esa es la ruta más rápida, en todo caso. Y lo mires como lo mires, eso es muchísimo mejor que cinco horas y pico.

El pulso de Will se aceleró.

«No jodas».

Aiden envolvió la mano de Will entre las suyas.

—No te estoy pidiendo que te plantees estudiar el Máster y el Doctorado en una institución de reputación inferior. Madison, definitivamente, está ahí arriba con las mejores.

Estaba predicando en el desierto. Will ya había llevado a cabo su propia investigación.

—Entonces, ¿por que—.

—Te estoy pidiendo que te lo plantees por razones puramente egoístas —le cortó Aiden—. Creo que no estoy hecho para relaciones a larga distancia. Y aunque cinco horas en coche no parecen demasiado, lo serán cuando incluyamos factores como tus estudios y mi trabajo. —Le miró en silencio unos segundos—. ¿Qué me dices de ti? ¿Estás hecho para relaciones a larga distancia?

Will ni siquiera tuvo que pensarlo.

—No, no lo creo.

Aiden cuadró los hombros.

—¿Mi último argumento? En Madison hay institutos por todas partes, lo creas o no. Si surge una vacante a la que pueda aspirar, será mejor que me creas cuando te digo que mi solicitud estará abriéndose camino hacia allí antes de que puedas terminar de decir Jack Robinson. —Aiden frunció el ceño—. Y ya que estamos en ello, ¿quién cojones es Jack Robinson?

Will miró sus manos entrelazadas.

«Estaría a menos de noventa minutos de distancia».

«Podríamos vernos todos los fines de semana. Joder, incluso entre semana».

«Incluso estaría dispuesto a cambiar de instituto para estar más cerca de mí».

En realidad, la respuesta era obvia.

Luego, la lógica hizo su aparición.

Se aclaró la garganta.

—Eso es, asumiendo que pueda obtener una plaza. Es realmente difícil entrar en Madison. La tasa de aceptación para un Máster es solo del veinticinco por ciento.

Los ojos de Aiden relucieron.

—Así que ya lo habías considerado.

—¿A lo mejor? Además, estamos hablando de sacar un 1500 en el GRE.

—¿Y vas por el buen camino para lograrlo? —Aiden no rompió el contacto visual.

—Sí, eso creo. Pero estoy convencido de que la fecha para aceptar solicitudes ya ha pasado.

—Entonces, solicítalo para otoño de dos mil veinticuatro y te encontraremos un trabajo mientras tanto, preferiblemente relacionado con tu campo. Por cierto, a Madison le gusta la idea de que sus alumnos de Máster vengan de otras instituciones. Lo consideran una forma de ampliar el bagaje intelectual de sus estudiantes, ayudándolos a crecer como científicos y como seres humanos. —Aiden sonrió de par en par—. Lo he leído en algún sitio.

Will negó lentamente con la cabeza.

—Tienes respuestas para todo, ¿verdad?

Aiden arqueó las cejas.

—Tengo un enorme incentivo. Lo estoy mirando ahora mismo. —Agitó un dedo en el aire—. Ven aquí.

Will se incorporó y avanzó por la cama para sentarse a horcajadas sobre su regazo. Aiden envolvió su cuello entre las manos y le atrajo hacia él para un lento y tierno beso. Luego, sus frentes se encontraron de esa forma que tanto adoraba Will.

—Puedes hacerlo —murmuró—. Y estaré contigo a cada paso.

—Sabes elegir el momento para tener conversaciones profundas —observó Will.

Aiden miró hacia la ventana.

—Aún está oscuro ahí fuera. ¿Qué te parece si nos metemos bajo el edredón y dormimos un poco?

Will estaba demasiado excitado para dormir.

—Tengo una idea mejor.



12 de febrero, Domingo

Aiden comprobó el móvil.

—El Uber llegará en tres minutos. —No quería irse. No tener que compartir a Will con nadie era increíble.

«Si esta es una pequeña cata de lo que podría ser la vida con él, que me traigan el menú entero».

—Te veré en Pascua —confirmó Will—. Después de eso...

—Lo sé. A prepararse a toda marcha para tus exámenes.

—¿Vendrás a mi graduación? Será el trece de mayo en el estadio de Huntington Bank.

Los ojos de Aiden relucieron.

—Allí estaré. Seré el que lleve una pancarta enorme.

Will le miró horrorizado.

—¿Qué pancarta?

—Me estoy quedando contigo. —Sonrió—. Además, probablemente no me dejarían pasar al Estadio con una pancarta que dijese: “¡Lo conseguiste! Te has graduado. Ahora eres listo y esas cosas”.

Will entornó la mirada hacia él.

—Espero que te estés quedando conmigo.

—Sí, preferiría quedarme contigo. Con algo de ti, al menos.

Will hizo un gesto de desesperación.

—¿En serio? ¿Después de todo el tiempo que hemos pasado en la cama este fin de semana?

—No te olvides del sofá. De la ducha. La encimera.

Will resopló.

—No olvidaré esa última, eso te lo aseguro.

—Oye, ¿quién iba a saber que el lubricante convertiría una superficie en algo tan resbaladizo?

Will le miró boquiabierto.

—¿Hola? ¿Es lubricante? Es, literalmente, lo que hace.

Aiden contuvo la risa.

—¿Qué tal el moratón?

—Oh, confía en mí, si no tuvieses que irte, seguirías besándolo hasta que hubiese desaparecido.

—Y si no estuvieses tan falto de sueño porque nos hemos pasado cada minuto disponible de este fin de semana follando, te habrías dado cuenta de que no necesitabas preguntarme si asistiría a tu graduación. Porque Becca también se gradúa, ¿recuerdas?

Will rio suavemente.

—Creo que ninguno de los dos somos sus personas favoritas ahora mismo. Primero, la colgué porque me llamabas, y luego, se enteró de que ni siquiera le dijiste que estabas aquí.

Aiden rio.

—Sí, estaba muy cabreada. Ya se le pasará. Supongo que Kristen ayudará.

Un coche aparcó frente a la puerta.

«Mierda».

Aiden envolvió a Will en un último abrazo.

—Nos vemos en Pascua.

Will rio.

—¿No debería ser: “Nos vemos esta noche”?

Las llamadas tendrían que bastar hasta que pudiera tener al hombre en carne y hueso.

Will reclamó sus labios una última vez y Aiden derramó todo el amor que sentía en ese beso. Luego, cruzó la puerta en dirección al coche que esperaba a la entrada.

Mayo se iba a hacer esperar.

CAPÍTULO 28



Aiden y Will lo hacen de nuevo

13 de mayo, Sábado

Will tuvo que admitirlo: Kristen había anotado un tanto.

—Este sitio es increíble. —Había leído sobre el restaurante Owamni del Chef Sioux, pero nunca se había aventurado a entrar. El menú indígena, con sus tacos de alce, pato estofado, bison y sopa de nueces no se parecía a nada de lo que hubiese probado antes, y había esperado ansioso la llegada de la comida.

No le había decepcionado. Había sido sublime.

La compañía tampoco estaba nada mal, especialmente el atractivo hombre sentado a su lado. Porque ¿Aiden en traje?

Tremendo.

El rostro de Kristen se iluminó.

—No sabéis cuánto me alegro de haber reservado este sitio hace meses.

El lugar estaba inundado de recién graduados con sus familias, pero Will advirtió que su pequeño grupo era el que más asistentes tenía. El restaurante había tenido que unir dos mesas para acomodar a los once comensales.

«Tres familias reunidas en torno a una alargada mesa». Y todos estaba hablando como poseídos. Sus padres y los de Aiden habían conectado casi instantáneamente. Los padres de Kristen —Roger y Fliss—, habían congeniado muy bien con Carl y Louise, y, por los retazos de conversación que le llegaban, parecía que las dos madres estaban inmersas en la organización de la boda.

Carl le pilló mirándolas y rio.

—Y con eso hemos perdido a Louise por un tiempo.

—Lo he oído —dijo Louise entornando la mirada hacia él. Luego, volvió de inmediato a su conversación con Fliss.

—Pasé por esto cuando se casó nuestra hija Dee —intervino su padre, riendo disimuladamente—. Te compadezco.

Carl parpadeó.

—¿Insinúas que va a peor?

Su padre soltó una carcajada.

—Oh, mucho, mucho peor. Te quedan unas cuantas semanas por delante. Pero ¿el alivio cuando se acabe? —Sonrió de par en par—. Adorarás esa parte.

—Vaya, esto me gusta. —Su madre miró la carta y leyó—: “Nuestro objetivo es servir alimentos para honrar a las personas cuya tierra pisamos, una tierra conocida como Mni Sota Makoce, la Tierra donde las Aguas reflejan las Nubes”. —Sonrió—. Es precioso.

Su padre asintió.

Ethan sonrió de par en par.

—Bueno, esta es la primera vez que entro en un restaurante en el que no sirven cerdo, pollo o ternera, y ¿sabéis qué? No los he echado de menos. Ese taco de bison estaba cojonudo. Todo el menú, para ser justos. Creo que esta es nuestra recompensa por mantenernos sentados y callados durante todo el discurso del senador.

Su padre hizo un gesto de desesperación.

—Es una ceremonia de graduación. ¿Qué esperabas? ¿Que proyectaran una película?

—No, pero unas palomitas habrían estado bien —dijo Ethan.

Eso le granjeó unas cuantas risas.

—Nadie dijo que tenías que venir, ¿sabes? —comentó Will.

Los ojos de su hermano relucieron.

—¿Qué? ¿Y perderme a mi hermanito vestido con toga y birrete?

Will gesticuló: “Gracias”

Aiden estaba sentado a su lado y, cada vez que podían, entrelazaban las manos bajo la mesa. Will se inclinó hacia él.

—Gracias por no traer ninguna pancarta.

Aiden rio.

—De nada.

Will contempló a sus familias.

—Cualquiera pensaría que se conocen de toda la vida.

—Y tendrás la oportunidad de verlos de nuevo en julio. —Aiden alzó la voz y añadió—: ¿No es así, Becca?

Ella gruñó.

—Por favor, no más hablar de boda, ¿de acuerdo? Ya estoy lo suficientemente estresada de por sí.

Louise la miró con la boca abierta de par en par.

—¿Que tú estás estresada? ¿Y qué es lo que te estresa tanto, exactamente? ¿Estás organizando las flores? ¿El cáterin? ¿La imprenta? ¿La banda de música? Oh, espera un minuto; no, no lo estás, porque lo estoy haciendo yo.

—No dejes que te engañe —sonrió Carl—. Está disfrutando cada segundo de ello.

Louise se ruborizó y Becca rio.

—Te ha pillado, mamá —dijo. Luego miró a Aiden y a Will, y de nuevo a su madre—. Pero dado que te estás molestando tanto en organizar todo esto, siempre podríamos convertirlo en una doble boda. —Sonrió con malicia—. ¿Por qué tendría que ser yo la única en sufrir?

Will negó lentamente con la cabeza.

—¿Otra vez con eso? Eres persistente, lo reconozco. —Sus palabras le habían acelerado el pulso.

«Lo ha dicho justo en el momento oportuno».

—Pero es una idea muy práctica —dijo Louise—. Todo está reservado. Lo único que tendrías que hacer sería invitar a tu familia, Will. Y aparecer. La boda más sencilla del mundo.

Becca le sonrió diabólicamente.

—Sí. Aiden ya tiene su traje y todo. Esperaba convertirlo en una de mis damas de honor, pero el vestido no le servía.

—Tampoco era su color —añadió Kristen.

Su padre lanzó a Will una jocosa mirada y Will puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, tienes razón. No eres tan malo como ellas.

El rostro de su padre se iluminó.

—Gracias. —Hizo una pausa. Luego, sus ojos relucieron y añadió—: Aunque Louise tiene algo de razón.

Will le fulminó con la mirada, aunque su corazón se había acelerado aún más.

Aiden se inclinó hacia él y susurró:

—¿Sea lo que sea lo que diga ahora? Sígueme la corriente.

Will parpadeó. Tenía su propia agenda y esperaba que Aiden no la arruinara.

Aiden se aclaró la garganta.

—Lo siento, mamá, pero es imposible que Will y yo podamos casarnos en julio.

Todo el mundo dejó de hablar y nueve cabezas se giraron en su dirección.

«¿Qué estás tramando, Aiden?». No girarse también hacia él le exigió un esfuerzo enorme.

Louise le miró fijamente.

—¿Por qué no?

—Porque nos casamos el mes pasado.

Will tuvo que morderse la lengua.

—¿Es eso cierto? —le preguntó su madre, y Will odió su consternada expresión.

—¿Dónde? —demandó Louise, antes de que pudiera contestar la pregunta anterior.

—En el palacio de justicia de Minneapolis —dijo Aiden.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así! —aulló ella.

Carl apretó su brazo.

—¿Cariño? Estás asustando a la gente. Puede que quieras recordar que estamos en un lugar público.

Ella parpadeó.

—¿Qué? Ah, cierto. —Se inclinó hacia delante, sosteniendo la mirada de Aiden—. ¿Te has casado sin invitar a tu familia? ¿Sin siquiera decírnoslo?

Aiden se encogió de hombros.

—Nos hicimos fotos. Podéis verlas, si queréis.

Will estaba empezando a ver el lado gracioso de todo esto.

—Fue una ceremonia encantadora —siguió Aiden con una sonrisa—. Midnight llevó los anillos. —Aiden apretó su mano y Will tosió.

Louise le miró ojiplática.

—¿Qué?

—¿Cómo conseguiste que hiciera eso? —preguntó Becca.

Aiden sonrió orgulloso.

—Hicimos un camino de golosinas para él a lo largo del pasillo hasta el altar.

Carl estalló en una carcajada.

—Por un minuto, me lo había tragado, pero esa última parte te ha delatado. —Sus ojos relucieron—. Buena broma, hijo. En serio, un diez por el esfuerzo. Casi tan buena como las mías.

Becca y Kristen aplaudieron y Aiden hizo una pequeña reverencia.

Louise se hundió en el asiento con evidente alivio.

—Acabas de inventarte eso, ¿verdad?

Aiden rio.

—Oh, mamá... Tu cara...

Su padre rio.

—Ha sido buena. —Miró a Carl—. Recuérdame después que te pregunte algo sobre esas bromas tuyas.

Carl sonrió.

—Claro.

Will miró a su padre y luego, fulminó a Aiden con la mirada.

—Mira lo que has hecho.

—Aún no sé por qué os parece una idea tan descabellada —protestó Louise.

«Ahora».

—Por supuesto, tu madre tiene razón, ¿sabes? —anunció Will con el corazón desbocado.

Aiden giró la cabeza de golpe hacia él.

—¿Sobre qué?

Will se las apañó para encogerse de hombros.

—Es práctico. Como ha dicho, el salón está reservado—.

—Todo está reservado —intervino Louise.

—Y estaré allí de igual forma. ¿Verdad, Becca?

Ella asintió, sonriente y dijo:

—Tú también tienes el traje preparado, Will.

«Buena chica. Justo como lo habíamos planeado».

Aiden se quedó completamente inmóvil.

El momento de la verdad.

Will sacó la cajita de su bolsillo, la abrió y se arrodilló ante él, mirándole a los ojos.

Louise lanzó un gritito y todos los comensales del restaurante giraron las cabezas en dirección a su mesa.

«Ignóralos».

Will inhaló una enorme bocanada de aire.

—¿Quieres—.

Aiden dio un respingo.

—No me lo puedo creer.

No eran, exactamente, las palabras que había querido oír, pero—.

Cuando Aiden sacó una cajita similar, se heló.

Oh. Dios. Santo.

—Tenéis que estar de coña —rio Becca.

—Oye, esa es mi frase —replicó Will.

Becca se levantó y avanzó hacia ellos.

—Vosotros dos... ¿Lo habéis vuelto a hacer?

—Si dejases de interrumpirme, podría terminar esto y ponerme en pie —se quejó Will.

—Permíteme. —Aiden ayudó a Will a levantarse, sonriendo de par en par—. Supongo que las grandes mentes realmente piensan igual. Así que ¿cuál de los dos pregunta primero?

Will rio.

—¿Crees que podríamos hacerlo simultáneamente? —Miró a los ahora enmudecidos ocupantes del restaurante. Todas las miradas estaban enfocadas en ellos—. Necesitamos hacer algo. Este sitio se ha quedado jodidamente silencioso.

Aiden contempló la alianza de oro que Will sostuvo ante él.

—Al menos, los anillos son diferentes.

Will rio disimuladamente.

—Tú has ido a por oro blanco y yo he elegido oro rosa. Aparentemente, sienta bien a los pelirrojos.

—Bueno, ¡que uno de los dos haga la maldita pregunta! —soltó Ethan—. Si no, nunca

llegaremos a la parte del champán.

Will se irguió.

—He solicitado Madison. Tengo la entrevista la semana que viene. —Sonrió de par en par—. Supongo que será mejor que cambie mi estatus en los papeles.

Los ojos de Aiden se agrandaron. Dejó la cajita sobre la mesa, Will le imitó, y al segundo siguiente estaban abrazados, besándose bajo un entusiasmado aplauso que empezó con sus familias y se intensificó al acompañarse con el de todos los comensales y camareros del local.

—Te quiero mucho —murmuró Aiden.

—Yo te quiero más —susurró Will. Luego, sonrió ampliamente—. ¿Podemos ponernos los anillos ahora?

—Olvidaros de los anillos —dijo su madre—. Quiero oírte hacer la pregunta.

Will miró a Aiden a los ojos.

—Cásate conmigo.

Aiden sonrió.

—Pensé que no me lo pedirías nunca. —Luego, se besaron, y el aplauso empezó de nuevo, aumentando en intensidad mientras se intercambiaban los anillos.

Las lágrimas se derramaban por las mejillas de Becca, que abrazó a Kristen, similarmente afectada. Su madre y su padre también tenían los ojos humedecidos e Ethan no podía parar de sonreír. Los padres de Kristen aplaudieron con los demás, ambos aparentemente deleitados con la situación.

—¿Acaso no os había dicho que era una gran idea? —Louise se limpió los ojos.

Will besó a Aiden una vez más antes de retomar sus asientos, casi mareado de alegría.

—Me has dado un susto de muerte. Becca sabía que me iba a declarar. Por eso ha hecho el comentario sobre la boda doble, para darme una entrada. Y en ese momento, decides gastar una broma. —Hizo un gesto de desesperación—. Tu sincronización apesta.

Aiden rio.

—Lo siento. —Hizo una pausa—. *Nah*, eso es mentira. No lo siento en absoluto. Porque esa era mi entrada para declararme a ti. —Bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas—. Será mejor que empiece a buscar trabajo en Madison. Puede que pase un tiempo hasta que salga algo, así que tendremos que ser pacientes.

—Pero encontrarás uno —dijo Will con absoluta confianza—. Porque es como dijiste, estarás ahí conmigo a cada paso del camino. Y confío en que hagas exactamente eso.

—Oye, ¿no nos merecemos algo de reconocimiento? —Becca pasó el brazo por la cintura de Kristen—. Después de todo, vamos a compartir nuestro gran día con vosotros.

Will rio.

—Créeme, nadie nos mirará; no, contigo en ese impresionante vestido.

—Necesitáis una Lista de cosas pendientes —dijo su madre.

—Y por encima de todo, la licencia de matrimonio —añadió su padre—. No os olvidéis del apartado legal.

Will sonrió.

—Tenemos setenta días. Tiempo suficiente.

Louise rio por lo bajo.

—¿Setenta días? ¡Julio estará aquí antes de que os deis cuenta! De acuerdo, lo que necesitamos hacer es...

Su voz se fundió con el ruido de fondo mientras Will miraba al hombre que iba a convertirse en su marido en poco más de dos meses.

«No sé cómo debería sentirme».

Su estómago se retorció de excitación como... como... algo que se retuerce de excitación. Y su corazón latía como un loco, especialmente cuando sonreía y...

Y cada vez que miraba a Aiden.

«¿Es demasiado pronto para casarme con él?».

¿Quién podría contestarlo? Había oído de gente que se había casado a la semana de conocerse y décadas más tarde su relación seguía igual de fuerte.

«Quiero eso. Hoy y todos los días».

Will no era tan naive como para pensar que no surgirían problemas por el camino. Recordaba algunas de las discusiones de sus padres; pero tras cada reconciliación, su vínculo se había hecho más fuerte, más profundo, más consistente.

¿Setenta días? En el gran esquema de las cosas, no era nada, pero cada una de esas horas parecería una eternidad hasta que estuviera de pie al lado de Aiden pronunciando esas dos importantes palabras.

Sí, quiero.

CAPÍTULO 29



Will echa el lazo a Aiden... y viceversa

22 de julio, Sábado

Will se despertó al aroma de café recién hecho. Carl estaba de pie al lado de su cama, sosteniendo una taza. Sonrió al dejarla sobre la mesilla de noche.

—Despierta, bello durmiente. Hoy vas a casarte y hace una mañana estupenda.

—¿Ya se ha despertado Becca? —preguntó Will mientras se impulsaba con una mano para incorporarse.

Carl rio.

—Si fuese por Louise, Becca ya estaría dentro de su vestido de novia. No, ha ido a la peluquería. Al menos, ese era el plan.

Will dio un sorbo al café.

—Maldita sea. Quería hacerme las uñas. Supongo que ya es demasiado tarde. —Carl parpadeó y Will rio—. Estoy de coña. —Su móvil vibró sobre la mesilla y miró la pantalla.

AIDEN: ¿Aún quieres casarte conmigo?

Sonrió.

—Es Aiden.

—Y esa es mi señal para marcharme. Dile que no llegue tarde. Por cierto, el desayuno no tardará mucho. —Carl abandonó la habitación.

Will se acurrucó bajo el edredón y pulsó “Llamar”.

—Hola —saludó.

—Hola a ti también —dijo Aiden.

—¿Qué estás haciendo?

—Intentando atar la pajarita a Midnight, pero no está cooperando.

Will apoyó la cabeza sobre una mano.

—Uno, es porque prefiere jugar con hilos, cordones, la cuerda de las cortinas... podría seguir, y dos... ¿en serio?

Aiden rio burlonamente.

—¿Siempre vas a ser tan inocente? Porque es adorable.

—¿Se lo va a quedar Carol?

—Sí, ¿por qué? No creerías que vendría a la boda, ¿verdad?

Will sonrió.

—De ti, no me habría extrañado.

Silencio.

—¿Aiden? ¿Va todo bien?

—¿Estás tan nervioso como yo?

Will se heló.

—¿Estás nervioso?

—¿Tú no?

Se incorporó en la cama y dio otro sorbo al café.

—¿Por qué debería estarlo? Solo voy a aparecer y a decir: “Sí, quiero”. —Hizo una pausa—. No te estás arrepintiendo, ¿verdad?

—Joder, no. Solo estoy esperando a ver qué calamidad nos depara el día.

—¿Cómo qué?

—Oh, no lo sé. Una tubería que estalla en el salón y empapa a todos los invitados de agua turbia y maloliente que llevaba años atascada en las cañerías. Ethan olvida los anillos. El pastel de boda es un desastre. Hay un simulacro de incendio en mitad de nuestros votos. Mi madre lleva unos zapatos ridículamente altos, se cae y se rompe el tobillo...

Will rio.

—Vaya. Te has dejado a los cuatro jinetes del Apocalipsis.

El suspiro de Aiden inundó sus oídos.

—Estoy pensando demasiado, ¿verdad?

—Ehhh, ¿sí? —Will se relajó. Podía lidiar con eso—. Espera... Vuelve a la parte de nuestros votos. Has escrito los tuyos, ¿verdad?

Silencio de nuevo.

—¿Aiden? Te lo mencioné hace dos semanas.

—Tú has escrito los tuyos, ¿verdad?

—Obvio.

Otro suspiro.

—Necesito colgar. Tengo unos deberes que hacer.

—Te veré allí. —Will rio—. Seré el que esté esperando un beso en el que va a ser el día más feliz de mi vida.

—El mío también. Te quiero.

—Yo también te quiero. Ahora, ve a escribir tus votos y asegúrate de que sean mejores que lo que querías poner en la pancarta que tenías pensado llevar a mi graduación.

—Claro, añade presión. —Aiden colgó.

Habían sido un par de meses caóticos. La mayor parte de sus pertenencias estaban en cajas, almacenadas en el garaje de Carl y Louise. Will había estado viviendo en el apartamento de Aiden hasta que Louise insistió en que pasara la noche previa a la boda en su casa. Kristen y su familia estaban alojados en el Pfister, cortesía de Louise, que también había reservado unas habitaciones para sus padres, Ethan y Marley, Dee y Gavin, y Emma. Ethan repartía su tiempo entre sus obligaciones como padrino y su papel de padre primerizo. La boda era el primer evento de Marley desde que dio a luz a Jasmine, su preciosa sobrina, y había solicitado un asiento cerca de la salida, por si el bebé se despertaba y decidía participar vocalmente en los acontecimientos.

Y a pesar de que la vida era un poco caótica...

«Una vez nos casemos, será más caótica aún».

Al menos, hasta que se mudara a Madison en otoño. Aiden ya estaba buscando una vacante, pero siempre cabía la posibilidad de que tuviesen que estar apartados por un tiempo.

Will también podría lidiar con ello. Esa separación no duraría eternamente.

Un golpe en la puerta le sobresaltó.

—¿Estás decente?

—¿Por qué empezar a llamar ahora? —Sonrió—. Entra, Becca.

Becca tenía un aspecto encantador, embutida en un pijama rojo cubierto por esponjosas ovejas blancas.

—Buenos días.

—Pensé que estabas en la peluquería.

Ella puso los ojos en blanco.

—Will, son las siete y media de la mañana. La boda no será hasta las dos. No voy a empezar a prepararme con tanta antelación. —Se sentó sobre la cama—. No sé tú, pero yo estoy excitada.

—Yo también. —Will envolvió la taza con las manos—. Es extraño cómo han resultado las cosas, ¿eh?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, todo empezó con nosotros pretendiendo estar prometidos. Y ahora, voy a ser tu cuñado.

Ella rio por lo bajo.

—Sigo olvidándome de esa parte —murmuró. Will dejó la taza sobre la mesa y, tras soltarla, Becca le cogió de la muñeca—. Gracias, Will.

—¿Por qué?

—¿Por aguantarme? Te metí en un jaleo enorme y nada de esto habría pasado si hubiese tenido el valor de decir la verdad a mi madre.

—Espera un segundo. Sí, nada de esto habría pasado, lo que implica que jamás habría conocido a Aiden.

Ella sonrió.

—Adoro la cara que pones cuando hablas de él. Pareces prendado, ¿sabes? Como un cachorrito enamorado.

—No tienes que describirla. Veo la misma expresión cuando hablas de Kristen.

Becca miró su traje, que colgaba de la puerta del armario.

—Aiden dice que estás organizando la luna de miel. ¿Dónde vais a ir?

Sonrió de par en par.

—No-no. Es un secreto y va a seguir siéndolo.

Becca se dejó caer de espaldas sobre la cama y clavó la mirada en el techo.

—No puedo creer que Roger y Fliss nos hayan regalado una semana en Cancún. Sol, mar, arena y—.

—Sí, ya sé la última parte —la cortó conteniendo la risa.

—¡El desayuno! —gritó Louise desde la planta de abajo.

Becca hizo una mueca.

—Estoy demasiado nerviosa para comer.

—Pero vas a hacerlo, porque no queremos que te desmayes delante de todos.

Becca se incorporó hasta sentarse en la cama y, para su sorpresa, le dio un abrazo.

—Te quiero, lo sabes, ¿verdad?

Will la besó en la mejilla.

—Por supuesto que lo sé. Casi te casas conmigo.



Aiden miró una última vez su reflejo en el espejo. Recordó el comentario que había hecho su madre sobre su pelo y sonrió.

«Como si fuera a cortármelo. Will adora mi pelo». Especialmente, adoraba aferrarse a él cuando enterraba la polla en su culo.

Esa imagen fue suficiente para provocar una reacción, y Aiden bajó la mirada a su entrepierna.

—Oh, no, no puedes. No voy a caminar hasta el altar con una erección.

La tos de su padre le sobresaltó y comenzó a sentir sus mejillas ardiendo.

—¿Sabes? Hablar contigo mismo es el primer síntoma de locura —observó su padre, mirando su reflejo en el espejo.

Aiden rio.

—Te equivocas. El primer síntoma es cuando oyes una voz respondiéndote.

Su padre avanzó hasta él y paró a su espalda. Apoyó las manos sobre sus hombros.

—¿Te he dicho lo honrado que estoy por que me hayas pedido que sea tu padrino?

Aiden sonrió burlonamente.

—Sí, papá. Solo un millón de veces.

—Aún sigo pensando que deberías haberme dejado organizarte una despedida de soltero.

Aiden arqueó las cejas.

—Ya tuve una, ¿recuerdas? Will iba a casarse con mi hermana por aquella época, pero sigue contando, ¿no?

Y a pesar de que había sido la despedida de soltero más aburrida del mundo, fue una noche que jamás olvidaría. En ese momento, las piezas encajaron y, finalmente, todo empezó a cobrar sentido.

Y quemaron las sábanas hasta la madrugada.

Su padre se encogió de hombros.

—Supongo que Will se siente igual. Tampoco ha tenido una.

Aiden esperaba que sus planes para la noche de bodas compensaran eso. Se había volcado en crear una atmósfera romántica: jacuzzi, pétalos de rosa sobre la cama, champán en una cubitera, chocolatinas sobre la almohada...

Y varios botes de lubricante en la mesilla.

«Oye, el lubricante es romántico, ¿no?».

Aún estaba muriéndose por saber adónde irían al día siguiente. Will había sido bastante hermético con respecto a la luna de miel.

«Sé sincero. ¿Cambiarías algo de Will?».

Ni siquiera tuvo que pensarlo. Aiden no cambiaría una maldita cosa.

La puerta se abrió y Becca entró en la habitación.

—Estás preparado. Gracias a Dios.

—¿Y qué significa eso?

Sus maravillosos labios rojos vibraron intentando contener la risa.

—¿Por qué siempre salíamos tarde de casa cuando nos íbamos de vacaciones? ¿Ehhh? Ah, sí. Estábamos esperándote.

Su padre les miró severamente.

—Y esa es la gota que colma el vaso. Hoy, más que nunca, ¿podríais dejar de picaros, por favor? —Contempló a Becca—. Deja que te vea.

Becca giró sobre sí misma, sujetando la cola de su vestido. Aiden tenía que admitirlo, el vestido era deslumbrante, y realzaba la esbelta figura de su hermana. Ese corpiño de encaje de un intenso rojo merecía una ovación, y el lazo de terciopelo que caía a su espalda era perfecto. El velo de gasa colgaba de su magnífico peinado, decorado con pequeñas flores.

Aiden no tenía ni idea de qué era lo que mantenía todo en su sitio, pero apostaba por pegamento Imedio.

Su padre tragó.

—Estás espectacular.

Becca se ruborizó.

—Si miras más de cerca, verás algunas manchas. Mamá ya ha empezado a llorar. —Alzó la barbilla—. ¿Creéis que Kristen se caerá de culo al verme?

Su padre resopló.

—Si lo hace, me preocuparía. Caerse con esos tacones tiene que doler.

—Puede llevar botas bajo el vestido, si quiere —dijo Becca—. Nadie lo sabrá nunca.

Su padre abrió los brazos hacia ellos.

—Prometo no estropearos el atuendo, pero ahora mismo, vuestro viejo necesita un abrazo.

Aiden sonrió.

—Este modelito no se estropea. Pero no pises el vestido de Becca.

Su padre les abrazó y luego se apartó, con ojos relucientes.

—Bueno, supongo que será mejor que vaya bajándoos al salón, dado que, por lo visto, hoy hago turno doble.

—Solo asegúrate de que nos dejas en el lado correcto del altar —sonrió Becca—. Si no, puede que realmente termine casándome con Will.

Se oyó un golpe en la puerta.

—Está abierta, Kelly. Entra —dijo Becca.

Kelly entró en la habitación con un aspecto radiante en un vestido largo de satén de un intenso rojo. Portaba el ramo de flores. Al ver a Becca, perdió el aliento.

—Estás espectacular. Aún no me puedo creer que me hayas pedido ser tu dama de honor.

Becca sonrió.

—Era lo menos que podía hacer tras tratarte de forma tan horrible. Y todo ha salido bien. Al menos, no vas a encargarte del menú en esta boda. —Abrió los ojos de par en par—. Mierda. Eso no ha sonado como quería. No quería insinuar que—.

Kelly rio.

—Relájate, Becca. Sé lo que querías decir.

—Hora de irse —dijo su padre.

—Necesitarás esto. —Kelly tendió a Becca su ramo, una amalgama de flores rojas, enormes hojas de un intenso verde y pequeños lazos blancos.

—Ten cuidado cuando lo lances —advirtió Aiden—. Podrías romperle la crisma a alguien.

Becca abrió la boca para responder, pero su padre se le adelantó y dijo:

—Cualquiera diría que vais a casaros.

Abandonaron la habitación en dirección al ascensor que les llevaría a la séptima planta.

Cuando se acercaron al salón, Aiden captó la melodía de un piano saliendo del interior. Ethan estaba de pie frente a la puerta y, al verlos, sonrió.

—Genial. Iré a decir a Will que ya estáis aquí. —Se alejó apresuradamente por el pasillo.

Su padre les guio al interior y Aiden contempló una sala llena de sillas tapizadas de blanco, todas y cada una de ellas ocupadas. Al final de cada hilera, habían colocado un pequeño arreglo floral de rosas y hiedras, sujeto por enormes lazos blancos. El fondo estaba dominado por un altar donde Lisa, la oficiante, les esperaba bajo un elegante arco de madera cubierto por rosas y hiedra. Cuando los vio, sonrió e hizo un gesto a alguien situado a su derecha.

La melodía de piano murió y la marcha nupcial de Mendelssohn ocupó su lugar.

—Me alegro que ambos hayáis elegido algo tradicional —comentó su padre.

Aiden se encogió de hombros.

—Está bien. No es lo que yo habría escogido, pero—.

Becca resopló.

—Cuanto menos digas, mejor.

—¿Por qué? —preguntó su padre—. ¿Qué quería?

Ella puso los ojos en blanco.

—Solo la Marcha imperial de *La guerra de las galaxias*.

—Oye, era la grabación de John Williams y la Filarmónica de Viena —protestó Aiden.

—Odio tener que interrumpiros, pero... —Su padre les lanzó una severa mirada, aunque sus ojos relucían con humor—. Vosotros dos. Seguidme. Ahora.

Caminaron lentamente hacia el altar, Aiden a la izquierda y Becca a la derecha, y todas las cabezas se giraron para mirarlos. Cuando alcanzaron el arco, Becca besó a su padre en la mejilla.

—Gracias por traerme hasta aquí —sonrió.

Su padre la besó en la frente y luego, ocupó su lugar al lado de Aiden. Ethan se les unió, haciéndoles un gesto de asentimiento.

Luego, la música cambió y Aiden giró la cabeza para contemplar a Kristen avanzando hacia ellos bajo el brazo de su padre. Su vestido se parecía al de Glinda de *El mago de Oz*.

«Eso es muchísimo satén». Sonrió para sí. «Sí, podría llevar cualquier cosa ahí debajo».

Luego, su corazón dio un brinco cuando captó la primera imagen de Will, que avanzaba tras ella, vestido con un traje azul oscuro que realzaba su esbelta figura a la perfección.

«Allá vamos».

Aiden ya no estaba nervioso.



Will miró a Aiden a los ojos y sonrió.

—¿Cariño? Te ha pedido que recites los votos.

Aiden tosió y la risa se extendió entre los invitados. Tomó las manos de Will entre las suyas.

—Capturaste mi corazón en el mismo instante en que te conocí, igual que capturaste la atención de todo el mundo. —Sus ojos relucieron—. Por supuesto, en esos momentos estabas

tirado en el suelo tras haber ejecutado el primer vuelo aéreo a través del vestíbulo del Pfister. — Eso provocó un estallido de risas—. Los días que siguieron, no sabía por qué no podía sacarte de mi mente, pero ahora lo sé. —Apretó sus manos—. Eres la pieza que me faltaba. Espero ser la tuya. Porque encajamos. Y prometo hacer todo lo que esté en mi poder para que siga siendo así. —Aiden sonrió—. ¿Tú y yo? Podemos conseguir lo que queramos cuando trabajamos juntos. Incluso podemos alcanzar las estrellas.

Will tragó. Se inclinó hacia él y apoyó la frente contra la suya.

—Te doy una A por ese discurso, profe —susurró.

Aiden hizo una mueca de dolor.

—Esperaba una A+ —se quejó.

Will tosió.

—Después.

Lisa dijo:

—Cuando estés preparado, Will.

Will inspiró profundamente.

—Recientemente, leí algo que resume, exactamente, cómo me siento. —Otra profunda inspiración—. Alguien escribió una vez que enamorarse es una locura transitoria. Irrumpe con la fuerza de un terremoto o un tsunami y luego, desaparece. ¿Y cuando eso pasa? Tienes que tomar una decisión. O bien elegimos darlo por terminado, o podemos seguir juntos porque nuestras vidas se han entrelazado de tal forma que resulta inconcebible que alguna vez puedan volver a separarse. Y en eso consiste, precisamente, el amor. No es esa falta de aire cuando ves a la persona que amas. No es la excitación que sientes cuando estás con ellos. Ni siquiera la... —Sus mejillas comenzaron a arder— necesidad de pasar tus días y tus noches—.

—Sí, creo que todos pillamos esa parte —murmuró Aiden, y una oleada de suaves risas siguió a su comentario.

Will se aclaró la garganta.

—Todas esas cosas simplemente son parte de estar enamorado, y todos hemos pasado por ahí... si hemos sido afortunados. ¿Pero el amor en sí? El amor es lo que queda cuando la sensación de estar enamorado se ha desvanecido. No suena muy excitante. Pero lo es. —Sonrió, sin apartar la mirada de Aiden—. Estoy deseando ver lo que nos queda cuando la pasión se haya extinguido.

—Siempre que no se extinga demasiado pronto —añadió Aiden. Will rio y los invitados se unieron a él—. Ha sido precioso —susurró en su oído.

Will tosió.

—Desafortunadamente, no es mío. Lo he tomado prestado de un libro.

—¿Qué libro?

Sonrió.

—*La mandolina del capitán Corelli*, de Louis de Bernières. Deberías leerlo algún día.

Aiden suspiró.

—Tenías que ser diferente, ¿eh?

Will parpadeó.

—Por supuesto. ¿Me querías de otra forma?

—Joder, no.

Lisa habló de nuevo y el corazón de Will se hinchó cuando intercambiaron los anillos. Y por fin, Lisa les presentó a los allí reunidos como Becca y Kristen Taylor-Braden y Aiden y Will Taylor-Bryant. El aplauso fue ensordecedor y se transformó en risas cuando Kristen inclinó a

Becca hacia el suelo para darle su primer beso de casadas.

Aiden cogió a Will entre sus brazos y Will le fulminó con la mirada.

—Ni siquiera lo pienses.

La única respuesta que obtuvo fue una sonrisa, y luego sintió las manos de Aiden sobre su cara, atrayéndolo hacia el beso más dulce que habían compartido.

«Es mío. Realmente, es mío».

Lo que quiera que les lanzara la vida, lo enfrentarían juntos.



—¿Estás preparado?

Will parpadeó.

—¿Para qué? Está todo hecho salvo el baile que durará hasta medianoche, ¿no?

El DJ estaba preparando su equipo y a su alrededor solo podía oír las risas y las charlas de los invitados.

—Vuestro primer baile juntos —dijo Louise—. ¿Qué música habéis elegido?

Aiden rio.

—Y eso es lo que te estaba preguntando.

Becca sonrió de par en par.

—Kristen y yo hemos ensayado una coreografía.

Carl sonrió.

—No esperaba nada menos de una bailarina. ¿Qué hay de ti, Aiden? ¿Will?

Will miró a Aiden, que esbozó esa perezosa sonrisa que siempre le deshacía antes de decir:

—Nada demasiado elaborado. Solo un baile lento en el que puedo abrazar a mi marido.

Will sonrió de par en par.

—Jamás me cansaré de oír esa palabra.

—Puedo pensar en otras palabras que me gustaría oír ahora mismo. —Aiden sostuvo su mirada—. Como... dónde nos vas a llevar de luna de miel, por ejemplo.

—Ah, sí. Sobre eso.

Aiden se quedó petrificado.

—Vamos a irnos de luna de miel, ¿verdad?

—Sí, pero la primera parte solo durará unos días.

—¿La primera parte? ¿Hay más de una?

Will asintió.

—Mis padres nos han reservado un crucero por el Mediterráneo. Turquía, Grecia y Egipto.

—Sonrió de par en par—. Un crucero gay.

Aiden le miró ojiplático.

—¿En serio? ¿Y cuál es la segunda parte? Porque no creo que pueda superar eso.

—El crucero es la segunda parte. Saldremos la semana que viene. Pero mañana nos he reservado una habitación en un pequeño hotel para pasar un par de noches. El *Country House Resort* en Door County.

Aiden frunció el ceño.

—¿En Wisconsin?

Will asintió.

—Es genial. Tiene un balcón privado con vistas al lago, una bañera de hidromasaje...

—Suenas genial, pero creo que tus padres lo han superado con su contribución.

—Ah, pero aún no he llegado a la mejor parte. Está a veinte minutos en coche del Parque Estatal Newport, y el parte meteorológico dice que las próximas tres noches son perfectas.

Adoró ver cómo cambiaba su expresión, la luz que iluminó sus ojos.

—Supongo que nos llevamos el telescopio. —Aiden le besó—. Es perfecto.

Will contempló los rostros alegres de los invitados. Conocía a la mayor parte de la fiesta de aniversario.

«El día que nos conocimos».

Había unas cuantas caras poco familiares, incluida...

Will contuvo el aliento.

—¿Quién es ese?

Aiden siguió su mirada hasta un hombre alto y fornido de ojos azules.

—No tengo ni idea. ¿No viene de tu parte?

—No. Recordaría esa... cara.

Aiden rio.

—Claro, porque le estás mirando detenidamente a la cara.

—¡No le estoy mirando detenidamente!

Aiden entornó la mirada hacia él.

—Ni siquiera llevamos cinco minutos casados y ya te estoy pillando haciendo ojitos a un semental. Así que tienes debilidad por los músculos, ¿eh? ¿Necesito empezar a hacer pesas? ¿Apuntarme al gimnasio? ¿Contratar a un entrenador personal?

Will le golpeó el brazo.

—No le estoy haciendo ojitos, ¿de acuerdo? Solo ha... captado mi atención, eso es todo.

Aiden rio.

—Puedo ver por qué. Incluso sus músculos tienen músculos. —Luego, sonrió—. Y está pillado, por lo que parece. —Aiden señaló al tipo que estaba a su lado y fue entonces cuando Will advirtió sus manos entrelazadas.

—Bueno, vaya. No somos los únicos gais de esta fiesta. —Hacían una pareja muy atractiva. Sus ojos se encontraron con los de Aiden, que le miraba jovial—. Y para que conste en acta, hay una canción que clava lo que estoy sintiendo ahora mismo. Algo parecido a que solo tengo ojos para ti.

El beso de Aiden fue tierno, afectuoso, dulce, y contenía la promesa de más por llegar.

—Vosotros dos —dijo Louise—. Tenéis el resto de vuestras vidas para besaros. Ahora, es hora de bailar.

Will rio.

—Sí, Louise. —Hizo un gesto de cabeza hacia los dos hombres—. ¿Sabes quiénes son?

Ella escudriñó a la multitud de invitados y luego, su rostro se iluminó.

—Oh, sí. Esos son Daniel y Charlie. Vinieron este fin de semana para visitar a Luke y a Gloria. Cuando Luke se dio cuenta de que había superpuesto eventos en su agenda estuvo a punto de rechazar la invitación a la boda. Le dije que los trajera.

Aiden parpadeó.

—¿Porque son gais?

Ella hizo una mueca.

—Por supuesto que no. Porque están tremendos. —Hizo un gesto de desesperación—. Vuestra tía Deborah pensó que habíamos contratado estríperes y les preguntó cuándo empezaba el espectáculo. —Señaló al hombre fornido—. Ese descarado empezó a desabotonarse la camiseta hasta que Charlie le paró. —Rio burlona—. Luego, aseguró a tu tía que lo harían más tarde los dos juntos. Estoy deseando ver si se atreven. —Miró a la pareja y su rostro se iluminó—. Daniel es bombero aquí, en Milwaukee, y tienen un niño pequeño encantador. Charlie me ha enseñado las fotos. ¡Y tienen petauros! Charlie me ha enseñado una foto de él con los dos animalillos sobre sus hombros. Son una pareja encantadora.

—Vaya, mamá —sonrió Aiden—. Eres un imán para los gais. Dentro de poco estarás ondeando una bandera en el Orgullo.

Sus ojos se agrandaron.

—¡Estoy libre en junio!

Antes de que Will pudiera salir con una respuesta ingeniosa, Louise sonrió a alguien al otro lado del salón y, al segundo siguiente, desapareció.

—¿Quiénes son Luke y Gloria? —preguntó Will.

Aiden rio.

—No tengo ni idea. —Miró a Will—. ¿Necesito traerte un pañuelo?

—¿Para qué?

—Para limpiarte la baba. ¿Voy a descubrir un calendario de bomberos en nuestra nevera el año que viene?

Will sonrió.

—¿Te quejarías?

Los ojos de Aiden relucieron.

—Joder, no.

Lo que fuera a decir después, se perdió cuando el DJ anunció que Becca y Kristen estaban a punto de bailar. El tema de *Single Ladies* de Beyoncé atronó por los altavoces, y Becca y Kristen hicieron una coreografía fenomenal. Sus movimientos estaban pulidos y todo el mundo rodeó la pista, ovacionando y aplaudiendo. Cuando terminaron, el salón casi se vino abajo de la excitación.

Will rio.

—Tu hermana es increíble.

—¿Bailando? ¿O te refieres a su actitud?

Will sonrió.

—Ambos.

El DJ habló de nuevo.

—Y antes de que salgáis a la pista, me gustaría pedir a Aiden y a Will que compartieran su primer baile con nosotros.

Aiden le tendió la mano y Will la cogió. Le guio hasta el centro de la pista y apoyó las manos sobre su cintura.

Will enroscó los brazos en su cuello.

—Así que ¿qué canción has elegido para nosotros? —preguntó.

Aiden se limitó a sonreír, y de los altavoces se derramó...

La Marcha imperial de *Star Wars*.

Will rio tan fuerte que su estómago comenzó a doler.

—Para citarte, tenías que ser diferente, ¿verdad?

Aiden hizo un gesto al DJ y *When you are Home*, de Tyler Shaw inundó el ambiente.
«Oooooohhh».

Will se perdió en los brazos de Aiden.

—De acuerdo, lo has clavado —admitió. Se movieron lentamente, con las mejillas apretadas—. Podría quedarme así para siempre.

—¿Y vas a quereme para siempre? —murmuró Aiden, haciéndole cosquillas con su aliento.

Will se apartó para mirarlo a los ojos.

—Voy a quererte hasta que las estrellas se enfríen.

FIN

MÁS DE K.C. WELLS

EL SECRETO DE SANTA.

Anthony tiene un secreto.

Una Nochebuena, cuando tenía doce años, Anthony descubrió a Santa dejando los regalos bajo el árbol. Nunca se lo dijo a un alma. Y al año siguiente, salió a hurtadillas de la cama para ver si podía repetir el evento.

Cada Nochebuena, desde hace más de cuarenta años, se han encontrado bajo el árbol, solo que ahora, son amigos.

Y aunque Anthony está envejeciendo, Santa no ha cambiado un ápice desde esa primera noche.

Pero algo sí ha cambiado en Anthony, sin embargo.

Quiere más que una única noche al año.

Quiere a Santa.

Solo que es consciente de que eso no es más que una fantasía.

Todo el mundo sabe que hay una Señora Klaus, ¿cierto?

Santa tiene un secreto.

Y cuando finalmente lo comparte con Anthony, las consecuencias harán tambalear el mundo de ambos hombres.

Pero ¿qué será necesario para que ambos conviertan sus sueños en realidad?

“K.C. Wells nunca decepciona y una vez más nos regala una historia preciosa, sin dramas innecesarios, conmovedora a veces y que te hará pasar un buen rato y te dejará una agradable sensación al terminar.

Enhorabuena también a la persona encargada de la traducción, una vez más impecable, algo que no se puede decir de la mayor parte de libros que vende Amazon.”

Reseñador de Amazon

[Encuéntrelo aquí](#)

UNA PROMESA NAVIDEÑA

(PROMESAS DE NAVIDAD LIBRO 1)

Lo último que Micah Trant espera encontrarse sobre la nieve de la cuneta es a un hombre apaleado. Y cuando descubre su identidad, parece que hay algo más en juego que una mera coincidencia. Como buenos samaritanos del siglo veintiuno, él y su padre ofrecen al extraño un lugar para recuperarse. Después de todo, Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina, y Greg no está en condiciones de volver a su hogar. Pero no es un acto enteramente altruista: Micah quiere respuestas. Y no es el único.

A Greg le cuesta creer cómo han acabado saliendo las cosas. La probabilidad de que Micah fuera el hombre que le encontrase debía ser astronómica, pero acepta la oferta amablemente. A medida que los días se van convirtiendo en semanas, Greg va aprendiendo más cosas sobre la familia de Micah, y empieza a darse cuenta de que pasar unas navidades en Wyoming con ellos puede que le proporcione las respuestas que ha estado buscando.

“Madre mía que bonito de verdad no he podido parar de leer hasta terminarlo de verdad siempre me sorprende para bien este autor súper recomendable y corriendo que voy por el siguiente porque estoy súper intrigada por saber como sigue la historia .”

Reseñador de Amazon

[Encuéntrelo aquí](#)

LA LEY DE LOS MILAGROS

(PROMESAS DE NAVIDAD nº 2)

Joshua Trant se está esforzando al máximo por apoyar a su hijo Micah y a su pareja, Greg, a medida que va acercando el juicio contra los asaltantes de Greg. Nunca se supuso que fuera a ser un litigio sencillo, especialmente cuando Greg quiere que les procesen por un crimen de odio, pero el abogado del condado, Alexander Rycliffe, les garantiza que hará lo imposible para asegurarse de que los culpables rindan cuentas ante la justicia por sus actos. Joshua solo espera que, cualquiera que sea el desenlace, culmine con un Greg satisfecho con el resultado. Lo único que empieza a resultarle complicado es lidiar con los sentimientos que parece estar desarrollando hacia Alex. Joshua solo ha amado a dos personas en su vida —Hayden y Rachel—, y los perdió a ambos. La probabilidad de tener suerte una tercera vez es tan nimia, que la idea ni siquiera se le pasa por la cabeza, hasta que el amor —y sus hijos—, le dan un pequeño empujón en la dirección correcta.

Alex sabe lo que es haber amado y haber perdido, y cree que ha acabado para siempre con los hombres. Pero luego, Joshua Trant aparece en su vida y pronto se da cuenta de que el hombre no solo es una cara bonita. Finalmente, ambos consiguen lo que necesitaban tan desesperadamente: un amigo. Pero a medida que pasan los meses, a todo el mundo involucrado empieza a parecerle evidente que su amistad tiene el potencial de convertirse en algo mucho más profundo... Si le dejan.

Un hombre que piensa que ya tuvo su oportunidad de amar.

Un hombre que tiene que superar una traición pasada y aprender a confiar de nuevo.

Ambos están a punto de descubrir que la navidad es, en efecto, una época para los milagros. Lo único que tienes que hacer, es creer...

“Me gustó mucho la historia y la forma lenta y progresiva en que se van enamorando los protagonistas. Fue muy realista y dulce. Fue muy fácil sentir empatía por ellos y sus familias, así como entender sus problemas y traumas personales. Una historia llena de matices que calienta el corazón.”

Reseñador de Amazon

[Encuéntrelo aquí](#)

SOBRE LA AUTORA

K.C. Wells vive en una isla en la costa sur de Reino Unido, rodeada de belleza natural. Escribe sobre hombres, que aman a hombres, y ni siquiera puede contemplar una vida que no incluya escribir.

El tatuaje de una rosa, con los colores del arcoiris, y las palabras «Amor es Amor» y «El Amor siempre gana», en su espalda, es su manera de ondear la bandera. Planea seguir escribiendo sobre hombres que aman a hombres, ya sea dulce o sosegado, ardiente o pervertido, por mucho tiempo.

Si quieres seguir sus hazañas, puedes apuntarte a su revista mensual:

<http://eepurl.com/cNKHIT>

¿Tienes una temática favorita? Puedes echar un vistazo a esta página:

<https://www.kcwellswrites.com/tropes>

Puedes acechar... mmm, ¡encontrarla! en los siguientes sitios:

¡TODOS LOS ENLACES! <https://smart.bio/k.c.wellsauthor>

Email: k.c.wells@btinternet.com

Facebook: www.facebook.com/KCWellsWorld

KC's men In Love (my readers group): <http://bit.ly/2hXL6wJ>

Amazon: <https://www.amazon.com/K-C-Wells/e/B00AECQ1LQ>

Twitter: @K_C_Wells

Website: www.kcwellswrites.com

Instagram: www.instagram.com/k.c.wells

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/k-c-wells>

OTROS TÍTULOS DE K.C. WELLS

En español

[Cuidar a Kel](#)

Hombres de Maine

[La fantasía de Finn](#)

[El jefe de Ben](#)

[El verano de Seb](#)

[El dilema de Dylan](#)

[La salvación de Shaun](#)

[El despertar de Aaron](#)

[El amor de Levi](#)

[Hombres de Maine: dos novelas cortas](#)

[Sométase, Alteza](#)

[El secreto de Santa](#)

En inglés

Learning to Love

[Michael & Sean](#)

[Evan & Daniel](#)

[Josh & Chris](#)

[Final Exam](#)

Sensual Bonds

[A Bond of Three](#)

[A Bond of Truth](#)

Merrychurch Mysteries

[Truth Will Out](#)

[Roots of Evil](#)

[A Novel Murder](#)

Love, Unexpected

[Debt](#)

[Burden](#)

Dreamspun Desires

[The Senator's Secret](#)

[Out of the Shadows](#)

[My Fair Brady](#)

[Under the Covers](#)

[Lions & Tigers & Bears](#)
[A Growl, a Roar, and a Purr](#)
[A Snarl, a Splash, and a Shock](#)

[Love Lessons Learned](#)
[First](#)
[Waiting for You](#)
[Step by Step](#)
[Bromantically Yours](#)
[BFF](#)

[Collars & Cuffs](#)
[An Unlocked Heart](#)
[Trusting Thomas](#)
[Someone to Keep Me](#) (K.C. Wells & Parker Williams)
[A Dance with Domination](#)
[Damian's Discipline](#) (K.C. Wells & Parker Williams)
[Make Me Soar](#)
[Dom of Ages](#) (K.C. Wells & Parker Williams)
[Endings and Beginnings](#) (K.C. Wells & Parker Williams)

[Secrets – with Parker Williams](#)
[Before You Break](#)
[An Unlocked Mind](#)
[Threepeat](#)
[On the Same Page](#)

[Personal](#)
[Making it Personal](#)
[Personal Changes](#)
More than Personal
[Personal Secrets](#)
Strictly Personal
[Personal Challenges](#)
[Personal – The complete series](#)

[Confetti, Cake & Confessions](#)
[\(FREE\)](#)

[Connections](#)
[Saving Jason](#)
[A Christmas Promise](#)
[The Law of Miracles](#)

[My Christmas Spirit](#)
[A Guy for Christmas](#)
[Dear Santa](#)

Island Tales

[Waiting for a Prince](#)
[September's Tide](#)
[Submitting to the Darkness](#)
[Island Tales Vol 1](#) (Books #1 & #2)

Lightning Tales

[Teach Me](#)
[Trust Me](#)
[See Me](#)
[Love Me](#)

A Material World

[Lace](#)
[Satin](#)
[Silk](#)
[Denim](#)

Southern Boys

[Truth & Betrayal](#)
[Pride & Protection](#)
[Desire & Denial](#)

Maine Men

[Finn's Fantasy](#)
[Ben's Boss](#)
[Seb's Summer](#)
[Dylan's Dilemma](#)
[Shaun's Salvation](#)
[Aaron's Awakening](#)
[Levi's Love](#)

Salvation

[Wrangled](#)

Kel's Keeper

[Here For You](#)
[Sexting The Boss](#)
[Gay on a Train](#)
[Sunshine & Shadows](#)
Double or Nothing

[Back from the Edge](#)
[Switching it up](#)
[Out for You](#) (FREE)
[State of Mind](#) (FREE)
[No More Waiting](#) (FREE)
[Watch and Learn](#)
[My Best Friend's Brother](#)
[Bears in the Woods](#)
Anthologies

[Fifty Gays of Shade](#)
[Winning Will's Heart](#)

[Come, Play](#)
Watch and Learn

[Writing as Tantalus](#)
[Damon & Pete: Playing with Fire](#)

SOBRE LA AUTORA

K.C. Wells vive en una isla en la costa sur del Reino Unido rodeada de belleza natural. Escribe sobre hombres que aman a hombres, y ni siquiera puede contemplar una vida que no incluya la escritura.

El tatuaje de una rosa con los colores del arcoiris y las palabras «El Amor siempre gana» en su espalda, es su manera de ondear la bandera. Planea seguir escribiendo sobre hombres que aman a hombres por mucho tiempo, ya sea a través de historias dulces, ardientes o directamente depravadas.

Si quieres seguir sus hazañas, puedes apuntarte a su revista mensual:

<http://eepurl.com/cNKHIT>

¿Tienes una temática favorita? Puedes echar un vistazo a esta página:

<https://www.kcwellswrites.com/tropes>

Puedes acechar... ¡encontrarla! en los siguientes sitios:

¡TODOS LOS ENLACES! <https://smart.bio/k.c.wellsauthor>

Email: k.c.wells@btinternet.com

Facebook: www.facebook.com/KCWellsWorld

KC's men In Love (my readers group): <http://bit.ly/2hXL6wJ>

Amazon: <https://www.amazon.com/K-C-Wells/e/B00AECQ1LQ>

Twitter: [@K_C_Wells](https://twitter.com/K_C_Wells)

Website: www.kcwellswrites.com

Instagram: www.instagram.com/k.c.wells

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/k-c-wells>